CIRCULO DEL CRIMEN

LA LISTA DE ADRIAN MESSENGER

PHILIP MACDONALD



EDICIONES FORUM



Nº20

Annotation

Adrián Messenger entregó una extraña lista a su amigo antes de emprender un viaje aéreo que terminaría trágicamente.

Varios de los nombres incluidos en aquella relación también habían fallecido en accidentes aparentemente fortuitos, muy alejados entre sí en tiempo y lugar. ¿Existía una clave mortal que relacionaba a esa serie de personas, de vidas, oficios y muertes tan dispares? ¿Cuál era la mente diabólica que tiraba de los hilos del destino para lograr su ambición?

Philip MacDonald

LA LISTA DE ADRIAN MESSENGER

Círculo del Crimen Nº 20

1

Durante varios años después de haber terminado todo, existió una comprensible resistencia de las altas esferas a propagar públicamente este relato, y aún hoy día el proyecto ha sido considerado con cierta prevención. Por fin se recibió el permiso, concedido de mala gana, de publicar esta historia, siempre que se efectuasen algunos cambios, fáciles de hacer, respecto a los nombres de los protagonistas y los lugares de acción; y, al mismo tiempo, que no se especificasen fechas, lo cual resultó mucho más difícil.

Pero ha podido hacerse, declarando que la época se halla situada entre la segunda guerra mundial, que tenía que terminar con todas las guerras y en realidad las inició todas, y la tercera futura que, por la eliminación total de la Humanidad, será la última.

El relato gira como gran parte de la historia de la Humanidad, en torno a un pedazo de papel. En este caso, no se trata de un tratado o una epístola injuriosa de un personaje histórico a otro, sino de un fragmento de una hoja de papel sobre la que Adrian Messenger escribió los nombres y direcciones de diez hombres, con detalle de sus ocupaciones.

La lista era el resultado de una considerable meditación y actividad por parte de Adrian, quien la redactó en su apartamento de Mayfair, un brumoso miércoles de noviembre. Otros papeles, que consultó al redactar el mencionado, los destruyó y entregó al fuego; luego, se aseguró de que se convertían en cenizas antes de acercarse a la ventana y mirar a la calle… y estremecerse.

Descolgó el teléfono de su mesa de trabajo, marcó un número, y cuando una voz contestó: «Aquí Scotland Yard», preguntó por el general Firth.

—¿George? —inquirió poco después—. Soy Adrian Messenger…

—¡Por Dios santo! —la voz del teléfono sonaba asombrada—. ¿Qué tal, camarada? ¿Dónde has estado estos últimos seis meses?

—¿Podrías almorzar conmigo el viernes? —preguntó Adrian, para eludir la respuesta.

—Nada me complacerá más. ¿Dónde?

—En mi club —replicó Adrian—. Por mi gusto, sería mañana mismo, pero me veo precisado a salir de la ciudad. Voy a gozar de un día de caza antes de partir para América.

El principio de aquel día de caza fue una Reunión de los Sabuesos de Boileau en Deyming Abbey, en Medeshire. Deyming Abbey era la

mansión del Maestre, y éste era Roderick Simón Fortescue Bruttenholm, decimoctavo marqués de Gleneyre, que, a pesar de sus ochenta y cinco años, era todavía un miembro en activo del M.F.H. (Master of Fox Hounds).

La mañana era clara, aunque fría, y el pálido sol de noviembre iluminaba los rojos ladrillos de la vieja mansión, coloreando las desnudas hayas, que destacaban contra el verdor del césped y los tejos. En el patio, y a lo largo del sendero de entrada, se veían caballos, caballos y más caballos. El sonido de los bocados y las correas, el piafar de los animales, sus sonoras pisadas sobre la grava, mezclado con las conversaciones de los jinetes y los ruidos de los coches, había atraído a una multitud de mirones.

La terraza, que daba sobre el patio, estaba llena de miembros de la Caza que rondaban, en torno a las mesas de manteles blancos, con sus chaquetas rojas, destacando sobre el negro vestuario de las mujeres. Hacia el centro, destacando entre un grupo de camaradas, se hallaba el Maestre, sonriendo a todo el mundo con su bigote blanco muy tieso que contrastaba con el bronceado de su vieja cara.

Apuró su copa, miró en torno, y exclamó:

—¡Una bella reunión! Me encanta...

—Como en los viejos tiempos, ¿eh? —preguntó un viejo camarada, cincuenta años menor que el marqués—. Como... ¿cómo se dice hoy día?

—Nostalgia —le recordó el Camarada Número Dos, de unos cincuenta y cinco años.

—¿Y todo es cosa tuya, Roddy? —inquirió el Número Tres, golpeando la espalda del marqués—. Te mereces un voto nacional de gracias, muchacho —incluyó toda la escena en su ademán—. Fijaos... No parece que hayamos pasado una espantosa guerra, ¿eh?

—No es cosa mía, querido amigo —sonrió el marqués—. Lo que ocurre es que me queda algún dinero. Y si no lo tuviese, Mildred tiene mucho, bendita sea —lanzó un risita de afecto—. Moraleja: cásate con una americana.

A sus espaldas resonó una voz. Una pequeña mano enguantada se apoyó en su hombro, y el marqués se volvió para contemplar, con mirada de aprobación, a una joven ataviada de negro y con un sombrero de copa.

—Perdone, Maestre —dijo la recién llegada—, pero mi hija se ha enterado de que su nieto estará fuera toda el día, por no haber ido a la escuela. ¿Qué le digo?

Gleneyre le sonrió.

—Es cierto, querida Marian; vacaciones de medio curso. Los chicos están por ahí... Probablemente, burlándose del maldito. poney.

Tenía razón. A unos doscientos metros más allá del ala occidental

de la residencia, Christopher Derek Bruttenholm, decimoquinto vizconde de Saltmarche, estaba paseando al mencionado poney por entre los árboles que limitaban el sendero, manteniéndose alejado de los coches estacionados.

El poney era gris, bello de estampa y tenía siete años. Lo cual lo hacía cinco años más joven que su dueño, que poseía una tez clara y unos ojos azules bastante separados como todos los Bruttenholm, y asimismo, como solía exclamar su abuelo, cuando el chico no le oía:

—¡Es el mejor jinete que he visto en mi vida!

También poseía buenos modales, que quedaron bien patentes cuando un hombre salió de un coche deportivo y se dirigió hacia él. Entonces refrenó a su montura y aguardó cortésmente la llegada del desconocido.

De unos treinta y cinco años, de recia construcción y algo más que de estatura mediana, el hombre no se destacaba en nada. Igual que el coche que conducía, que no era ni viejo ni nuevo, y que sus ropas. Pero había algo en él, a pesar de su bigote vagamente estilo RAF, que hizo que Derek lo tomara por americano antes de despegar los labios. Tal vez fuese la cámara fotográfica que llevaba colgada del cuello.

—Perdone, pero no he asistido jamás a una cacería inglesa de zorros —dijo el recién llegado—. Y me preguntaba... ¿dónde están los perros?

Con cierto esfuerzo, Derek reprimió una sonrisa.

—Los perros no tardarán —repuso, señalando con el dedo—. Pronto los verá salir de los establos.

El sol relucía sobre los cristales de sus gafas cuando volvió la cabeza.

—¿Por dónde? —indagó—. ¿Le molestaría que tomara unas fotografías?

Levantó la cámara y le sonrió a Derek.

Al joven le agradó el desconocido.

—Puede hacerlo —accedió—. Y aquí sería un buen lugar. La cacería pasará por aquí.

Sobre el césped se oyó un clip-clop de cascos y un inmaculado Adrian Messenger apareció por detrás de un macizo castaño montando un precioso caballo. Vio a Derek y frenó al animal, con una amplia sonrisa iluminando su saturnino rostro.

—¡Derek, muchacho! —exclamó—. Pamela Travers te está buscando por todas partes. Qué intentas... ¿romperle el corazón?

Derek se ruborizó profundamente, pero trató de encubrir su rubor con una sonrisa.

—Oh, vamos, Adrian... —luego miró hacia el americano, para ver si escuchaba.

No era así. Había levantado la cámara hasta situarla delante de su cara, tomando una foto de Adrian, y no la bajó hasta que éste se apartó completamente del castaño.

—¿Quién es este jinete? —se interesó el desconocido—. ¿Un gran cazador?

El alivio volvió locuaz a Derek.

—Es mi primo… el comandante Messenger. Un Miembro de la Caza. Todos los miembros llevan chaquetas rosas…

—¿Rosas? —le interrumpió el fotógrafo—. A mí me parecen coloradas.

—Ya sé que es tonto —reconoció Derek—. Pero siempre las llamo rosas. Y todos los miembros llevan sombrero de copa. El Maestre, el Secretario, el Montero y los Sirvientes de la Caza llevan gorras de caza.

—¿Y usted? —inquirió el americano, acercándose hasta colocar una mano en el cuello del poney—. ¿No pertenece a la Caza?

Sus ojos recorrieron la figura de Derek, desde sus botas a su gorro, pero sonreía al hablar, y a Derek siguió gustándole a pesar de la pregunta.

—Yo… yo no tengo suficiente edad para ser miembro —confesó el muchacho, sin poder reprimir una triste mirada a su chaqueta negra.

—Pues parece mayor —el hombre retrocedió—. ¿Le importa que le fotografíe? —levantó la cámara, en dirección a Derek.

En aquel instante, el muchacho observó al lado del ojo derecho del americano, bajo el ángulo de sus gafas negras, un pequeño músculo que palpitaba ostentosamente.

La cámara dejó oír un leve chasquido y el americano la bajó.

—Gracias —volvió a aproximarse y alargó su mano—. Me llamo Lovett, del Canadá, Toronto.

Derek le estrechó la mano. No le gustaba proclamar su título, por lo que se limitó a decir:

—Yo me llamo Bruttenholm… Derek Bruttenholm.

Diole al nombre su pronunciación tradicional, aunque ello no significó la menor diferencia. El otro le miró fijamente y exclamó:

—Ah, usted debe estar emparentado con el marqués de Gleneyre…

—Bueno, sí —exclamó Derek—. Soy su nieto.

Se sentía tan incómodo, que ya no sabía si aquel hombre seguía siendo de su agrado.

Tendió la vista hacia la casa y vio movimientos. Los sabuesos salían ya de los establos, alborotados en torno a las solemnes pisadas del bayo del Montero.

—Lo siento —agregó el muchacho—, pero debo irme.

Sonrió al canadiense y se olvidó completamente de él al espolear

a su poney.

No tenía la menor idea —¿cómo podía tenerla?— de que al cabo de unas semanas, el descubrimiento y el arresto del desconocido sería un asunto de capital importancia, no sólo para Scotland Yard, sino para todas las fuerzas de policía de Gran Bretaña e Irlanda, incluyendo las del Dominio del Canadá…

Al día siguiente, viernes el Brigadier-general George Firth, poseedor de varios títulos oficiales, almorzó tal como estaba previsto con su amigo y antiguo colega de armas, Adrian Messenger. Aunque casi con cincuenta años, y unos doce más que su anfitrión, George Firth le demostraba a Adrian una cálida consideración que, en vista de la diferencia de edades y la graduación de ambos, era muy notable. Muy notable… hasta que se consideraba el hecho —prácticamente desconocido para todo el mundo, excepto para los dos—, de que, no una vez, sino tres, el más joven había salvado la vida del mayor.

Se instalaron junto a un ventanal que daba directamente a la calle St. James… y por fin, Adrian Messenger tocó el tema que le interesaba.

—Mira, George —exclamó bruscamente, rompiendo el silencio reinante, mientras fumaban y tomaban café—, estoy metido en un problema. Puedes ayudarme, ¿verdad?

—Naturalmente, amigo. ¿Pero cómo?

—Es un viejo truco —repuso Adrian—, pero debo recordarte algunos favores y…

—Y servicios prestados ¿eh? —concluyó Firth—. Bien, es tu hora.

—Sé que estás en Scotland Yard, pero no sé exactamente cuál es tu situación allí…

—Claro que no… —asintió Firth—. Ni estoy en la nómina ni soy permanente. Una especie de ayudante especial del jefe de la Brigada Criminal.

—Lucas, ¿verdad?

—Sí, no es mal tipo. Muy eficiente —Firth contemplaba el semblante de su anfitrión al tiempo que hablaba.

—Quiero que me hagas un favor —rogóle Adrian—, sin preguntar por qué. Si no puedes, no tienes más que decírmelo.

Extrajo la cartera de un bolsillo interior, y de la misma sacó la lista que con tanto cuidado había compilado dos días antes. La desdobló y la estudió, antes de entregársela a su comensal.

—Diez nombres —explicó—. Diez ocupaciones probables; diez direcciones. Diseminadas por todo el Reino…

El general Firth repasó la lista y al fin levantó la vista.

—¿Qué he de hacer?

—Indagar respecto a ellos —repuso Adrian. Estaba escrutando el

semblante de su compañero. Parecía esperar que éste frunciera el ceño, y cuando apareció la primera arruga añadió rápidamente—. Ya sé que Scotland Yard sólo se ocupa de Londres. Pero también que vosotros podéis obtener cualquier información de las otras fuerzas de Policía. De cualquiera.

Firth volvió a estudiar la lista.

—¿Quieres decir… investigar respecto a todos ellos?

—Exacto. Y de un modo extraoficial. Bueno, no quiero que sus familiares se vean molestados por los agentes… —vaciló, eligiendo las siguientes palabras con sumo cuidado, e inclinándose sobre la mesa para golpear con el índice sobre la lista—. Lo diré de este modo: ¿viven esos sujetos en estas direcciones? Sería de desear.

—¿Y si se han mudado? ¿Quieres saber dónde?

—Bueno… si pudieras… —Adrian no parecía especialmente interesado por la idea.

Firth le dirigió una mirada sincera.

—Permíteme un momento. En primer lugar, sabes que te complaceré, pero también sabes que no es asunto mío. Dilapidar el dinero del contribuyente en lo que parece un capricho particular…

—¿Capricho? —Adrian echóse a reír, con un sonido duro, sin el menor humor.

—He dicho «parece» —le recordó Firth, disimulando su inquietud —. Pero me halaga poder afirmar que te conozco lo suficiente para saber que posees un buen motivo para pedirme ese favor. ¿Estoy en lo cierto?

—Por completo —confirmó Adrian, apurando su copa de coñac.

—Entonces, te haré una sugerencia —Firth dobló el papel y se lo metió en su cartera—. Te he estado mirando, amigo, y tienes la frente más tensa que una cuerda de violín. ¿Por qué no me lo cuentas todo? —vaciló, mas sin apartar su mirada del rostro de su anfitrión—. Tengo la impresión de que se trata de un asunto de importancia.

—¿De categoría? —repitió Adrian, con el mismo acento que había repetido la palabra «capricho»—. Es tan importante y tan… tan extraño, que todavía no me he atrevido a contárselo a nadie —miró fijamente a Firth—. Esta es la verdad, George, así Dios me perdone.

—De acuerdo. ¿Cuándo quieres esta información? Tal vez tarde un poco en obtener todos los datos. Especialmente, del modo que tú quieres que se haga.

—Mañana salgo para América —anunció Adrian—. Estaré de regreso dentro de quince días. ¿Será muy pronto?

—No está mal —aceptó Firth, golpeando meticulosamente la ceniza de su cigarro.

—No es bueno hacer teorías, George —exclamó Adrian, al observar el ceño pensativo de Firth—. Sólo se llega a falsas

conclusiones. Como lo que estás pensando ahora... Te imaginas que he descubierto una conspiración comunista o fascista... o tal vez maoísta —sonrió ante la expresión de Firth, pero la sonrisa desvanecióse rápidamente—. Créeme, no hay ninguna conspiración. Además, si estoy en lo cierto, es un pecado mucho más antiguo que la política...

Y no estaba dispuesto a decir nada más. A pesar de las protestas de Firth pidió más coñac, y charló de muchos temas, hasta la hora de separarse ambos.

Se despidieron en la entrada del Club, mientras Firth buscaba un taxi. Cuando llegó, díjole al conductor.

—A Scotland Yard —y abrió la portezuela... mas por un motivo inexplicable se volvió y retrocedió hacia Adrian para estrecharle de nuevo la mano.

—Buen viaje, amigo... y cuídate.

Unas veinte horas más tarde y a cinco mil metros de altitud sobre el Atlántico, el avión de la compañía Empire Air-Lines volaba majestuoso hacia occidente. Se hallaba a varias horas de Inglaterra, y los pasajeros se habían instalado plácidamente después del almuerzo. Entre ellos, el camarero hacía sus rondas, mientras en la cantina las dos azafatas se relajaban frente a su primera taza de té después del despegue.

—¡Mal viaje! —se quejó la Primera Azafata, una pelirroja alta y con bastantes curvas—. Sólo un tipo atractivo en mi lista, ¡y ni parece saber que existan las mujeres!

Se refería a Adrian Messenger, el cual miraba por la ventanilla, inmerso en sus pensamientos.

—Mala cosa —asintió la Segunda Azafata, que era bajita, delgada y morena—. Pero a mi lado sí hay algo, chica. Directamente al frente. Francés.

Se refería a Raoul Pierre Etien Anne Marie St. Denis.

El cual en aquel momento estaba encendiendo un cigarrillo y, según su costumbre en los viajes aéreos, sin pensar en nada en particular y pensando en todo en general. Tenía treinta y cinco años, midiendo la edad por el tiempo, pero era mucho mayor por la experiencia. Era alto, corpulento y ancho de espaldas, con esa elegancia indolente que en las novelas poseen todos los ingleses. En reposo, su rostro era enjuto y sin expresión, pareciendo ligeramente una calavera. Pero cuando sonreía, como hacía ante un pensamiento agradable, cambiaba completamente. Muchas mujeres lo juzgaban terriblemente peligroso.

Para Raoul y Adrian, lo mismo que para sus compañeros de viaje, el avión era un medio de transporte rápido y lujoso; pero desde el puente del buque mercante *Belle of Liverpool* era un juguete plateado

en el aire, diminuto y temerario.

—¡Mire allí! —exclamó el capitán del Belle, señalándole el avión a su joven tercer contramaestre—. De haberle dicho a mi viejo que allí dentro viajaban cuarenta o cincuenta personas, habría dicho que yo estaba loco.

—Sí, señor —asintió el tercer contramaestre—. Es… fantástico.

Continuó mirando el aparato, y de repente, cuando el capitán se dirigía a su camarote, gritó:

—¡Mire! —y en su voz había un acento extraño.

El capitán dio media vuelta. Sus ojos siguieron el brazo levantado del contramaestre y volvió a divisar el avión.

—¡Oh, por Cristo! —lanzó una exclamación ahogada y contuvo la respiración.

En vez de deslizarse suavemente, el juguete de plata trazaba unos círculos concéntricos, se agitaba violentamente, petardeaba y por fin cayó, como si una mano invisible lo hubiera desgarrado. Empezó a caer, con una pereza incontrolada, dejando tras de sí dos plumones de humo negro.

El capitán del Belle corrió hacia el intercom. Lanzó varias órdenes y el barco cambió de rumbo. Por la radio empezaron a enviarse mensajes urgentes, y el buque pareció estremecerse hasta las entrañas con sus máquinas a todo rendimiento.

A muchas millas marítimas de distancia, el avión se hallaba ya a solo unos quinientos metros sobre el océano, y la horrible pereza empezaba a animarse hasta que, por un azar del destino o el miedo del piloto, el aparato entró en barrena.

El metal y el agua se encontraron en un terrible choque, y se elevaron grandes columnas de espuma. Un ala del aparato se rompió, y todo el artefacto se inclinó lentamente de aquel lado, dejando al descubierto un agujero donde había estado poco antes la puerta de una escotilla de escape, y otro más abajo del fuselaje.

Por las escotillas abiertas, un instante antes de que el agua penetrase en tromba dentro del aparato, cayeron tres cuerpos humanos, como tres bultos inanimados.

Tres. Y nadie más, ya que instantáneamente el agujero quedó obstruido por la presión de incalculables toneladas de agua.

El aparato se hundió algo más, tragándose aquella masa líquida, hasta que alguna llama interior alcanzó los depósitos del combustible.

Se produjo como un trueno apagado y se elevó en el aire una columna de humo negro, llena de escombros, de más de veinte metros de altura…

Raoul St. Denis volvió en sí y a la superficie del agua medio minuto antes. Su mente era un torbellino, y el agua estaba tan helada

que por un momento pensó que era una llama líquida. Sentía un intenso dolor en todo su cuerpo, pero podía respirar y sus piernas y brazos funcionaban. Nadó instintivamente, alejándose del destruido aparato.

Su cabeza chocó contra algo pesado y duro, y al cabo de unos segundos estaba agarrando la madera de un cajón de dimensiones más que regulares, tal vez el único objeto que había salido flotando del avión y que podía servir como almadía.

Empezó a reír, pero esto le hizo daño y calló. En su cerebro oía el eco de la voz de su madre. Era reiterativa, y se trataba de la frase que ella pronunciara poco antes de fallecer, proclamando la creencia de que su hijo no tenía las siete vidas de un gato, sino las de tres.

Raoul empezó a calcular cuántas de las veintisiete vidas había perdido en los últimos diez años, pero en aquel momento la explosión final destruyó lo poco que quedaba del aeroplano. El y su cajón se conmovieron al borde de un *maelstrom*, viendo el joven, con intenso horror, cómo desaparecía hasta el último rastro del aparato.

Hasta el último rastro... excepto dos formas oscuras que divisó entre el sitio donde él se hallaba y el lugar donde había estado el aparato.

Miró la forma más cercana... y distinguió una cabeza. La cabeza de una mujer. Estaba con vida, porque nadaba. Débilmente, pero nadaba.

Empujando el cajón, se dirigió hacia ella. El oleaje la levantó, ocultándola por un momento, pero luego cayó contra el siguiente muro gris de agua„ y él alargó una mano y la cogió por el cabello, atrayéndola hacia sí, pues se estaba hundiendo. Se dio cuenta de que era la azafata morena. Tenía los ojos cerrados y el rostro mortalmente blanco, con una magulladura en la sien. Respiraba, pero estaba casi sin sentido, por lo que hizo lo único que podía en aquellos momentos. Forcejeando tenazmente, consiguió librarse del cinturón y atárselo a ella, por debajo de los brazos, y luego lo ciñó a dos listones del cajón, a fin de no tener que sujetarla para mantenerla en la superficie del agua.

Cuando terminó estaba agotado, pero en aquel momento divisó el otro bulto. Era otra cabeza... la de un hombre. Y también nadaba. Pero sólo por instinto, manteniéndose a flote escarbando en el agua como un perro.

Raoul se esforzó por alejarse de la seguridad de su «balsa». Lo rodeó con el brazo y consiguió extraer de su cuerpo una última onza de energía, consiguiendo asirse de nuevo a los listones que sobresalían del cajón. Sus dedos se cerraron como garras de acero en torno a la madera. Descansó hasta que el peso de su brazo le resultó insoportable, comprendiendo que debía tratar de ayudar al hombre a

ponerse a salvo (provisionalmente) en la improvisada balsa, tal como había hecho con la joven.

El hombre tenía los ojos abiertos y movía los labios, como deseando hablar. Su rostro ostentaba un extraño color amoratado y de una herida de la cabeza fluía lentamente la sangre.

El cerebro de Raoul estaba de nuevo en marcha, reflexionando y luchando contra el dolor causado por el esfuerzo físico. Pero luchó desesperadamente para no soltar al hombre, y unos minutos o unas horas más tarde lo tenía también atado a la almadía.

El esfuerzo había sido agotador, y Raoul se agarró al cajón con ambas manos, izándose de forma que su cuerpo descansase en su superficie. Sus piernas estaban entumecidas por la frialdad del agua, y sentía su cuerpo como si bayonetas al rojo vivo lo atravesasen continuamente. Su cerebro parecía embotado, lleno, sin embargo, de problemas ridículos, como el del lenguaje. Ató al hombre con sus propias *bretelles* (tirantes), sin conseguir recordar cómo se llamaban en inglés. *Braces* a un lado del Atlántico, suspenders en el otro... ¿Pero cuál es dónde...? *Braces... suspenders... suspenders... braces...*

Su cerebro parecía un torbellino, hasta que dejó de pensar... Se le cerraron los ojos...

Cuando volvió a abrirlos no había el menor rastro de sol en el cielo gris, y el oleaje era tan grande, que el cajón se hundía profundamente y luego parecía subir hasta el firmamento. A un lado tenía la muchacha, callada, muerta o todavía inconsciente. Al otro, el hombre hablaba con una terrible monotonía.

—...*messenger*, —decía—, *messenger... messenger...* —y después—: Jocelyn... ven... para decirte... Jocelyn... quiero decirle a Jocelyn... —las palabras salían de entre sus labios incoherentes, deshilvanadas, y a veces con la rapidez de las balas de una ametralladora. La voz se elevó de tono—,...fotografía... fotografía... —después, algo que sonó como «El libro de Emma, George, el libro de Emma, George, el libro de Emma, el libro de Emma, el libro de Emma...»

Hubo un silencio. Pero fue de corta duración, porque al pabo de unos minutos, el sonsonete empezó de nuevo. Con más fuerza aún.

—...todas las escobas... limpiar... sólo una... barrer a la derecha... limpiar... limpiar... barrer...

Calló repentinamente, dejando sólo oír un sonido gutural que podía ser una tos.

Pero Raoul ya no le escuchaba. Al elevarse encima del oleaje, divisó algo más...

Vio, no muy lejos, el casco gigante de un buque. Su proa cortaba el agua como si se tratara de una balsa en calma, encaminándose hacia ellos...

Cuatro horas más tarde de haber emprendido el *Belle of Liverpool* su cacería, un bote del transatlántico *Carpanthia* de la matrícula de Southampton recogió a los supervivientes. Había dos: Raoult St. Denis y la joven. El médico del *Carpanthia* juzgó que el otro hombre, Adrian Messenger, había fallecido una hora antes.

Desde los primeros informes, gran parte del llamado mundo civilizado había estado siendo bombardeado con las noticias del accidente aéreo, por televisión, radio y (algo más atrasada) por la prensa. Sin embargo, este retraso tuvo por virtud que los titulares fuesen mayores, desde el primero CATASTROFE AEREA SOBRE EL ATLÁNTICO... SE TEME QUE TODOS HAYAN DESAPARECIDO, hasta el grito lanzado por toda la prensa en pleno: ¡HAY SUPERVIVIENTES!

Como la Compañía Empire Air-Lines era inglesa, el clamor fue mayor en Gran Bretaña. Pero Francia y Estados Unidos apenas le fueron a la zaga. Francia porque Raoul St. Denis no sólo era el héroe del momento, sino también por ser uno de los más brillantes periodistas de París; Norteamérica porque la lista de pasajeros del avión siniestrado incluía a dos senadores y una estrella de cine, sin hablar de Adrian Messenger. Este, aunque súbdito británico, era un famoso novelista y heredero parcial de los miles de millones de aquel monumento nacional del gran Negocio «Cinco y Centavo de Messenger».

Durante la semana hubo más acontecimientos, de forma que los titulares del lunes publicaban varias noticias, desde el digno CATASTROFE AEREA: SE RUMOREA LA POSIBILIDAD DE UNA BOMBA, de The Times, hasta el histérico: ¡¡SABOTAJE!! de The Express.

Pero para el propósito de nuestra historia, mejor será citar el artículo del Morning Planet. A la sazón un recién llegado al mundo de la prensa, el Planet ostentaba una puntuación media entre la respetabilidad y el sensacionalismo. Bajo los debidos titulares, y con la firma de una novelista muy bien pagada por sus servicios, el artículo decía:

Como representante del Morning Planet, he gozado del privilegio, junto con otros colegas, de entrevistar al único hombre que puede ofrecer una información ocular del terrible desastre que el sábado por la mañana provocó la muerte de cuarenta y una personas a bordo del avión de la Empire Air-Lines que cayó al Atlántico.

Este hombre es Raoul Pierre Etien Anne Marie St. Denis, periodista parisiense, muy conocido en su Francia natal por sus famosas entrevistas con célebres personajes contemporáneos, y los análisis de los mismos. De paso en Londres para escribir una serie de artículos sobre personalidades inglesas, Raoul St. Denis volaba hacia Nueva York, con el propósito de regresar al cabo de dos días.

De vuelta entre nosotros a las veinticuatro horas, Raoul St. Denis —aunque se sienta muy cohibido por este adjetivo— es el héroe del día. Arrojado, por suerte, fuera del avión; encontrando, por azar, un cajón flotante procedente del compartimiento de los equipajes, Raoul St. Denis no sólo se mantuvo a flote cinco horas en el mar helado, sino que con gran peligro de su vida, rescató a otras dos víctimas del accidente. Aunque padeciendo un tremendo «shock» y sumamente lesionado (tiene tres costillas fracturadas), consiguió izar sobre el cajón a los otros dos náufragos y después, con un esfuerzo que debió ser sobrehumano, los ató de manera que sus cabezas flotasen sobre el agua. Estas otras dos víctimas eran la señorita Rose Matson, azafata del avión, y el célebre novelista Adrian Messenger, heredero de la colosal fortuna Messenger y biznieto de los marqueses de Gleneyre.

Resulta trágico que el Mayor Messenger falleciese, a resultas de sus lesiones, poco antes de que el terceto fuese rescatado por el Carpanthia; pero me alegra poder añadir que los médicos tienen grandes esperanzas respecto a la recuperación de la señorita Matson (que todavía se halla demasiado grave para ser entrevistada).

¡Y ahora llegamos a una revelación que debe conmover al mundo entero! El suceso está ya en conocimiento de la Autoridad competente, pero la noticia es la primera vez que se revela al público.

El desastre pudo ser causado por una explosión ocurrida en el compartimiento de equipajes del gigantesco avión; una explosión que no tuvo nada que ver con el funcionamiento del aparato.

El señor St. Denis, que tiene también licencia de piloto, no es sólo un viajero aéreo de gran experiencia, tanto civil como militar, sino también (por razón de sus servicios en la guerra) una autoridad en explosivos. Por lo tanto, hay que prestar la máxima atención a su creencia de que la catástrofe no se debió a ningún accidente, sino a la detonación planeada de un material altamente explosivo. Dicho de otro modo: ¡A UNA BOMBA!

Para que no se me acuse de sensacionalismo, permítaseme citar las palabras del señor St. Denis. Este habla inglés (aparte de otros cinco idiomas) de manera fluida y con un acento muy seductor. F éstas son sus propias palabras:

—Ustedes me preguntan cómo ocurrió. Bien, lo contaré aunque con toda cautela. Como lo conté a los funcionarios que me han visitado para iniciar la encuesta.

»Nos hallábamos volando tranquilamente, a unos cinco mil metros. Nada sugiere que se produjese un fallo en el motor. ¡Y en un momento dado, se produjo la explosión debajo de nosotros! No fue la explosión de la esencia; del petróleo, sino un explosivo de alta potencia. La explosión de un volumen considerable. ExtreMadamente considerable. Se produjo un agujero en el suelo, y al instante hubo fuego. Había personas ya muertas, y otras heridas o contusionadas. El avión empezó a descender. Yo tuve una

gran suerte. Me vi precipitado contra mi asiento y el contiguo, con plena lucidez de mis sentidos y sólo con algunas costillas fracturadas. Pero todo parece ahora una pesadilla. El aparato giró sobre sí mismo, una, tal vez dos veces...

»Si el avión hubiera chocado contra el mar en su caída, yo no estaría aquí. Pero ocurrió algo antes del choque. ¿Fue un milagro? ¿Logró el piloto dominar el aparato? No puedo responder a esa pregunta... Pero durante unos seiscientos metros, el avión se fue deslizando. En descenso, pero deslizando.

»¡El impacto con el agua, a pesar de todo, fue terrible! Todos los pasajeros y todos los objetos del interior del avión se vieron precipitados hacia delante. Entonces, se produjo un agujero en una puerta y me vi arrojado por allí. Mi cabeza chocó contra algo y perdí el conocimiento. Por fortuna lo recobré al punto y me encontré en el agua. Estaba muy fría y empecé a nadar hasta que encontré aquel cajón de madera... ¡otro milagro! Poco después, explotó el avión... supongo que por haberse incendiado finalmente el depósito de la gasolina.

»Me quedé en el agua, sostenido por el cajón, con otras dos personas —concluyó el señor St. Denis—. Y después... Bien, ustedes lo saben tan bien como yo.

Y esto fue todo lo que, junto con mis colegas, pudimos obtener de él. Periodista también, el señor St. Denis estaba dispuesto a hacer una declaración, y así la hizo. Como dije antes, le molesta enormemente que lo traten como a un héroe, por lo que no le gusta hablar de sí mismo. Intentamos conseguir respuesta a unas cuantas preguntas, particularmente a cuál pensaba que podía ser el origen de la bomba, pero negóse a efectuar especulaciones, afirmando que era un asunto que debían decidirlo las autoridades.

Naturalmente, tiene razón, aunque inmediatamente pensé, como ya habrán hecho muchos lectores, cómo es posible que nadie decida nada, cuando no queda el menor rastro del avión siniestrado ni de su carga, incluyendo todos los pasajeros desaparecidos, que ahora descansan en el fondo del Atlántico, en una zona donde la tremenda profundidad imposibilita toda esperanza de recuperación.

Y, si se me permite emplear esta frece: «Esta es la cuestión...».

Y asimismo, esto puede también ser la señal de que deje de escribir respecto a temas importantes, como un verdadero periodista, y concentrarme en trivialidades que —¿debo decir la verdad?— interesan más a las personas de mi sexo.

Y empezaré con el cajón. Este artículo doméstico me ha fascinado desde el principio. Me parece muy improbable, por no decir imposible, que se hallara en un avión, y cuando oí que el señor St. Denis empleaba la palabra «milagro» en relación con el mismo, sentí tanta curiosidad que fui a visitar a los funcionarios de la compañía aérea, hasta averiguar todo lo

referente al mismo.

En primer lugar era un artículo rarísimo de encontrarse en un avión, incluso en el compartimiento de equipajes. En segundo, el cesto tiene una pequeña historia. Fabricado especialmente en Londres por unos expertos carpinteros, fue enviado a Nueva York, por transporte aéreo, a fin de traer a Inglaterra un perro de lanas premiado en una exposición, perteneciente a la esposa del director de la Compañía Aérea, después de haberlo adquirido en América. Y si se considera que dicha Compañía nunca había efectuado el transporte de un objeto semejante, y que fue el único que escapó a la destrucción y tuvo la virtud de mantener a flote a tres náufragos, haciendo de almadía, se ve claramente que el empleo por el señor St. Denis de la palabra «milagro» no es una simple figura retórica...

Así proseguía el artículo casi interminablemente. Lo mismo que los demás artículos publicados en otros periódicos, referentes al desastre, fue leído por millares de lectores londinenses, en los hogares y en las oficinas, en los trenes y los autobuses, en los restaurantes y en los bares.

Uno de estos bares se hallaba en el «Wardlaw'Hotel», de South Kensington. Tranquilo, cómodo, y de una corrección perfecta, el «Wardlaw» llevaba siendo durante cincuenta años el paraíso de los oficiales retirados, de los funcionarios del Estado y de un puñado de hombres de negocios e industriales, buenos conocedores de su profesión. El bar era pequeño, algo oscuro, pero los licores eran excelentes y el local nunca estaba atestado.

Aquel lunes por la mañana, en efecto, el camarero sólo tenía un cliente, aunque era casi mediodía. El cliente era un nuevo visitante del «Warlard»; un americano, registrado en el hotel como Charles K. Hoag, de Detroit. El señor Hoag había combinado, según decía, un viaje de negocios a Londres con un poco de turismo. De unos treinta y cinco años, recién afeitado, corpulento y algo más alto de lo normal, el señor Hoag era un individuo de aspecto conservador y modales sosegados.

Todos los sirvientes del hotel admiraban al señor Hoag, particularmente el camarero, cuyo nombre improbable era Kidgery. Verdadero *cockney*, la única queja de Kidgery respecto a su empleo era que la clientela del Wardlaw no solía conversar con el hombre que mezclaba los combinados, mientras que el señor Hoag constituía una excepción a la regla. Siempre estaba dispuesto a charlar de banalidades.

Esta mañana, tomando su amontillado, el señor Hoag estaba leyendo el artículo del Morning Planet referente a la catástrofe aérea, y al terminar dejó el periódico a un lado. Kidgery vio una oportunidad y la aprovechó.

—Algo terrible lo de ese avión, señor Hoag —exclamó.

—Ciertamente —asintió el americano—. Tal vez yo sea un anticuado, pero que me den el mar para viajar.

—Creo que dicen que fue una bomba —agregó el camarero—. Horrible…

—Sí, es posible —concedió el señor Hoag—. Pero por ahora no lo afirman.

—Tiene razón, señor. De todos modos, fue espantoso. Cuarenta y tres personas viajando en el aparato… ¡y sólo hay dos con vida!

Miró la copa vacía del señor Hoag con una interrogación en sus pupilas.

El señor Hoag asintió y Kidgery llenóle la copa con sumo cuidado.

—Un francés, creo —continuó—. Como dicen ustedes en América: «¡Vaya tío con suerte!»

El señor Hoag asintió.

—Con mucha suerte.

—Lo siento por el otro individuo —Kidgery meneó tristemente la cabera—. El que murió en aquel cajón, cesto o almadía. Se llamaba Messenger o algo así, ¿verdad? Estar tan cerca y tan lejos de la salvación… si es que me comprende, señor.

El señor Hoag tomó un sorbo de vino antes de contestar.

—Sí, fue una pena.

Dejó el vaso sobre el mostrador y se aplicó una mano a la frente, frotándose casualmente un punto junto a su ojo derecho, donde un pequeño músculo había empezado a latir.

2

El jueves siguiente aunque todavía se mencionaba el accidente aéreo en las primeras páginas, el espacio dedicado al mismo por la Prensa se había encogido perceptiblemente. Las encuestas se hallaban en marcha; a cargo de la Compañía Aérea, de un Comité de la Cámara de los Comunes, y también de un departamento especial del C.I.D. Pero hasta que tan augustas corporaciones llegasen a una conclusión, poco o nada podía publicarse ya para atraer la atención del público. Hubiera sido diferente si uno de los supervivientes hubiese podido ser interrogado por los reporteros, pero la señorita Rosa Matson todavía se hallaba luchando entre la vida y la muerte, mientras que Raoul St. Denis estaba incomunicado en una clínica de reposo, en la que no podía penetrar ni el más ladino de los periodistas.

Aquel jueves era el mismo día en que Anthony Gethryn volvió a Londres desde Roma, donde había estado durante tres semanas interminables, por culpa de una misión diplomática de gran delicadeza y una absoluta falta de interés.

Salvo por los informes que debía concluir, la misión había terminado. Anthony se hallaba contento por ello, aunque no tanto de haber regresado. En Roma lucía el sol, mientras que Londres estaba helado, sucio y con un color pajizo que no era posible decidir si se debía o no a la niebla. Además, para empeorar las cosas, en la ciudad no había ni un par de personas a las que desease ver. Su hijo estaba en el colegio, y su ‘esposa en Suiza, donde era imposible que fuese a verla hasta haber concluido los mencionados informes.

White llevó el nuevo «Voisin» al aeropuerto, y en tanto el servidor guiaba el coche desde Hounslow hasta Knightsbridge, al número 19 de Stukeley Gardens, Anthony sintió aumentar su depresión. Incluso en su hogar, calentando sus largas piernas al amor de la lumbre de la chimenea de su despacho, su humor negóse a animarse. Lo cual explicaba su repugnancia a aceptar la invitación que le fue formulada por teléfono.

La llamada procedía de Lucas. Al parecer, Lucas estaría encantado de cenar con Anthony aquella noche.

—De acuerdo —repuso éste—. ¿Dónde?

—¿A qué hora? —inquirió Anthony que, a pesar de considerar dicho club como la institución más temida de Londres, aceptaba la invitación; lo cual daba la medida exacta de su estado mental.

—Hacia las siete —vaciló Lucas, y en su tono de voz pudo observarse una diferencia casi imperceptible—. George Firth me acompañará.

—De acuerdo —aprobó Anthony—. Me gustará conocerle —y añadió aún—: Noto algo en su voz, amigo… ¿algún problema?

—Esto —replicó Lucas con énfasis—, es lo que George Firth desea averiguar.

El club de Lucas era el «Chatham», y a pesar de que Anthony siempre había calificado su ambiente de necrobiótico, no tardó en gozar con la cena. La comida era excelente, aunque carente de imaginación; los vinos, añejos, y George Firth resultó ser un buen comensal. Asimismo, el verdadero propósito de la reunión le había abierto el apetito: el Problema tan intrigante, o sea decidir si una incógnita es un problema real o no.

Lucas no hizo la menor mención al mismo durante la cena, pero ya con el café delante de los tres personajes miró de repente a Anthony, exclamando:

—Firth tiene un problema que desea consultarle. Personalmente, yo opino que en todo ello no hay más que una mera coincidencia. Sin embargo, si por alguna remota casualidad no fuera así, no conozco a nadie que pueda extraer algún sentido a tal problema, más que usted.

Anthony sonrió.

—¡Una alabanza de Sir Egbert no deja de ser una alabanza!

No obtuvo ninguna sonrisa por parte de los otros dos.

—Quiero hacerle una pregunta —continuó Lucas—. Y luego lo traspasaré a Firth. ¿Conocía por casualidad a Adrian Messenger?

—Sólo me encontré una vez con su hermano Bernard —Anthony meneó la cabeza—. ¿Por qué?

—Firth se lo contará —Lucas miró a su otro invitado—. Adelante —exclamó, parapetándose tras su cigarro.

—Bernard fue muerto en El Alamein —recordó Firth—. Y la única forma en que se le puede relacionar con esto es a través de su matrimonio… —pareció vacilar—. Con Jocelyn Quist —terminó.

—Si se trata de la miniaturista, mi esposa la conoce —admitió Anthony—. Ya hablé una vez con ella un par de minutos. Por la escala heroica. Dirección cablegráfica: Valhalla.

—Sí, sí —asintió Firth—, sé a qué se refiere. Adrian se hallaba locamente enamorado de ella. Durante años. Mucho antes de que Bernard la conociera.

Lucas surgió en aquel momento de entre una nube de humo.

—Hasta ahora no había oído hablar de ninguna diosa noruega en este asunto. Ni de ningún hermano de Messenger. Sugiero que si están complicados en el asunto, nos llevarán por mal camino.

Firth se echó a reír de modo algo cohibido.

—Sólo estaba recordando. Perdón —miró a Anthony—. Bien, Gethryn, ahí va. Adrian Messenger era amigo mío. En el pleno sentido de la palabra. Sirvió conmigo en Francia y en Libia. Me salvó la vida

tres veces. Conocía á Adrian por dentro y por fuera. Por tanto, sabía leer más cosas en él de las que decía. Bueno, creo que estoy justificado al afirmar que no me dejo llevar por la imaginación. ¿Me comprende?

—En realidad…

—Lo siento —continuó Firth, encogiéndose de hombros y mirando a Lucas de reojo—. Salvo que no es usted el primero.

—Por favor, vaya al grano —le instó Lucas.

—De acuerdo —se conformó Firth, dirigiéndose luego a Anthony —. En el 42, Adrian y yo nos vimos separados por el resto de la guerra, y después apenas nos vimos. Por tanto, me encantó que me telefoneara a Scotland Yard la semana pasada, invitándome a almorzar. No me importó que quisiera pedirme un favor, según me pareció. Me alegraba volver a verle, fuese cual fuese el motivo.

Del bolsillo del pecho de la chaqueta sacó una cartera. No la abrió, sino que la sostuvo en la mano.

—Bien, almorzamos juntos —prosiguió Firth—, y al cabo de una hora aproximadamente de andarse por las ramas, Adrian se franqueó conmigo. Necesitaba que le hiciera un favor, sabiendo que en justicia no podía hacérselo con la escasa información que estaba dispuesto a subministrarme. Pero también sabía que si me lo rogaba, yo quebrantaría todos, o casi todos, los reglamentos.

Abrió la cartera y extrajo un papel doblado que le entregó a Anthony. Era.

—Me entregó esto —continuó Firth—. Necesitaba cierta información, que yo debía obtener de las fuerzas de policía locales, información relativa a los nombres escritos en este papel. No quiso decirme por qué necesitaba estos informes, aunque lo presioné bastante. Pero admitió que se trataba de un asunto «importante». Y no pude sonsacarle nada más. Pero como ya le dije, yo conocía a mi amigo, por lo que comprendí que estaba sumamente preocupado por algo. Hasta el punto, según me pareció intuir, de que no podía conciliar el sueño.

Calló bruscamente, viendo que Anthony había desdoblado el papel y lo estaba estudiando.

—Continúe —le animó Anthony, levantando la cabeza.

—Bueno, le prometí hacer lo que deseaba…

—¿Qué era? —le interrumpió Anthony—. Quiero decir exactamente. Usted me ha dicho que deseaba informes respecto a estos tipos… pero no ha especificado qué clase de informes.

—Lo siento —rezongó Firth—. Puedo citar sus mismas palabras, que eligió con sumo cuidado. Con excesivo cuidado, diría Me dijo esto: «¿Viven esos sujetos en estas direcciones?» Antes insistió en que las pesquisas se llevaran con la máxima discreción; no quería que las familias de los sujetos se viesen molestadas por los agentes. También

insinuó que al regreso de América, al cabo de quince días, cuando tuviera mis informes, estaría en posición de contarme algo más.

Anthony estudiaba la lista con el ceño fruncido.

—Una cosa muy rara —comentó—. A menos que se trate de un corte seccional del Homo Britannicus circa 1950.

—No sé quiénes son esos tipos —aclaró Firth—. Ni por qué los relacionó Adrian entre sí —hizo una pausa—. Pero sé algo que podría relacionar a algunos con él.

Volvió a abrir la cartera y sacó otro papel doblado, más grande. Cuando lo desplegó, Anthony vio que estaba escrito a máquina.

—Esto es un informe de seis de ellos. Puede comparar los nombres con. Los otros todavía no los tengo —leyó lentamente—: Joshua Braddock... John Maxwell Devitt... Charles McGowan... Robert F. Moretón... Arthur Thomas Paxton... Sir Francis Pomfret.

Calló y Anthony le dirigió una sonrisa.

—No tiene que insistir más. Ya me tiene enganchado.

—Comprendo —asintió Firth, sonriendo a su vez—. Almorcé con Adrian el viernes pasado. Y aquella misma tarde inicié las investigaciones —hablaba lentamente, como escogiendo las palabras —. Al día siguiente, sábado, murió Adrian. Bomba o no bomba, creo que estará usted de acuerdo en que su muerte ha de anotarse en la columna de ACCIDENTES.

—¿Y bien...? —le animó Anthony al ver que Firth callaba.

—Que en esta columna de Accidentes —siguió Firth—, encontrará usted los nombres que acabo de leer —respiró profundamente—. Dicho de otro modo, Gethryn, los seis han muerto. Todos por separado y todos por accidente.

Hubo un largo silencio a continuación.

—Duermo... —exclamó Anthony, súbitamente— sueño... ¿o habló usted de coincidencia, Lucas?

—¿No está de acuerdo? —Lucas no mostraba la menor expresión.

—Mi querido amigo, ¿cómo puedo estarlo? Reduzcamos el asunto a sus términos básicos, y obtendremos lo siguiente.

Un tipo inteligente, preocupado o inquieto por otros diez sujetos, le pide a un oficial de policía amigo suyo que realice una investigación respecto a los diez. Al día siguiente, Adrian muere en un accidente de aviación, dejando que su amigo descubra que de los diez anotados en la lista, seis también han tenido un mal fin —Anthony sacudió la cabeza—. ¡De los diez, seis, Lucas! ¡Tres de cada cinco! Es una proporción demasiado elevada para tratarse de mera casualidad. Tan improbable, que debemos pensar que.es imposible.

Firth sonrió casi para sí, retrepándose en su asiento.

—Muy claro —concedió—. Muy sencillo. Pero hay otro punto de vista. Firth, cuéntele los accidentes.

Firth volvió a desdoblar el papel.

Braddock: accidente ciclista, Yarkshire.
Devitt: accidente en un ascensor. Londres.
McGowan: accidente de coche. Kingston-on-Thames.
Moretón: caída desde puente ferrocarril. Hampshire.
Paxton: accidente de tráfico. Birmingham.
Pomfret: ahogado yendo en barca. Yarmouth.

—Gracias —dijo Lucas, sin apartar la vista de Anthony—. Y ahora las fechas. Creo que el último accidente tuvo lugar hace unos siete meses...

—Ocho —puntualizó Firth—. Robert Moretón.

—Y el primero ocurrió hace cuatro años...

—Casi cinco. Sir Francis Pomfret...

Lucas dejó el cigarro en el cenicero.

—Bien, escúcheme, Gethryn —pidió—. En primer lugar, las estadísticas están en contra de su teoría. Estas seis muertes abarcan un período de cinco años, repartidas por todo el Reino Unido. Como porcentaje de las muertes ocurridas por accidente durante esa época, y en Inglaterra, el tanto por ciento contra el total resulta un número infinitesimal.

Aguardó una objeción y al no llegar continuó:

—Segundo, aunque todavía no ha tenido la osadía de decirlo, lo que pide que crea es que se trata de una confabulación de asesinatos en masa, de tal magnitud y tan sin motivos, que ni Hollywood lo aceptaría. ¡Ni que se tratara de una Sociedad de criminales comunistas!

Firth se movió inquieto en su silla.

—Es gracioso que usted diga esto —destacó—. Porque Adrian también mencionó a los comunistas. Cuando insistí, me aconsejó que no me dejase embaucar por la ridícula idea de que se tratase de una conspiración... roja, fascista ni de otro partido.

—¿Dijo esto? —intervino Anthony incisivamente—. ¿Dijo algo más?

—Sí, que era algo muy «importante». Pero también empleó el adjetivo «extraño». Me hizo el efecto de que pensaba que nadie le creería hasta tener más pruebas... más datos.

—El pobre diablo se le adelantó, Lucas —se burló Anthony—. ¡Usted, sus estadísticas y sus magnitudes sin motivo! Lo único cierto es que usted no halla ninguna explicación...

—¿Y usted? —le atajó el aludido, secamente.

—¿Cómo puedo saberlo? Pero no me importa ensayar. Personalmente, me gustaría cerrar la puerta de todos los establos antes de que hayan salido los caballos.

—¡Por favor, no! —gruñó Lucas—. Una vez ya escuché su sermón dedicado a los policías... ¿Una vez? ¡Un centenar de veces!

—Bueno, Gethryn —intervino Firth de pronto—. Adrian me comunicó algo más. Después de asegurarme que no se trataba de ninguna conspiración comunista ni fascista, hizo una observación un tanto rara. Dijo: «Es un pecado más viejo que la política.»

Lucas volvió a levantar su cigarro.

—¿No es posible que Messenger dejase que se desbocase su imaginación?

—¿En vez de dedicarse a las estadísticas? —sonrió Anthony—. Sin embargo, puesto que a usted le gustan tanto las cifras, voy a espetarle algunas. Sumemos al propio Messenger y tenemos siete hombres, de once, muertos por accidente. ¡Amigo, esto hace un poco más del sesenta y tres por ciento, de la lista! Ya sé que usted necesita algo más para conceder su atención a este asunto. Supongamos, por ejemplo, que cuando Firth reúna el resto de los informes, descubrimos que un par más ha fallecido por accidente. ¿Qué pensará entonces? ¿O necesita usted un cien por cien... o nada?

Firth empezó a reír, pero recompuso su semblante al observar la grave expresión de Sir Egbert Lucas. Su rostro parecía solemne desde la imperturbable barbilla a sus sienes olímpicas.

—Veamos —dijo Sir Egbert Lucas lentamente—. Una muerte más daría un setenta y tres por ciento... —calló un momento—. No creo que encontremos ninguna muerte más por ahora, pero si no fuese así... —vaciló de nuevo—, si no fuese así... supongo que tendría que saltar la valla y ponerme a su lado... —dio una larga chupada a su cigarro y se envolvió en humo. Luego, empujó su silla hacia atrás.

—Cambiemos de tema —propuso—. Y de escenario. Tomaremos el coñac arriba.

Atravesaron en toda su longitud la caverna del «Chatham», y salieron al vestíbulo. Estaban dando un rodeo innecesario en torno al monstruoso bronce de William Pin el Menor, cuando Firth murmuró:

—Sigan ustedes. Me reuniré con ustedes dentro de un instante.

Luego desapareció.

Transcurrieron cinco minutos largos antes de que se les juntase de nuevo frente a la enorme vidriera de lo que todavía llaman la estancia Melville. Se deslizó en un sillón y aceptó el coñac, esperando a que Lucas terminase de contar una anécdota.

—Acabo de llamar al Yard —explicó—. Me acordé de que los informes siempre llegan de Escocia hacia las nueve de la noche.

—¿De Escocia? —Lucas parecía aturdido.

—Pensé que podría haber algo de Edimburgo.

—¿Edimburgo? —repitió Lucas, más aturdido aún.

—Sería un crimen de lesa majestad —terció Anthony, sonriendo

—, pero a veces me encantaría pegarle un puntapié en el trasero. Se refiere a Ian Dalkeith, Sir Egbert. El número tres de.

—Exactamente —asintió Firth, mirando a Lucas con deliberación —. Bien, creo que les gustará enterarse de que Ian Dalkeith ha muerto.

Hizo una larga pausa y añadió:

—Supongo que habrán leído lo referente al accidente ferroviario de West Highlands hace un par de años. Un tren escocés descarriló. Murieron quince personas… y Dalkeith se contaba entre ellas.

Por tanto lo que había empezado como una discusión académica de las Probabilidades ter minó como una conferencia de los Modos y los Medios; y no en el «club Chatham», sino en Scotland Yard. Lucas, cuando saltó al otro lado de la valla, lo hizo con todo el ímpetu necesario, al menos por el momento, llegando a dejarse transportar a Whitehall en el «Voisin» nuevo, con su dueño al volante.

En el cuartel general de la Policía Metropolitana de Londres había poca diferencia entre el día y la noche, y la súbita llegada del jefe de la Brigada de Investigación Criminal, acompañado por su nuevo ayudante y por la familiar figura de Anthony Ruthven Gethryn, no provocó ninguna extrañeza, excepto entre los miembros del C.I.D., donde los mismos se pusieron una faja en torno a las caderas, metafóricamente hablando, y se sentaron un poco más rígidamente en sus asientos.

Pero Lucas se instaló pesadamente en el suyo, con el ceño fruncido, sin mirar nada en particular.

—Bien —exclamó—. ¿Cuál ha de ser nuestro primer movimiento en este extraño asunto?

—Requerir la ayuda de un buen policía —puntualizó Anthony. Había apartado las cortinas de la ventana y miraba pensativamente hacia el Támesis.

Frunciendo el ceño, Lucas levantó uno de sus teléfonos.

—Aquí, Lucas —anunció—. ¿Está ahí el superintendente Pike?.. Ah, bien… Díganle que deseo verle.

Anthony dio media vuelta.

—¿Sabe algo Pike de este caso? —preguntó.

—Lo mismo que yo cuando empezamos a cenar esta noche. Discutió el asunto conmigo y con Firth antes de llamarle yo a usted esta mañana.

—¿Y qué piensa?

Lucas se encogió de hombros.

—No quiso dar su opinión —repuso Firth. Procedente del hogar, donde estaba de pie, se acercó a la mesa y se acomodó en el brazo de un sillón—. Dijo que prefería saber antes qué pensaba usted.

—Gethryn y Pike forman como una sociedad de mutua

admiración, Firth —sonrió Lucas.

Hubo una llamada a la puerta y apareció Pike.

—¿Deseaba verme, señor? —se dirigió a Lucas, inclinando la cabeza para Firth y estrechando la mano de Anthony, al tiempo que una amplia sonrisa iluminaba su cara.

—Se trata del asunto de Adrián Messenger, Pike —le explicó Lucas—. Ha ocurrido algo nuevo.

—De acuerdo —repuso Pike plácidamente—. Ya supuse que quería verme para esto.

—¿Sí, eh? —Lucas le miró con cierta aspereza—. ¿Puedo preguntarle si también ha adivinado que el señor Gethryn estaría de acuerdo con el general Firth? ¿Y que yo tendría que ponerme de su parte?

—Pues... sí, señor. Especialmente, después de enterarme del informe de Edimburgo. Creí que un setenta y cinco por ciento ya era demasiado para tratarse de una simple coincidencia.

—¡Setenta y tres, maldita sea! —rectificóle Lucas. Luego, al ver que Anthony reía y Firth tosía discretamente, sonrió a su vez—. Está bien... Coja una silla, Pike, y tome parte en la conferencia.

Cogió un lápiz y empezó a trazar líneas sobre el secante de su mesa.

—¿Alguna idea o sugerencia de por dónde hemos dé empezar? —miró a Anthony, sentado ahora en el alféizar de la ventana—. ¡Y no me refiero al principio del asunto! Porque, desde nuestro punto de vista, no hay ninguno.

—Creo que deberíamos hacer algo, señor —sugirió Pike, tras aclararse la garganta—. Inmediatamente. Debemos comprobar los datos referentes a los otros tres miembros de la lista. Porque si todavía hay alguno con vida, se halla en peligro. Y habrá que avisarle. Y protegerle —miró a Firth—. En realidad, general, no podemos mostrarnos diplomáticos.

—Tiene razón, superintendente —asintió Firth.

—Naturalmente —el ceño de Lucas había desaparecido—. ¿No hay nada más, Pike? Además de avisar y proteger a los supervivientes de los diez, habrá que interrogarles. Preguntarles qué les une o enlaza a los demás nombres. Y entonces quizá tendremos ya un punto de partida.

—Sí, señor. Aunque esto tal vez podría esperar.

Pike estaba ya de pie, pero de pronto vaciló al observar la mirada que le dirigieron desde el otro lado de la estancia.

—Un momento —Anthony estaba ahora frunciendo el ceño—. Creo que estamos pasando algo por alto —se incorporó y aproximóse a la mesa—, debido al hecho, oh, perdóneme, Firth, de que la Brigada no se enteró del motivo que Messenger tuvo para desear realizar las

pesquisas respecto a los diez hombres de su famosa lista, y por esto nos hallamos en la más absoluta oscuridad sobre este punto tan importante. Bien, si alguno o los tres sujetos restantes siguen con vida, no podemos estar seguros de que uno de ellos no sea el responsable de la eliminación de los demás.

Calló, paseando su mirada en torno a los tres oyentes.

Lucas, con un respingo, volvió a trazar líneas mientras reflexionaba. Pike se frotaba enérgicamente la barbilla.

—¡Dios mío! —exclamó Firth, con los ojos muy abiertos—. ¡No se me había ocurrido!

—¿Y comprenden los corolarios? —inquirió suavemente Anthony, dejándose caer en una butaca—. Si cualquiera de los tres está con vida, la última cosa que hemos de hacer es dejarles ver ni la sombra de un policía. Ciertamente, hemos de vigilarles, protegerles incluso. Pero desde una discreta distancia. Ninguno de ellos ha de entrar en sospechas de que los accidentes han despertado la alarma entre la Policía. Porque, si uno de ellos es el culpable, nuestras sospechas lo alertarían. Y entonces, sólo tendría que eclipsarse para que jamás lo atrapásemos.

Lucas soltó el lápiz antes de hablar:

—Creo que comprendo su punto de vista. Pero también entiendo otras cosas. La mayoría, negativas —parecía amargado—. ¿Cómo diablos descubriremos el lazo que une a esos diez hombres, si no podemos interrogarles? Y si averiguamos cuál es ese lazo, no podremos encontrar ningún motivo para los asesinatos. Y si no descubrimos el motivo…

—¡Frene, eh, frene! —le cortó Anthony, con una evidente falta de respeto—. No dije que nunca podríamos interrogarles. Dije que no podíamos hacerlo ahora —de repente se echó a reír, al ver que Pike se movía con inquietud—. Es el viejo problema. Como de costumbre.

—¿De qué demonios habla ahora? —se enfureció Lucas—. ¿Qué tiene esto de gracioso?

—Bueno… Pike piensa por qué no averiguamos si alguno de los tres sigue con vida. Antes de preocuparnos más.

—De acuerdo, Pike… y Anthony —musitó Lucas.

Sonriendo, Pike se puso de pie.

—No se preocupe, señor —le expresó a Anthony—. No les pondremos ninguna sombra…

Al instante desapareció.

Cuando se marchó hubo un profundo silencio. Anthony encendió un cigarrillo. Firth empezó a pasearse por la estancia. Lucas cogió de nuevo su lápiz y levantó la vista al techo.

De repente, el lápiz quedó partido en dos entre sus dedos y tuvo un sobresalto, recogiendo luego los pedazos del lápiz para arrojarlos a

la papelera.

—¡Bien, pues todavía no puedo tragarlo! —refunfuñó—. No me importan las leyes del porcentaje, no puedo tragarlo y no comprendo por qué ustedes, amigos, lo aceptan sin más ni más. Lo que me piden es que crea que un ser humano, o una combinación de seres humanos, no sólo han gastado cerebros, o células cerebrales, dinero y tiempo durante cinco años para asesinar a ocho hombres, sino que a sangre fría han asesinado al menos a otros cincuenta en el mismo proceso. Ni suponiendo que la Mafia tuviese aquí una representación, podría aceptar esta idea...

—No es ninguna combinación, Lucas —Anthony estaba plácidamente sereno—. Ni de ninguna sociedad. Como sabría usted si hubiera leído alguno de los libros de Messenger.

—Los he leído —declaró Lucas—. Bueno, los dos —no estaba muy suave—. Pero ¿qué diablos tienen que ver con lo que estamos hablando?

—Sus libros demuestran que era muy inteligente, que no era ningún individuo histérico, y que conocía nuestro idioma. Y que hay que sumar estos tres factores a las tres cosas que le contó a Firth —Anthony fue enumerándolas con los dedos—. Dijo que era un «asunto importante». Que era «extraño», implicando «difícil de creer». Y, finalmente, afirmó que no se trataba de ninguna conspiración —miró a Firth—. ¿Estoy en lo cierto?

—Por completo.

—Sugiero que se fije en la palabra «conspiración», Lucas —prosiguió Anthony, presionando a su amigo—. Verá que queda definida así: «Un acuerdo, una conjura, entre dos o más personas, para cometer un acto ilegal». Un hombre tan cuidadoso de sus palabras como Messenger no podía emplear un vocablo que significara otra cosa. Por tanto, cuando manifestó que no se trataba de ninguna clase de conspiración, quiso decir esto exactamente.

—¿O sea, que este holocausto es sólo obra de un hombre?

—O de una mujer —le rectificó Anthony—. Aunque muy improbable, la mujer entra dentro del cálculo de probabilidades.

—Una persona, ¿eh? —Lucas parecía un león enjaulado—. ¡A enfrentarnos con lo más increíble de todo, con el Napoleón del Crimen! —Lucas se mostraba sarcástico—. ¡Conozcan al profesor o a la profesora Moriarty! ¡Estrechen la mano del doctor o la doctora Fu Manchó!

Anthony sonrió, pero su sonrisa no tardó en desvanecerse.

—Comprendo sus sentimientos, pero no estoy de acuerdo.

Se puso de pie y fue hacia la ventana, retrocediendo de nuevo, caídos los hombros y las manos hundidas en los bolsillos. En su enjuto rostro, los ojos verdes parecían desacostumbradamente oscuros.

—A mí me parece —añadió lentamente— que nos hallamos frente a algo mucho peor que cualquier villano de novela de bolsillo. Y mucho más peligroso. Se trata, precisamente, de un tal señor Smith-Brown-Jones, un tipo desconocido, vulgar y corriente, un miembro respetable de nuestra población.

Al fijarse en el rostro de Anthony, Lucas calló.

—¿Significa esto que ya ha abandonado su primera teoría, Gethryn? —preguntó Firth—. La de los tres hombres que quedan en la lista.

—Apenas es una teoría, ¿eh? Si mal no recuerda, yo hablé en tiempo condicional —Anthony estaba de nuevo junto a la ventana—. Dije que si uno de los tres estaba con vida, o los tres, debíamos proceder con cautela, porque uno de ellos podría ser nuestro hombre —volvió su mirada hacia el Támesis—. Pero creo que es altamente improbable. Una lista con las tres cuartas partes de sujetos asesinados podría contener el nombre del asesino solamente en su última cuarta parte. Pero hay cien probabilidades contra una de que sea así.

—¿Dónde estamos, entonces? —quiso saber Lucas.

—En suspenso —replicó Anthony, regresando a su asiento y arrellanándose en él—. Y también sentados y aguardando.

La espera, que en conjunto duró hasta la medianoche, se vio interrumpida por dos visitas del superintendente Arnold Pike.

En la primera, a las once y cuarto, manifestó que según su amigo el inspector Evans, de la Policía de Cardiff, Percy Bainbridge llevaba ausente de su casa, en aquella ciudad, casi un año. Se ignoraba su paradero actual, pero habría más detalles.

—Bien, bien... —Lucas estaba pensativo—. Al menos, éste no ha muerto oficialmente.

—El primero de los ocho —recordóle Anthony—, o de los nueve, si se cuenta a Messenger.

Siguieron aguardando. Hasta que a las doce menos diez minutos volvió a presentarse Pike por segunda vez.

Traía noticias del último sujeto de la lista. El sujeto era J. Slattery, del número 12 de Pope Terrace, Twickenham. Y J. Slattery, al parecer, se hallaba a salvo en su hogar, en su cama, sin ningún problema...

Lucas se irguió al momento.

—¡Ya son dos! —exclamó, enarcando mucho las cejas.

Anthony le contempló con mirada maliciosa.

—¡Un pequeño dieciocho por ciento! —le recordó—. Lo cual tiene poca importancia.

Que, excepto algunas observaciones burlonas, fue la única frase pronunciada hasta que Pike regresó a las doce y veinticinco minutos.

Traía consigo un informe del último de los diez, Claude Ormiston,

un hermano lego de la Orden de San Botolf.

Al parecer, unos meses antes, Ormiston había sido trasladado de su Retiro de la Hermandad en Cornualles a otro más reciente de las cumbres de Cumberland. Un día, seis semanas después de su llegada allí, salió a realizar una comisión, y al no regresar, una partida de rescate fue en su busca, encontrando su cadáver al amanecer, en las proximidades de una granja solitaria, en medio de los montes. Había quedado aplastado bajo las ruedas de una camioneta que, por una trágica casualidad, había descendido resbalando desde el lugar donde quedara estacionada la noche anterior.

Lucas no despegó los labios, fue Anthony quien rompió el silencio.

—¡Muerte para el noveno! ¡Nueve de once, Lucas! O sea, un porcentaje del ochenta… del ochenta…

Eran ya las doce y treinta y siete minutos, y el Big-Ben había dejado oír las campanadas de la media hora por la calle. Lucas había capitulado. Por completo.

—De acuerdo —suspiró—. ¿Por dónde empezamos?

—Por nuestro amigo policía —replicó Anthony, mirando a Pike—. ¿Qué hemos de hacer?

—Muchas cosas, señor —contestó el aludido, mirando a Lucas—. Será una tarea difícil.

—Con muchos hombres —indicó Lucas—. Y con dinero.

—Sí, señor, eso temo —corroboró Pike—. En cierto modo, el más importante es Slattery. Pero ya hablaré luego de él, si me perdonan —hizo una pausa para 108 reflexionar—. Aparte de él, debemos tomar tres decisiones principales, y cuanto antes mejor. Primera, quiero obtener los informes completos de todos esos accidentes, de las fuerzas locales de Policía, junto con la opinión personal de los inspectores implicados en cada caso. Luego, respecto a Percy Bainbridge, que ha desaparecido de su hogar, deseo que Evans efectúe una encuesta lo más completa posible, para saber qué ha sido de él. Y, por fin, necesito detalles, también de las fuerzas de Policía locales, de todos los parientes vivos de los difuntos, a fin de poder preguntarles si saben algo respecto a los otros tipos de la lista. O del Mayor Messenger. No creo que deba decirlo —añadió, tras una breve pausa, y mirando fijamente a Lucas—, pero esto costará bastante trabajo. ¡Seguro!

—La vieja historia —suspiró Lucas—. Pocos muchachos. Y poco dinero —se volvió hacia Anthony—. ¿Alguna sugerencia?

—Una, aunque la juzgue superflua. Pike, al decir usted que deseaba un informe de todas las muertes, supongo que ha querido indicar que, en los casos más recientes, tratará de investigar más a fondo, ¿verdad? Para ver si podemos localizar en qué dirección se

mueve el asesino.

—¡Naturalmente, señor! —Pike parecía resentido—. Naturalmente.

—¡Mea culpa! —sonrió Anthony—. Lo siento. Pero, respecto a esos informes, necesito algo; algo que usted ni siquiera ha insinuado. Necesito saber si alguno, o todos, los nombrados en la lista sirvieron en nuestras fuerzas durante la última contienda mundial. Y quiero saber, específicamente, en qué unidades y de qué fuerzas. Asimismo, dónde sirvieron, geográficamente. Si hay que buscar un nexo de unión entre once hombres en nuestros días, creo que lo más acertado es...

No tuvo necesidad de continuar. Porque Pike se dio un palmetazo en las rodillas y Firth exclamó:

—¡Claro está! —con gran asombro.

—¿No se avergüenza, Gethryn —repuso Lucas—, de tener siempre razón en todo?

—Bueno, algunas veces —rió Anthony.

—Bien, no ponga sal en las heridas —le suplicó Lucas—. De acuerdo, Pike se cuidará de todo esto. ¿Algo más?

—Varias cosas. Primero, me gustaría saber qué ha averiguado el Departamento Especial respecto a la supuesta bomba en el avión.

—Acaba de decir «supuesta» —quejóse Lucas—. De todos los presentes, usted debiera dar por seguro que se trata de una bomba.

—Seguro, no. Sólo un noventa y nueve por ciento de probabilidades. Bien, usted ya está completamente convencido de que un criminal anda suelto. Yo, en cambio, puedo manifestar que al menos una, o tal vez dos, de las muertes reportadas, pueden deberse a accidentes auténticos. Satán, ayudando a los suyos.

—¡No! —Lucas se golpeó la frente con una mano—. ¡Por favor, tenga piedad! Bien, hablemos de la bomba. El Departamento Especial y el E. A. L., y el comité de la Cámara... todos están convencidos de que hubo una. Creen en las palabras de ese periodista, St. Denis.

—¿De veras? —Anthony se mostró pensativo—. Precisamente, pensaba en él.

—¡Cómo disfruto con esa mirada intrigada que muestra usted! —Lucas se frotó las manos—. Bien, tengo que contárselo. Raoul St. Denis es muy conocido en el Departamento Especial. Y aún más en el Ministerio de la Guerra, especialmente en el Departamento de Inteligencia.

—De acuerdo —se inclinó Anthony—. ¿Quién es Raoul, qué es y por qué todo Whitehall cree en él?

—Es un periodista que goza de muy buena reputación en el Continente, como usted ya sabrá —Lucas continuaba encantado—. Pero hace unos años perteneció a las Fuerzas de la Resistencia francesas, siendo el mejor experto en explosivos. Creo probable que

usted hubiese estado en correspondencia con él en aquella época. Su nombre de guerra era Ajax.

—¡Maldita sea! —recordó Anthony—. No sólo estuve en correspondencia con él, sino que llegamos a hablar, por onda corta, varias veces...

—Naturalmente —continuó Lucas—, esto es confidencial. Lo he mencionado solamente para demostrarle por qué han aceptado con tanta facilidad su creencia en una bomba. Pero en lo tocante a quién la colocó o cómo, no se sabe nada.

—No, no —expresó Anthony—, es muy natural. Esto nos toca a nosotros.

Cayó en un profundo silencio.

—¿Qué más, por favor? —le rogó poco después a Lucas.

—J. Slattery —Anthony miró a Pike—. No le hemos dado tiempo de volver a referirse a él.

—Gracias —Pike se inclinó adelante—. Naturalmente, hay que abordar a Slattery por la vía directa, a fin de poder interrogarle respecto al otro nombre de la lista —le sonrió a Anthony—. Aunque quien le aborde no debe ser reconocido por él como policía. Por tanto, tendremos que enviarle un tipo inteligente... —miró a Lucas con buen humor y cierta aprensión.

—¡No! —Lucas aporreó la mesa escritorio—. Usted lo sabe, Pike. Por favor, hombre... ¡No podemos ignorar los Reglamentos!

—No, señor —asintió Pike, dubitativo, aunque guiñándole un ojo a Anthony.

—¿Quiere que yo proporcione el *agent provocateur*? —preguntó éste—. Oiga, Lucas, mejor dicho, no escuche. ¿Qué tal Flood, Pike? ¿O Dyson?

—Flood, señor —asintió Pike, feliz.

—De acuerdo —Anthony consultó su reloj—. Esta noche ya no es posible hacer nada. Pero será lo primero que haré mañana por la mañana.

—No he oído nada —rezongó Lucas, mirando también su reloj—. Ha terminado, ¿verdad, Gethryn?

—Con usted y con Pike, sí —repuso el nombrado, tendiendo la mirada por la sombría estancia—. Y, si me perdona, añadiré que no me gusta este ambiente —dirigió la vista hacia Firth—. Necesito dos o tres cosas más. Por este orden: dos o tres copas, y toda la información personal que pueda usted darme sobre Adrian Messenger...

En su estudio de Stukeley Gardens, Anthony sirvió las copas y formuló las preguntas. Firth proporcionó la información, Esta se reducía a lo esencial, o sea, que Adrian Messenger siempre había sido, si no misterioso, al menos bastante reservado; que era hombre de

pocos amigos de confianza, si es que tenía alguno, pero que, según todas las probabilidades, Jocelyn Messenger, su cuñada viuda, era la que podía haber actuado como confidente; que cuando le entregó la lista a Firth, seguramente sabía ya que, por lo menos, uno de los diez hombres había sido asesinado, como atestiguó su falta de interés cuando Firth le preguntó si deseaba las nuevas señas de los que podían haberse mudado de casa; que ei motivo ostensible de su viaje a América había sido «un asunto de familia», y, finalmente, que llevaba casi un año trabajando en una nueva obra, pero que se había negado a discutir con nadie del tema.

Terminaron después de las dos y media, y Anthony, sin hacer caso de las protestas de su invitado, le acompañó en su coche a sus habitaciones del «hotel Wadlaw».

Las calles estaban casi desiertas, y el «Voisin» efectuó el breve recorrido desde Knightsbridge en un tiempo récord, finalizando con una amplia curva en torno a la estación del Metro de la plaza de Gloucester, que les dejó a la entrada del hotelito. detrás de un taxi, cuyo pasajero estaba abonando la carrera.

Firth saltó del auto y cerró la portezuela del «Voisin» agachándose para mirar por la ventanilla.

—Muchas gracias —sonrió—, y me refiero a todo. Sobre todo por haberse tomado este asunto en serio —iba a alejarse, pero retrocedió para lanzar su última observación—. Mañana por la mañana le llamaré para darle esas señas. A las diez.

Sacando la llave que el «hotel Wardlaw», donde residía, entregaba a los huéspedes permanentes, subió los peldaños detrás del pasajero del taxi. Vio que el tipo buscaba con la vista el timbre para el conserje nocturno, y reconoció en él al simpático americano del tercer piso.

—No se preocupe —le dijo—, yo tengo una llave.

Y adelantándose, abrió la puerta del mal iluminado vestíbulo.

—Oh, gracias —murmuró el americano—. Muchas gracias —sonrió agradablemente—. No suelo venir tan tarde.

Penetraron juntos en el ascensor.

—Bueno, usted está en el tercer piso, ¿verdad? —preguntó Firth, amablemente.

El americano asintió, sonriendo siempre y sin hablar. Firth estaba bien impresionado. ¡Un americano que economizaba saliva! Le dio las buenas noches al salir del ascensor y se olvidó de él. Para siempre, porque no volvió a verlo nunca más.

Porque aquélla fue la última noche que el señor Hoag de Detroit estuvo en el «Wardlaw». Al día siguiente, en Birmingham, se convirtió en el señor Bronson, de Vancouver. No sabía —y de haberlo sabido no le habría preocupado demasiado— que unas horas antes, en uno de los sancta sanctorum de Scotland Yard, lo habían rebautizado como

3

Raoul Pierre Etien Anne-Marie St. Denis estaba aburrido. Tremendamente aburrido.

Estaba sentado, muy incómodamente a causa de sus costillas rotas y el enyesado en torno a las mismas, en un confortable sillón de una confortable sala del segundo piso del Hogar Burton-Maxwell, de la calle Welbeck. Contemplaba. con una absoluta falta de interés. la escritura de las páginas apoyadas en el ingenioso aparato situado frente a él. Este aparato, como un atril, se hallaba atornillado a los brazos de su sillón, mirándole como un malicioso robot.

Le fastidiaba aquel aparato, como si se tratase de una persona antipática. Admitía que le había ayudado a utilizar su pluma sin dolores en las costillas; admitía que sin él no habría podido terminar el final de su *Portrait d'un Brandon Anglais*, cuyo subtítulo era *La Panachure d'Ethelred Devvins*, con lo cual aún se habría sentido más aburrido; lo admitía todo, pero seguía molestándole el aparato.

Y le disgustaba estar en el hospital, incluso en uno de tanto lujo. Lo cual le llevaba a sentirse molesto con sus propios colegas, puesto que de no haber sido por la insistencia de sus confrères ingleses, habría podido regresar a su pisito de Chelsea, arrendado aún por otros dos meses, dejando que las costillas se soldasen por sí solas.

Pero lo que más le disgustaba eran los oficiales, a los que él llamaba los inquisidores. De todos modos, no habría podido huir de ellos. Y, pese a saber que no era culpa suya que le molestaran tan a menudo, seguían fastidiándole.

—Usted afirma que se trataba de un explosivo, *Monsieur*. ¿Por qué?

—Usted declara que la explosión tuvo lugar en el compartimiento de los equipajes. ¿Sabe dónde estaba situado dicho compartimiento en ese avión?

—*Monsieur*, ¿podría darnos una pista respecto al tipo de explosivo empleado…?

—*Monsieur*, ¿está seguro?

—*Monsieur*, ¿podría indicarnos…?

—¿Vio algo, *Monsieur*? ¿Oyó algo, *Monsieur*? ¿Sintió algo, *Monsieur*?

Alto y con *fuoco* expresó sus sentimientos respecto al país y sus habitantes. Desatornilló un costado del robot y lo apartó del cuerpo del sillón, y con las debidas precauciones se puso de pie. Fue hacia la ventana y contempló el inefable barrizal de la calle Welbeck, más deprimente que de ordinario dada la ausencia de luz que sólo un

helado día de noviembre londinense puede hacer pasar por luz del día. Con la mano izquierda —porque mover la derecha podía provocar una protesta de sus costillas— buscó un paquete de Caporal y un encendedor en el bolsillo de su batín.

Fumó y avizoró la calle Welbeck, con poca simpatía. Llevaba puesto un elegante batín de seda blanca sobre el pijama. Un batín con un dragón escarlata bordado en la espalda. Un batín de Saigón que (más porque le gustaba, que en recuerdo de quien se lo regaló) usaba con preferencia a los demás, desde que lo tuvo en su poder.

Oyó la puerta a sus espaldas y conoció quién había penetrado en la salita por el ruido de los pasos: un giro rápido del picaporte, casi inconfundible, seguido de un crujido de ropas almidonadas. Con suma cautela, a causa de sus costillas, volvióse para ver a la enfermera de día. Tal como había esperado.

Se llamaba Bottsford, apellido muy feo. En cambio, la joven no lo era, con su piel rubia y ese aspecto vagamente equino de tantas mujeres inglesas, especialmente las de tipo celta y cabello oscuro. Sin embargo, era casada, carecía de humor y tenía la creencia de tantos sajones de que todos los galos estaban firmes en su determinación de seducir y violar a todas las mujeres que veían; una esperanza y un temor que, aunque procuraba disimularlo, coloreaba cada palabra o acción de la joven cuando estaba en presencia de Raoul.

El joven periodista ahuyentaba su aburrimiento y hallaba cierto placer asustando a la enfermera. Por tanto, cuando ésta apareció le sonrió y se apartó de la ventana, yendo hacia ella.

—Parece imposible, Gwendolyn, pero cada día que pasa la encuentro más hermosa...

El «Gwendolyn» era nuevo; sólo por casualidad había oído el nombre ayer. Vigiló el efecto al cogerle la mano y llevarla a sus labios, sintiéndose ligeramente avergonzado. Ella enrojeció (esperanza) y apretó los labios (miedo), luego retiró la mano.

—No sea tonto —rezongó—. Tiene usted una visita.

—¿Sólo un Torquemada? —Raoul estaba verdaderamente asombrado. Hasta ahora, los inquisidores siempre habían acudido en manadas, o de dos en dos o de tres en tres.

—No sé lo que dice —observó la enfermera—. Es una dama. Una tal señora Messenger.

El periodista frunció el ceño. Aunque apenas había leído los periódicos, sabía que Messenger era el apellido del individuo que él había atado al cajón con sus propios tirantes. Por tanto, debía tratarse de su viuda. Bien, tenía que recibirla.

—De acuerdo —suspiró, y se dirigió a la mesa que estaba cerca de su sillón, aplastando la colilla del Caporal en un cenicero.

Cuando dio media vuelta estaba solo. Esperó, buscando frases de

condolencia en su cerebro, y una descripción de Messenger no excesivamente penosa, tal como le viera antes de su muerte.

Tuvo que aguardar unos diez minutos, según le pareció, aunque quizá sólo fuesen tres. Luego hubo una llamada a la puerta, el vislumbre de un puño almidonado y la voz de «Gwendolyn»:

—La señora Messenger…

En la fracción de segundo antes de que apareciera su visitante, algo pasó por la mente de Raoul. Una premonición. Algo tremendo, algo de vital importancia para él. Una sensación fantástica, sumamente incómoda…

Después, ella estuvo en la sala, cerrando la puerta a su espalda. Era muy alta, casi tanto como él. Pero la estatura no importaba; se desvanecía ante la perfecta proporción del resto de su persona.

Raoul comprendió que debía avanzar y saludarla, pero no pudo moverse. Era extraordinario y un poco ridículo… pero no pudo moverse. Empezó a decir algo, mas la frase le salió en francés y calló antes de acabar. El cabello de la joven era como hilado en oro, auténticamente natural. Sus ojos eran muy azules bajo las oscuras cejas. Y su piel había captado el sol que no lucía en Londres. Era del color de la miel, y Raoul intuyó que era espesa y suave, fría y con el debido calor subyacente.

La muchacha llegó a un metro de Raoul. Este pensó que iba a alargarle la mano, pero no fue así. Dijo sólo algo con los nombres «Messenger» y «Jocelyn» entremezclados, y luego el nombre del periodista.

Este recordó algo de inglés.

—¿Qué tal? —completamente ridículo. Como un perro ladrándole a la luna.

—Le agradezco que haya accedido a verme —susurró ella. Su voz era profunda, cálida, con cierta cualidad jadeante, maravillosa.

—¿Gracias? —repitió él—. De nada —no era muy bueno, pero no podía hallar las palabras más adecuadas. Con el gesto indicó una silla sin ningún robot—. Por favor tome asiento…

La joven fue hacia la silla. Raoul vio sin verlo, que llevaba una chaqueta de lana y una falda, no nueva, pero de buen corte, con un pañuelo de seda casi del color de sus pupilas, anudado a la garganta. Sobre su brillante cabellera tal vez hubiese un sombrerito. Pero no estuvo seguro, ni entonces ni después.

Ella le miró, con los ojos fijos como en profunda concentración.

—Yo… yo vengo en calidad de embajadora de la familia de Adrian Messenger, señor St. Denis —pronunció el nombre con cuidado, aunque con un ligero acento.

Raoul no quería mirarla. Alargó la mano derecha y cogió una silla pequeña… y sus costillas replicaron como un ataque a la bayoneta.

De sus labios surgió un leve sonido, rápidamente reprimido. Un sonido ridículo, medio gruñido, medio quejido. Se sintió extraordinariamente necio y colocó la silla delante de la de la joven, esperando fervientemente que ella no le demostrara su compasión.

No se la demostró. Ni dio señal alguna de haberle oído; esperó, mirándole con extraña determinación. Esto empezaba a preocuparle, por si acaso se trataba sólo de un acto de cortesía.

—¿Una embajadora? —inquirió vacilante—. ¿De la familia?

—Sí. Principalmente de su madre, que está en América. Y también de tu tía-abuela de aquí. Y de sus primos.

—Entonces —balbució Raoul—, usted… no es su… —no se acordaba de la palabra inglesa equivalente a *veuve*—. ¿No era usted la esposa del señor Messenger?

—Oh, no… Lo siento. Debí presentarme mejor —la mirada seguía fija en él—. Adrian Messenger no estaba casado. Yo soy su cuñada, la viuda de su hermano. Mi esposo era Bernard Messenger. Murió en Libia.

—Entiendo, *Madame* —Raoul mantuvo con dificultad su voz grave—. Mis condolencias…

Ella respondió con formalidad y hubo una pausa. A Raoul no le importaba el silencio. No le importaba en tanto ella permaneciese con él en la salita. Pero intuyó la inquietud de la joven y quiso aliviarla.

—¿Un cigarrillo? —le ofreció, sacando t. paquete de su bolsillo y mirándolo. De repente se dio cuenta. —¡Zut! Me olvidaba. Con el tabaco no reparo en nada. Para fumar este hay que tener la garganta de un borne —el inglés volvía a fallarle.

La joven abrió su bolso y extrajo un paquete de cigarrillos, tan arrugado como el de los Caporales, aunque de color amarillo.

—Los míos son iguales, pero la edición inglesa —explicó.

Le enseñó el paquete, sonriendo por primera vez.

Aquella sonrisa le dejó sin respiración. Y aunque devolvió la sonrisa, quizá sólo estuvo mirando. No lo supo jamás. Se sentía *gauche* como un escolar, odiándose por esto. Especialmente cuando la sonrisa de la joven se desvaneció y apartó la mirada. Estaba sacando un cigarrillo de su paquete, mas Raoul sabía que esto era sólo una excusa. El encendedor le pesó mucho en la mano cuando se lo acercó al cigarrillo.

—Lo que me pidió la familia que hiciera ante todo, señor St. Denis —murmuró ella—, fue darle las gracias. Por lo que usted trató de hacer… por lo que hizo… Quieren demostrarle su gratitud… que sepa cuán agradecidos le están…

—La entiendo, *Madame* —replicó él rápidamente, viéndola un poco azarada—, del todo. Es una mala suerte que no nos conociésemos antes.

Los ojos volvían a mirarle. Pero en ellos no había ni un leve rastro de sonrisa.

—La señora Messenger… la madre de Adrian, quiere saber una cosa. Me habló por teléfono… desde Nueva York. Oh, está enferma y no puede viajar. Quiere saber, y yo le prometí preguntárselo a usted, si Adrian conservó el conocimiento hasta el final. Si dijo algo que pudiese interesarle…

Raoul escuchaba las palabras sólo con la tercera parte de su cerebro. Las otras dos estaban ocupadas con aquella mirada y su significado. Porque no conseguía descifrarla. Volvía a ser un estudiante y no sabía leerla.

—El señor Messenger habló —explicó—. Pero tenga en cuenta que estaba malherido. Gravemente herido, de una herida en la cabeza. Sus palabras no tenían sentido, deliraba…

—Ya… —balbució ella—. Pensé que ésta sería la respuesta. O que no había nada en absoluto…

Su voz decayó en el silencio; alargó la mano hacia el cenicero y dejó caer su cigarrillo dentro, sólo a medio fumar. Luego, levantó el bolso de su falda con una mano, posando la palma de la otra en el brazo de la butaca.

Eran los signos inequívocos de su partida. Cosa que Raoul debía impedir. A toda costa.

Por tanto, fingió no ver los signos.

—Pronunció varios nombres —prosiguió—. Nombres diferentes, una y otra vez…

La joven continuó sentada, pero con el bolso en la mano.

—¿Recuerda alguno, *Monsieur*? ¿Era Mary uno de ellos?

Raoul quería mentir, pero no se atrevió. No en este asunto.

—No, no que yo recuerde —se maldijo en silencio por ser tan sentimental—. ¿Es tal vez el nombre de su madre?

—Sí. Pero si no lo pronunció… —levantó un hombro, dispuesta ya a levantarse.

La mente de Raoul galopaba… y de pronto tuvo una idea. Vaciló antes de servirse de ella, pero tenía que hacer algo.

—Recuerdo un nombre distintamente —lo pronunció silabeándolo —. Jo-ce-lyn. ¿Es el suyo, *Madame*?

—Sí —fue la respuesta, y al momento comprendió Raoul que había hecho bien en dudar antes de pronunciarlo. Hubiese querido que alguien le diera de bofetadas.

—Yo fui el último miembro de la familia —explicó la joven—, la última persona amiga que vio antes de emprender el vuelo.

Jocelyn estaba inconsolable, y la culpa era de él. Y ahora, la joven desearía irse más que antes.

De pronto, el periodista abandonó todo escrúpulo.

—Hubo otros nombres. Pero no he pensado en ellos —llevóse la mano izquierda a la frente, sonriendo—. He sentido demasiados dolores en la cabeza y… Pero haré un esfuerzo y trataré de recordarlos…

No sirvió de ‘nada porque ella ya estaba de pie.

—No quiero seguir molestándolo. En realidad, ya me he demorado demasiado.

Raoul se levantó trabajosamente.

Los ojos azules se hallaban casi al nivel de los suyos, extrañamente impersonales.

—Pero ya no estoy enfermo, *Madame* —replicó él, rápidamente—. No me pasa nada. Sólo son las costillas, que todavía no están bien soldadas.

Pero tampoco le sirvió de nada la verdad. Como por un proceso de magia, la joven se hallaba junto a la puerta, aunque parecía no haberse movido.

—Por favor, señor St. Denis, es usted muy amable, pero no quiero molestarle más.

Las palabras eran graciosas, mas ocultaban una determinada finalidad contra la que no podía luchar. Alargó la mano izquierda hacia la puerta… y quedóse con los dedos en el picaporte. Sonrió de repente, como el hombre que acaba de hallar la solución a su problema.

—Verá lo que haré —manifestó—. Trataré de recordar esos nombres. Y cuando los haya recordado, se los comunicaré a usted.

—Gracias, muy amable.

La joven miró la puerta, esperando que él la abriese.

—¿Puede indicarme dónde he de escribirle? —Raoul halló el tono de voz preciso—. ¿O un teléfono?

Estuvo a punto de tener éxito. La muchacha abrió el bolso… pero volvió a cerrarlo de golpe.

—Bueno… —titubeó—, lo cierto es que mañana me marcho por varias semanas…

No se lo creyó, pero no replicó y permitió que ella continuara.

—Pero sé que algunos miembros de la familia le escribirán. Seguramente, Mary Messenger. Si usted le contesta, podrá anotar los nombres en su misiva.

Raoul estaba completamente cogido.

—Naturalmente.

Y abrió la puerta.

Y ella se marchó.

Había un estacionamiento casi inmediatamente enfrente del Hogar Burton-Maxwell, y Anthony dejó en él su «Voisin» con toda

comodidad.

Al saltar a tierra, consultó su reloj y se sorprendió al comprobar que las manecillas señalaban las tres. Recordó que no había almorzado debido a las tareas del día, y sintió hambre. Pero ya no podía remediarlo. Había estado demasiado tiempo con Flood, dándole instrucciones y decidiendo la forma más acertada de abordar a J. Slattery, y luego aún perdió más tiempo visitando en vano las direcciones que Firth le había dado por teléfono.

El establecimiento de los doctores Burton y Maxwell se hallaba en el segundo piso, y cuando subía los escasos peldaños y buscaba el timbre para los visitantes, se abrió la puerta desde dentro y se encontró, con gran sorpresa por su parte, con la inquilina ausente de su primera dirección.

Era más alta de lo que recordaba de su primer encuentro.

Entonces recordó lo que él le había manifestado a Firth.

—Dirección cablegráfica: Valhalla.

Pero en aquel momento vio que la joven fruncía el ceño. Anthony se quitó el sombrero e iba a hablar cuando comprendió que ella no le había reconocido ni visto; que estaba ya bajando por la escalera, en dirección a la frialdad amarillenta de la calle Welbeck.

Ni el lugar, ni la hora ni su humor favorecían en absoluto un interrogatorio, por lo que abandonó la idea de seguirla y penetró en un lujoso vestíbulo.

En una especie de cubículo había una joven, y Anthony le habló a través de una mirilla de cristal de la cabina, preguntando por el señor St. Denis.

La joven le miró con suspicacia, y él agregó:

—¿No le han hablado de mí? ¿De Anthony Gethryn?

—Oh, sí señor —el mal humor se disipó—. ¿Quiere que lo anuncie o no? —vaciló—. Las instrucciones no dicen nada al respecto.

Anthony exhibió una tarjeta y escribió en ella unas palabras.

—Envíele esto, ¿quiere? Aguardaré.

Fue hacia una butaca y se instaló en ella, pensando en los motivos de la visita de Jocelyn al herido, decidiendo que se trataba de una simple cortesía.

En su cubículo, la joven tocó un timbre y consideró la tarjeta de Anthony y lo escrito por éste. Pero no estaba en inglés y ella no pudo descifrarlo, prefiriendo esperar a la enfermera Bottsford.

La cual, unos momentos más tarde, interrumpió la búsqueda de Raoul en los listines telefónicos de su mesita, entregándole la tarjeta y una mirada muy puritana.

—Otro visitante, *Monsieur*. Y ahora no es ninguna dama.

Enfadado porque ningún listín le había comunicado lo que anhelaba saber, Raoul leyó la tarjeta. Vio el mensaje gaarabateado

bajo el difícil nombre y quedóse asombrado. Sólo se trataba de cuatro palabras, redactadas en su lengua nativa, y aunque de poco sentido, le hizo recordar algo. Y sentir gran curiosidad por su autor.

Le cochon est mort.

Volvió a estudiar la frase y después miró hacia la enfermera. Esta, que ya estaba dispuesta a soportar otra sonrisa lasciva, sintióse defraudada. La mirada de St. Denis era la del hombre que no se fija en las mujeres.

Volvió a leer la cartulina.

—Por favor, haga entrar a ese caballero —exclamó, y no tardó en hallarse frente a un individuo alto, de sienes grises y un rostro enjuto, de ojos verdes, que le miraba sonriendo.

Raoul le devolvió la sonrisa. Luego, volviendo a mirar el nombre de la tarjeta:

—Dígame, señor...

—Gethryn —silabeó Anthony.

Un vago recuerdo, que no tenía nada que ver con el mensaje, se movía en lo más profundo del cerebro de Raoul.

Pero no logró captarlo y se concentró en el misterio actual.

—Dígame, señor Getryn —pronunció las dos sílabas lentamente —. ¿Qué es esto de un cerdo muerto?

—Hay una respuesta. *A bas! le cochon*!

—Siéntese, *Monsieur* —le invitó Raoul, riendo—, y cuénteme cómo diablos está usted al corriente de este código.

Aún no comprendía por qué este individuo de nombre tan raro, al que no había visto jamás, podía estar relacionado con la operación que en el 43 había destruido el mayor depósito de municiones nazi de Francia.

—Se empleó en el ataque Lazanne —replicó Anthony, dando la fecha y la hora—. Quince horas antes de la explosión, usted habló con Inglaterra. Conmigo. Por onda corta. Entonces me llamaba Polidor Dos. Su nombre, claro está, era Ajax.

—¡Ah...! —Raoul estaba entusiasmado y alargó una mano qué Anthony estrechó—. Perdone que le dé la izquierda, pero la otra aún molesta a mis costillas —sentóse al borde de la cama—. Es un placer comunicarle, *Monsieur*, que es usted el único funcionario de su Etat-Major de Inteligencia que nos envía la ayuda precisa que deseamos en el momento preciso en que la necesitamos.

Sacó el paquete de Caporal, ofreciéndole un cigarrillo en son de excusa.

Anthony aceptó uno.

—De vez en cuando, también soy sólo un hombre —contestó—. Bien, usted debe preguntarse cómo lo he encontrado y qué quiero —encendió el cigarrillo—. Debo declarar que en algunas ocasiones llevo

a cabo ciertas misiones para el Gobierno. Algunas, diplomáticas, otras, para el C.I.D.

—Ah, sí —exlamó Raoul, tras haber recordado—. ¡Gethryn! En cierta ocasión, mi editor me aconsejó que le escribiese a usted. Le llamó a usted el Lecop inglés, y quizá tenía razón —sonrió—. Es una brillante tarea deducir la relación entre Raoul St. Denis y Ajax.

—Ninguna deducción, se lo aseguro —rió Anthony—. Pura suerte... y una información transmitida por el Departamento Especial. Sólo puse esa frase en la tarjeta para lograr ser recibido por usted. Se me ha ocurrido que usted debía haber tenido que contestar a un sin fin de preguntas relativas al accidente de aviación...

—¿Y usted me formulará más? —Raoul le miró críticamente—. Supongo que no serán excesivas.

—En absoluto. En realidad, no pienso hablarle del accidente en sí. Sólo de Adrian Messenger... el hombre a quien usted casi salvó.

—¡Qué raro! —exclamó Raoul, sorprendido—. Hace unos instantes, tuve una visitante que también venía a hablarme del pobre diablo. Un miembro de su familia —su mirada fue a parar a la mesita —. Bien, ¿qué desea saber de él?

—Algo... y todo. ¿Sostuvo usted alguna conversación con él antes del accidente? Y en tal caso, ¿qué le dijo? Si no, ¿se fijó usted en él y en su comportamiento? Finalmente, ¿habló con él, mientras estaban en el agua? En cuyo caso, ¿recuerda lo que dijo?

—¿Nada más? Magnífico. Durante el vuelo no me fijé especialmente en él. Ni le hablé. Esto es sencillo —hizo una pausa—. Pero en el mar, después de haberlo atado al cajón, se desmayó, pero más tarde habló. De todos modos, estaba malherido en la cabeza y sólo deliraba.

—¿Recuerda algunas de sus palabras?

—La mayoría eran nombres. ¿Los necesita? Lo demás... era puro delirio.

Anthony reprimió una sonrisa.

—Lo que deseo saber es todo lo que dijo Messenger. Por el orden que lo dijo, tenga sentido o no. Según todas las probabilidades, esto no servirá de nada. Pero no puedo pasar por alto ninguna posibilidad.

Raoul observó a su visitante con manifiesta curiosidad.

—Mi cerebro puede recordar a veces cosas de una forma especial. ¿Quiere que pruebe?

—Sí, por favor.

—Bien —Raoul echó atrás la cabeza y entornó los párpados, cayendo en un profundo mutismo.

El silencio duró más de dos minutos, y cuando el francés habló, continuó con los ojos cerrados.

—Recuerde esto… Después de haberle atado al cajón, me encaramé yo también. Debí desmayarme entonces, y cuando volví en mí, oí que el tipo estaba murmurando. No había… no había variación en sus palabras. Las pronunciaba como una letanía… de forma monótona. Dijo «Messenger… Massenger» varias veces. Luego añadió: «Jocelyn… ven… para decirte… Jocelyn… quiero decirle a Jocelyn…» Luego calló largo tiempo, no sé cuánto, y cuando volvió a despegar los labios, lo hizo gritando. No recuerdo lo demás, pero hubo algo respecto a una fotografía y dos nombres, George y Emma. ¡Ah, sí! George fue lo primero que gritó, y después, muchas veces, el libro de Emma, el libro de Emma… Quizá repitiera el nombre de George…

Calló, y esta vez el silencio duró hasta que Anthony lo rompió.

—¿Una fotografía? —repitió—. ¿Nada más?

—Hubo algo… —murmuró Raoul, sin abrir los ojos todavía…—. ¡Ah, sí! Un *baragouin* respecto a unos arbustos. Todo está limpio, pero hay un arbusto que… No recuerdo las palabras exactas, pero el sentido era éste…

Raoul abrió los ojos.

—Nada más. No dijo nada más —observó que su visitante estaba escribiendo algo en un cuaderno—. Después, divisé el buque. Y antes de que nos recogiesen, según sé ahora, el pobre ya había fallecido —cambió de postura, moviéndose con cautela—. ¿Lo ha escrito todo?

—Sí, muchas gracias.

—¿Le he ayudado en algo?

—Aún no lo sé —Anthony se embolsó el cuaderno—. Pero le estoy muy agradecido. Una labor maravillosa.

—¿Ya hemos terminado? —Raoul se mostraba escéptico—. ¿No hay más preguntas?

—Es usted buen observador, ¿eh? —rió Anthony—. Puesto que me presiona, le confesaré que estaba pensando en la azafata, Rose Matson. Todavía está demasiado enferma para interrogarla, pero me gustaría saber si también escuchó lo que decía Messenger.

—Es posible —Raoul se encogió de hombros—. Pero creo que estuvo todo el tiempo sin conocimiento —encendió otro cigarrillo y espió el rostro de Anthony. Por fin, agregó—: Ha llegado mi turno, ¿no?

—Pregunte —concedió Anthony.

—Sólo tres cosas. Y luego, le pediré una leve ayuda que necesito en un asunto particular —la mirada de Raoul volvió a concentrarse en la mesita.

—Adelante —asintió Anthony—, y si en algo puedo servirle.

—Quiero saber primero si Adrian Messenger estaba complicado en el asunto que usted investiga.

—Profundamente —afirmó Anthony—, es el *mot juste*.

—Pero no estaba en contra de la ley, ¿verdad?

—No, decididamente no.

La curiosidad de Anthony ya se había despertado.

—Acabó mi primera pregunta. La segunda se deriva de su clara amistad con la señora Jocelyn Messenger...

—¿Clara amistad? —Anthony miró al joven y se sonrió—. No dije que la conociera.

Raoul se sonrió.

—Llegó usted casi enseguida de marcharse ella, por lo que debió verla en el pasillo. Pero cuando le informé que acababa de tener una visitante de la familia Messenger, usted no demostró ninguna sorpresa ni preguntó el grado de parentesco. Por tanto, usted sabía quién era ella.

—¡Tocado! —admitió Anthony, riendo—. Y una deducción muy lúcida. ¿A quién ¿A quién llamó Lecop su editor?

—Dígame, pues, una cosa, por favor —Raoul seguía sin sonreír—. ¿Dispuso usted la visita de *Madame* Messenger?

—¡No, Dios mío! —Anthony estaba francamente aturdido—. Oh, ya entiendo... ¿Creyó que yo llevaba un doble juego? Averiguar si contaba usted la misma historia a los dos... Mi querido St. Denis, crea que su única conexión con este caso es de ayuda, no de sospecha...

—De acuerdo —Raoul, con las debidas precauciones, volvió a cambiar de postura—. De este modo llegamos a la pequeña ayuda que quiero solicitarle...

—Adelante —le animó Anthony, y sacando su pluma y el cuaderno, empezó a escribir otra vez.

—¿Qué hace? —Raoul estaba intrigado.

—Anoto el número telefónico que desea —Anthony arrancó la hoja, cuidadosamente—. Y también la dirección. *Paxman 04238. Y 5, Whistlers Walk, Chelsea...*

—¿De quién es esta dirección? —le atajó Raoul, secamente.

—Mi querido amigo, está usted en baja forma —Anthony señaló la mesita—. Cuando entré aquí usted estaba revisando los listines telefónicos. Fuera, me he tropezado con su linda visitante, por la que, en diversos sentidos, acaba usted de demostrar bastante interés. La primera vez que mencionó a su primera visitante, antes de que usted ejerciera sobre mí su talento detectivesco, no pudo reprimir una mirada hacia los listines. Una mirada, añadiré, que ha repetido inconscientemente varias veces. Particularmente cuando me pidió ayuda por primera vez... —se encogió de hombros y sonrió—. ¿Debo continuar?

Vio cómo la frente del periodista se arrugaba en franca diversión y se sintió aliviado. Porque Raoul, de repente, echó atrás la cabeza, y rió a torrentes. Luego, se quejó por culpa de las costillas. Y reemplazó

la carcajada con una sonrisa de deleite.

—*Riposte en tierce*! —exclamó.

Luego añadió:

—El maestro vence al alumno —cogió la hoja de papel que le entregaba Anthony—. ¡Pero éste obtiene un premio!

Eran las cuatro cuando Anthony salía de la calle Welbeck.

Y en aquel mismo momento, a unos treinta kilómetros Támesis arriba, Jonathan Slattery recibía a un visitante en el pequeño salón situado en la parte posterior de su tienda de Pope Terrace, Twickenham, bien a la vista del río y de la isla Eel Pie.

Sentado en su sillón de ruedas, J. Slattery estudiaba una hoja mecanografiada que acababa de entregarle su visitante. El señor Slattery era bajo, de unos cuarenta años, de pupilas relucientes y una sola pierna. El visitante, un tal Flood, a quien el señor Slattery no conocía, era un individuo alto, muy charlatán, y de una edad indefinida. Era asimismo, según afirmó, el representante de una firma de abogados cuyo nombre le sonó al dueño de una tienda algo así como Wibberly, Wibberly, Hijos y Wibberly, aunque probablemente fuese muy distinto.

Los brillantes ojos de J. Slattery, con una leve arruga entre ambos, se desviaron de la hoja de papel.

—Bien, ¿y esto qué es? —inquirió.

—Supongo que no es algo extraordinario —sonrió el señor Flood —, pero es exacto. Y son veinticinco libras en su bolsillo. No es mucho en la actualidad, pero...

—Veinticinco libras —ponderó su interlocutor—, siempre son bien recibidas. Lo que no comprendo es cómo puedo ganarlas. Si —añadió— las gano.

El señor Flood rió. Su risa era un sonido genial. Sacó una cartera del bolsillo y extrajo cinco billetes de cinco libras cada uno, nuevos y crujientes, dejándolos sobre la mesa, delante del señor Slattery.

—Aquí están. Creo que hallará la suma correcta —sentóse y sacó cigarrillos, ofreciéndole uno a Slattery, quien denegó con el gesto. Luego, el último miró los billetes de Banco, pero sin tocarlos.

—¿Y de dónde proceden? —quiso saber.

—De los bienes de nuestro difunto cliente Harold Black —explicóse el señor Flood, hablando muy rápidamente—. El señor Black era un hombre muy rico. Riquísimo. Nuestro jefe es el ejecutor de su testamento, y repasando los papeles del difunto, hace un mes aproximadamente, hallamos una lista de once nombres —el suyo entre ellos—, cada uno con una suma de dinero anotada al lado. Para acortar el relato, el ejecutor, después de discutir con la señora Black, decidió que lo mejor sería buscar a las personas mencionadas en la

lista y entregarles las cantidades respectivas anotadas en la misma, aunque dichas sumas no estuviesen incluidas en el testamento —el señor Flood respiró, sonrió y añadió—. Naturalmente, como se trata de un dinero extraoficial, por el que tampoco se han abonado los derechos reales, usted no tiene por qué declararlo en relación con los impuestos.

El señor Slattery volvió a contemplar atentamente el dinero.

—No conozco ni he conocido jamás a ningún Harold Black —manifestó, intrigado—. Pero, por otra parte, nunca le he puesto mala cara al dinero, y como a caballo regalado… no recuerdo el resto… —miró al señor Flood pensativamente—. ¿Quiere que le firme algo? ¿Un recibo?

El señor Flood sacudió la cabeza.

—No hace falta.

J. Slattery volvió a considerar la lista de nombres.

—¿Y por qué estoy yo aquí? ¿Qué tengo que ver en esto?

—Quizá no me he explicado con toda claridad —se apesadumbró su visitante—. Usted no está aquí para nada. Está, simplemente. Y no tiene que hacer nada. Pero… la firma para la que trabajo solicita su ayuda; aunque sólo si usted se presta a ayudarnos voluntariamente. Los diez nombres que figuran en esta lista son los de los individuos a cuyo lado nuestro cliente anotó otras cantidades de dinero. Nos ha sido difícil encontrar a algunas… y pensamos que tal vez usted podría ayudarnos. En realidad, ignoramos si existe alguna relación entre todos ustedes. Si así fuese… es posible que usted recordase los nombres y pudiera darnos alguna dirección más reciente…

—Pensándolo bien —le atajó el dueño de la tienda—, no veo cómo puedo hacer nada… En este embrollo…

—¿Embrollo? Oh, mi querido señor…

—Mírelo como quiera… —interrumpióle Slattery—, pero creo que es un embrollo.

Alargó la mano, cogió el dinero y se lo metió en el bolsillo.

—Se trata de algo fuera de lo corriente —concedió el señor Flood—, pero nada más.

—Un embrollo —insistió Slattery, sin hacerle caso—. Pero a Dios rogando y con el mazo dando —cogió la lista y se concentró en ella, murmurando monótonamente los nombres—. Bainbridge… Braddock… Dalkeith… Devitt… Messenger… Moretón… —vaciló—. Ormiston… Paxton… Pomfret… —levantó la vista hacia su visitante—. Conocía a un tal Morton… pero se llamaba Joe… Y, además, no tenía la e en medio del apellido…

—¿No recuerda ningún otro nombre?

—En absoluto —el señor Slattery sacudió la cabeza—. Para mí, no son más que nombres. Lo siento.

—No se disculpe, por favor —el señor Flood casi arrebató la lista de las manos del señor Slattery—. Y muchas gracias por haber intentado ayudarnos.

El papel desapareció en un bolsillo y el señor Flood dio señales de su marcha inminente.

Pero el señor Slattery no se fijó en ello, ya que estaba recordando algo.

—¡Pobre Joe Morton! —meneó la cabeza—. Estuvo conmigo en Dunquerque. El segundo día. Bien, yo quedé herido… Perdí la pierna. Creo qye tuve suerte… Si se puede llamar suerte vivir encadenado a este sillón…

El señor Flood, que estaba ya de pie, volvió a dejarse caer en su asiento.

—¿Dunquerque? ¿Estuvo usted allí?

De pronto, pareció un hombre distinto.

Cuando por fin Flood salió de la tienda de J. Slattery, tras haber utilizado el teléfono de este para llamar a Anthony y quedar citados en los jardines Stukeley antes de las seis, eran ya las cinco menos unos minutos.

Y por entonces, el superintendente Arnold Pike envió a buscar al sargento Thomas Gainsford Seymour, que era el oficial que temporalmente había designado como ayudante en el caso, y al que el comisario ayudante calificaba de «increíble».

El sargento Seymour se presentó apresuradamente, como hacían siempre todos los sargentos cuando los llamaba el personaje a quien todos conocían como «Tío Arnie».

El sargento Seymour llevaba una carpeta bajo el brazo y sentóse ante un gesto de Pike. El sargento gozaba de buena apariencia, robusto, aparentando menos de sus treinta y un años, bien ataviado, y con una nariz un poco achatada como resultado de las últimas competiciones de boxeo en la Policía Metropolitana, lo que le había valido el apodo de «Cara de Angel».

El superintendente Pike contempló al sargento Seymour a través de una nube de humo.

—Bien, ¿algún informe?

El sargento abrió la carpeta.

—He enviado memorándums a los ocho comisarios, señor, pidiendo detalles completos de los accidentes —de la carpeta extrajo una funda de plástico con ocho copias dentro—. Y también unas notas personales pidiéndoles la opinión particular de cada uno, todo lo cual está listo para su firma —sacó las ocho hojas, cada una unida a un sobre mediante un clip—. También he estado en el Ministerio de la Guerra, señor, mirando en los Archivos para buscar datos sobre los

diez hombres. Me dijeron allí que tal vez tarden bastante en darnos algún dato. Y el Mayor Hillyer me entregó esta nota para usted —exhibió un sobre que sacó de la carpeta—. Asimismo he telefoneado un par de veces a Cardiff, hablando con el inspector Powell. Es posible que pronto tengan algo para nosotros referente a Bainbridge. Powell me dijo que telefonearía antes de las seis. Que, o hablaría él conmigo, o el inspector jefe Evans con usted.

Cerró la carpeta, ya vacía, y dispuso los papeles que había sacado de la misma, delante de Pike. Este lanzó un gruñido, sin mirarlos, y de repente:

—¿Qué hay del décimo hombre? —exclamó.

—¿Slattery, señor? —a Seymour le pareció que estaba siendo puesto a prueba—. Creía que quedaba a cargo del coronel Gethryn.

—Exacto —sonrió Pike—. Pero será mejor que usted vigile sus pasos, amigo, con el «coronel». Nunca le gustó que lo llamen así, aparte de que ya no es verdad. Antes de dejar el servicio por última vez, lo nombraron general, título que tampoco le gusta. Por lo que ahora sólo es un «señor» cualquiera... ¡no lo olvide!

Llamó uno de los teléfonos de la mesa.

Pike lo cogió.

—Aquí, Pike... ¿El inspector Evans de Cardiff...? Sí, póngame con él —esperó y al cabo de un instante continuó—: Hola, ¿qué tal...? —calló varios minutos, escuchando atentamente—. Buen trabajo, Taffy —ponderó al fin—. Muy bueno. Se lo agradezco mucho... ¿Lo verificará lo antes posible...? Gracias. Adiós.

Colgó y miró a Seymour.

—Buen chico ese Taffy Evans. Piensa que ya tenemos a Bainbridge. Se trata de un agente de seguros, que trabaja por su cuenta, y a Evans se le ha ocurrido la idea de buscar entre las grandes compañías de Cardiff. Al segundo disparo ha encontrado una póliza, obtuvo astutamente una descripción del doctor, y sus hombres han comprobado todas las muertes no identificadas, porque yo le manifesté que existía la posibilidad de que estuviese muerto. Bien, el asunto tuvo lugar en Bristol. Arrojado al río Severa hace seis meses. Estado avanzado de descomposición; el cuerpo parecía haber quedado atrapado entre la maleza. Nadie había pensado que pudiese ser el cadáver de Bainbridge, porque nadie informó de su desaparición. Por lo visto, se había separado de su esposa ya un par de veces, y ésta esperaba que volviese como había hecho siempre. Bien, el cirujano de la policía de Bristol afirma que la muerte se produjo por asfixia, hace unos seis meses. O sea, aproximadamente cuando Bainbridge abandonó supuestamente el hogar. Han dispuesto, naturalmente, del cadáver, pero la descripción es suficiente. Hay un dato casi concluyente. Una deformación de ambos dedos gordos de los pies, de

acuerdo también con las notas del seguro del doctor.

Pike se inclinó hacia delante, golpeando su pipa contra el cenicero de la mesa. Meneó la cabeza y volvió a mirar a Seymour, pensativamente.

—Tiene usted suerte —suspiró—. A mi entender, se trata no sólo de un caso de Gethryn, sino de un asunto sumamente difícil y misterioso. Muy raro, como habrá usted empezado a vislumbrar.

Alargó la mano hacia el teléfono.

—Será mejor comunicárselo ahora mismo —explicó, y acto seguido marcó el número privado del 19 de Stukeley Gardens.

—Aquí, Pike, señor —dijo poco después por el receptor—. Bien, ahora parece que el tanto por ciento es de un noventa... Para ser exacto, de un noventa con noventa y nueve...

Eran las seis menos veinticinco minutos cuando Pike llamó a Anthony desde el Yard.

Y era casi exactamente a esa misma hora cuando el señor David Bronson, de Vancouver, se inscribía en el registro del «Hotel Gainsborough», de Birmingham, a más de cien kilómetros de distancia.

El señor Bronson, debido tal vez a una ligera joroba y a su modo de andar arrastrando los pies, parecía diez años más viejo que el señor Hoag de Detroit, y aún mucho más que el señor Lovett de Toronto.

El señor Bronson, acompañado hasta su habitación del cuarto piso, le sonrió al botones que llevaba sus dos pesadas maletas, diole una buena propina, cerró la puerta del cuarto y miró a su alrededor para asegurarse de que las ventanas no podían tener mirones desde el exterior.

Luego, por primera vez desde que había entrado en el hotel, se quitó el sombrero, dejando al descubierto la misma cabellera espesa y bien peinada, de color rojizo, de los señores Lovett y Hoag.

Sin cambiar de postura ni de modo de andar, de acuerdo con su método, el señor Bronson cruzó la habitación y abrió una maleta, sacando de la misma un estuche-tocador de piel y dos pequeños paquetes bien envueltos. Se lo llevó todo al cuarto de baño, donde se sentó. Acto seguido, sacó unas tijeras del estuche y, delante del espejo, procedió a dar unos expertos tijeretazos a su cabellera.

Cuando hubo terminado, su cabeza daba pena. Dejó las tijeras en el estuche y desenvolvió los paquetes. Uno contenía un tubo de una sustancia llamada HAYRZOFF, Depilatorio Mágico, y el otro un frasquito ostentando el nombre de: MAQUILLAJE DE BASE HELENE (tono neutro).

Volvió a afanarse delante del espejo, aplicando la crema a su pelo con meticuloso cuidado. Cuando hubo terminado, con la pasta espesa

extendida sobre su pelo, estuvo diez minutos esperando, en tanto llenaba la bañera y hacía desaparecer todo rastro de sus actividades.

Poco después, bañado, ataviado con un batín y con zapatillas, empezó a reducir la excesiva blancura de su calvicie, con la aplicación del producto de «Helene». Con el resultado de que, media hora más tarde, bajó a cenar con el aspecto de un caballero de semblante agradable pero inadvertido. Un caballero casi calvo, pero en cuya calvicie no había nada de particular.

Cenó copiosa y tranquilamente, leyendo mientras comía. El libro que tenía delante era *La Guía de Wintringham a Medeshire*, que parecía interesarle mucho.

En Londres, casi a la misma hora, Flood cenaba con Anthony Gethryn. En Crockford, y en la agradable cámara llamada «El cuarto de arriba», reservada sólo a los parroquianos conocidos y apreciados por el propio Crockford. Transcurrieron tres cuartos de hora antes de que Anthony abordase el tema de J. Slattery.

—Tan pronto le vi en aquel sillón de ruedas —manifestó Flood—, con una sola pierna, comprendí que no era nuestra pieza. Por tanto, empleé la historia número cuatro —rió—. Claro que no se la tragó...

—¿Hay algún peligro de que hable? —interrumpióle Anthony—. No creo que hiciera ningún daño, pero no me gustaría que lo hiciera. No me gustaría, por cuestión de principios.

—No dirá nada. ¿Después de ganar veinticinco libras? Además, sabe que no quiero que hable, y fuimos camaradas tan pronto como averigüé que perdió la pierna en Dunquerque.

—¿Dunquerque? —por un momento, Anthony pareció intrigado —. Oh, claro... Usted y Dyson estaban en la flotilla, ¿verdad?

—En la yola de Dyson —asintió Flood—. De todos modos, nunca estuvimos cerca de Slattery. Nosotros estábamos en el Sur, mientras él se hallaba en el quinto regimiento de Sussex.

En aquel instante se acercó el camarero, y hasta que hubieron tomado el café, Anthony no volvió a tocar el tema del décimo hombre de la lista; el que impedía que el noventa por ciento de Pike se convirtiese en un cien por cien.

—Aun a riesgo de mostrarme pesado, se lo preguntaré una vez más: ¿está completamente convencido de la buena fe de Slattery?

—Por completo. Si usted lo conociera, diría lo mismo al cabo de dos minutos.

—¿No dio señales de haber reconocido a ninguno de los otros dos nombres?

—Absolutamente ninguna, aparte de lo referente a Joe Morton, como le conté. Y esto ya resultaba convincente en sí mismo.

—De acuerdo. Entonces, se dará usted cuenta de lo que esto

significa. Slattery se convierte en una probable víctima… bastante engorrosa.

—¿Cómo es eso? —Flood frunció el ceño—. No olvide que usted sabe mucho más que yo de este asunto.

—Uno entre once, contando a Messenger. Sí, Slattery es el único que no ha sido asesinado. Nuestro desconocido criminal —el señor Smith-Brown-Jones—, ha pasado cinco años, dando muestras de gran ingenio, y gastándose probablemente mucho dinero, para eliminar a los otros. Por tanto, existe una buena base para suponer que querrá terminar su obra. Slattery necesita protección.

—¡Dios mío, es cierto! Y ahora mismo.

—Exactamente. Tan pronto como pueda hablaré con Pike para que dé las órdenes necesarias. No será una cosa fácil, porque la protección tiene que ser disimulada. Nadie debe estar enterado. Ni el propio Slattery.

Flood volvió a fruncir el ceño.

—No veo por qué. Creo que es un tipo capaz de cuidar de sí mismo, una vez advertido.

—Posiblemente, pero lo mismo que una víctima en potencia, es también nuestra única posibilidad de atrapar al asesino. Si supiera lo que pasa, podría asustarse y…

—De acuerdo, Gethryn —rió Flood—, pero si pudiese ser un poco más explícito…

—Lo siento. Con frases sencillas para el novato, quiero decir que Slattery es una buena baza para nosotros, porque es la trampa inocente para Smith-Brown-Jones, a quien podremos atrapar cuando intente poner punto final a su lista. Pero no debemos decirle a Slattery que está en peligro, porque posiblemente empezaría a comportarse de modo distinto al habitual. En cuyo caso, particularmente si Smith-Brown-Jones lo tiene en observación, lo cual es improbable, lo reconozco, podría darse cuenta de este cambio de costumbres y se pondría en guardia. Es muy importante, por tanto, no contarle nada a Slattery, pero vigilarlo de forma que nadie se dé cuenta. ¿Está claro?

—Completamente —asintió Flood, pensativamente—. Esto significa una tarea muy difícil, ¿eh? Ramificaciones por todas partes.

Anthony encendió un cigarrillo.

—Y estoy seguro de que no hemos hecho más que empezar.

—O sea, que ese Smith-Brown-Jones es un genio que liquidará a ese pobre Slattery sin poder ser atrapado.

—0 sea… que pueden pasar muchas cosas. Quizá, por un motivo ignorado, no necesite matar a Slattery. Quizá Messenger, cometió una equivocación, y Slattery no pertenece a la lista, con lo cual protegerle no serviría de nada. Quizá armamos la trampa para proteger a Slattery, y éste se comporta de tal forma que desaparezca la trampa, y

tal vez el propio Slattery. Quizá debiéramos ir de caza tras otra pieza de la que vamos… —sacudió la cabeza—. Si a todo esto se le puede llamar pista. Bien —añadió, después de consultar su reloj y poniéndose de pie—, debo ir a llamar a Pike. ¿Quiere un coñac? Aquí tiene un Curvoisier muy bueno.

Flood pidió el coñac y estuvo saboreándolo unos diez minutos antes de que regresara Anthony, con expresión casi angustiada.

—¿Ocurre algo en Westminster? —inquirió Flood, sonriendo.

—Ese pobre Pike… —Anthony cogió su copa—. No es culpa suya que le falten muchachos —tomó un sorbo—. Pero tienen que proteger a Slattery, esto es muy necesario —de pronto, sacó un largo sobre de su chaqueta y lo dejó sobre la mesa—. Bien, olvidemos esto por un momento y hablemos de esto otro.

—De acuerdo —accedió Flood—. ¿Qué es?

—Ahora lo sabrá —Anthony volvió a sorber un poco de coñac, paladeándolo—. Pero, permítame que le diga que esta tarde he visto a, Raoul St. Denis. No tengo que preguntarle a una persona de la calle Fleet si sabe de quién se trata, por lo que me limitaré a manifestar que si resulta un excelente testigo en un accidente de aviación, también es un ex residente francés de categoría, un fulano encantador, y un individuo de gran inteligencia. El motivo de visitarle fue averiguar si, en algún momento, en el avión o encima del cajón salvador, conversó con Messenger. No fue así. Pero mientras estaban en situación de náufragos, en pleno Atlántico, Messenger no cesó de hablar. Una serie de frases y palabras deshilvanadas que St. Denis tomó por un delirio inconsciente. Sin embargo, el joven periodista posee una memoria excelente, gracias a Dios. De este modo, volvió a imaginarse la escena y lo recordó todo. Mejor dicho, casi todo…

Abrió el sobre y extrajo dos hojas de papel.

—Mientras esperaba que usted regresara de Twickenham, escribí a máquina lo que me dijo St. Denis —desdobló una hoja y se la pasó a Flood—. Antes de leer, me gustaría contarle lo que me dijo respecto a la forma como hablaba Messenger. Por lo visto, las palabras salían de entre sus labios de manera muy esforzada, sin diferencia en la pronunciación vocal, ni menos en la puntuación. Como verá, todo está escrito por grupos, con notas después de cada uno.

> MESSENGER… MESSENGER… MESSENGER.
> (*Aparentemente, repetido ad libitum. Casi con toda seguridad, con esfuerzo y como identificación.*)
>
> JOCELYN… VEN… PARA DECIRTE…
> JOCELYN… QUIERO DECIRLE… A JOCELYN…
> (*Un círculo cerrado, que empieza donde termina. Entre*

éstas y las siguientes palabras que recuerda St. Denis, hubo un intervalo de tiempo indeterminado, ya que St. Denis también estuvo parcialmente inconsciente.)

FOTOGRAFIA...

(*St. Denis recuerda la palabra, pero no sabe cuantas veces la pronunció Messenger.*)

GEORGE... EMMA...

(*Igual que antes.*)

EL LIBRO DE EMMA... EL LIBRO DE EMMA... GEORGE...

(*Aparentemente, EL LIBRO DE EMMA fue repetido ad libitum antes de GEORGE.*)

ESCOBAS... LIMPIAR... TODO DEBE ESTAR LIMPIO PERO SOLO HAY UNA ESCOBA.

(*St. Denis no afirma que fuesen las palabras exactas pronunciadas por Messenger. En este caso, sólo recuerda el sentido de la frase.*)

Flood leyó la hoja varias veces antes de levantar la vista.

—¿No puede tratarse de lo que le pareció a St. Denis? —inquirió—. Delirio puro.

—Naturalmente. O una mezcla de delirio y realidad. O todo puede tener sentido, aunque reconozco que es improbable. Mas no hemos de olvidar que Messenger estaba muy preocupado por ese asunto, fuese el que fuese. Y aunque no estuviese completamente en sus cabales cuando pronunció estas frases, todo lo que dijo podría estar relacionado con lo que le angustiaba.

—Hum... —Flood volvió a coger la cuartilla—. ¿Conoce alguno de estos nombres?

—Sí —Anthony, cosa rara, apuró su coñac de golpe—. Jocelyn debe ser Jocelyn Quist, la miniaturista, que es la viuda del hermano de Adrian Messenger, Bernard. De Emma aún no sé nada. George, con toda seguridad es George Firth, lo cual apoya la teoría de que todo el monólogo era sólo un esfuerzo por parte de Messenger de impartir información sobre el asunto que le obsesionaba.

Una vez más, Flood estudió la cuartilla.

—Sí, es fácil —admitió.

—Bien, ahora mire esto.

Anthony desdobló la segunda hoja de papel.

—Es el resultado de mis elucubraciones, tratando de efectuar las combinaciones probables y posibles de lo dicho por Messenger. Naturalmente, he tenido en cuenta el estado del individuo en aquellos instantes, así como las circunstancias; por ejemplo, pudo haber

pronunciado algunas palabras que no oyera St. Denis.

Le entregó la hoja de papel a Flood.

> JOCELYN... VEN... PARA... DECIRLE... JOCELYN... QUIERO... DECIRLE... A... JOCELYN...
>
> *Posibilidad número 1*
> JOCELYN DEJAME DECIRLE (algo a alguien).
>
> *Posibilidad número 2*
> (alguien) QUE ME LLEVE A DECIRLE A JOCELYN (algo).
>
> *Posibilidad número 3*
> (Alguien) QUE ME LLEVE A (hacer algo). DECIRSELO A JOCELYN.
>
> *Posibilidad número 4*
> JOCELYN (alguien) QUE TE DIGA (algo).

Flood estudió las alternativas asintiendo a cada una.

—Muy bien —aprobó—, si es que conducen a alguna parte.

—¡El juego es libre! —declaró Anthony—. ¡Prueben suerte, señoras y caballeros! Bien, lo cierto es que pensaba si cree usted que ya se han agotado todas las posibilidades.

—Depende de cómo se mire.

Flood sacó una pluma y añadió:

> *Posibilidad número 5*
> JOCELYN TRAEME DOS (artículos). DISELO (a alguien).

Le entregó el papel a Anthony.

—¿Qué tal?

—Muy bien —concedió el aludido, tras leer lo escrito—. Al menos, los dos vemos la trampa.

—¿La trampa? ¿A qué se refiere? ¿Qué clase de trampa?

—Fonética —aclaró Anthony, girando el papel y señalando la única línea escrita al dorso. Anoté también esto.

> (Alguien) QUE ME ESCUCHE. QUE SE LO DIGA A JOCELYN.

—¡Oh, por favor! —gimió Flood—. ¿Por qué no lo vi antes?

—Le engañé —sonrió Anthony—. Yo pasé por el mismo proceso. Le hice dar un rodeo para asegurarme de que cubría todas las

posibilidades.

Flood volvió a contemplar la cuartilla, y luego empezó a trazar dibujos sobre el mantel con una cuchara.

—Supongo que usted está convencido de que se trata del trabajo de un hombre solo, ¿verdad? Su Smith-Brown-Jones, y no una organización.

—Él que no duda, no cree... especialmente en sus propias teorías —Anthony miró con curiosidad a su compañero—. Digamos que Smith-Brown-Jones encaja mucho mejor. Mucho mejor. ¿Por qué lo pregunta? ¿No puede creerlo?

—Bueno, resulta tan... fantástico. Tomemos como ejemplo lo del avión: ¡matar a cuarenta personas para asesinar a una! Es una cuestión de conciencia, o un complejo de culpabilidad, o como se llame. Las organizaciones no se preocupan por esas nimiedades. Pero un solo hombre... Tendría que ser un monomaniaco...

—Todos lo somos, amigo, todos somos maníacos... si se piensa bien. Es sólo cuestión de sujeto y de grado. Creo que esto le ocurre a Smith-Brown-Jones; un tipo que está asustado o es ambicioso, o ambas cosas. Y creo que el grado de su megalomanía es de cien, pero logra mantenerlo completamente oculto.

—Es posible —Flood estaba pensativo—. Supongo que tampoco piensa que se trata de una organización, mandada, financiada por Smith-Brown-Jones, ¿verdad?

—No —Anthony sacudió la cabeza—. No lo creo y usted tampoco cree que un hombre que desperdicia tanto tiempo, destreza y dinero, como nuestro S-B-J, para disponer la muerte de diez hombres, sea tan tonto como para ponerse en manos de otros tipos.

—Bueno, bueno —rió Flood—. Concedo que prefiero un solo S-B-J, último modelo. Pero —volvió a sacudir la cabeza— si me pregunta si creo que lo atraparemos, debo confesar que lo veo muy difícil. Si no cae en la trampa de J. Slattery, estaremos acabados. No tendrá usted ninguna cosa más para empezar. Nada para continuar, ningún objetivo... nada. ¡Sísifo Ilimitada!

—Bien, bien... —Anthony le miró atentamente—. Permítame recordarle el emblema de la «Sociedad de Superdetectives Sofisticados»: «Si no se consigue la victoria al primer intento, prosigue, prosigue, prosigue». Lo cual me recuerda —añadió, consultando su reloj— que he de volver a telefonear.

—A Jocelyn, supongo, ¿no? —inquirió Flood.

—Naturalmente —asintió Anthony, apartando la silla y con la frente arrugada—. Llevo todo el día tratando de ponerme en contacto con ella... particularmente desde que hablé con St. Denis. Tuve una oportunidad y la dejé pasar.

—¿Cree que la joven le huye?

—No —Anthony se encogió de hombros—. Aunque por el aspecto que mostraba cuando la vi, estoy seguro de que tiene algo en la cabeza.

Levantándose, salió de la estancia, encaminándose a la cabina telefónica del pasillo.

Un momento más tarde marcaba el número de Faxman 04238, esperando que esta vez contestase la propia Jocelyn Messenger.

Pero no fue ella, sino su ama de llaves; la baja, agria y privilegiada escocesa con la que ya había conversado cinco veces aquel día, una vez en persona, cuando estuvo en la casa a mediodía. Reprimió su irritación, dando su nombre, y con la mayor amabilidad preguntó si había vuelto la señora Messenger y si, en caso contrario, podía saber dónde podía ponerse en contacto con ella.

Pero su amabilidad fue en vano. La voz de acento escocés repuso que no a sus dos preguntas.

—Y le sugiero —añadió la voz, con gran dureza—, que se abstenga de más llamadas nocturnas.

El receptor fue colgado con violencia, ensordeciendo a Anthony, el cual se estaba aún rascando el oído cuando llegó a su mesa.

—No hubo suerte —confióle a Flood—. ¿Dónde diablos estará esa dama?

La dama se hallaba en las afueras de Londres, en Hampstead, invitada a cenar, por su propio impulso, en una encantadora casa de las tres avenidas arboladas de Hath, que aún dan la impresión de pertenecer al campo.

La casa era un hogar temporal, donde pasaban su año de estancia en Londres sus amigos americanos, John Cameron, el comediógrafo, y su esposa Margaret. Después de la cena, John se marchó a su estudio para trabajar, y la joven iba dando vueltas por el saloncito, mientras Margaret, enroscada en un sofá cerca del fuego, la contemplaba con curiosidad.

—Vamos, Joss —exclamó al fin—. Siéntate y desembucha. Para esto has venido, ¿no?

—¿Tan transparente soy? —Jocelyn se dejó caer en una butaca—. ¿O eres una bruja?

Margaret la estudió antes de responder.

—Si tú fueras otra chica, diría que se trata de un problema de pantalones... pero tú, tan monjil...

—Tal vez aciertes...

—¿Ve veras? Vamos, cuéntame...

—Oh, eres imposible —Jocelyn cogió un cigarrillo y lo encendió. Ahora que estaba roto el hielo, no se sentía con deseos de «desembuchar». Pero tenía que decir algo—: ¡Todo a causa del pobre

Adrian, bendito sea! —y esto acalló su conciencia, puesto que en parte era verdad.

—Oh, lo siento, querida. No quería recordarte… Fue algo espantoso… ¿Supones que fue una bomba?

—Creo que no… al menos no quiero creerlo.

Pero en aquel momento recordó de quién era aquella opinión y calló.

—¿Por qué has dicho que es a causa de Adrian? —Margaret sentía ahora gran curiosidad—. Sé que era buen amigo tuyo, pero no creo que sientas tanto su muerte…

—No, no, pero… —Jocelyn miraba fijamente el fuego.

—¿Entonces…? ¿Te dejó un par de millones?

—¡Ahora sé que eres una bruja! —Jocelyn estaba aturdida—. No, no se trata de dinero. No se habría atrevido a dejármelo, después de mi respuesta cuando una vez me lo sugirió. Pero es casi lo mismo, ¡maldita sea! Se trata de una casa. Una estupenda mansión en Mayfair. Era demasiado grande para él y la convirtió en tres apartamentos. Está en Whig Street. Adrian la compró cuando dejó el ejército. El vivía en el último piso y alquilaba los otros. Me lo ha dejado todo, incluyendo cuanto hay en toda la casa.

—Pues opino que se portó muy bien contigo —murmuró Margaret. Pero de repente se irguió y señaló a su amiga con un dedo acusador—. ¡Mentira! ¡No es esto lo que te preocupa!

—Está bien, está bien —suspiró Jocelyn—. Eres muy lista —se levantó y fue a apoyarse en la repisa de la chimenea, mirando a su amiga—. Se trata de algo relativo a la familia. Me refiero a la familia Messenger. Me enviaron a visitar al hombre que salvó a Adrian.

—¡Ah! —Margaret estaba ya alerta—. El francés, Saint… no sé qué.

—St. Denis. Lo vi en una clínica de Welbeck Street —Jocelyn calló bruscamente—. Pero ¿qué hago? Esto es ridículo. Las confesiones de una jovencita, o de una Isolda…

Margaret levantóse y fue a una mesita, ocupándose con vasos y una botella, hasta que dio media vuelta con dos bebidas, una en cada mano. Le dio una a Jocelyn y regresó al sofá.

—Veamos, ¿dónde estábamos? Oh, sí, tú en el hospital, a punto de penetrar en la sala de tu *Monsieur* Beaucaire, o como se llame. Lo entiendo. Tú te quedaste al lado de su lecho, mirándole. El se hallaba apoyado en las almohadas. Te miró. Y tú eres la mujer más bella que ha visto en su vida. Tiene ojos oscuros y un bigotito a lo D'Artagnan. Su rostro es el de Lord Byron, con acento francés. Los dos os quedasteis hechizados, sin habla… Un leve rubor cubrió sus atezadas mejillas y tú…

—¡Oh, qué idiota! —Jocelyn tomó un leve sorbo de su bebida y se

sentó en su butaca—. Sólo tiene unas costillas rotas, y no estaba en cama. No estaba pálido tampoco. Iba recién afeitado. Sus ojos no llamean ni...

—Bueno, bueno —rió Margaret—. Pero lo de quedaros ambos sin poder hablar es cierto, ¿eh?

—Bien... supongo que en cierto modo... Sí, hubo algo.

—Quieres decir un latido de vuestros corazones que hubiera podido oír Nelson en su estatua de Trafalgar Square. Bien, entonces, cuéntame qué hay de malo en conocer a un atractivo joven.

—Pues... —Jocelyn bebió un poco antes de contestar—, en primer lugar, me mostré muy ruda con él. Por... por el latido, como dices tú. Me... trastornó. Me porté... ¡horriblemente!

—¿Y qué hizo él? Abofetearte, seguramente.

—No pareció fijarse en nada. Me pidió mi dirección... pero le di una ridícula excusa y no quise dársela. Y ahora no sé qué hacer. Opino decisivamente que es mejor no volver a verle. Pero al mismo tiempo, odio pensar que debió tomarme por una estúpida.

—¡Exactamente, sería una estupidez no volver a verle! —indicó Margaret con firmeza—. Yo sí sé lo que haría. Me pondría en contacto con él... pero lo antes posible. Llámale con cualquier excusa. ¿Me dejé el bolso debajo de la cama? ¿No podría darme el número telefónico de la torre Eiffel? Lo que sea.

—Esto estaría bien... para ti —repuso Jocelyn—. Eres baja, morena y muy simpática. Y, Dios sabe cómo, consigues convencer a los hombres de que necesitas protección. Pero no sabes la diferencia que significa cuando se es una especie de rubia platino natural.

—Si quieres saber la verdad, preferiría ser como tú.

—Eres muy amable, y gracias —sonrió Jocelyn—. Pero no lo entiendes. Hay que ser como yo para saber lo que es eso. Incluso la idea de que una chica así pueda estar enamorada resulta divertida.

—Pero ¿qué te pasa? —Margaret enarcó las cejas—. ¿Es algún enano ese *Monsieur* Beaucaire? ¿Un liliputiense?

—¿Enano? —Jocelyn estaba indignada—. ¡Es muy alto! Más que yo, aunque no lo creas.

—Entonces, ¿a qué viene toda esta historia?

Jocelyn estalló en una carcajada.

—No lo sé... —dejó de reír—. Supongo que tengo miedo... Miedo de... de hallarme trastornada emocionalmente, o como se diga. ¡Dios mío! ¿Has oído lo que acabo de decir? Ni que fuese una adolescente ingenua...

—Estás loca —repuso su amiga—. Lo que debes hacer es dejar de autoanalizarte. ¡Aparta de ti las neurosis, chica! Ponte en contacto con tu francés si él te busca, ¡y diviértete! —de repente, se echó a reír—. Al menos, no tienes que temer que vaya demasiado deprisa... no, con

sus costillas rotas.

—¡Eres... eres un monstruo! —se indignó Jocelyn, poniéndose de pie al abrirse la puerta para dar paso a John Cameron.

—¿Misterios entre damitas, o puedo entrometerme? —indagó.

—¡Oh, John...! —sonrió Jocelyn—. Estaba a punto de chillar pidiendo auxilio.

—¿Qué ocurre, Magnífica? —John cruzó la estancia y la contempló fijamente—. No me digas que no puedes dominar a esa pequeña víbora —añadió, mirando a su mujer.

—Me tiene asustada. Creo que es una bruja.

—Oh, seguro. Pero exorcízala de vez en cuando y no tendrás nada que temer.

Se sentó junto a su esposa y le hizo la señal contra el mal de ojo.

—Creí que estabas trabajando —rezongó medio en broma Margaret—. ¿Qué te pasa? ¿Sigues sin encontrar la última frase del segundo acto?

—Hu... hu... —Cameron sacudió la cabeza—. Lo de siempre: el letargo galopante —miró a Jocelyn, que estaba de pie junto a la repisa de la chimenea—. Y, hablando de trabajo: ¿qué haces ahora, Joss?

—Nada interesante —repuso ella, encogiéndose de hombros.

Estaba de nuevo contemplando el fuego.

—¿No leí algo el otro día en un periódico? —murmuró Camerón como para sí—. Respecto a que hacías la miniatura de un niño. Era un apellido algo raro... ah, sí, Bruttenholm.

Lo pronunció separando mucho las tres sílabas.

—Oh, John, qué pena —exclamó la mujer—. Bruttenholm es la forma como lo deletrean ellos. Pero es Broom.

—¿Y eso qué? ¿Otra bromita tuya? Sabes que no las entiendo muy bien.

—Porque no eres tan culto y refinado como yo. Pero deberías saber quiénes son esos Broom. Se trata de la familia del marqués de Gleneyre, el cual es tío político de Jocelyn. Y Marcia Bruttenholm no es ningún niño, claro. Ni niña, si a eso vamos. Se trata de la adolescente más hermosa que hace años haya sido presentada a la Corte.

—Está bien, me rindo —sonrió Cameron—. Mañana compraré un número del Burke's Peerags. Pero lo que realmente quiero saber es si Jocelyn hace o no esa miniatura. ¿La haces, Joss? ¿Podré verla?

Pero Jocelyn pareció haber ensordecido. Le contempló en silencio unos momentos y de repente sonrió. Con una sonrisa simpática y sincera.

—Supongo que tu mujer es una bruja, John —exclamó—. Pero me ha dado un consejo excelente —apuró su copa casi vacía ya—. Por favor, servidme otro trago.

—¡Bien, bien! —aplaudió Margaret, y poniéndose de pie le cogió la copa, añadiendo—: ¡Ya eres Isolda, querida!

4

El día siguiente era sábado, y Anthony Gethryn, que no había dormido bien, lo cual era desacostumbrado en él, sorprendió a su esquelética ama de casa, apareciendo a desayunar a las ocho y media. Y se hallaba en pleno desayuno cuando White anunció una visita.

—Señor, el sargento Seymour. De parte del señor Pike.

Dos minutos más tarde, en el estudio Anthony estrechaba la mano de su visitante.

—El superintendente me ordenó que comunicara, señor, que Sir Lucas Egbert —manifestó el sargento—, ha dado el visto bueno a su recomendación de que libraran de todo servicio y me pusiera a sus órdenes.

—¡Dios mío! —Anthony estaba impresionado—. ¿Qué ha sucedido? ¿Han robado el Tesoro del Estado?

—No, señor —sonrió Seymour—. Pero el Tío..., digo el señor Pike dijo que usted necesitaba un ayudante y que era preferible que siempre tuviera el mismo —la sonrisa se amplió—. También agregó que si yo me responsabilizaba con usted, él no podía responsabilizarse por las órdenes que usted me diese.

—Me parece estar oyéndole —convino Anthony, ofreciéndole al sargento una butaca y un cigarrillo—. Dígame —añadió tras aquella pausa—, ¿qué sabe usted de ese asunto?

Claramente y con admirable brevedad, Seymour hizo un resumen de cuanto sabía.

—Perfecto —aprobó Anthony. De repente, preguntó—: ¿Qué piensa de esto? ¿De todo el caso?

—No lo sé, señor. Aún no. Es... —Seymour se mostró cauto—,... es algo fuera de lo corriente, por supuesto.

—Lo cual no es ninguna declaración —rió Anthony, lanzando otra pregunta—. ¿Cuál es la pieza que usted escogería como la más importante del rompecabezas?

—A Slattery, señor —contestó prontamente el sargento—. En realidad, si no se comete ningún atentado contra él, no comprendo cómo podremos seguir el rastro del asesino.

—Si usted no lo sabe, yo menos —confesó Anthony—. Pero esto no significa que no debamos probar... A propósito, ¿qué se ha hecho para proteger a Slattery? ¿Conoce los detalles?

—Sí, señor. Hay dos muchachos en una tienda sin alquilar al otro lado de la calle. Trabajan como pintores, y cubren toda la fachada. Detrás de la tienda de Slattery —él y su mujer viven arriba—, hay otro hombre. Ha alquilado una habitación y su ventana da a la parte

posterior de la casa de Slattery. Estos son los arreglos para el día. No sé qué hay dispuesto para la noche.

—Hum… —reflexionó Anthony—. Creo que está bien —de pronto, captó una expresión fugaz en el rostro de Seymour—. ¿Algo más?

—Bien, pienso que Slattery también está a salvo por las noches. Encadenado a un sillón de ruedas, no es fácil que salga de casa una vez anochecido. Bueno, quiero decir que ha de estar a salvo, a menos que el asesino cambie de método —Seymour sonrió, con cierta inseguridad—. Aunque en esto puedo equivocarme.

—No lo creo —asintió Anthony, preguntándose si el joven sargento habría llegado a la misma conclusión que él la noche anterior —. ¿Cuál es su idea de este método? ¿Se refiere a procurar que todas las muertes parezcan accidentales?

—No, creo que hay algo más. Pienso en la clase de accidentes empleados —Seymour se inclinó hacia delante, más confiado cada vez —. Todos, excepto uno, se hallan relacionados con un desplazamiento, con un viaje. La única excepción es la de Bainbridge, pero fue pescado en el río y probablemente se hallaba de camino hacia alguna parte cuando lo mataron.

—Si es una satisfacción para usted —declaró Anthony—, yo he llegado exactamente a la misma conclusión. Sólo que tardé más en llegar a ella —sonrió—. Veo que será un placer extraordinario trabajar con usted.

Seymour se puso colorado hasta las raíces del cabello.

—Gracias, señor —murmuró, y rápidamente volvió a referirse al caso—. Naturalmente, esto no nos lleva a ninguna parte.

—No estoy de acuerdo —replicó Anthony—. En absoluto. Esto nos dice algo respecto al hombre a quien provisionalmente he bautizado como Smith-Brown-Jones. Confieso que todo está aún muy nebuloso, debido a que nos hallamos en la ignorancia más completa sobre el sujeto —comenzó a pasearse por el estudio—. Y a buen seguro que se trata de un tipo desagradable. Tan fascinante como un problema, claro. Pero no es agradable, Seymour, en absoluto…

Fue hacia la ventana y contempló el jardín, que en verano era uno de los más bellos de Londres; en cambio, ahora permanecía triste y desnudo bajo el sol de invierno. Se estremeció y siguió mirando hacia fuera mientras continuaba:

—Como sabe, Seymour, incluso en esta clase de trabajo, raras veces se tropieza uno con un ser completamente malvado. Si fuese a contar, por ejemplo, los asesinos que conozco, que no me inspiraron la menor simpatía, no llegaría a utilizar todos los dedos de la mano —se encogió de hombros—, ¡Pero éste…! ¡Es la maldad misma personificada! Y me pregunto a cuántos grupos de hombres puede

haber eliminado ya en el pasado...

Dio medio vuelta con rapidez, echándose a reír.

—Lamento mostrarme tan melodramático —agregó, yendo hacia su mesa—. Bien, empecemos a trabajar. Lo primero que quiero —ordenó, cogiendo papel y pluma— es que usted visite a Updyke y Wallace, la agencia que se dedica a coleccionar recortes de prensa —garabateó una nota y se la entregó al sargento—. Deles esto y podrá entrevistarse con el propio Martin Updyke. Dígales que es urgente, que necesito un informe completo sobre Adrian Messenger, no sólo de ahora, sino de años atrás.

—Bien.

—Luego, empezará usted a ocuparse de su gran tarea para este fin de semana.

O sea, ponerse en contacto, particularmente, con la mayor cantidad posible de viudas o parientes próximos de los nombrados en la lista de Messenger. Objetivo triple. Primero y más importante: conseguir el historial militar de cada uno, si lo hay. Segundo: descubrir, por medio del pariente con quien hable, si los otros nombres de la lista, más el de Messenger, los pronunció alguna vez alguno de los fallecidos, y en tal caso, con relación a qué. Tercero: averiguar si hay o ha habido la menor sospecha de que los «accidentes» no fuesen tales...

Anthony escrutó atentamente el rostro de Seymour.

—Esta es una orden tajante —prosiguió—, pero aún voy a mostrarme más definitivo. Hay qué lograr todo esto, pero sin que nadie sospeche ni remotamente que en los accidentes pueda haber la menor insinuación de suspicacias oficiales ni particulares. No debemos —y lo digo en serio— arriesgarnos a ninguna publicidad, en ningún grado, mientras dure esta investigación.

—Entiendo, señor. Con una entidad desconocida como la de su S-B-J, no podemos correr el riesgo de que pueda ponerse en guardia —hizo una pausa y añadió, vacilante—: Pero hay algo... ¿no se olvida usted de que el señor Pike escribió personalmente a todos los inspectores jefes relacionados con los accidentes? Es fácil que sus respuestas se refiriesen principalmente a éstos, pero tal vez también daban datos sobre el historial militar de...

—No —le atajó Anthony—, no lo he olvidado. Pero una comprobación posterior no hará ningún daño y puede ser de gran ayuda. Especialmente, en lo que se refiere al punto de vista personal. Y todo irá más deprisa —en su mirada había curiosidad y aprobación a la par—. Usted supone que el historial militar es muy importante. ¿Le importa decirme por qué?

Seymour volvió a ruborizarse, pero consiguió sonreír al mismo tiempo.

—Porque puede ser el nexo de unión entre todos esos individuos, señor. Tal vez la pista del motivo. Y recuerdo que el señor Pike dijo que usted creía que la guerra podía ser la respuesta —el sargento se puso de pie—. Si no hay nada más, será mejor que ponga manos a la obra. ¿Cuándo quiere el informe?

Anthony reflexionó un instante.

—Bueno, dígame algo mañana. O el lunes, si le es igual —sonrió —. Por supuesto, no espero milagros.

Cuando el sargento se dirigía a la puerta, a Anthony se le ocurrió otra idea.

—Un momento. Cuando hable con Updyke, pídale que busque todas las noticias referentes a los «accidentes». A todos —meditó un segundo—. Y... nada más —vaciló un poco—. A menos que usted tenga algo más que comunicarme o preguntarme...

—Pues... no señor —repuso Seymour—, sólo pensaba cuál es la línea que va usted a seguir por su parte.

—Mi querido amigo —Anthony se mostró contrito—. Debí decírselo, claro está. Mi objetivo hoy es la vida privada de Adrian Messenger.

En Chelsea, cerca del río y no lejos de Battersea Bridge, Whistler Walk es una dirección que ni siquiera los taxistas londinenses conocen bien.

En Whistlers Walk sólo hay cinco casas, dos a cada lado de la calle y una al final, formando un callejón sin salida. Las cuatro casas que se contemplan entre sí son «villas» que datan de la época victoriana; pero la quinta, que por aquella época era de Jocelyn Messenger, es de una era más graciosa. Pequeña, baja y con mucha madera, podía verse el Támesis desde las ventanas del piso superior, y a cada lado y por detrás, rodeado por un muro de ladrillo rojo, había más parque y jardín que en ninguna otra mansión de aquella parte de Londres. Asimismo, existían tres árboles les corpulentos, un par de robles y un álamo, que crecían delante de la puerta de una construcción aislada y más pequeña, al fondo de la villa: el estudio que antes fuera establo.

Eran las diez y media cuando Anthony! aparcó el «Voisin» delante del número cinco de la calle y miró a su alrededor. Durante la media hora anterior, el sol había logrado atravesar la capa de neblina gris y amarilla, y ahora brillaba pálidamente sobre las piedras grises del embarcadero, arrancando algunos destellos del río. El día anterior, Anthony había estado por primera vez en Whistlers Walk estudiando con gran placer la fachada de la casa. Esta vez subió los tres peldaños que conducían a la puerta y llamó al timbre. Aguardó, disponiéndose para la batalla final con el pequeño cancerbero femenino escocés.

Pero no hubo batalla. Esta mañana, la representante de Caledonia no mostró su ceño fruncido ni su semblante más severo, sino una gracia y amabilidad que confundieron al visitante.

—Oh, pase, por favor —y tomó el sombrero y el abrigo de Anthony, acompañándole a una encantadora estancia, llena de libros, casi al fondo de la casa, murmurando algo que él no entendió. Entonces, le dejó solo. La oyó hablar en la habitación contigua, aparentemente por teléfono y, casi al momento, cuando miró por la vidriera, vio a Jocelyn Messenger andando rápidamente hacia la casa, procedente del estudio.

El color azul de su abriguito armonizaba con sus ojos, y el sol relucía en su cabellera. Sonreía, y parecía muy vivaz y despierta, por lo que Anthony comprendió que esta mañana no había nubes en el cerebro de la joven. Simultáneamente, le desagradó la tarea que le aguardaba, y comprendió cuánta razón había tenido George Firth para complicar a la joven en el asunto.

Fue Anthony quien abrió la puerta, y ella penetró en la biblioteca, estrechándole la mano. Fue un apretón firme, que se ajustaba a su personalidad.

—Lamento no haber estado visible ayer —fueron sus primeras palabras—. Además, supongo que Sheila se mostró poco cortés con usted, aunque no lo admita. A veces, se comporta como un dragón.

—Es una cosa muy útil tener un dragón que custodie la casa —sonrió Anthony—. Y si obtuve malos modos, probablemente me los merecí.

La siguió hacia el hogar y se acomodó en la butaca que ella le indicó, esperando la ocasión de entrar en fuego.

La cual no tardó mucho, porque fue ella la que se le encaró, mirándole fijamente.

—Estoy encantada de verle a usted, señor Gethryn. Pero también siento un poco de curiosidad —se echó a reír—. ¿Dije un poco? ¡Estoy muerta de curiosidad!

—Lo cual me complace enormemente. Bien, en algunas ocasiones ayudo a la Brigada de Investigación Criminal… y ésta es una de ellas.

La joven le dedicó una mirada de asombro.

—Pues ahora estoy más intrigada que nunca…

—Se trata de Adrian Messenger. Y necesito su ayuda.

—Pobre Adrian… —el rostro de la muchacha se ensombreció—. Pero ¿qué tenía él que ver con la Policía?

Había llegado la ocasión y debía asirla por los pelos.

—Temo… que su muerte no fuese accidental. En mi opinión, que también es la opinión oficial, lo mataron. Lo asesinaron.

Ella le miró, con los ojos abiertos por el horror.

—Entonces… ¡entonces fue una bomba!

—Sí —afirmó Anthony—, Decididamente, fue una bomba.

—¡Qué horrible! —Jocelyn se estremeció. De pronto, se puso rígida, mirando a su visitante con el ceño fruncido—. Pero, ¿por qué ha dicho que Adrian fue asesinado? La bomba significa que murió mucha gente... todos los pasajeros del avión, o casi todos. En cambio, usted lo ha dicho como si se tratase de una cosa personal...

—Sí —admitió Anthony, y lentamente continuó—: Por lo visto, la muerte de Messenger fue el único objetivo perseguido por el criminal que puso la bomba en el aparato.

El reflejo hizo que Jocelyn se pusiera de pie.

—¡Eso es imposible! ¿Quién podía desear una cosa tan terrible? —observó que subía su tono de voz y procuró dominarse—. ¡Esto no tiene sentido! Adrian no tenía enemigos... Era... era una persona tranquila... ¡Oh, no puedo creerlo!

—Sé que parece una pesadilla increíble —razonó Anthony—. Pero es la verdad.

—Parece usted tan seguro... —Jocelyn I volvió a sentarse—. ¿Cómo lo está tanto?

—El mismo nos lo comunicó. Y si esto le parece imposible, escuche, por favor, toda la historia desde el principio.

Acto seguido le dio todos los detalles del caso, sorprendiéndola el poco tiempo que empleó en ello. La joven escuchaba en silencio y con atención. Cuando él hubo terminado, Jocelyn exclamó lentamente:

—Sí, parece una pesadilla, pero diferente. ¡Una pesadilla que hay que creer! Bien —añadió cambiando de tono—, ¿qué puedo hacer yo? No sé cómo puedo ayudarle, pero lo intentaré. Me gustaría ayudarle.

—Entonces, permita que la bombardee a preguntas —Anthony sacó una cuartilla de papel que desdobló antes de entregársela a ella —. Esta es una copia de la lista que Messenger le dio a George Firth. ¿Recuerda usted haber oído pronunciar alguna vez uno de esos nombres?

Jocelyn estudió la lista con la máxima atención.

—No —sacudió la cabeza—, estoy segura de ello.

—¿Puede sugerirme alguien, algún amigo íntimo, a quien pudiese formular la misma pregunta?

—No, creo que no... Adrian era algo extraño, en muchos aspectos. Era tremendamente... ¿cómo se dice?.. reticente, reservado. Parece tonto, pero excepto yo y posiblemente el general Firth, no tenía amigos. Centenares de conocidos, pero no amigos.

—¿Cuenta usted a la familia? Estoy enterado de que falleció su padre, y que su madre se halla en América. ¿Pero no hay otros parientes cercanos?

—¡Tonta de mí! Adoraba a tía Mildred... y también a tío

Roderick…

—¿Los Gleneyre?

—Sí. Claro que en realidad son sus tíos-abuelos. Pero él los trataba casi como si fueran sus padres.

—¿Y pudo confiarles algo? ¿Algo que no le dijera a usted?

La joven vaciló.

—Tal vez… particularmente a tía Mildred.

—Gracias, lo recordaré —Anthony estaba pensativo—. Bien, otra cosa: ¿vio usted con frecuencia a Adrian en los últimos seis meses?

—Oh, sí, al menos dos o tres veces por semana.

—¿Observó alguna vez algo desusado en él? ¿Alguna diferencia en sus modales? ¿Parecía preocupado?

—No… no estoy segura… [Oh, parece tonto, pero debe usted recordar que era muy retraído, que no permitía que nadie observase en él cambios de humor… —quedóse silenciosa, esforzándose por recordar.

—No se preocupe —la tranquilizó Anthony—. Podemos prescindir de ese dato.

—No, aguarde —la joven levantó la mirada—. No quiero darle ninguna idea equivocada, deseo mostrarme sólo muy cauta. Pero creo que observé algo vagamente… las dos o tres últimas veces que estuvo aquí.

—¿Qué fue?

—Estaba tal vez preocupado… pero de modo diferente. Como un poco excitado también… Temo que esto tenga muy poco sentido…

—Oh, al contrario —protestó Anthony, sonriendo—. Trate de seguir pensando. ¿No le preguntó usted nada? ¿Qué era lo que le ocurría o algo por el estilo?

—Quizás… Sí, creo que sí. En realidad, no le presté mucha atención, porque pensé que todo se debía a su retraimiento habitual… Este es el mal… ¡Oh, un momento! Recuerdo haberle dicho que parecía un poco sobresaltado, y que suponía que se tranquilizaría después de haber cruzado el Atlántico. Parece tonto pero…

—¡Ah! —exclamó Anthony—. ¿Y cuál fue su respuesta?

—Lo siento, pero no… Oh, sí, ya me acuerdo. Contestó: «Si esto no me cura, nada lo hará.» Creo que fueron éstas sus palabras exactas.

—Ya, muy interesante. Muy interesante, sí.

Anthony calló, restregándose pensativamente el mentón.

Viéndole tan ensimismado, Jocelyn se puso de pie y apretó un timbre situado sobre la repisa de la chimenea. Luego, volvió a sentarse.

—¿No explicó cuáles eran sus motivos para el viaje? —inquirió Anthony.

Ella se encogió de hombros.

—Creo que murmuró algo respecto a «negocios». Y temo que ésta sea una palabra que me impulsa a cerrar automáticamente los oídos.

—¿Se refirió literalmente a «negocios»? —Anthony se mostraba persistente—. ¿A algo relacionado con su trabajo?

La joven negó con la cabeza.

—Cuando Adrian se refería a «negocios», siempre eran «negocios de dinero», sin que ello tuviera nada que ver con sus aficiones literarias. Siempre se mostraba muy solemne respecto al dinero. «Como la mayoría de la gente rica.»

—Entiendo perfectamente —Anthony le dirigió una breve sonrisa —. Pero volvamos al viaje de América. A George Firth le aseguró que regresaría a los quince días. ¿Le dijo a usted lo mismo?

—*AproxiMadamente*. En realidad, creo que me comunicó que estaría fuera dos o tres semanas.

—¿Mencionó algún lugar particular de Estados Unidos?

—No estoy segura... —suspiró, mirando a Anthony en son de disculpa—. Debo parecerle tonta... pero nunca recuerdo nada que no me interese especialmente...

Calló de pronto, sorprendida por sus propias palabras y lo que implicaban. El rubor se extendió por todo su semblante.

—No conozco a ningún policía, señor Gethryn —expresó—, pero creo que puedo considerarlos como confesores. Me refiero a las cosas personales... Bueno, lo que intento decirle es que yo no estaba tan interesada por Adrian como él lo estaba por mí.

La joven se puso de pie y Anthony casi saltó de su asiento.

—No piense más en ello —le rogó—. Sólo deseo algunos datos. Algunas migajas... —miró a *la joven con las cejas enarcadas—. Sólo algo respecto a ese viaje. El nombre de un lugar, el horario de un avión... una observación respecto al clima... ¡algo!

La muchacha meditó... y se vio sorprendida por otro destello de memoria.

—Oh, sí... mencionó California, algo respecto a que allí haría calor y que tendría que coger dos clases de prendas de vestir porque en Canadá tendría frío... —calló al observar la expresión de Anthony —. ¿No sabía que se iba también al Canadá? —estaba asombrada.

—No se lo dijo a Firth. Siga, por favor —Anthony no intentaba ocultar su avidez.

—Debía estar en América, en California, supongo, sólo uno o dos días. Luego, se trasladaría al Canadá. Pero estoy segura de no saber exactamente adonde.

Se hundió nuevamente en un meditativo silencio. En aquel momento se abrió la puerta y entró la escocesa, volviendo a desaparecer acto seguido, sin abrir la boca, pero dejando sobre una

mesita una bandeja con dos copas y una botella de jerez, que ante la sorpresa y el entusiasmo de Anthony, resultó ser admirable.

—El pobre Adrian me lo envió desde Portugal el año pasado —evocó Jocelyn con tristeza. De repente, cambió de tema—: Acabo de recordar algo más sobre California. Estoy segura de que mencionó un nombre… —vaciló—. ¿Cuál fue?

—¿El nombre de la persona a la que iba a visitar?

—Sí… oh, maldición… ¿por qué no le presté más atención? Estábamos en el estudio, el día antes de marcharse. Yo trabajaba en unos bocetos de Marcia, y Adrian daba vueltas por allí… Dijo algo respecto al vuelo, y lo asombroso que le parecía poder estar en América en tan pocas horas… —se llevó una mano a los ojos para concentrarse mejor—. Y después, unas cuantas más solamente para estar en el Canadá después de… de… dejar a alguien en California. Oh, tengo el nombre en la punta de la lengua… Lo tengo… no, no, no fue así… ¡Oh, maldita sea! —se sentó rígidamente y miró a Anthony, mordiéndose ferozmente los labios.

—No se esfuerce —le recomendó Anthony, pensando que la joven era adorable—, ya lo recordará. Dígame otra cosa —hizo una pausa, escogiendo las palabras para formular su pregunta más trascendental —. ¿Está completamente segura de que Messenger jamás le dijo o le escribió algo que hiciera suponer que tenía la vida en peligro?

—¡Claro que lo estoy! —Jocelyn estaba muy tiesa y sus ojos brillaban de indignación—. De lo contrario ¿cree que lo hubiera mantenido callado hasta este momento?

Anthony sonrió, levantando una mano.

—*Peccavi* —exclamó—. También *Kamerad*. Probemos de nuevo. ¿Recuerda alguna palabra o acción de Messenger que, en aquel momento no le pareciese importante, pero que ante lo que acabo de contarle, tenga para usted una nueva significación? ¿Que pueda ahora interpretarse como si estuviera en peligro?

—No, absoluta y positivamente, nada —la indignación había cedido el paso a la curiosidad—. ¿Por qué lo cree?

Anthony la estudió abiertamente. No dudaba de ella. Y la joven estaba muy segura de sus palabras.

—Sé lo que dijo antes de morir —repuso—. La persona que escuchó su verborrea pensó, no sin razón, que estaba delirando. Pero yo no estoy de acuerde con esta teoría.

Hizo una pausa y Jocelyn se enderezo más aún en su butaca.

—Debe haber hablado usted con Raoul St. Denis —musitó, con un acento que Anthony prefirió ignorar.

—Sí. Resulta que los dos estuvimos asociados cuando la guerra, y efectuó una verdadera demostración de memoria. Hizo por mí lo que puedo calificar de reproducción verbal de los últimos momentos de

Adrian Messenger —Anthony estuvo a punto de enseñarle su interpretación escrita a máquina, pero finalmente decidióse en contra —. No quiero molestarla con todos los detalles, pero tengo la certeza de que Messenger deseaba comunicarle algo a alguien, pidiéndole a St. Denis que se lo notificase a Jocelyn.

La joven estaba conmovida.

—¡Pobre Adrian! —murmuró suavemente—. No lo entiendo. Opino que el señor St. Denis tiene razón en lo del delirio.

—Es posible —Anthony se encogió de hombros—. Pero yo opino lo contrario. Aunque estoy seguro de haber interpretado mal las palabras, porque se miren como se miren, sólo tienen sentido hasta cierto punto... —hizo otra pausa—. Murmuró repetidamente otros dos nombres. George y Emma. ¿Sabe quiénes son?

—George debe ser el general Firth —repuso Jocelyn al momento —. Pero nunca he oído hablar de Emma...

—¿Otro autor, una autora tal vez? Por lo visto, repitió varias veces la frase «el libro de Emma»...

La joven meneó negativamente la cabeza.

—No lo creo. Naturalmente, está Emma Jane Winston... —sonrió —. Pero Adrian no toleraba sus obras, y estoy segura de que no la conocía personalmente —dejó su copa y se puso de pie—. ¡Holton! — exclamó con triunfo.

—¿Emma? —indagó Anthony—. ¿O California?

—California —repuso la muchacha. El triunfo se había desvanecido y ahora sacudía la cabeza con desesperación—. Tan pronto como lo he pronunciado en voz alta he visto que no es ese nombre. ¡Oh, diablo...!

—Olvídese —le aconsejó Anthony—. Ya saldrá, con más fuerza que la luz del sol. En el momento más inverosímil —consultó su reloj —. Lamento haberla entretenido tanto tiempo, pero todavía deseo preguntarle algo más. George Firth me dijo que los abogados de Messenger son Abercrombie y Smythe. ¿Los conoce usted personalmente?

La joven pareció sorprendida. El la miró con curiosidad y cierta vacilación.

—Sí, conozco a Gilbert Abercrombie. ¿Por qué?

—Porque deseo revisar los papeles privados de Messenger. Sin provocar demasiada curiosidad.

—Entiendo, claro...

Anthony observó un nuevo rubor en las mejillas de la joven y luego una súbita determinación.

—No tiene por qué hablar con Gilbert. Ni con nadie, excepto conmigo.

Entonces, le explicó concisa pero calmosamente lo relativo a la

donación de la casa de Whig Street y su contenido.

—Se han llevado todo lo relativo a cosas de finanzas —agregó—, pero todo lo demás sigue allí. En la mesa del estudio.

La joven levantóse y fue hacia una mesita escritorio situada delante de la vidriera. Allí, sacó algo de un cajón y volvió hacia Anthony.

—Aquí tiene las llaves —volvió a sentarse—. Sólo tiene que devolvérmelas cuando haya terminado. Es el piso superior; puede penetrar por la puerta delantera o por otra trasera.

Anthony sopesó las llaves en su mano y sonrió.

—Me preguntaba qué habría hecho sin usted. Un millón de gracias. Y voy a darle un premio, largándome ya —se había puesto de pie.

—¿Sin más preguntas?

—Ahora no. Sólo una petición —algo en su tono de voz obligó a la joven a mirarle fijamente—. Quiero rogarle, con toda la pompa que exigen las circunstancias, que no le cuente a nadie en absoluto lo que acabamos de discutir.

—Si es una petición —sonrió ella—, no sé cómo será una orden suya —la sonrisa se desvaneció—. ¡Claro que no se lo contaré a nadie!

La muchacha estaba delante de él, muy cerca, y Anthony se sorprendió momentáneamente al verse obligado a levantar la vista para contemplarla directamente a los ojos.

—Me hubiera gustado ayudarle más —suspiró Jocelyn. Luego, de repente, como sobrecogida por una nueva idea, exclamó—: ¡Oh, tal vez pueda! Por favor, llene su copa y siéntese, que voy a contarle...

Cuando Anthony llegó a Whistlers Walk eran las diez y media.

En aquel momento, en el vestíbulo del «hotel Gainsborough» de Birmingham, el calvo señor David Bronson de Vancouver se hallaba en una de las oficinas de las que se enorgullecía el hotel, la Sala de Viajes.

El señor Bronson permanecía en aquella oficina de paredes de cristal, explicándole sus necesidades al empleado, cuyo nombre era Smathers, y que ya estaba pensando cuán simpático parecía aquel cliente. Porque lo único que deseaba el señor Bronson era descubrir, primero, si podía ir por tren desde Birmingham a Deyming, en el Medeshire, sin pasar por Londres; y, segundo, preguntar cuál era el mejor hotel de Deyming, para una estancia de una semana.

Tras saber que el señor Bronson pensaba viajar al día siguiente, el señor Smathers escogió un tren e informó a su cliente que sólo tenía que cambiar en Dorminster; luego, pidió el billete para el presunto viajero, en primera clase, y le aseguró enfáticamente que el «hotel Gleneyre Arms», de Deyming, era el único sitio donde alojarse,

concluyendo sus servicios con una llamada telefónica a dicho establecimiento, reservando una habitación para el señor Bronson, que llegaría a la noche siguiente.

El señor Bronson tuvo grandes alabanzas por el celo y la prontitud del señor Smather, que, según afirmó, no había hallado en ningún empleado de hotel de Londres. El señor Smathers se puso colorado por la emoción, gustándole mucho más aún el señor Bronson. Y una hora más tarde, fue al encuentro de tan distinguido huésped para entregarle el billete solicitado, invitándole a un aperitivo en el nuevo y resplandeciente bar americano del hotel.

El señor Bronson aceptó con gran placer, y ya con los vasos delante, le confió al señor Smathers que se trataba de su primera visita al «viejo país», que aquella tarde ultimaría el negocio que le había traído a Birmingham, pensando pasar las dos semanas siguientes en un viaje de visita por Inglaterra.

Esto condujo al descubrimiento de que el señor Smathers era natural de Medeshire, pudiendo asegurar que el Condado contenía varios de los paisajes más bellos y espléndidos de las Islas. Hecho que el señor Smathers subrayó con los nombres de dos o tres familias que todavía poseían allí grandes terrenos y haciendas.

—Naturalmente, el más notable es lord Gleneyre —resumió el señor Smathers—. Un hombre maravilloso, señor Bronson. Un verdadero aristócrata, en el mejor sentido de la palabra.

—Sí, estoy seguro —asintió su interlocutor, abandonando el tema por el momento. Se había quitado momentáneamente las gafas, y se frotó la comisura del ojo derecho, donde un pequeño músculo había empezado a palpitar.

Eran las doce menos cuarto cuando el señor Bronson y el señor Smathers penetraron en el bar del hotel.

Y en aquel momento, Anthony Gethryn, en Londres, salía de la mansión de Whistlers Walk. Detúvose en el umbral, despidiéndose de su anfitriona, dándole por última vez las más efusivas gracias por haberle ayudado tanto y tan activamente. Como la mayoría de las buenas ideas, la última que le diera la joven era sencilla; de todos modos ella tenía que trasladarse a Deyming Abbey al día siguiente, y se había ofrecido para averiguar, gracias a los Gleneyre, sin despertar sospechas, todo lo que pudiese referente a los últimos meses de Adrian Messenger, que en algo les hubiera sorprendido.

—Regresaré el lunes por la tarde —añadió Jocelyn—. Si no descubro nada sensacional, será mejor que espere a que yo le telefonee, ¿de acuerdo?

—A menos —sonrió Anthony—, que recuerde usted el nombre de California.

Mientras hablaba, retrocedió dos pasos y divisó un taxi estacionado al lado de su «Voisin». Se volvió para despedirse definitivamente de la joven… y en aquel instante se dio cuenta de que ésta se había olvidado por completo de su presencia.

Mirando más allá, la muchacha tenía los ojos muy abiertos por la sorpresa, ruborizándose intensamente. Anthony volvió la cabeza para escrutar en el taxi, y vio que su pasajero salía del mismo… con grandes precauciones. Un gigante con un traje gris y abrigo; un hombre cuyas espaldas le parecieron familiares y al que, cuando aquél volvió también la cabeza, reconoció como el propietario de las espaldas que el día anterior había lucido un batín con un dragón en la parte posterior. Por lo visto, Ajax no creía en los teléfonos; al menos, no tanto como en su apariencia personal.

Anthony se llevó una mano al sombrero.

—Adiós, señora Messenger.

Raoul St. Denis estaba abonando el importe del viaje. Vio a Anthony y pareció agradablemente sorprendido. Todavía no había dirigido la vista hacia el número cinco.

—Buenos días, Lecop —saludó—. ¿Puedo adivinar que se halla usted tras el rastro caliente? —sonrió, pero la sonrisa no alcanzó a sus ojos.

—El rastro está frío, amigo mío, y es tan tenue que he venido solicitando ayuda. Una ayuda encantadora y eficaz —hizo un gesto hacia la puerta abierta de la casa, y por segunda vez en pocos instantes se vio olvidado por completo.

Era una experiencia saludable, pensó, viendo cómo Raoul se quitaba el sombrero —torpemente con la mano izquierda—, y Jocelyn Messenger avanzaba hasta el segundo peldaño para recibirle.

Sonreía con una sonrisa especial, indefinible, dedicada exclusivamente al nuevo visitante, por lo que Anthony se dirigió a su coche, abrió la puerta y se instaló ante el volante. Pero en aquel momento se vio asaltado por otro pensamiento y miró hacia atrás.

—¡Señora Messenger! —gritó, y ambos jóvenes se volvieron a mirarle. Se sintió aliviado al observar que la sonrisa que le dedicada St. Denis era amplia y sincera—. Mi prohibición respecto a lo que hemos discutido…

—No se preocupe —le tranquilizó Jocelyn—. No se lo contaré a nadie.

—Bravo, pero esto no cuenta para su actual acompañante. Siempre que él no hable.

No esperó la respuesta, sino que volvió a calarse el sombrero y concentró la atención en su «Voisin». Al poner en marcha el motor y arrancar, todavía divisó la fachada de la casa, con la puerta ya cerrada.

Tras haberse ufanado en los últimos tres o cuatro años de ser uno de los pocos propietarios de Londres con dinero suficiente para mantener su propiedad tal como antaño, el número veintiuno de Whig Street se lo debía en realidad a John Nash, y era un placer para la vista, tanto en su interior como en el exterior.

Pero para Anthony Gethryn era otra frustración que sumar a su ya larga cadena. Pasó casi una hora en el piso de Adrian Messenger, atareado con la mesa escritorio y sólo obtuvo de ello la convicción de que Adrian Messenger era el autor más privado de todos los autores conocidos. Era cierto que el individuo había tenido gusto, dinero e imaginación. Sin embargo, era también el feliz poseedor de una de esas mentalidades ultraordenadas que, especialmente respecto a cualquier forma de documento, creen en un sitio para cada cosa... sumamente escondido.

Terminó con el último cajón de la mesa que contenía dos pequeños archivos señalados como correspondencia y se sentó en una butaca, consultando su reloj. Entonces, se dio cuenta de que estaba hambriento. Volvió a ponerse de pie y miró la superficie de la mesa, que brillaba agradablemente. No vio nada excepto el secante, limitado por una franja de bronce, un teléfono y una agenda de piel verde. Sólo como comprobación, pues ya lo había hecho antes, levantó la tapa de la agenda y verificó que la hoja superior estaba en blanco y llevaba la fecha del domingo anterior. Que era el día después de que su propietario se marchó a un país al que nunca debía llegar.

Anthony suspiró, cogió el sombrero y se hallaba casi fuera de la estancia cuando se acordó de una omisión cometida en su búsqueda.

Volvió a la mesa, rectificó la omisión levantando el secante y mirando debajo...

Allí, como mirándole, se hallaba la última hoja, la del sábado, de la agenda; la hoja del día de la partida de Messenger. En lo alto, con tinta y claramente alineado en la división marcada «M», había la anotación: *9,30, aeropuerto*. Pero debajo, a lápiz, estaba trazada una nota en sentido diagonal.

Señora A. (Sara) Kouroudjan... Windicotes... Purling... Surrey.

Anthony la estudió fijamente, y volvió a sentarse ante la mesa, echando hacia atrás su sombrero. Algo le resultaba extrañamente familiar, y esperaba que no se tratase de una falsa esperanza. Ambas anotaciones parecían trazadas por la misma mano de Messenger, pero la segunda debía haber sido efectuada apresuradamente. Lo que significaba —junto con la fecha de la hojita y su posición bajo el secante— que la nota la había garabateado Messenger muy poco antes de irse.

Y significaba algo más, pensó Anthony, estudiando las posiciones

relativas del teléfono y el cuadernito. Significaba, casi con toda certeza, que la nota era el resultado de una llamada de última hora, probablemente recibida por Adrian.

Cogió el aparato, y mientras marcaba se preguntó de nuevo si su premonición resultaría equivocada.

Contestaron a la llamada. Una voz escocesa que. tras haberse presentado, se mostró bastante cortés. Le informó de que la dama a la que llamaba, la señora Messenger, había salido a almorzar con alguien que parecía un caballero francés. Pero no sabía adonde habían ido ni a qué hora regresaría la dama.

—No importa —replicó Anthony—. Muchas gracias. Dígale que volveré a llamarla.

Colgó, dobló la hoja y se la guardó en su cartera. Al cabo de dos minutos volvía a estar en su coche, camino de St. James's Street, en busca del almuerzo.

De haber cruzado cinco minutos antes por Piccadilly, habría visto al taxi que llevaba a Jocelyn y su acompañante, hacia el restaurante de Arístides Mazarin…

En cuyo establecimiento, una hora más tarde y en medio del ágape calificado de excelente por ambos comensales, Raoul St. Denis lanzó, por casualidad, en medio de la conversación la palabra «California».

Con el resultado de que los demás clientes del restaurante se vieron altamente sorprendidos, ya que Jocelyn se dio una fuerte palmada a la frente y exclamó de forma estridente, casi en un grito:

—¡Dalton! —luego se puso colorada y se echó a reír con una gran carcajada, inclinándose sobre la mesa y diciéndole algo al francés.

—Oh, lo siento mucho —eran sus palabras—. Es que acabo de recordar algo. Forma parte de lo que Anthony Gethryn me permitió que le contara… Creo —añadió— que debería telefonearle —y sin permitir que Raoul abandonase su asiento, se puso de pie.

Pero no pudo localizar a Anthony ni en Whig Street ni en su casa.

Ya que Anthony, tras haber decidido tomar una comida rápida, a fin de seguir su hallazgo respecto a la importancia de la señora A. (Sara) Kouroudjian, estaba en aquellos instantes saliendo de Londres en dirección a Purling, a sesenta kilómetros de distancia.

Naturalmente, sabía que quizá malgastaba el tiempo, pero reflexionó que en este caso el tiempo era lo único que sobraba. Recordó la observación de Flood: «Este asunto tiene muchas ramificaciones», y añadió para sí: «Con muchas frustraciones.»

Seguramente se habría animado un poco de haber visto al sargento Seymour trabajando. Sin sombrero, con una cartera bajo el brazo y con el menor aspecto posible de policía, Seymour se encontraba ante la casa número 18 de Wellington Square, al norte de

Londres. Se hallaba hablando con una mujer, de aspecto agradable, y de unos cuarenta años, a la que llamaba «señora McGowan», preguntándole si podía concederle unos instantes.

—Bueno, siempre que no intente venderme nada… —había una nota de duda en la voz de la señora McGowan, pero con un destello de aprobación a la vista de su visitante.

Seymour parpadeó ante la mera idea de ser un vendedor a domicilio. Protestó, con una entonación muy juvenil, calculada para producir buen efecto, afirmando que sólo deseaba obtener alguna ayuda de la buena señora. Coleccionaba datos para una nueva obra militar titulada Las tropas de la ciudad, que trataba de los Regimientos de Londres antes y durante la guerra.

Al llegar a este punto, abrió la cartera y sacó un puñado de hojas muy convincente.

—Creo que su difunto esposo prestó servicio en un regimiento de Londres, señora McGowan.

—¿Por qué se queda fuera? —le interrumpió la aludida—. Pase.

El sargento Seymour penetró en la casa, convencido de que obtendría por completo la información deseada.

Tal como ese ha dicho, en este meticuloso trabajo habría animado a Anthony. Pero es dudoso que otra escena, celebrada al mismo tiempo en otra parte de Londres, hubiese producido en él el mismo efecto.

Se trataba de la tienda de J. Slattery, en la esquina de Pope Terrace. En la parte de fuera, delante y detrás, la disposición de la trampa invisible para el señor Smith-Brown-Jones habría complacido a su forjador. Los dos seudopintores continuaban con su admirable labor, enfrente de la tienda del tullido; y su colega, el falso escritor, proseguía vigilando desde su ventana en la calle trasera.

Pero dentro todo era muy diferente de lo imaginado. De haber escuchado Anthony la conversación del saloncito situado detrás de la tienda, se habría sentido altamente molesto. Seriamente trastornado.

En su silla de ruedas, muy próximo a la chimenea, Jonathan Slattery estaba mirando al vacío, sin volver la cabeza cuando su mujer entró y se acomodó en una silla, después de dejar una bandeja sobre una mesita.

—Aún no es la hora del té —exclamó el mutilado.

—Lo sé, querido. Pero he pensado que una taza no vendría mal —le puso una mano sobre el hombro—. Con una gota de lo añejo, ¿eh?

Su esposo efectuó un esfuerzo. Se incorporó; sonrió.

—Esto es hablar, chica.

Con un veloz giro de las ruedas, condujo la silla hacia la alacena donde guardaba una botella que llevó junto al fuego con todo

cuidado. Esperó a que Connie llenase dos tazas con un té fuerte y oscuro, y luego vertió en ellas una generosa ración del licor.

Su mujer estaba en una mecedora al otro lado de la chimenea. Levantaron las tazas y bebieron cautelosamente, lanzando casi al unísono un «¡Ah!» de apreciación.

Vaciaron las tazas en un silencio que continuó en tanto Connie volvía a llenarlas. Luego, rechazó la botella.

—No, para mí no. Pero puedes beber un poco más, querido.

Jonathan Slattery obedeció y volvió a sonreír, levantando la taza.

—¡A tu salud, Con! —exclamó.

Pero volvió a caer en su habitual mutismo, contemplando las llamas del hogar.

—¿Qué te pasa? —preguntó, de pronto, su esposa—. Algo te preocupa... Y yo sé lo que es —se levantó y le trajo un cigarrillo, que encendió ella misma—. ¡No puedes engañarme, querido!

Su marido volvió hacia ella un rostro lleno de inocencia injuriada.

—¿Preocupado? —protestó—. ¿Sólo porque un camarada viene a verme he de estar preocupado?

—Ya... —replicó la señora Slattery—. De modo que es por culpa de ese señor Flood... ¿Y qué es lo que te atormenta? Te pregunto ¿por qué?

—Pues...

—¿Quieres que yo te lo diga? Pues estás preocupado porque no jugaste limpio con tu amigo Flood.

—¿Cómo que no jugué limpio? —la indignación de J. Slattery crecía por momentos—. No le perjudiqué en absoluto a ese buen Flood, ¿verdad? ¡Ni a su firma! Oh, Connie, a veces eres una tonta...

—De acuerdo, querido —trató de aplacarle ella. Cogió la bandeja... y volvió a dejarla. J. Slattery estaba mirando el fuego una vez más. La mujer fue hacia la silla de ruedas y permaneció detrás de su marido. Luego colocó una mano encima de sus hombros y le dio un beso en el centro exacto de su calvicie.

—No importa, Johnny —dijo suavemente—. Haz lo que quieras, querido.

Eran las cuatro menos cuarto cuando Anthony llegó a Purling y atravesó el puente, siguiendo por la montaña hacia donde le habían indicado que se alzaba la casa llamada Windicotes...

El terreno era amplio y estaba bien cuidado. También estaba vacío... y un jardinero le informó que la «gente» no estaba en casa.

Anthony regresó al coche y condujo lentamente, montaña abajo. Consideró brevemente una visita a la comisaría de Purling, donde tras darse a conocer conseguiría seguramente alguna información respecto al paradero actual de la señora Kouroudjian, pero finalmente no se

decidió, puesto que ello despertaría demasiadas sospechas. Luego recordó que el superintendente del Condado de Surrey era un viejo amigo de Pike, y se detuvo en la oficina de correos, donde penetró en una cabina telefónica para llamar a Scotland Yard.

Eran ya las cuatro y media y empezaba a oscurecer, cuando, de nuevo en Londres, cruzó el Támesis en Putney y se encaminó a Chelsea; quince minutos después llamaba al timbre del número 5 de Whistlers Walk, y dos minutos más tarde la escocesa le condujo, tras una breve conversación por el teléfono interior, al estudio.

Encantador por fuera, lo era aún más por dentro. Se trataba de una construcción alargada y alta, y toda una parte tejado era de cristal. A un extremo, los leños chisporroteaban alegremente en la chimenea de ladrillos oscuros, y al mismo relucía una estufa. En torno a la misma y bajo el techo de cristal se veían todos los materiales utilizados por los pintores pero en la chimenea reinaba el orden y comodidad, con unos confortables sillones y un sofá en torno a una mesita baja sobre la cual había un servicio de té en bandeja de plata.

Al entrar, Jocelyn se levantó de un sillón y desde otro agitó una mano Raoul St. Denis. Como enmarcando el resplandor del estudio, formando un nimbo ivisible alrededor del hombre y la mujer que se hallaba allí, había una atmósfera de exaltación personal que, a falta de una palabra mejor, Anthony se vio obligado a describir como «romántica».

Contestó al gesto de Raoul con una sonrisa amable y le sonrió también a Jocelyn cuando ésta le salió al encuentro. Al mirarla, se sintió lleno, de repente, de una agradable benevolencia por la conciencia de sus años.

—Supongo que no le importuna mi presencia —dijo, pero fue interrumpido.

—Le estaba esperando —respondió la joven—. Llevo toda la tarde tratando de ponerme en contacto con usted —cogió el sombrero y el abrigo del detective y los depositó en un sillón situado junto al fuego —. Recordé el nombre que pronunció Adrian. El de California —estaba exultante—. ¡Dalton! ¿Significa algo? ¿Puede ayudarle?

—¿Dalton? —repitió Anthony, pensativo. Hizo un gesto negativo y sonrió—. No, al menos por ahora. Pero esto no quiere decir que más adelante no sea importante. Por tanto, se trata de una buena noticia... ¡y bien sabe Dios que las necesito! —alargó las manos hacia el fuego y Jocelyn le preguntó si quería té o licores, y prefirió lo primero. El té era excelente, acompañado de un pastel que sólo podía confeccionarlo una escocesa, ricamente saturado de mantequilla. Lo devoró y aceptó otra taza de té.

—¿Dónde se halla la austeridad? —murmuró.

—En todo lo que se refiere a tía Mildred, de Deyming —rió la

joven—. Moraleja: cásate con alguien perteneciente a una familia de granjeros.

Jocelyn estaba sentada en el suelo, junto a la mesita, y el fuego relucía en su bella cabellera.

Anthony vació la segunda taza. Se arrellanó en su asiento y sacó las llaves de la casa de Whig Street, dejándolas sobre la mesa.

—¿Encontró algo interesante? —indagó al momento Jocelyn. Entonces captó la mirada que Anthony dirigía en dirección a St. Denis, añadiendo—: No importa. Acabo de contárselo todo. Todo lo que usted me explicó.

—Sin duda —asintió Raoul—, un caso extraordinario —sonrió—. Es una suerte para la Policía que haya conseguido la colaboración de un nuevo maître Lecoq.

Anthony sacudió la cabeza.

—No soy ningún maestro, querido. Gaboriau no habría podido dominarme —miró a Jocelyn—. Respecto a su pregunta, no encontré nada… aparte de esto —enseñó la hojita arrancada al cuaderno de citas de Messenger—. Lo hallé bajo el secante de su mesa. Con toda seguridad, es el resultado de una llamada telefónica antes de marcharse al aeropuerto —le entregó el papel a la joven—. ¿Significa algo para usted este nombre?

Jocelyn negó lentamente con la cabeza, frunciendo el ceño en actitud concentrada.

—Señora A. (Sara) Kouroudjian. No, no le he oído nunca. Ni la conozco.

—Supongo que no existe la menor duda de que se trata de la escritura de Messenger.

—No puede ser de nadie más —la joven se mostró muy segura—, aunque se ve claramente que trazó la nota con gran apresuramiento —le entregó el papel a Raoul, pero continuó mirando a Anthony—. ¿Quién será? ¿Cree que es una pista importante?

—Estos días no puedo pensar ni creer nada —contestó Anthony—. Por tanto, diré que supongo que sí —a continuación relató su viaje a Purling, terminando con su llamada a Pike—. Posiblemente, desenterrará algo. Aunque sólo sea la dirección donde podamos localizar a esa mujer.

Raoul seguía estudiando la nota.

—¿No es posible enterarse de nada, interrogando a los sirvientes de Messenger? —preguntó—. Un ayuda de cámara… una doncella…

—Adrian no tenía servidumbre regular —replicó Jocelyn—. Utilizaba los servicios de una agencia…

La muchacha vaciló y fue Anthony quien prosiguió por ella:

—Los quehaceres domésticos de Messenger los realizaba una compañía especializada en esas tareas. Resulta algo caro, pero muy

eficaz. Trabajan en equipo, con especialistas para todo: limpieza, cocina, etcétera. Es posible que no envíen dos veces la misma persona.

—Exacto —corroboró Jocelyn. Parecía, sin embargo, algo sorprendida—. ¿Cómo lo sabe?

—Geore Firth me lo contó, cuando al principio del caso le pregunté por los sirvientes —Anthony miró a Raoul—. Añada este aspecto doméstico al extraordinariamente desarrollado sentido de la intimidad de Messenger, y comprenderá que de nada serviría interrogar a los de la agencia.

—De acuerdo. Entonces, lo importante es saber quién le pasó a Messenger el nombre y las señas de esa señora. ¿O prefiere usted que cierre el pico?

—Al contrario —repuso Anthony—. Continúe, mi querido Rouletabille.

—Bien. A mí me parece que no fue la dama la que habló por teléfono con Messenger. Por tanto, la persona que llamó lo hizo a petición de Messenger, que solicitaba esta información; quizás un amigo o alguien que cobraba para ello. *Alors*, hay que efectuar todos los esfuerzos posibles para descubrir a dicha persona, que probablemente sepa muchas cosas de este caso.

Calló de pronto… y Jocelyn, que lo había estado contemplando, se volvió hacia Anthony.

—Tiene razón, ¿verdad? —preguntó. Parecía entusiasmada—. Pero, ¿cómo es posible descubrir a ese sujeto? Hoy día no existe la menor posibilidad de seguir la pista de una llamada telefónica, ¿verdad? Todos los aparatos son automáticos… y con las cabinas… ¡Oh, un momento! Supongamos que fue Adrian quien efectuó la llamada, fuera de Londres. Entonces, tiene que haber un registro, ¿no? Quizá valdría la pena probar.

—Con un anuncio en los periódicos… —apuntó Raoul; cambió de postura en el sofá, hizo una mueca de dolor y se llevó la mano derecha al costado—. Estoy seguro de que el señor Gethryn ya habrá pensado en esto.

—No —Anthony volvió a negar con la cabeza—. Claro, me hice las mismas reflexiones que usted, Rouletabille, pero no seguí más lejos. Oh, no, estoy seguro de que Messenger no efectuó la llamada. Y estoy doblemente seguro de que la persona que le dio ese nombre y las señas no sabe nada de este asunto, que pudiera ayudarnos.

—¿Cómo está tan seguro? —Jocelyn estaba asombrada.

Anthony reprimió una sonrisa.

—Todo se armoniza con el carácter de Messenger —aclaró—. Usted no le conocía, St. Denis, por lo que queda absuelto de toda culpa —volvió su mirada a Jocelyn—. Pero sí me sorprende en usted… En primer lugar, la llamada vino del exterior, o un hombre de las

costumbres de Messenger no habría garabateado la información de ese modo. Habría estado preparado con una buena cuartilla de papel. Segundo, respecto a la importancia de su interlocutor, no creo que Messenger, ese hombre tan retraído, tan misterioso, un hombre que ni a sus más íntimos amigos les contó nada del asunto... no creo que divulgase nada, tanto si era para obtener cierta información, como si no.

—Naturalmente —Jocelyn se mostraba ahora muy convencida—. Debí pensarlo antes.

La joven miró a Raoul, y éste a Anthony.

—Entonces, sólo queda *Madame* Arménie, supongo. Pero cuando usted la encuentre, resultará difícil hallar la forma de... de abordarla —se incorporó lentamente y volvió a llevarse la mano derecha a su costado.

Con un movimiento muy ágil, Jocelyn se levantó.

—Está usted padeciendo, y opino que es preferible que vaya a acostarse —decidió, con severidad.

El objeto de su severidad pareció gozar con ello.

—Oh, le aseguro, Jocelyn, que no siento el menor dolor —objetó —. Es el esparadrapo que me molesta como un diablo. Desde aquí hasta aquí estoy envuelto como la momia de un faraón —se volvió a Anthony—. Cada vez es más claro para mí, *Monsieur*, por qué se muestra usted tan reticente en sus investigaciones. Muchas pistas... pero todas frías.

—Y viejas —añadió Anthony—. Como yo. Parezco estar sufriendo una mezcla de *Melancholia frustratio* y *Anno Domini*.

—Pero esta mañana me pareció oírle decir —intervino Jocelyn— que quedaba una posibilidad de atrapar al asesino. ¿O estoy equivocada? Fue algo respecto a una trampa en la que aquél se metería... Estoy segura de que usted empleó la palabra «trampa».

—Exacto. Pero empleé los verbos en tiempo condicional. Lo más condicional posible, se lo aseguro. Sin embargo, si quiere saber los detalles...

Esbozó acto seguido lo referente a J. Slattery.

—No entiendo por qué está usted deprimido —observó Jocelyn, cuando él hubo terminado—. A mí me parece que sólo hay que esperar —volvióse a Raoul—. ¿No lo cree usted así?

—No estoy tan seguro —los ojos del francés estaban fijos en Anthony—. Si, con toda su experiencia, el señor Lecoq no se siente feliz, sus razones tendrá.

—No hay nada tan digno como la Razón —sonrió Anthony, con cierto cansancio—. Como dije antes, apenas puedo pensar. Sólo puedo expresar que hallo demasiado fácil lo relativo a J. Slattery. Lo que necesito es conseguir que alguien me lea el porvenir en las hojitas del

té.

Raoul se había instalado en el brazo del sillón más cercano al fuego. Y seguía escrutando el rostro de Anthony.

—¿No espera demasiado de sus esfuerzos en tan poco tiempo, *Monsieur*?

—¡Esfuerzos! Mi querido amigo, no dignifique mis vagabundeos en este caso con palabras altisonantes —se echó a reír con cierta amargura—. ¡El Perfecto Detective, en seis lecciones! Por Micawber.

—Lecoq, *mon vieux* —repuso Raoul—. Opino que se está censurando sin necesidad. Parece un muro de piedra, ¿eh? —su tono no había cambiado—. Este muro es la idea de que el criminal posee un objetivo de inmensas proporciones, y usted se siente incapaz de atraparle porque no lo conoce.

—No está mal —concedió Anthony.

—Pero usted olvida que el criminal en cuestión lleva al menos cinco años trabajando en el asunto, mientras que usted se ha inmiscuido en el caso hace sólo unos días —Raoul sonrió de repente —. Aunque, naturalmente, cabe la posibilidad de que yo no diga más que necedades.

—En absoluto —repitió Anthony, con acento de sinceridad—. Es usted un buen detective, amigo. En realidad, muy inteligente —se puso de pie, cruzó hacia el hogar y arrojó su cigarrillo a medio consumir entre los crepitantes leños.

Fue Jocelyn quien rompió el silencio, desde su asiento en el sofá.

—Criminal no creo que sea la palabra más adecuada —se estremeció—. ¿No se tratará de uno de esos psicópatas que matan por el placer de matar...?

—¡No, no! —Anthony se mostró muy seguro—, A pesar de sus secretos, Messenger puso esto bien en claro.

—Pero ¿cómo es posible que un ser humano...? —Jocelyn calló, asaltada por un terrible pensamiento—. ¿Quiénes desencadenan las guerras? Unos pocos seres humanos, a veces uno solo. Por motivos poderosos... Pero ningún motivo vale lo que una sola vida humana. Y, sin embargo, las víctimas de una guerra se cuentan por millones... A no ser que quienes promueven una guerra sean también psicópatas...

—En realidad, no puedo decirle qué clase de tipo es —contestó Anthony, paseándose por la estancia—. Pero trazaré un retrato de cómo debe ser... Un hombre que no se destaca en absoluto. Un rostro entre la multitud. El hombre normal de la calle. El viandante inescrutable. El hombre normal, invisible, escudado por la muchedumbre. Una especie de No-Hombre abominable... —dejó de pasearse, permaneciendo de espaldas al fuego, mirando a sus oyentes.

—Lo he bautizado Smith-Brown-Jones —continuó, tras una larga

pausa, mirando a Raoul—. O, como diría usted: Jean Blanc Dubois —trasladó su mirada a Jocelyn—. Y usted se ha acercado bastante a la verdad con su versión del criminal psicópata. Porque hasta, y a menos que descubramos la más leve noción del motivo, el sujeto trabajo con todas las ventajas del verdadero psicópata, y sin ninguna de sus desventajas.

—No será así, si funciona bien la trampa de J. Slattery —recordóle Jocelyn—. Entonces, esto ya no importará.

—Pero nuestro buen Lecoq —terció Raoul— no tiene fe en esa trampa. Porque sin más datos, tiene que averiguar solito los motivos de Jean Blanc Dubois.

El teléfono, situado sobre la mesa, al lado de la puerta, empezó a sonar. El timbre era muy alto, insistente.

—¿Quién puede ser...? —exclamó Jocelyn. Levantándose, fue hacia el aparato y lo descolgó.

—¿Hola...? Sí, está aquí —parecía sorprendida—. Un momento —volvióse, tendiéndole el receptor a Anthony—. Es para usted. De Scotland Yard.

El detective fue hacia ella.

—Me tomé la libertad de decirles que estaría aquí si me necesitaban.

Cogió el aparato.

—Sí, aquí Gethryn. ¿Quién es...? Oh, sí, Horlick —escuchó unos instantes y volvió a hablar—. Sí... sí... muchas gracias.

Colgó, regresó hacia el hogar y volvió a situarse de espaldas al fuego.

—Un pequeño claro entre las nubes —explicó—. Era uno de los hombres de Pike. Me ha dado informes sobre la señora Kouroudjian, la presunta armenia. Bien, amigos —sonrió de pronto—, la señora Kouroudjian tiene algo que ver con el asunto... ¡tra la lá! ¡Tra la lá varias veces! La señora Kouroudjian hace poco que luce tan exótico apellido; en realidad, todavía está gozando de su luna de miel.

A bordo del yate que el señor Kouroudjian posee, incluso en estos tiempos tan difíciles. A bordo no tienen telegrafía sin hilos, pero los esperan en Spithead dentro de unos días...

Calló para tomar aliento.

—Perdonen mi entusiasmo —suplicó—. Tal vez sea una pista que conduzca a un callejón sin salida, pero al menos no se trata de otro desengaño.

—¡No, ahora no puede callarse! —tronó Jocelyn, indignada—. ¿Quién es? ¿Qué es? ¿Cómo sabe usted que está relacionada con el caso?

Anthony ya no sonreía.

—La señora de Antón Kouroudjian fue hasta hace poco días Lady

Pomfret, se ahogó en un accidente de pesca hace cinco años… Fue el primero que murió de la lista de Messenger.

5

Al día siguiente se cumplían los ocho desde la muerte de Adrian Messenger, siendo el tercero que Anthony llevaba ocupado del caso.

Era domingo, aunque de ningún modo festivo para todo aquel relacionado con el caso. Para el C. I. D., claro está, el séptimo día siempre era tan atareado como sus predecesores, pero en ciertos aspectos, Anthony y la mayor parte de los componentes de su equipo se mostraban extraordinariamente activos.

Después de Flood, Raoul St. Denis era el menos afectado. Pero también trabajaba, hablando con su doctor, pagando la cuenta, y disponiéndose a trasladarse a su pisito de alquiler, con la criada normanda que lo cuidaba. Estas diligencias no eran más que el resultado de su breve asociación con Adrian Messenger, Anthony Gethryn y la cuñada del primero.

Era ésta la que primero empezó aquel domingo, sacando el coche del garaje situado al lado de su estudio, a las siete de la mañana, para emprender el viaje a cien kilómetros aproximadamente hasta Deyming Abbey. Una travesía a través de la bruma matutina de un buen día de invierno. Travesía que en otras circunstancias habría agotado los nervios de la joven, pero que ahora la llenó con la sensación, maravillosa y nueva, de estar completamente viva.

También Seymour inició sus tareas muy temprano. Y también conduciendo, disgustándose más a cada kilómetro que dejaba atrás, en dirección a Hampshire, en la frontera de cuyo Condado había pasado la noche, hacia Mostyn-Underhill, en Suffolk, tratando de olvidar a Londres por el momento.

A las once de la mañana, la firma de los señores Updyke y Wallace, los agentes de Recortes de Prensa, se puso en movimiento, representada por la señorita Madeleine Bixby, una de las más eficientes empleadas de la empresa. La señorita Bixby llegó a la destartalada pero eficiente oficina de la avenida Shaftesbury cuando daban las once en el campanario de la iglesia. Penetró en el despacho privado de Martin Updyke, se quitó los guantes, el 142 sombrero y el abrigo, dejándolo todo, formando un montón, sobre la mesa. Se tomó dos aspirinas y un buen sorbo de agua, sentándose luego pesadamente en el sillón de Martin Updyke.

La señorita Bixby, cuyo nombre no interesa a los fines de nuestro relato, pero cuyo estado de salud sí, padecía una resaca tremenda y falta de sueño. No se había acostado hasta la madrugada, pero acudía al despacho por su lealtad hacia la empresa, por su afán de ganar el dinero que significaban aquellas horas extras, y por la satisfacción de

llegar a saber qué era lo que más le convenía.

Se puso de pie, bebió un poco más de agua para que le bajasen bien las aspirinas, buscó los dos nuevos expedientes marcados «A. R. Gethryn» y empezó a trabajar.

Casi en aquel mismo instante, Anthony Gethryn, la causa inocente del trabajo de la señorita Bixby, concluía una carta a su esposa y a su hijo, para empezar a pasearse por su despacho, sumido en sus pensamientos y envuelto en el humo de su pipa.

Media hora más tarde llamó a White y, tras haberle rogado que le proporcionase lo que nadie más hubiera podido darle un domingo por la mañana, dedicó sus preferencias a su máquina de escribir.

Era casi la una cuando regresó White, junto con una gran tabla de anuncios y bastantes alfileres.

En Birmingham, eran exactamente las dos y media cuando el señor David Bronson, de Vancouver, subió al tren que iba a conducirle a Deyming, en Medeshire. Aquel tren «lento» no llegaba a Dorminster, donde el señor Bronson tenía que transbordar, hasta las tres y cuarenta minutos. El resto del viaje duraría entonces hora y media más; perspectiva de inevitable tedio que indujo al señor Bronson a adquirir un puñado de revistas.

Solo en su vagón de primera clase, un poco helado pero cómodo, el señor Bronson iba hojeando sus compras cuando por casualidad tropezó con un titular que proclamaba El mundo de los libros.

Estaba a punto de dejarlo a un lado en favor de La vida rural, cuando su vista recayó en el primer párrafo de un artículo titulado El salón del editor, seguramente obra de una persona o de varias que se escudaban tras el apodo de *Henrietta Street*.

Charlando el otro día con Leslie Orcott (de Orcott y Haskins), saqué a colación el triste tema del trágico final de Adrian Messenger, preguntando si habría dejado algún manuscrito sin publicar.

Parece ser que en los días de su muerte, el brillante y joven novelista se hallaba atareado con una obra real, que trataba de sus diversas experiencias en la Segunda Guerra Mundial. El libro llevaría como título provisional el de «La única opinión». Según Leslie, la obra es la mejor contribución de su autor al mundo de las letras.

—Opinión —añadió Leslie— que no vacilo en proclamar, a pesar de no estar el libro completamente terminado.

Según Leslie, «La única opinión», incluso en su estado actual, o sea, sin terminar, es infinitamente superior a cualquier otro trabajo de Recuerdos de la Guerra.

—Incluso sin terminar —me aseguró—, constituye para el lector una experiencia emocional e intelectual. Tanto es así, que estamos pensando seriamente en su publicación, aunque sea en esta forma fragmentaria.

El efecto que ejerció sobre el señor Bronson este párrafo de chismorreo literario estuvo en razón inversa a su placidez. Por un breve instante, que no se habría permitido de haber tenido compañía en el vagón, se alteró su apariencia. De forma sutil, pero no menos notable.

Debido a su súbita tensión, todo su cuerpo pareció perder su torpeza de una mediana edad, para tornarse tenso, duro y diez años más joven. Tras sus gafas de concha, los ojos perdieron su calma benigna y ligeramente atontada, aguzándose con feroz intensidad. La boca, de dibujo amable, se apretó en una sola línea, y la mandíbula inferior pareció descender y proyectarse hacia delante, poniendo en aquel semblante una extraña expresión de tremenda crueldad. La única semejanza con el señor Bronson que había subido al tren era el pequeño músculo que palpitaba junto al ojo derecho, un leve defecto que sólo le atacaba (lo mismo que al señor Lovett, de Toronto, o al señor Hong, de Detroit), en los momentos de gran tensión emocional.

Pero en la primera parada del tren, que era la estación rural de Barton Cross, el señor Bronson volvía ya a ser el señor Bronson de costumbre. Y el pequeño tic vibraba de modo tan ligero que no podía observarse. Asomado a la ventanilla del vagón, divisó al revisor del tren (a quien, de forma anticuada, llamó Conductor) y, mediante sus amables modales, le pidió ayuda respecto a su billete, explicándole que se hallaba en ruta para Deyming, pero que, tras madura reflexión, deseaba regresar directamente a Londres.

A las cinco de la tarde, unos quince minutos después de que el señor Bronson llegara a su nuevo destino, Seymour llegó a Stukeley Gardens. Parecía cansado, y su rostro mostraba unas arruguitas nuevas y muy poco seráficas, y hasta sus mechones rubios se hallaban lacios y decaídos. Estiró las piernas ante el fuego del despacho y tomó un largo sorbo de la bebida que, al cabo de una leve inspección, Anthony le había prescrito. Entonces, se fijó con curiosidad en la tabla de anuncios colgada en la pared, detrás de la mesa. Pegada a la misma había tiras de papel de diversos tamaños, algunas con una o dos palabras escritas a máquina, y otras con muchas.

Anthony se fijó en aquel escrutinio y sonrió.

—Me he hecho la ilusión de estar trabajando —explicó—. Dígame primero lo que ha conseguido usted y así podré agregar nuevos datos a esas tiras de papel. ¡Dios sabe la falta que nos hacen!

—No estuvo mal lo del servicio militar, señor —declaró Seymour —. Aunque no tan bien en otros aspectos. Nada, a decir verdad. Ni la menor sospecha de «accidente» prefabricado. Sólo un pariente que recordó un par de nombres, aunque sin ninguna relación en particular.

—Era de esperar —afirmó Anthony, imperturbable—. Bien,

dígame cuánto ha conseguido respecto al servicio militar.

Seymour se irguió en su asiento y sacó un cuaderno de notas de su bolsillo.

—Tengo siete anotaciones, señor —anunció con tono deliberadamente sosegado.

—¡Siete! ¡Felicidades, amigo!

Anthony se mostró encantado y Seymour sonrió ufano.

—No lo he conseguido yo todo. Tres notas son del Yard. Sacadas de las respuestas a las cartas enviadas por el señor Pike a los comisarios de las zonas rurales. Llegaron esta mañana. El señor Pike le hablará a usted mañana respecto a los otros puntos de interés. Aunque me advirtió que debía notificarle a usted que, a su entender, no hay nada que pueda ser de ayuda.

—También era de esperar —Anthony se encogió de hombros—. ¿Cómo tuvo usted tiempo de llegarse al Yard?

—Hace unos minutos, señor. A mi regreso de Suffolk.

—¿Suffolk? —inquirió Anthony—. ¿Pomfret?

—Exacto —Seymour se fijó en el tono de su interlocutor—. ¿Por qué, hay alguna novedad?

Anthony le indicó la última tira de papel del tablero, y Seymour leyó un nombre: SARA KOUROUDJIAN.

—La viuda recién casada de Pomfret —le indicó Anthony, refiriéndole a continuación lo referente a la hojita del cuaderno de citas—. ¿Qué ha sabido usted de Pomfret?

—Tuve suerte —reconoció el sargento—. Han vendido su casa, Manor House. Pero el propietario de Head of Boar, en Mostyn-Underhill, les hacía de mayordomo —consultó una página del cuaderno—. Pomfret no tenía hijos ni parientes próximos. La viuda se marchó al extranjero después de los funerales, y no volvió. Pomfret sirvió en el Octavo Batallón de Infantería Ligera de Suffolk, licenciándose con el grado de mayor. Estuvo de servicio en la India y Birmania. Enfermó seis meses después de su retiro del servicio activo. Cuando murió, presumiblemente ahogado, contaba unos cuarenta años. Fue un accidente de «pesca». Al parecer, la barca volcó, tal como fue encontrada, por culpa del oleaje. Luego, el cadáver de Pomfret fue llevado a tierra por el agua. Sin testigos. Ninguna sospecha en la localidad.

—¡Estupendo! —ponderó Anthony. Quitó la tira de papel del tablero y la metió en la máquina de escribir—. Mire, aquí tengo una lista de los diez hombres, más el propio Messenger. Hay tres epígrafes: Unidad y graduación, Teatro de la Guerra y Parientes. Yo he llenado los espacios relativos a Messenger y Slattery. Ahora, dícteme usted sus siete colecciones de datos, por orden alfabético.

Seymour empezó a dictar.

Diez minutos más tarde, Anthony sacó el papel de la máquina y lo estudió atentamente:

Nombre	*Unidad y graduación*	*Teatro de la guerra*	*Parientes*
Bainbridge, P.	2.º bat. Caermarthen Regt. (Cpl.)	India-Birmania	Viuda
Braddock, J.	4.º Bat. Regt. Queen's Yorkshire (Pte.)	India-Birmania	Madre
Dalkeith, I. J.	3.er Forfars (Capt.)	Grecia: India-Birmania	Ninguno vivo
Devitt, J. M.	5.º bat. Rifles Londres (Sgt.)	India-Birmania	Viuda
McGowan, C.	21.º Middlesex (L. cpl.)		Viuda
Moreton, R. F.	Fusileros Hampshire (Ist. Lt.)	Egipto; India-Birmania	Viuda
Ormiston, C.			
Paxton, A. T.			
Pomfret, F.	Suffolk, Ligero Infantería (Mayor)	Egipto; India-Birmania	Viuda (ahora Kouroudjian)
Slattery, J.	2.º bat. 1.º Wessex (Sgt.)	Francia	Esposa
A. Messenger	10.º Húsares (Mayor)	Francia, Libia; India-Birmania	Gleneyre

En silencio Anthony se levantó y clavó la hoja en el tablero. Luego, lo contempló con el ceño fruncido. A su lado, Seymour se movía con inquietud, aguardando. Finalmente, no pudo resistir el silencio.

—Casi todos coinciden, ¿verdad? —preguntó. Luego señaló los datos de Slattery—. Excepto éste... ¿No estará incompleto su archivo? Pudo estar primero en Francia y después en India-Birmania. Como el mismo Messenger.

—Este no —reflexionó Anthony—. Perdió una pierna en Dunquerque.

Seguía con el ceño arrugado.

—Juraría que hemos conseguido algo —Seymour no estaba demasiado satisfecho—. Al obtener cuatro de India-Birmania por mi cuenta y tres más en el Yard, me pareció que ya teníamos una base firme sobre la que actuar.

—La relación tiene que ser constante, ¡maldita sea!

—¿Aunque resulte que Ormiston y Paxton estuvieron también en la India? —Seymour no pensaba ceder tan fácilmente—. ¿Qué diría usted entonces?

Anthony volvióse a mirarle.

—No lo sé —admitió—. De todos modos, al diablo con J. Slattery. No quiero pensar en él hasta obtener los demás datos.

Lo cual, en verdad, era una declaración tan alejada de la pureza de sus intenciones, como la peor formulada en muchos años.

Eran las seis cuando Seymour salió de Stukeley Gardens.

A esa misma hora, en el saloncito de su tienda de Twickenham, Jonathan Slattery trataba de explicarle a su visitante por qué le había telefoneado.

E1 visitante era Flood, que estaba dando gracias mentalmente por haberle dado su número de teléfono al inválido, lo cual posiblemente se debió a cierta asociación sentimental con Dunquerque.

—Ayer por la tarde traté ya de ponerme en contacto con usted —estaba diciendo Slattery—. Y también anoche. Hubiera llamado a su oficina, pero no conseguí recordar el nombre de la empresa...

—Oh, no importa —exclamó Flood, que tampoco recordaba dicho nombre—. Bien, ¿qué le pasa, camarada?

Mantenía apartados sus ojos del montoncito de billetes de cinco libras que se veía encima de la mesa.

Fue Slattery quien los cogió.

—Se trata de este dinero. He reflexionado junto con mi esposa, y hemos llegado a la conclusión de que no debemos quedárnoslo —los ojillos, muy agudos, estaban fijos en el semblante de Flood—. Por tanto, se lo devuelvo.

Alargó los billetes hacia el visitante.

Flood no intentó tomarlos.

—¿Por qué? —inquirió.

—Porque no tengo derecho a él. ¡Sólo por eso! —Slattery tenía el rostro enrojecido; estaba enfurruñado consigo mismo y con todo el mundo, al parecer—. Si quiere la verdad, creo que usted buscaba a mi primo Joe. Este era el dueño de la casa... hasta hace un par de años, cuando su mujer se largó. Entonces, quiso vendérnoslo todo a mí y a mi esposa. Al final decidimos comprarlo... Bueno, como verá, no es posible que Harold Black me dejara ningún legado de veinticinco libras... Esto yo se lo dije, pero lo que me callé es que J. Slattery debía querer decir Joe y no Jonathan. Por esto le digo ahora que ese dinero debía de ser para Joe y no para mí. ¿Lo entiende? Bien, cójalo, por favor.

Se inclinó hacia delante en su sillón de ruedas, blandiendo los billetes en dirección a Flood.

Flood siguió ignorándolos.

—¿Dice usted que este dinero probablemente estaba destinado a su primo Joe? ¿Le ha preguntado si conocía a Harold Black?

—No, cáscaras... —exclamó Slattery, con violencia creciente—,

claro que no. No lo he hecho porque no tengo el poder de un supermán. No puedo establecer comunicaciones espirituales con alguien que ya está alimentando gusanos, ¿verdad?

—Entiendo, no se esfuerce, camarada —le atajó Flood—. Al grano, ¿cuándo murió su primo Joe?

—Hace un año —repuso Slattery, y a fin de adelantarse a las demás preguntas de su visitante, añadió—: ¡Fue mala suerte la que tuvo el chico! Después de haber peleado en tres frentes, tuvo que morir por culpa de un accidente de motocicleta.

Eran más de las siete y media, en Stukeley Gardens, y Flood y Anthony se hallaban instalados en el excelente bar en que Lucía Gethryn había convertido la despensa de la casa.

—Y así —decía Flood, oliendo su vaso de bebida, en tanto terminaba un sucinto reportaje—, ha perdido usted veinticinco libras. Le convencí para que se las quedase. Al fin y al cabo, se trata del pariente más próximo de primo Joe —tomó un largo sorbo—. Un buen tipo. No le gustaba quedarse con un dinero que no le pertenecía. Ojalá hubiese podido contarle toda la verdad del asunto.

Pero a Anthony no le interesaba la cuestión monetaria.

—¡Gracias a Dios que le había dado usted su número telefónico! Supongo —agregó, tras una pausa— que no consiguió enterarse de cuáles eran los frentes donde luchó el difunto Joe…

—Pues sí. Cuando Jonathan empieza a hablar, no hay forma de contenerle. ¿Por qué?

—Primero la respuesta. Las preguntas después.

Flood se encogió de hombros.

—El primo Joe estuvo en el Octavo de Libia. Con los carros de combate. Más tarde, estuvo en Birmania y la India.

Cogió su vaso ya vacío y lo contempló tristemente.

Anthony llenó de nuevo ambos vasos.

—¡La copa de la felicidad! —exclamó—. ¡A su salud! —salió detrás del mostrador—. Tráigase su bebida.

Abrió camino hacia su despacho, encendiendo las luces, y le indicó a Flood el tablero de la pared.

—Mire esto —para señalar las tiras de papel cogió un bolígrafo—. ¡Y esto! —al lado del nombre de J. Slattery, trazó una línea para borrar la palabra Francia, sustituyéndola por Libia; India-Birmania.

Retrocedió y contempló a Flood mientras examinaba la lista.

—Según el sargento Seymour, yo diría que hemos dado un gran paso adelante. En realidad, afirmaría que los datos que faltan respecto a Paxton y Ormiston también se referirán a India-Birmania.

—No se admiten apuestas —observó Flood, pasando un dedo por la columna titulada Unidad y graduación—. Creo que J. Slattery era

sargento. Pero no sé a qué regimiento de la India lo trasladaron.

—No importa. Aquí no hay dos sujetos que perteneciesen a la misma unidad.

Flood continuaba estudiando el tablero.

—¿Quiere decir que la relación es puramente geográfica? —indagó.

—En parte, sí. En cuanto a pureza... no diría lo mismo. Bueno, ¿qué intenta usted? ¿Minar mi entusiasmo?

Flood se echó a reír.

—Lo que me extraña es que India y Birmania son dos territorios extraordinariamente grandes para constituir un nexo de unión entre diez hombres... o tal vez once.

—¡Deme tiempo, deme tiempo! Quizá descubramos, después de algunas indagaciones, que los diez individuos, junto con Messenger, efectuaron alguna operación especial...

Pero Flood se limitó a gruñir. Acababa de fijarse en una tira del tablero. Una tira estrecha, con las palabras mecanografiadas una debajo de otra, salvo en el fondo, donde había un par de líneas escritas. Las palabras estaban agrupadas, con espacio extra separándolas entre sí.

> *Messenger... Jocelyn... decirle a Jocelyn... Fotografía... George-Emma... El libro de Emma-George... (Escobas-limpieza-Todo debe estar limpio. Sólo hay una escoba.)*

Flood golpeó la tira de papel con el índice.

—De modo que su «decirle a Jocelyn» y «Que alguien me lleve a Jocelyn», no fueron. frases acertadas.

—Eso supongo —convino Anthony—. Porque Jocelyn no sabe nada, por lo que no tiene sentido que Messenger quisiera decirle algo, a menos que se tratase de un delirio. Cosa que me niego a creer.

Se dejó caer en una butaca antes de proseguir:

—Si estudio esas malditas frases a menudo, tal vez logre encontrarles algún sentido.

Flood tragó unas gotas de licor y examinó las demás tiras de papel del tablero, que estaban en blanco, excepto los epígrafes: *ACCIDENTES* y *SARA (POMFRET) KOUROUDIIAN*. Luego, había otra palabra: ¿*DALTON*?

De pronto, estuvo a punto de soltar el vaso.

—¿Qué es esto de Dalton? —preguntó, alterado.

Anthony le miró agudamente.

—El nombre de alguien a quien Messenger pensaba visitar en California. ¿Por qué?

—¿No significa nada para usted? ¿Ni siquiera en relación con esto? —señaló la columna *Teatro de la guerra* en la primera lista.

—Nada. Ni para nadie que lo haya visto. Ni siquiera para George Firth, porque le telefoneé preguntándoselo. ¿A qué se refiere usted?

—A que su eslabón perdido ya se ha encontrado —Flood vació el vaso y lo dejó sobre la mesa—. Le apuesto quinientas libras contra una a que su Dalton de California es pariente del difunto general Sir Hugo Dalton, muerto en un combate en el año 1943. Y mil a una a que los diez tipos de la lista, además de Messenger, sirvieron bajo las órdenes de Hugo Dalton en una fuerza especial que él entrenó en la India, para llevársela a Birmania, con el fin de ejecutar la «Operación Dacoit» en el cuarenta y dos. Una especie de operación semejante y anterior a la «Operación Chindits», que fue el esfuerzo último, mejor y más conocido de toda esta clase de operaciones.

Anthony había ya saltado de su butaca.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Dios mío!

Alargó la mano hacia el teléfono.

El hombre a quien llamaba era Guy Dennison, que estaba empleado en el Ministerio de la Guerra, y que no sólo le debía mucho a Anthony Gethryn, sino que lo reconocía. Asimismo, se hallaba en condiciones de obtener las respuestas de las preguntas que Anthony necesitaba hacerle con urgencia.

Cuando finalmente Guy Dennison quedó localizado, no en persona, sino al extremo de la línea, tras unas quince llamadas infructuosas, eran ya las diez. Sin embargo, entonces no se perdió mucho tiempo. En respuesta a la primera pregunta de Anthony, contestó:

—Puedo hacerlo. Te llamaré antes de almorzar —a la segunda replicó—: Esto tal vez me cueste un poco más. Llámame el martes.

Esta espera dejó a un inquieto Anthony dispuesto a interrumpir el plácido descanso dominical del superintendente Arnold Pike. Lo cual hizo, terminando bruscamente con una partida de ajedrez jugada entre el superintendente y un amigo que parecía haber salido de las páginas del diario inmortal de míster Pooter.

A solas con Pike al cabo de diez minutos, en un frío y poco usado comedor, Anthony se disculpó, rechazó una bebida, le contó a su anfitrión todo lo relativo a Dalton, y a continuación le preguntó a Pike qué respuesta había recibido de los comisarios rurales. Tal como había anticipado Seymour, no había ningún dato de interés, excepto lo relativo al servicio militar. En el epígrafe *ACCIDENTES*, los resultados eran completamente negativos; jamás había nadie albergado la menor sospecha de que las muertes no fuesen fortuitas.

—Y, francamente —añadió Pike—, no creo que obtengamos algo mejor con los otros siete.

—Pero hemos de probar —objetó Anthony, a pesar de mostrarse de acuerdo con Pike. Entonces, se refirió al verdadero motivo de su

visita, que era el affaire Slattery, y el descubrimiento de que la J se refería a un Joseph (Joe) difunto, en vez del viviente Jonathan.

—Por lo que ya puede comunicarle a Sir Lucas que no es preciso seguir vigilando al viejo... vigilancia que nunca ha hecho la menor falta —terminó, tristemente.

Y así concluyó aquel domingo.

El lunes por la mañana, cuando Anthony se levantó a las ocho, el día era brillante, pero frío, con un sol que relucía muy amarillento en el firmamento y un viento que cortaba como una hoja de afeitar. No había nada de interés en el correo matinal, pero cuando Anthony terminaba de desayunar, llegó un mensajero, y White le entregó a su amo un sobre grande de parte de Updyke y Wallace.

Anthony se lo llevó a su despacho, se sentó tras la mesa escritorio y lo abrió. Contenía dos mazos separados de recortes, en uno de los cuales se leía el epígrafe *ACCIDENTES*, y en el otro *MESSENGER*.

Primero procedió a pasar la vista rápidamente por' los treinta o cuarenta recortes dedicados a Adrián Messenger, que le parecieron sin ningún valor. Lo cual, aunque él lo ignoraba en aquel momento, se debía en realidad a la clásica resaca dominical de la señorita Bixby.

El conjunto señalado como *ACCIDENTES* le pareció tan inútil como lo anterior. Hasta que llegó al penúltimo párrafo del último recorte, procedente de una publicación semanal de un pueblo de Highland, de dos años antes, que trataba, según reza el título, de *El desastre del ferrocarril Glen Quhilair*. Que, como reveló la lista de muertos, fue la causa de la defunción del tercer individuo de la lista de Messenger, el capitán I. J. Dalkeith. Una vez prendida su atención, Anthony leyó todo el artículo. Lenta y reflexivamente. Todavía estaba examinándolo cuando llegó Seymour quince minutos más tarde.

Anthony le indicó una butaca junto a la chimenea.

—Llega usted pronto. Por lo que le doy las gracias.

—¿Alguna novedad? —inquirió el sargento, contemplando la superficie de la mesa llena de recortes, y mirando con curiosidad el que Anthony aún tenía en la mano.

—Sí, en realidad, dos novedades —Anthony limpió su pipa mientras le relataba al joven sargento lo relativo a J. Slattery. Luego, procedió a rellenar de nuevo la cazoleta de su preciada pipa—. ¿Conoce usted Escocia? —preguntó al fin—. ¿Los Highlands?

—Un poco —la mirada de Seymour volvió a fijarse en el recorte.

—Bien. Porque usted va a partir para allá. Tan pronto como podamos arreglarlo. O antes.

—¿Tiene esto algo que ver con la muerte de Dalkeith? —Seymour parecía intrigado.

—Tal vez. En realidad, sí. ¿Por qué no?

—Pues… —Seymour se mostraba sumamente tenaz—, porque pensaba que de los diez accidentes, éste era el único real. El tren llevaba tres vagones, con treinta y dos personas en total, si mal no recuerdo. En la curva de una montaña se salió de los raíles, en medio de una comarca muy solitaria. Todos resultaron heridos, muchos graves, muriendo quince personas. Opino que un tipo tan inteligente como nuestro Smith-Brown-Jones no habría corrido tantos riesgos, disponiendo un descarrilamiento que, al fin y al cabo, podía fallar.

—¡Alto, muchacho! —le interrumpió Anthony, cogiendo de nuevo el recorte—. Usted no ha gozado todavía de la lectura de esta magnífica prosa editada en el cuarto estado escocés. Hasta haberla leído, pensaba exactamente igual que usted. Pero ahora… —no acabó la frase, y le pasó al sargento la hoja amarilla—. Lea.

Volvió a llenar la pipa, viendo cómo Seymour estudiaba rápidamente el artículo a tres columnas. Finalmente, levantó el joven la vista, sacudiendo la cabeza.

—Lo siento —confesó—, pero no entiendo a qué se refiere.

Anthony encendió calmosamente la pipa.

—Tal vez no comprende usted tan bien como yo a nuestro buen Smith-Brown-Jones —dijo entre dos chupadas a la pipa—. Recuerde nuestra referencia a Coleridge del otro día, y luego considere de nuevo el final del artículo —señaló el recorte—. La parte que se refiere al heroico y abnegado automovilista que tanto ayudó al rescate de las víctimas y Seymour frunció el ceño y releyó un párrafo subtitulado Un samaritano anónimo. Levantó otra vez la vista sin despegar los labios.

—¿No lo ve? —se extrañó Anthony—. Escuche. Siguiendo o achechando a su presa, Smith-Brown-Jones averigua que Dalkeith tomará cierta noche un tren para los Highlands, digamos al cabo de una semana. Por tanto, se marcha allí anticipadamente, como un turista inocente. Y explora el terreno. Por fin halla un lugar solitario, casi ideal. Y lo dispone todo para que se produzca el «descarrilamiento». Luego, sólo tiene que conducir un coche, probablemente el único por aquella carretera, presenciar el accidente, dirigirse apresuradamente hacia allá y…

—¡Dios mío! —exclamó Seymour, estupefacto.

—Exactamente —el tono de Anthony carecía de expresión—. Lo único que Smith-Brown-Jones tiene que hacer es llegar pronto al lugar del accidente y localizar a Dalkeith. Si éste ha muerto, estupendo. De lo contrario… ayudarle a bien morir. Muy sencillo, bajo el aspecto de un esforzado buen samaritano que ayuda a los trabajos de rescate.

—¡Dios mío! —repitió Seymour por tercera vez, consciente de haber perdido la impasibilidad inherente a su cargo—. Creo que tiene usted razón. Un tipo muy desagradable ese Smith-Brown-Jones.

—No es un tipo, Seymour, afortunadamente; esperamos que sea

un sui generis. Aunque con talento. Salvo que, de modo muy fácil, pudo cargar la mano en lo de Escocia —Anthony señaló de nuevo el recorte que estaba en manos del sargento—. Repase el panegírico relativo al samaritano anónimo y abnegado, y verá que hay varias personas que podrían recordarlo. A partir del doctor Dougald…

—¡Una descripción! —volvió a exclamar Seymour.

Anthony se encogió de hombros.

—No debemos esperar demasiado. Por otra parte, tenemos que probar.

Eran las once cuando Seymour ultimó sus preparativos para el viaje, saliendo de casa y…

Eran las once y media cuando Dennison llamó desde el Ministerio de la Guerra. Tal como había prometido, tenía la respuesta a la primera pregunta de Anthony.

—Referencia Dalton, Mayor General Sir Hugo, muerto en acción, en 1943. Su pariente más próximo es la viuda, nacida Marjorie Constance —Dennison se mostraba tan lacónico como siempre—. Vive en La Jolla, California. Dirección: 110 Seabird Avenue… ¿Lo tienes…? Exacto. Llámame mañana para la pregunta número dos.

Era mediodía cuando Anthony terminó con la sesión telefónica, tras haber obtenido la ayuda de una telefonista de ultramar.

Colgó con la seguridad de que aquella misma tarde, a las seis y media, estaría hablando personalmente (por teléfono, claro) con la viuda del general Dalton.

Después de almorzar, a las dos en punto, telefoneó Jocelyn Messenger. De regreso en Chelsea, después de su corta estancia en Deyming Abbey, no tenía nada que comunicar.

—A riesgo de mostrarme demasiado complacida conmigo misma —finalizó—, creo que he hecho un buen trabajo —su voz suave sonaba muy clara y vivaz en el oído de Anthony—. Bueno, me refiero a la forma de hacer preguntas respecto a si Adrián se había comportado de modo desacostumbrado últimamente, a si tía Mildred o tío Rory deseaban manifestarme algo… raro…

—¿Algo desacostumbrado? —repitió Anthony, agudamente—. Perdone mi insistencia, pero no olvide que buscamos cualquier desviación de su norma en la conducta de Messenger en sus últimos días. ¡Lo que sea! Incluso hacerse la raya del pelo al otro lado.

—Lo sé —la voz de la joven dejó escuchar una nota alegre—. Pero al parecer no hubo nada. Por lo que me dijeron, Adrián era más Adrián que nunca. Salvo las pocas veces en que salió a cazar, solía encerrarse horas enteras en la biblioteca, incluso después de cenar… Oh, lamento no poder ayudarle más…

—Al contrario —replicó Anthony—. Su Dalton ha sido una victoria completa.

A continuación le refirió todo lo relativo a la «operación Dalton» en la India y Birmania.

—Supongo que Adrián nunca se lo mencionó a usted, ¿verdad?

—No... Adrián casi nunca se refería a sus hazañas bélicas.

Eran las seis y algunos minutos cuando Anthony pudo hablar, a través de ocho mil kilómetros aproximadamente, con la viuda del mayor general Sir Hugo Dalton.

Como es costumbre en las comunicaciones transatlánticas, la recepción en ambos lados fue mejor que una simple llamada londinense. Asimismo, y por suerte, Lady Dalton, nacida Marjorie Constante Fothergill, resultó ser una mujer de pocas pero claras palabras. Aceptando sin vacilación la explicación dada por Anthony, a todas luces falsa, contestó graciosamente a todas sus preguntas.

Sí, conocía ligeramente al difunto mayor Adrián Messenger... Oh, sí, lo había invitado a California de paso hacia Canadá... Sí, la invitación fue el resultado de una carta del mayor Messenger notificándole que deseaba verla, al parecer por un asunto relacionado con su servicio a las órdenes del general Dalton... No, no tenía idea de cuál era el asunto en sí... No, no reconocía ninguno de los otros nombres citados por Anthony... Sentía no poder ayudar mejor al ejecutor testamentario del mayor Messenger... Si se presentaban nuevas cuestiones, estaría muy contenta de poder ayudar al ejecutor testamentario del mayor...

El martes a las once de la mañana, Anthony telefoneó a Dennison al Ministerio de la Guerra.

Le comunicaron que el coronel Dennison estaba en una conferencia.

Anthony se paseó por su despacho, tratando de refrenar su impaciencia.

A las doce y cinco minutos, el propio Dennison contestó al teléfono.

—La segunda pregunta: he localizado a dos londinenses que sobrevivieron al desastre de Hugo Dalton en Birmania. ¿Tiene un bolígrafo?

Lo cual condujo a diversas llamadas más por parte de Anthony, y dos entrevistas que, junto con el tiempo consumido por el teléfono, más la conducción de su coche, le tomó parte del día hasta las cuatro y media de la tarde.

Pero infructuosamente. Ambos hombres —capitán y brigada, respectivamente— respondieron amablemente a las preguntas de

Anthony, sin tener al parecer nada que ofrecer. La fuerza de Dalton, compuesta por trescientos hombres, estuvo dividida en tres cuñas de un centenar de individuos cada una, asignándole a cada cuña un objetivo. Y ni el capitán ni el brigada se hallaron en la cuña mandada por Adrián Messenger. El capitán recordaba a Messenger, pero sin conocerle mucho. Ni él ni el brigada recordaban. excepto con gran vaguedad, a ninguno de los diez hombres de la lista de Messenger. Y finalmente, los dos corroboraron lo que ya había insinuado Dennison, o sea que en contraste con los Hombres de Wingate, Dalton había experimentado un número tremendo dé bajas.

Tras esta noticia deprimente, Anthony regresó a su casa, bastante desalentado por no haber podido obtener más informes de aquellos dos ex dacoits.

Todavía se sentía entristecido y abrumado, sin saber si salir fuera a cenar o hacerlo en casa, cuando entró White al despacho, anunciando a un visitante.

—Una tal señorita Bixby quiere verle, señor. De «Updyke y Wallace». A ser posible, quiere verle personalmente.

—Hazla pasar.

Pocos instantes después, Anthony, sumamente curioso se hallaba en presencia de una joven morena y muy atractiva. También parecía muy nerviosa.

Justificó tal estado de nervios, sacando del bolso un sobre de «Updyke y Wallace», que contenía un solo recorte de periódico.

—Es culpa mía, general Gethryn —confesó ella—. Debí incluir esto en lo que le envié el lunes. Pero no sé cómo lo pasé por alto. Espero que no sea importante.

Se mostró tan sincera y preocupada, que Anthony le perdonó lo de «general».

—Lo supongo —sonrió—. Además, me lo ha traído con sólo un retraso de veinticuatro horas.

Cogió el sobre y lo abrió, teniendo de este modo ante su vista los párrafos de El inundo de los libros, que de forma tan brusca habían modificado los planes del señor Bronson, de Vancouver; se trataba de los párrafos relativos al libro sin concluir de Adrián Messenger, La única opinión.

Mientras leía, sus labios formaban las palabras, dejando escapar sólo un leve silbido… hasta que por fin murmuró un «¡Maldito idiota!» entre dientes.

—¡Oh, era importante! —exclamó la desdichada señorita Bixby, más pálida aún—. Lo siento muchísimo…

—¡No, no! El enfado es conmigo mismo, se lo aseguro.

Anthony dirigióle otra sonrisa, y al cabo de cinco minutos de conversación y una copa de mejor jerez que ella había probado en su

vida, la despidió con demostraciones de afecto.

Apenas había salido de la casa la visitante, cuando Anthony buscaba ya en el listín telefónico las señas de la editorial «Orcott y Haskins». Innecesariamente, en realidad, porque eran ya las siete y la única persona que pudo contestar a la llamada fue un contable que padecía de paladar partido y tenía una ignorancia completa respecto al posible paradero de los dos socios de la empresa.

Dejando las investigaciones respecto al libro de Messenger para el día siguiente, Anthony se castigó con una cena solitaria y amargas reflexiones sobre su falta de inteligencia y reflejos mentales.

«No hay la menor duda —pensó—. Me estoy volviendo viejo… Un gran detective, que investiga la vida privada del escritor muerto, y que se olvida de interesarse por el libro que el difunto escribía cuando falleció… ¡Vean, damas y caballeros, la gran metamorfosis del antiguo famoso Lecoq contra Lestrade ante sus mismos ojos!»

Media hora después de cenar seguía del mismo mal humor. Hasta que, dando vuelta por su despacho, su mirada se posó de nuevo en el recorte de El mundo de los libros, cogiéndolo distraídamente y releyéndolo tal vez por vigésima vez…

En aquel instante, dos palabras del último párrafo se abrieron camino hasta su cerebro.

—¡Dios mío! —musitó Anthony.

Tras cuya exclamación se dejó caer en una butaca, sumido en hondas reflexiones.

6

Flanqueado por varios solares producidos por las bombas, el “hotel Alsacia» se alzaba entre el Támesis y el centro de aquel histórico pero prostituido barrio de Londres, conocido como el Strand. Con su principal cuerpo de edificaciones y su patio anterior indemnes, el «Alsacia» era, es y probablemente será, uno de los mejores hoteles para las personas de habla inglesa; una combinación de turistas americanos, artistas y actores practicantes, con mejor o peor fortuna, del arte de Talía.

A las diez de la noche del martes, el mismo martes en que la señorita Bixby estuviera en Stukeley Gardens con el recorte de Prensa que había cambiado los pensamientos de Anthony, el famoso grill-room del «Alsacia» se hallaba en aquel estado de beatitud en que los comensales tempranos se han marchado, los restantes están terminando de cenar, y empiezan a hacerlo algunos rezagados.

Entre los segundos, en una mesa situada en un rincón, había un grupo de cuatro personas, de variado aspecto, aunque todas de buena apariencia, que durante toda la velada habían despertado la envidia y los comentarios de los demás clientes del local. John y Margaret Cameron cenaban con sus amigos Jocelyn Messenger y el famoso periodista francés St. Denis, y la disparidad mencionada radicaba en la notable diferencia de estaturas entre una pareja y la otra. Como había observado John a su esposa, cuando el exquisito Mario los acompañó a la mesa:

—Me siento como Whosis, el rey de los Trolls, con Thor y Brunilda a cenar, y sin nada en la cueva, más que semillas enanas.

Sin embargo, las miradas y comentarios no habían estado dirigidos al grupo como tal. Si bien varias personas conocían a los Cameron («ya sabes, él es ese comediógrafo americano, el de Marea baja, y eso otro que estrenó Rex Harrison el año pasado»), las opiniones se dividieron con respecto a la otra pareja, formada por el individuo altísimo y la también alta y guapísima rubia. Particularmente, a la rubia. Las teorías respecto a su identidad se formularon por docenas, yendo desde la muy interesante que proclamaba que se trataba de la prometida del príncipe heredero del trono de Suecia, hasta una nueva y sensacional estrella descubierta en Reikiavij. O, como insistía al otro extremo del comedor la esposa de un general de Seven Oaks, podía tratarse de la hermana menor de Sir Laurence Olivier…

Sin darse por enterada de tantas miradas, pero consciente de su atractivo, Jocelyn Messenger se hallaba encantada.

Más que nunca en sus tres décadas de existencia. Tal vez más. Aquella sensación de vivacidad, de excitación ante el mero hecho de estar viva, todavía la experimentaba agradablemente. Era una sensación que había ido en aumento desde el momento en que conoció a Raoul.

En la buena canoa Sin autoanálisis, iba bajando por los Rápidos... ¡y no le importaba dónde pudiera llegar!

Se esforzó por volver a la realidad actual y oyó cómo Raoul les hablaba a los Cameron de la miniatura de Yvonne d'Eté, que ella había hecho tres años atrás; miniatura de la que el periódico para el que trabajaba Raoul iba ahora a publicar una ampliación.

—¿Viste alguna vez el original? —preguntó Margaret al periodista. Los cuatro habían empezado ya a tutearse horas antes.

—Naturalmente —contestó el joven, entusiasmado—. Es una obra exquisita. Absolutamente maravillosa.

Mientras Margaret estaba tosiendo, por haber inhalado excesivamente el humo del cigarrillo, apareció un botones que paseó su mirada por John Cameron a Raoul St. Denis y acabó por preguntar:

—¿El señor St. Denis? Le llaman al teléfono.

—¿A mí? —Raoul estaba sorprendido, pero se disculpó y marchó en seguimiento del botones.

Margaret le vio salir del comedor.

—No sólo es encantador, sino terriblemente atractivo —manifestó, estudiando a Jocelyn—. Y tú, señorita Cierva, estás muy seductora. ¡Eres bellísima! —su rostro se contrajo en una sonrisa—. Quizá me equivoqué en lo de las costillas rotas, ¿eh?

—¿Cómo puedo saberlo tan pronto, oh, malvada mujer? —bromeó Jocelyn, alegrándose de que John Cameron no atendiese al diálogo, enzarzado en una discusión sobre el coñac con el *sommelier*—. Recuerda que sólo le conozco desde hace cuatro días y seis restaurantes.

—Bueno, los días... —Margaret se estaba divirtiendo de lo lindo—. ¿Qué importa el tiempo? ¿Y quién dijo que el amor se ríe de los relojes? ¿O fui yo?

Las llaves del *sommelier* tintinearon al alejarse y John volvió a tomar parte en la conversación. Para gran alivio de la muchacha, el americano se sintió súbitamente atraído por un pequeño revuelo al otro lado del comedor, cerca de la puerta, donde Alguien y su cortejo eran conducidos a una mesa reservada.

—Una buena entrada —murmuró John—. De incógnito. Con una servidumbre muda...

Jocelyn miró también, pero no vio más que unas personas, varones en su mayor parte, que rodeaban a la figura central.

—¿Quién es? —preguntó de nuevo Margaret, y John, sin desviar

su mirada del grupo empezó a reír.

—¡Viva Roma! —exclamó—. ¡*Ecco la Busta*! ¡Yo que pensaba que pertenecía a la realeza…!

—¿De quién estás hablando? —Jocelyn volvió a atisbar, consiguiendo divisar por fin a una joven morena y muy atractiva, lujosamente ataviada, que se instalaba a la cabecera de una mesa.

—Esa nueva actriz italiana, querida —le informó Margaret—. Otra de esas chicas modelo ascendidas al estrellato. Se llama, o se hace llamar, Lisa da Vinci. ¿No has visto La ciudad invencible o Nerón…!

—Sí —asintió Jocelyn, que no había visto ninguna de ambas películas. Estaba pensando por qué tardaba tanto Raoul, y quién podía saber que había ido a cenar al «Alsacia».

El periodista volvió en aquel preciso momento. Se dejó caer en su silla y miró en son de disculpa a los Cameron.

—Si me permiten… —dijo, mirando a Jocelyn, y Margaret, con su sonrisa más graciosa, inició una conversación con su marido.

Raoul se inclinó sobre la mesa.

—Era tu amigo Gethryn quien telefoneaba —explicó a Jocelyn—. Por lo visto, hay otra noticia de mucha importancia. Por lo visto, es algo en lo que puedo ayudarle. Quiere que vaya a su casa lo antes posible —se encogió de hombros—. Le he contestado que la decisión no dependía de mí.

—Claro que debes ir —le interrumpió Jocelyn, pensando que era divertido darle órdenes—. John y Margaret se harán cargo… nosotros terminaremos de cenar.

Y con súbita exaltación, vio en todo ello la mano de la Providencia. Los Rápidos iban más deprisa de lo que pensara.

—Pero has de prometerme una cosa —agregó—. Siento una terrible curiosidad y quiero saber de qué se trata. Por tanto, vendrás a tomar una copa cuando hayas terminado… —Raoul iba a abrir la boca pero ella no se lo permitió—. ¡Sea la hora que sea! Sheila tiene la noche libre, por lo que podrás penetrar directamente hasta el estudio. Te estaré aguardando.

Acto seguido, la muchacha volvióse a sus amigos.

—Raoul lamenta tener que dejarnos. Seguramente pensaréis que se muestra muy poco cortés, pero…

Dos minutos mas tarde, tras haber estrechado las manos de Margaret y John, Raoul iba a salir del comedor del «Alsacia».

Debió ser la otra mano de la Providencia la que hizo que Jocelyn levantara la cabeza para seguirle con la mirada, por segunda vez, exactamente en el momento en que el francés pasaba junto a la mesa de la joven que había nacido Bianca Poggioli, pero que ahora era

conocida mundialmente como Lisa da Vinci.

Cuando Raoul salía por la puerta, Jocelyn observó estupefacta cómo la italiana se ponía de pie, pronunciando el nombre del periodista con su voz de contralto, seguido de un «¡*carissimo*!» más profundo aún. Volcando su silla, una copa de champaña y un florero, corrió hacia Raoul, con ambas manos extendidas y todo el cuerpo convertido en una ondulación.

Aunque breve el encuentro fue intensamente dramático para todos los comensales. A la señorita Poggioli no sólo no le importaban los ingleses e Inglaterra, sino que (al menos desde que era Lisa da Vinci, con leyes propias) era una ferviente exhibicionista. Eludiendo el movimiento de Raoul para cogerle una sola mano, la joven actriz le echó los dos brazos al cuello y, de puntillas, plantó sus cálidos labios sobre los más fríos del joven, procurando que los dos cuerpos entraran en contacto en la mayor parte de superficie posible.

Luego, todo terminó en un par de segundos, balbuciendo Raoul unas cuantas frases, saludando formalmente y marchándose del comedor. Y la señorita Da Vinci volvió lentamente a su mesa, sonriendo para sí, recordando un episodio semejante en Capri. El incidente había despertado la envidia de los acompañantes masculinos de su séquito.

Indudablemente, se habría sentido mucho más satisfecha de saber el mal que acababa de causar a otra mujer, situada al otro extremo del establecimiento.

El reloj de la repisa del despacho de Anthony señalaba las once y cinco. Bajo el mismo, con un vaso en la mano y cómodamente hundido en un butacón frente al fuego, Raoul St. Denis contemplaba a su anfitrión con curiosidad. Sonreía, no sin cierta amargura.

—Eh bien, he llegado después de haber pasado por un desdichado incidente. De modo, que ya puede contarme lo que insinuó por teléfono. Y decirme en qué forma puedo ayudarle.

—Lo primero es fácil —Anthony estaba de espaldas a la chimenea—. Al ver que no contestaba ni su teléfono ni el de la señorita Jocelyn, pensé que estarían cenando probablemente juntos. Por tanto, hice una lista de los restaurantes más plausibles y empecé a llamar. El «Alsacia» fue el cuarto —sonreía, pero de pronto adoptó un aspecto grave—. Lo que quiero es que su cerebro me ayude... —hizo una pausa—, es decir, utilizar su memoria.

—Lo que significa que tendré que concentrarme de nuevo en mis recuerdos de náufrago, ¿eh? —Raoul se estremeció y tomó un sorbo de su vaso, dejándolo luego sobre la mesa—. Está bien, ¡dispare!

—Aún no —Anthony se mostraba desacostumbrado, sombrío—. Antes quiero saber qué clase de voz salía de entre los labios de Adrián

Messenger cuando, según usted, deliraba. ¿Cuál era su timbre, su tono? ¿Jadeaba? ¿Tartamudeaba? En resumen, amigo mío, ¿cómo le sonó?

—Bueno... —exclamó Raoul. Sentía una gran curiosidad, pero no perdió tiempo—. Era una voz poco profunda. Mucho menos que la suya o la mía —adoptó una mirada vaga—. Tal vez algo así...

—hizo una larga pausa y al cabo entreabrió los labios, dejando escapar las siguientes palabras, en un tono muy agudo, aunque monótonamente—: *Messenger... Messenger... Messenger...*

—¡Bravo! ¡Excelente! —aplaudió Anthony.

Raoul calló y al cabo de unos segundos habló con voz natural.

—Fue algo así. No soy buen imitador, pero diría que su voz se parecía a la que he hecho.

—De acuerdo —aprobó Anthony, apartándose del hogar y situándose tras el butacón del periodista—. Voy a intentarlo. Usted no me mire, limítese a escuchar —calló y poco después imitó los sonidos expresados por Raoul lo mejor que pudo—: Messenger... Messenger... Messenger... ¿Qué tal?

—Un poco... demasiado profundo —enjuició Raoul, pensativamente—. Y tal vez demasiado preciso en la pronunciación.

—*Messenger... Messenger... Messenger...* —volvió a probar Anthony.

—¡Muy bien! —alabó el francés, observando en silencio cómo Anthony se dirigía al tablero colgado en la pared, arrancaba una tira de papel y regresaba junto a la chimenea.

Sentóse en una butaca y miró hacia el periodista.

—Todo esto se lo explicaré más tarde.

Por ahora, limítese a escucharme unos minutos. Lo cierto es que he de suplicarle que vuelva a situarse en el océano, helado y hostil, mientras yo procuro imitar la voz de Messenger, pronunciando todo lo que dijo. Usted sólo tiene que hacerme callar si me equivoco en algo. En la voz, en el tono, en alguna palabra... en lo que sea. ¿Entendido?

—Por completo.

—De acuerdo. Allá va... —Anthony se puso de pie y apagó la lámpara que estaba al lado del butacón de Raoul, dejando la estancia sumida en una penumbra suave. Luego, regresó a su asiento y estudió la tira de papel.

—Cuando quiera —dijo Raoul al cabo de un instante, sin abrir los ojos.

Anthony dejó transcurrir otro minuto de silencio. Esperaba efectuar una imitación perfecta.

—*Messenger... Messenger... Messenger...* —estas palabras no atrajeron ninguna objeción por parte de su oyente. Atrevidamente, repitió el nombre tres veces más. Luego, hubo otro silencio.

—*Jocelyn... llevadme... a decirle... a Jocelyn...* —prosiguió después

con su imitación, pronunciando estas frases tres veces más.

Esperó de nuevo, algo más que antes.

—*La fotografía... la fotografía...* —exclamó, en tono más alto, y al ver que no surgía ninguna protesta, continuó diciendo—: *George... George... El libro de Emma... El libro de Emma* —finalmente, lo intentó de nuevo, con un tono algo más chillón—: *George... El libro de Emma... La fotografía... George... El libro de Emma...*

Dejó que la voz de Messenger fuese arrastrándose en el silencio por última vez. Se puso de pie y encendió la lámpara que apagara antes.

—Ya está —anunció—. Supongo que no ha habido ningún error.

Raoul abrió los ojos y se incorporó, parpadeando ligeramente y llevándose una mano a las costillas.

—Esto ha sido un tour de forcé. La voz y las palabras exactas. Vivas... o muertas, como quiera —escrutó el rostro de Anthony—. Leo en sus pupilas una mirada de triunfo. ¿O me engaño?

—No —Anthony cogió su vaso de la repisa y lo apuró de un trago —. Adrián Messenger era escritor. Estaba trabajando en su tercera obra cuando murió. En realidad, no dijo El libro de Emma, cuando se estaba muriendo, sino lo que yo he dicho hace un momento, aunque usted entendiera El libro de Emma. He dicho El libro MS. MS es una abreviatura inglesa que significa *manuscrito*, aunque se refiera a un original mecanografiado. Esto creo que es la verdad. Pero iré un poco más lejos. Me siento inclinado a creer que la interpretación de sus últimas palabras es ésta: *La fotografía... George... el libro de MS*... —lo cual puede interpretarse por *Hay una fotografía de George en la copia mecanografiada de mi libro...*

—¡Ooooh...! —exclamó Raoul, entusiasmado—. Y, claro está, es posible que usted conozca también a ese George.

—No. Uno de mis mayores errores fue suponer que se trataba del amigo de Messenger, el general Firth. Ahora sé que no es él... lo cual es una terrible humillación para mí. Cometí otro error, peor aún, y fue ignorar por completo la obra en que podía estar trabajando Messenger. Como sus dos primeros libros eran novelas, supuse, de manera idiota, que el tercero también lo sería. Pero esta tarde averigüé que se trata de unos recuerdos personales de la Guerra.

—Yo también soy culpable —Raoul sacudió tristemente la cabeza —. La forma en que usted, tan inglés, ha pronunciado MS, me ha sonado, naturalmente, MS, pero en pleno océano y con aquel oleaje, creí percibir el nombre de Emma...

—Mi pobre amigo, no tiene nada que reprocharse. En aquellas circunstancias, hasta un profesor de fonética, un nuevo Pigmalión, se habría equivocado como usted.

Mientras hablaba, Anthony se había alejado del fuego, hacia la

mesa. Iba a coger el teléfono cuando su mirada recayó sobre el recorte de El mundo de los libros, que le tendió a Raoul.

—Lea esto. Mientras yo vuelvo a atarearme con este maldito aparato…

Eran casi las dos de la madrugada cuando Jocelyn comprendió que la pastilla somnífera no iba a servirle de nada.

Se incorporó en el extraño lecho y puso los pies en el suelo. Fuera, el viento del este parecía empujar las nubes a una velocidad inusitada y la luna se filtraba a través de la ventana que había dejado sin correr la persiana, de modo que no tenía que encender la luz para distinguir la poco familiar habitación. O sea, el dormitorio de los huéspedes de la casa de Adrián que ahora era suya.

Por primera vez, se preguntó si había sido una necia viniendo aquí. ¿Habría sido preferible quedarse en su propia casita, esperando que regresara Raoul? De esta forma, habría podido manifestarle, de mil maneras, sus sentimientos.

¿Pero era tal su deseo? ¿Era o no era preferible de esta forma? ¿No era mejor que Raoul se preocupase, se angustiase por ella, por lo que estaría haciendo?

Sí, era lo mejor, decidió. ¡Definitivamente! Porque, por encima de todo, estaba aún tan enfadada que probablemente no habría sido capaz de conservar su dignidad. Y esto habría sido fatal; le habría hecho pensar a Raoul que era el amo de la situación.

Sí, había obrado acertadamente. La momentánea duda debía haberla causado el sedante que, temporalmente, había suavizado la herida interior. Pero ahora, el dolor había vuelto a afincarse en su corazón. Con tanta fuerza o más que en el «Alsacia» cuando dejó a Margaret y John, negándose a que la acompañaran a casa. Entonces, cogió un taxi hasta su casa, al que tuvo aguardando, mientras ella se cambiaba de vestido y arrojaba los artículos de noche en una maletita, con el fin de dirigirse a Whig Street, sin dejar siquiera una nota para su criada Sheila.

Y aquí estaba, sentada al borde de la cama de un dormitorio casi desconocido, estremeciéndose y maldiciendo al mundo entero. Preguntándose asimismo qué parte de su cerebro era exactamente la que le dolía, y por qué. Estaba intentando seguir el consejo de su padre, de que la única persona de este mundo a la que no hay que engañar nunca es a uno mismo.

Había llegado al extremo de confesarse que, bajo la cólera protectora, las emociones que experimentaba eran los celos, el amor propio herido y algo más que definía vagamente como miedo, cuando se dio cuenta de que hacía frío.

No era raro, sentada allí, sin llevar más que un pijama muy tenue,

en aquel frigorífico de habitación, con una corriente de aire procedente de la ventana abierta... Se dio cuenta de que, por no estar familiarizada con el sistema de calefacción, altamente lujoso, de Adrián, debía haber manipulado equivocadamente los mandos antes de acostarse.

Los botones estaban en el pasillo, a medio camino entre esta habitación y el saloncito y despacho del otro extremo. Jocelyn se puso de pie, temblando sin poder contenerse.

Tenía los dedos casi en el picaporte de la puerta, cuando oyó un sonido en el pasillo. Un sonido que, a pesar, o a causa de su brevedad y del mortal silencio de que fue seguido, reconoció inmediatamente, con gran terror.

¡Alguien... alguien de fuera, había abierto la puerta posterior del piso! La puerta de la escalera exterior que daba al jardín tapiado; la puerta que, entre el dormitorio donde ella estaba y la cocina, se hallaba a muy pocos metros...

El silencio volvió a romperse. Esta vez fue un leve crujido de los goznes de la puerta trasera al abrirse. Al abrirse cautelosamente. Pero tenazmente.

Otro silencio... y luego un débil clic cloc al cerrarse la puerta. Después, otra pausa sin el menor rumor, y por fin un crujido... apenas esbozado, cuando algo —alguien—, empezó a avanzar por el pasillo. Hacia el dormitorio... este dormitorio. Hacia ella...

Un momento antes había definido el miedo como la menor de las tres emociones que experimentaba. Pero ahora, el miedo era lo único que sentía. En aquel largo instante, transcurrido entre su crujido apenas perceptible y el siguiente, su mente le mostró todo el horror de la situación. Se lo mostró con claridad luminosa, ineludible.

Y comprendió la necedad que había cometido al refugiarse en esta casa. Era evidente que Adrián había descubierto, de algún modo, una confabulación incomprensible, en cuyo núcleo estaba el misterioso asesino; el asesino que Anthony denominaba, medio en serio, medio en broma, Smith-Brown-Jones. En el fondo de su cerebro, por encima de otros terribles pensamientos, le pareció escuchar la voz de Anthony: *Un rostro en la multitud... Invisible... Con todas las ventajas del psicópata... Una especie de No-Hombre abominable...*

Seguro que ese No-Hombre abominable quería apoderarse de algo que estaba en el domicilio de Adrián. ¿Y qué podía ser más seguro que, caso de encontrar a alguien en su camino, el asesino no vacilaría en volver a matar? Un asesino que ya había matado a Adrián y a muchos... muchos más...

Los pasos habían pasado por delante del dormitorio. Estaban cerca del saloncito y el despacho.

Por tanto, era el terror lo que le hacía pensar que había alguien

delante de su puerta, a pocos centímetros de ella. Alguien tan cerca, que le parecía oírle respirar.

De pronto tuvo una idea: ¡el teléfono! Había uno sobre la mesita de noche…

Contuvo la respiración y se fue alejando de la puerta. Luego, en dos zancadas estuvo delante del aparato.

En lo más remoto de su cerebro se estaba preguntando cómo era posible que, incluso a tan altas horas de la noche, el centro del West End de Londres estuviera tan terriblemente silencioso… Y entonces, cuando tocaba ya el teléfono, el motor de un coche pareció reavivar la calle.

De no haber estado sus dedos entumecidos por el frío, el violento movimiento que inició no habría importado. Pero en aquella circunstancia, el receptor se le cayó de las manos… y ¡golpeó contra la pata de la mesita con un ruido que sonó como un trueno en sus oídos!

Y no sólo en los suyos, ya que la puerta se abrió violentamente y un rayo de luz, procedente de una linterna eléctrica, la deslumbró de pronto, disolviendo la luz de la luna y recortando su silueta contra la pared.

Un grito le subió a la garganta, grito que se convirtió en un jadeo cuando la luz se apagó y oyó la asombrada voz de Raoul.

Y el joven pronunció algo raro en francés. Entonces, Jocelyn experimentó una sensación de inmenso alivio, dejando de temblar y de sentirse enferma. Se tambaleó y sentóse pesadamente al borde de la cama…

Chascó un interruptor, y se encendió la lámpara del techo, permitiendo que la joven divisara a Raoul en el umbral.

De pronto, ya no estuvo mareada. Se sintió fuerte, y muy… muy enojada.

Mucho más que antes.

—¿Qué diablos haces aquí? —preguntó.

El joven tartamudeó algo en francés e inglés, entremezclado. La primera palabra que oyó ella en realidad fue el apellido «Gethryn», pero después comprendió que era Anthony quien había irrumpido en el piso, porque entrar inmediatamente era muy importante, y ninguno de los dos había pensado en la posibilidad de que ella estuviera dentro…

Repentinamente, consciente de sí misma. la joven interrumpió aquellas disculpas. Con un rostro inexpresivo, mirando fijamente a Raoul, se puso de pie, muy erguida, se ajustó la chaqueta del pijama y se la abrochó hasta la garganta.

—¿Puedes salir de este cuarto mientras me pongo algo —preguntó orgullosamente—, o es pedirte demasiado?

Quince minutos mas tarde, en el saloncito hubo una ligera explicación.

—...Por tanto, tras averiguar lo del MS, o sea, el manuscrito, que podía ser muy importante —iba diciendo Anthony—, debía tratar de hallarlo lo antes posible. Conseguí el número telefónico de Leslie Orcott, lo saqué de la cama... y de este modo me enteré de que el manuscrito no se hallaba en poder de los editores. Messenger se negó a dejarles lo escrito después de dárselo a leer. Por lo que con toda seguridad, el manuscrito debía estar aquí. Entonces, St. Denis me acompañó hasta su casa, Jocelyn, con el fin de pedirle prestada la llave. Pero no había nadie, por lo que decidimos que, dadas las circunstancias, no importaba que yo me tomase la libertad de entrar en este piso por la puerta trasera. Que, dicho sea de paso, debería hacer cambiar la cerradura, porque es demasiado fácil de abrir —hizo una pausa sonriendo benévolamente—. Sólo me resta ofrecerle mis excusas y esperar que nuestro asalto no la haya sobresaltado demasiado. Sé, y estoy seguro que lo mismo le ocurre a Raoul, que usted tendría que darnos de puntapiés por no haber pensado siquiera en la posibilidad de que usted estuviese aquí...

—¿Por qué tenían que pensarlo? —le interrumpió Jocelyn—. Fue... una idea que se me ocurrió de pronto —no miró a Raoul—. ¡Y como es natural tenemos que encontrar el manuscrito!

La joven se puso de pie.

—Creo —continuó—, que lo mejor será mirar antes en el despacho —fue hacia la puerta, pasando por delante de Raoul como si no existiera, en dirección al despacho.

Encendió las luces y permaneció en el centro de la estancia con Anthony, mirando a su alrededor, mientras Raoul se quedaba en la puerta, como espiándola. Con el reluciente cabello tirado hacia atrás, con el pañuelo blanco anudado a la garganta y el oscuro batín cubriendo el pijama, la joven estaba tan bella que casi le dolía el corazón.

—Y si... —murmuró ella de pronto, yendo hacia una especie de alacena encajada dentro de la gran librería, que ocupaba toda la pared opuesta al ventanal.

—No lo creo —la atajó Anthony—. Miré ahí el sábado.

—Pero recuerdo que vine aquí una tarde, cuando Adrián terminaba de escribir —objetó la muchacha—. Y guardó lo mecanografiado por algún lugar de la librería... —abrió la alacena, dejando al descubierto unas estanterías llenas de cuartillas, todas muy ordenadas. Jocelyn meditó un momento; luego se agachó y extrajo dos cajas, con la inscripción: *CLAIRMONT BOND. EL ARISTOCRATA DEL PAPEL DE MAQUINA. 1 RESMA*.

Llevó ambas cajas el despacho y las puso encima de la mesa.

—No estoy segura, pero veamos...

Con el título en primera página: *LA UNICA OPINIÓN*, original de Adrián Messenger, la primera caja contenía ciento setenta páginas del manuscrito. La segunda contenía una copia al carbón de la misma obra.

—Me pareció recordarlo... —explicó Jocelyn, cuando Anthony la miró entusiasmado.

—¿Y ni siquiera ha dicho «eureka»? —se admiró el detective—. ¡Es usted maravillosa!

Le brillaban las pupilas, tornándose más fuerte el color verde de las mismas al sacar el contenido de ambas cajas y buscar, entre las cuartillas, algo que no encontraba, hasta concentrarse en las últimas hojas, leyendo con suma atención.

—¿Por qué no se sienta? —inquirió Jocelyn, señalando el sillón del escritorio—. ¿O es que los detectives no trabajan estando cómodos?

—Gracias —repuso Anthony distraídamente, quitándose el abrigo y dejándose caer en el sillón, sin apartar los ojos del manuscrito.

—Yo prepararé las bebidas —se ofreció Jocelyn. Dio media vuelta y salió del cuarto, sin mirar a Raoul.

El joven la siguió a lo largo del pasillo, hasta un reducido pero encantador comedor. En el aparador había botellas y vasos y como estaba ocupada preparando las bebidas, se sorprendió cuando le oyó hablar detrás suyo.

—¿Puedo ayudarte?

Dando media vuelta, la joven le dedicó por encima del hombro una sonrisa muy elaborada.

—¡Oh, muchas gracias! Hay un estupendo refrigerador americano en la cocina. Si no le importa sacar unos magníficos cubitos de hielo americanos, tal vez conseguiremos preparar unas bebidas deliciosas...

Pero cuando Raoul regresó con la misión cumplida, el comedor estaba a oscuras. La joven estaba ya en el despacho, con la bandeja sobre una mesita supletoria. Contemplaba a Gethryn, abismado sobre el manuscrito, con tanta atención que apenas se dio cuenta de que Raoul dejaba cuidadosamente el recipiente con los cubitos de hielo al lado de las dos botellas gemelas de Scotch y Bourbon. Tenía preparado un discurso, pero antes de despegar los labios, Anthony se echó hacia atrás y preguntó:

—Señora Messenger, cuando llegó usted aquí esta noche ¿dio alguna vuelta por el piso?

—Bueno... apenas —sonrió la joven—. ¿Por qué? Y además... ¿no podría llamarme Jocelyn?

—Me siento muy halagado. ¿Tuvo la impresión... de que alguien hubiese estado aquí antes?

—No, no. Creo que no. Claro que —añadió ella, tras cierta reflexión— sabía que usted estuvo aquí el sábado. Y que los criados de la agencia vienen dos veces por semana —abrió mucho los ojos—. ¿Cree que alguien entró furtivamente?

—Creo que sí.

—¿Quién? —la voz de Raoul era incisiva—. Su... su... ¿cómo se dice en inglés su Jean Blac-Dubois?

—Smith-Brown-Jones. Sí Posiblemente, ayer.

—¿Pero cómo lo sabe? —el recuerdo del pánico sufrido una hora antes obligó a Jocelyn a ponerse de pie.

—Vengan aquí y se lo mostraré.

Anthony separó tres hojas del montón de cuartillas mecanografiadas y dejó el resto aparte.

Le entregó dos de las tres a Jocelyn, cuando se acercó a la mesa.

—Repase esto. Páginas 38 y 119. Elija al azar.

Esperó hasta que ella hubo repasado las hojas mencionadas, y luego le entregó la tercera página.

—Ahora mire ésta: página 174. ¿Ve alguna diferencia?

La joven estudió la hoja; luego la comparó con las otras dos.

—No veo nada...

Raoul, que había estado a su lado, vio cómo la muchacha se apartaba de él, disculpando el movimiento con el afán de servir las bebidas.

Anthony cogió las dos primeras hojas y se las pasó al francés.

Hubo un profundo silencio... hasta que el joven exclamó de pronto:

—¡Ya lo tengo! Aquí, en esta página, noto la diferencia de que algunas letras... ¿cómo es en inglés?, ah, sí, mayúsculas, no están en posición. Están un poco más elevadas que las otras.

—Exacto —asintió Anthony—. Pero no algunas sino todas. Lo cual significa que las manos que mecanografiaron la página 174 no pertenecen a la persona que escribió las demás. Los caracteres son los mismos, obviamente procedentes de esta máquina —indicó la que se hallaba en una mesita junto a la mesa escritorio—, pero el tecleo no es igual.

Jocelyn se acercó, con dos vasos en los que tintineaba el hielo, dejando uno al lado de Anthony.

—Scotch —anunció— espero que le guste. Y dígame... ¿hay algo más aparte de las mayúsculas?

Entregó el segundo vaso de Scotch a Raoul.

—Dos cosas más —repuso Anthony—. Primero: todas las otras páginas del manuscrito constan de veintisiete líneas. Pero ésta —señaló la hoja separada— tiene veintiséis. Segundo: en las demás páginas, cada punto y coma va seguido de dos espacios, tal como

hacen los profesionales; en ésta, hay tres seguidos de un solo espacio.

—¿Era el propio Messenger quien pasaba lo escrito a máquina? —preguntó Raoul.

—Adrián odiaba las máquinas de escribir —repuso Jocelyn, pero mirando a Anthony y no a Raoul—. Usted quiere decir que Smith-Brown-Jones irrumpió aquí, halló el manuscrito y calmosamente sacó una página y la rehízo a máquina ¡con algunas alteraciones!

La joven no pudo reprimir cierto estremecimiento.

—Exactamente —afirmó Anthony—, y empuñó de nuevo la página 174—. Los dos lo han visto; en un párrafo del centro de la hoja aproximadamente, hay varios nombres, ninguno de los cuales ha figurado hasta ahora en el caso —los leyó en voz alta—. Yo afirmo que la hoja original contenía otros nombres, entre los uales el verdadero de nuestro Smith-Brown-Jones.

Esperó un momento, paseando su mirada de Jocelyn a Raoul, y luego, al ver que no hablaban, continuó:

—Ya les he hablado de la relación respecto a los dacoits de Dalton con la India y Birmania. Por tanto, cuando afirmo que esta página 174 es el lugar donde se inicia el relato de lo ocurrido en aquella región, comprenderán que existen buenos motivos para lo que afirmo, incluso sin la evidencia física...

—Un momento —le interrumpió Jocelyn—. Antes de asustarme más, dígame una cosa. ¿Por qué ha dicho que probablemente fue ayer cuando estuvo aquí Smith-Brown-Jones?

La muchacha volvió a temblar.

—Ha sido un error mío —admitió Anthony—. Debí decir con toda seguridad que fue ayer. Cuando esta noche he hablado con Orcott por teléfono, mencionó que era la segunda persona en dos días que le preguntaba por el manuscrito de Messenger —ahora parecía estar dirigiéndose exclusivamente a Jocelyn—. St. Denis lo sabe porque me oyó hablar, pero había olvidado que usted lo ignoraba. El primero fue un individuo que telefoneó el lunes a la oficina de los editores. Dio un nombre parecido a Swanson, según Orcott, y era americano. Explicó que era amigo de Messenger, de los tiempos de la guerra, y que lo había encontrado en París el año pasado. Messenger le había hablado de su próximo libro, pidiéndole que corrigiese las pruebas de la parte que tanto conocía. Bien, dicho caballero Swanson no sólo estaba enterado de la muerte de Messenger en un accidente de avión —mostrándose profundamente apenado—, sino que también había leído un artículo en una publicación llamada El mundo de los libros, donde se decía que la editorial «Orcott y Haskins» iba1 a publicar la obra póstuma de Messenger, a pesar de no estar terminada. Y el señor Swanson se preguntaba si no sería un bello gesto por su parte, y como recuerdo a su difunto amigo, corregir el manuscrito. ¡Naturalmente,

sin cobrar nada! Por tanto, preguntó si el señor Orcott podía dejarle el manuscrito. A lo que el editor contestó que todavía no se hallaba el libro en su poder. El señor Swanson replicó que estaría una semana viajando constantemente por Inglaterra, y que a su regreso a Londres volvería a ponerse en contacto con el señor Orcott. Luego, el caballero Swanson colgó, con toda seguridad exhaló un profundo suspiro, y recuperó su personalidad de Smith-Brown-Jones. Pero un Smith-Brown-Jones poseído de la casi seguridad de que el manuscrito todavía estaba en la casa que legalmente ocupaba Adrián Messenger cuando falleció. Cuyas señas, aunque las ignorase, y naturalmente no era así, podía encontrarlas fácilmente en el listín telefónico.

Anthony calló bruscamente y se recostó en el respaldo del sillón.

—Hum… —se secó la frente con su pañuelo y le sonrió a Jocelyn —. Perdone la parrafada, pero le aseguro que me he explicado con mucha más rapidez que Leslie Orcott.

—Oh, sí… ¡qué tipo tan pelma! —exclamó Raoul, sonriéndole a Jocelyn.

Pero ella pareció no haberle oído. Continuó mirando solamente a Anthony, el cual volvía a estar inclinado sobre las cuartillas.

—Jocelyn —dijo de repente—, usted ha mencionado a un mecanógrafo o mecanógrafa de Messenger. ¿Siempre era el mismo?

—Sí, una mujer. Le hacía todo el trabajo. Pasó en limpio los otros dos libros.

—Supongo que es demasiado esperar que usted la conozca. ¿Sabe dónde vive?

Jocelyn se echo a reír, con gran sorpresa de Anthony.

—No, no piense que estoy histérica. Lo comprenderá cuando se lo cuente. Es una solterona muy tiesa. De unos cincuenta años. Con el cabello gris. Terriblemente respetable, dedicada a la canaricultura. No sé sus señas… pero me sería imposible olvidar su nombre —volvió a reír—. ¡Es increíble! ¡Gwendolynne LaDoll! —y lo deletreó.

Anthony la miró, asombrado.

—¡Maravilloso! En toda la superficie de este maltratado planeta no puede haber otro igual… ¿Dónde hay una guía telefónica?

Quizá la afirmación no fuese completamente exacta, pero ciertamente había una sola Gwendonlynne LaDoll en Londres. Vivía en el número 14, Glendon Mansions, de Fulham Road, o sea, a menos de tres minutos de distancia del lugar donde Anthony había oído por primera vez su nombre. Y al cabo de medio minuto estaba hablando con ella por teléfono.

Anthony se mostró grave y melifluo, sumamente cortés. De nuevo volvía a ser el ejecutor testamentario del difunto Adrián Messenger. Lamentaba infinitamente molestar a la señorita LaDoll a tal hora, pero

debía perdonarle porque se trataba de un asunto de la mayor importancia…

La señorita LaDoll, adormilada al principio pero siempre dispuesta a prestar su ayuda en todo, no tardó en verse como perdida en la tremenda maraña de explicaciones que por medio del receptor le llegaban al oído. Perdida, pero dispuesta a dar todas las respuestas.

Oh, sí, afirmó la solterona, ella había pasado a máquina todas las obras del mayor Messenger, y también el maravilloso ensayo La única opinión, hasta donde había llegado su autor… Oh, sí, la última página mecanografiada era la 179… Sí, decididamente. Lo recordaba muy bien porque poseía una memoria singular para los números… No, no había sacado ninguna copia extra de la obra; el mayor Messenger le pedía siempre una sola copia, insistiendo en quedársela, naturalmente… Sí, siempre pasaba las obras del mayor Messenger a máquina en el piso del escritor, siempre en la máquina propiedad de éste, que poseía unos tipos especiales, bastante grandes y claros… Sí, trabajaba para otras personas, pero el mayor Messenger, durante algunos años, había sido su cliente favorito…

Fue en este momento cuando el ejecutor testamentario del difunto escritor exhaló un profundo suspiro y asió el teléfono con más fuerza, a fin de lanzar la pregunta más importante de todas.

—Una sola pregunta más, señorita LaDoll —su tono era más meloso y cortés que antes—. Luego, podremos darnos las buenas noches y concertar una visita para mañana. Visita que, supongo, le reportará a usted cierta cantidad monetaria… Esta pregunta final, la más importante, se refiere a unas fotografías que mis socios y yo creemos que el mayor Messenger intentaba reproducir en su obra. ¿Sabe usted algo respecto a tales ilustraciones?

—Pues… no —la precisa voz sonrió vacilante en el oído de Anthony—. Sólo puedo decirle que vi un gran sobre, con la inscripción FOTOGRAFIAS, que el mayor Messenger guardaba junto con el original. Estaba en la caja de la primera copia. Bueno, guardábamos el manuscrito en unas cajas, ¿sabe?, y el mayor tenía el sobre encima de las cuartillas… No, no vi ninguna. El sobre estaba cerrado… Claro que en caso contrario tampoco habría curioseado…

Y esto fue todo. Tras asegurarse de que el sobre de las fotografías se hallaba en el piso de Messenger la última vez que estuvo en él la señorita LaDoll (lo cual fue unos días antes de la muerte del escritor), Anthony concertó una cita con la mecanógrafa para el día siguiente, en Stukeley Gardens, a las once de la mañana, disculpándose de nuevo por haber interrumpido su sueño. Luego, dejó el receptor en su soporte.

Contempló a sus compañeros. Jocelyn estaba sentada a su derecha y Raoul a su izquierda, de pie.

—¿Se han enterado, verdad? —preguntó—. Las fotos estaban en esta caja —la golpeó con el índice—. Pero ya no están —su frente se arrugó profundamente—. No saben a qué me refiero, y es demasiado complicado para explicárselo ahora, pero perdónenme mientras pronuncio mil maldiciones contra una tal señorita Bixby —de repente, aporreó la mesa—. ¡De no haber sido por esa maldita zorra, ayer hubiera tenido el placer de encontrarme cara a cara con el estupendo Smith-Brown-Jones, en esta misma habitación! —hizo una pausa—. Lo siento. A medida que envejezco me vuelvo huraño y malhumorado.

Levantó su casi olvidado vaso y tomó un buen sorbo.

Nadie habló durante varios minutos hasta que Jocelyn rompió el prolongado silencio.

Naturalmente, se dirigió a Anthony, ignorando a Raoul.

—Es... es único, ¿verdad? —dijo, con poca seguridad en la voz—. Me refiero a su abominable No-Hombre...

—Eso espero de todo corazón —repuso Anthony.

—Como ese tipo ya hizo lo que quería, no hay la menor posibilidad de que vuelva aquí, ¿eh? —quiso saber Raoul—. O quizá haya algún otro motivo que le impulse a regresar...

Estaba mirando a Anthony, con los ojos entornados.

Por segunda vez en tres días, Anthony se alegró de que el joven no fuese su rival.

—Sí, podría regresar, supongo —contestó, encogiéndose de hombros—. Improbable, pero posible.

—Una cosa está bien clara —expresó Raoul, dirigiéndose directamente a Jocelyn—. No debes continuar en este piso.

La aludida lo miró por primera vez. Coa cierta frialdad impersonal. Y le dedicó otra de sus sonrisas heladas.

—Tomando prestada una frase de Margaret Cameron —replicó—, ¡en buena hora! —miró a Anthony—. Concédame tres minutos y estaré a punto.

—Con toda seguridad, el señor Gethryn deseará marcharse rápidamente a su propio despacho para estudiar este manuscrito. Pediré un taxi... —se ofreció el joven periodista.

Camino de la puerta, Jocelyn se detuvo en seco. Y miró a su alrededor, con otra de sus sonrisas especiales.

—Oh, estoy segura de que a Anthony no le importará llevarnos. Y podemos dejarte en tu casa, de paso...

De este modo «dejaron» a Raoul en su apartamento, exactamente a las tres y cinco minutos de la madrugada. Jocelyn estaba en su casita de Whistlers Walk tres minutos más tarde.

Anthony, pasando sin dificultad por las calles desiertas hacia Knightsbridge, se acostó en su casa a las tres cuarenta y cinco. Todavía

soplaba el viento, y salvo en el horizonte, el cielo estaba libre de nubes, con unas estrellas muy brillantes, todo lo cual prometía un día claro.

Pero media hora más tarde, el viento cedió por completo. Y las nubes volvieron a agruparse, bajas, lisas y pesadas, mientras la bruma del río se iba acumulando por capas superpuestas, mezclándose con el humo de la ciudad, hasta que la atmósfera se convirtió en una pasta amarilla, que ennegreció el aire frío de la madrugada.

Aquel miércoles no hubo amanecer.

Una simple frase que parece derivada de una novela de ciencia ficción y el horror de un imponderable tan temible como una invasión de los marcianos o la pérdida de calor del sol... excepto para los londinenses. Estos ya están acostumbrados a desayunar rodeados por el famoso «puré de guisantes».

Y esto era: un puré de guisantes muy espeso. En sus cincuenta años de soltería, la señorita LaDoll no recordaba una niebla peor.

Había puesto el despertador una hora más tarde de lo normal, para compensar la hora de sueño perdida; pero cuando, al oír el timbre, abrió los ojos en la oscuridad y sus oídos captaron los ruidos como amortiguados, comprendió lo que sucedía. Sólo para asegurarse, fue hacia la ventana y atisbo rápidamente hacia fuera.

—¡Dios santo!—murmuró con fervor y disgusto, pero secretamente se hallaba algo excitada por poder desviarse de la norma ciudadana; en realidad, a los londinenses suele gustarles la espesa niebla.

La señorita LaDoll, tras encender todas las luces de su pisito, se bañó y vistió, y luego atendió las necesidades de los veinte canarios que cuidaba en el pequeño cuartito trastero que había convertido en una granja avícola. Mientras desayunaba escuchó las noticias de la radio, enterándose de que mientras la mayor parte del tráfico de Londres estaba paralizado, los metros circulaban, lo mismo (aunque no de acuerdo con el horario previsto) que los maravillosos autobuses L. P. T. B.

Determinó acudir a la entrevista fijada por el ejecutor testamentario del mayor Messenger, a pesar de todo. En primer lugar, sentía curiosidad; en segundo, el ejecutor le había parecido un hombre estupendo. Y, además, estaba el dinero, amén de una travesía azarosa por entre la niebla. En realidad, un recorrido muy corto. Sólo tenía que ir hasta la esquina, coger el autobús, y al cabo de tres paradas, bajar cerca de Stukeley Gardens...

Sería un triunfo llegar puntualmente a pesar de la niebla. Consultó su reloj. Eran las nueve y veinte, lo que significaba que le quedaban una hora y cuarenta minutos para efectuar un recorrido que con el tiempo ordinario apenas le costaría diez minutos. Tarareando,

se puso el abrigo encima de su vestido gris, eligió el más florido y pintoresco de sus sombreros, les dijo adiós a los canarios… y salió de Glendon Mansions.

Aquella calle, temible y normalmente atestada, Fulham Road, era un río de oscuridad amarillenta; un río fangoso en el que brillaban algunas luces ocasionales, debidas a los vehículos que avanzaban lentamente, con gran cautela.

La niebla se coló por la garganta de la señorita LaDoll, que se detuvo un instante a fin de taparse la boca con su pañuelo de cabeza. También le dolían un poco los ojos, pero no podía hacer nada para impedirlo. Echó a andar de nuevo, pisando con fuerza sobre la acera, aguzando mucho la vista, sin acudir todavía al tanteo de las paredes. Al fin y al cabo, sólo se hallaba a unos pasos de la parada del autobús. No podía pasarla por alto, porque estaba un poco más allá del solar causado por la bomba, donde antes estaba la librería. No sabía —no podía saberlo, claro—, que al salir ella de Glendon Mansions, otro transeúnte se había separado de la negrura de un edificio y la estaba siguiendo.

Era un individuo ordinario en la niebla. Un hombre de estatura mediana, más o menos, con el cuello del abrigo vuelto hacia arriba, y el ala del sombrero vuelta hacia abajo. Lo único que hubiera podido distinguirle de la mayoría de los ciudadanos eran las suelas de sus zapatos, de gruesa goma, que amortiguaban el sonido de sus pisadas, y asimismo, de haber podido escrutarle el rostro con atención, un pequeño músculo que parecía latir involuntariamente en una comisura del ojo derecho…

Igual que la señorita LaDoll, Anthony se despertó a las ocho. Y lo mismo que la solterona, no tardó en darse cuenta de que Londres estaba envuelto en una espesa niebla. Pero, al revés que la mecanógrafa, gruñó, dio media vuelta sobre sí mismo y volvió a dormirse.

Se levantó a las nueve y cuarto, decidiendo que no iba a desayunar, y pidiéndole solamente a White que le llevara café al despacho. Se tomó el negro brebaje y añadió más leños al fuego, fumando un par de cigarrillos. Luego, empezó a pasearse con inquietud por la estancia, preguntándose si sería sólo la niebla la causa de su angustia.

Cuando dejó de pasear, se sentó a la mesa y se enfrentó con las dos cajas «Clairmont Bond», con el manuscrito que Jocelyn le había entregado la noche anterior. Al verlas, descolgó el teléfono y llamó a Scotland Yard.

No consiguió hablar con Pike, pero se conformó con Horlick. Le contó a éste brevemente la visita de Smith-Brown-Jones al piso de

Adrian Messenger, y dispuso con su interlocutor una visita, lo antes posible, de los agentes del C. I. D. al apartamento (obtendrían las llaves de la señora Messenger), para ver si el intruso había dejado rastro de su identidad.

—Naturalmente, no habrá ninguno —añadió Anthony, con voz fatigada—, pero hay que probarlo. Y ya puestos en acción —prosiguió, asaltado por una nueva idea—, haga que alguien indague entre el personal de la agencia que proporcionaba los sirvientes al difunto Messenger. No creo que consigamos nada tampoco, pero vale la pena probar.

Cuando colgó eran las diez. Mientras contemplaba la niebla por el ventanal, dudó de que la señorita LaDoll se atreviera a desafiar la inclemencia del tiempo, y decidió llamarla y manifestarle que sería él quien iría a su piso. Lo que deseaba —espolear la memoria de la solterona con respecto a los nombres eliminados de la página 174— era demasiado importante para demorarlo. Ahora hubiese preferido haberlo hecho cuando habló con ella por teléfono la noche anterior.

Se acordó del número y lo marcó. Y esperó mientras el timbre sonaba con insistencia al otro extremo de la línea.

Colgó. Debía estar de camino, por lo que no podía hacer nada más que aguardar. Pero sólo Dios sabía cuándo llegaría con la niebla…

Sin embargo, seguía sintiéndose angustiado, incluso más que antes. Y su angustia parecía estar relacionada con la solterona. Trató de alejar aquel estado de ánimo, por cuyo motivo decidió estudiar de nuevo el manuscrito de Messenger, acercando hacia sí la caja.

De pronto, se quedó mirando fijamente algo que no había visto antes. Algo que no había observado, por cuyo fallo merecía mil muertes.

Una manchita, más oscura que el resto del papel, en la parte superior izquierda de la primera página. Una manchita oscura y brillante. Y un poco pegajosa…

La manchita, con toda seguridad, se debía a una etiqueta engomada, pegada al papel, y que alguien había quitado.

Alguien la había quitado porque, presumiblemente, contenía el nombre y la dirección de la persona que había pasado a máquina el manuscrito. Una etiqueta como todas las que suelen pegar a sus copias los mecanógrafos de profesión, como la señorita LaDoll. Una etiqueta cuyo propósito era doble: un anuncio y la referencia, para los clientes, de la dirección y el número telefónico de la copista.

Y lo que la memoria de la señorita LaDoll podía revelar, debía ser ciertamente tan importante para Smith-Brown-Jones como para Anthony Gethryn.

Todo esto pasó por el cerebro de Anthony en una fracción de segundo, de forma que sólo un instante después de haber abierto la

caja del manuscrito estaba llamando de nuevo a Scotland Yard.

Esta vez tuvo más suerte, ya que le pusieron en comunicación con el superintendente Arnold Pike.

—¿Pike? Aquí Gethryn. Es muy urgente. Gwendonlynne LaDoll, del 14 de Fulham Road, Glendon Mansions. Bajita, media edad, cabello gris. Debe estar camino de mi casa. Y necesita protección. No sé qué pueden hacer sus muchachos con esta niebla, pero, por favor, no dejen de enviar unos agentes a Glendon Mansions. Y que algunos se dediquen a vigilar el recorrido entre esa dirección y la mía. Y repito que ¡es urgente!

—Bien —repuso Pike, lacónicamente, colgando.

Volvió a llamar quince minutos más tarde, quince minutos durante los cuales Anthony se dirigió tres veces hacia su garaje para sacar el coche, y tres veces se arrepintió de ello.

De manera increíble, la niebla era cada vez más espesa y oscura, por lo que parecía harto improbable que pudiesen encontrar Glendon Mansions, y aún menos ser de alguna ayuda.

Cuando sonó el teléfono, estaba en el vestíbulo de regreso de su última excursión al garaje. Escuchó la voz de Pike, sin gustarle nada su tono.

—Aquí Gethryn —dijo, y esperó.

—Se trata de la señorita LaDoll —empezó a anunciar Pike—. Lamento comunicarle que esa señorita ha sufrido un accidente. En Fulham Road, a sólo unos cuarenta metros de Glendon Mansions. Hace una hora y media…

—¡Dios mío! —gimió Anthony—. ¿Vive todavía?

—No. La muerte debió ser instantánea —la voz de Pike se tornó aún más apesadumbrada—. Por lo visto, resbaló de la acera, delante del autobús. El conductor no vio ni oyó nada hasta que sintió que una rueda pasó encima de algo…

—Está bien —repuso Anthony, sumamente acongojado—, ya es bastante.

No colgó, y al cabo de unos instantes preguntó:

—¿Se ha sentido usted alguna vez como un asesino? Pues no es una sensación agradable, Pike… Nada agradable.

Y colgó.

7

Siempre que Anthony recordaba el caso, le parecía que el asesinato de Gwendonlynne LaDoll, de cuya muerte nunca dejó de acusarse, señaló realmente un cambio en el asunto.

Porque a partir de aquella mañana se modificó el ritmo y en lugar de haber una sucesión de días lentos y monótonos, cada uno esmaltado con escasos datos nuevos, se produjo una trepidante, confusa y esporádica serie de pausas estériles y acontecimientos fructuosos, todos los cuales (aunque con la conexión que imprime el misterio) parecían completamente desconectados entre sí.

Hasta el último, que, inesperadamente, resultó ser el catalizador perdido. Y, como decía Anthony más tarde, «arrojó una luz tamizada sobre todo el asunto».

Este período —que abarcó quince días—, aparecía siempre en el recuerdo de Anthony como una serie de escenas aisladas, escenas en las que tomaba parte él mismo, y otras que, sin participar él activamente, llegaron a su conocimiento posteriormente.

En su interior, siempre denominó a ese período «el tiempo en que...».

El tiempo en que, durante una hora de discusión en Scotland Yard, Anthony Ruthven Gethryn fue interrumpido por Egbert Lucas.

—Un momento, Gethryn, por favor, aceptemos las cosas tal como vienen. Simpatizo con sus sentimientos, pero hemos de tratar con el asunto por su orden debido.

—¡Oh, por favor! —exclamó el aludido—. ¡Cuanto más enredado está el asunto, antes se aclara! Esto ocurre siempre, por ley natural y lógica. Sólo trataba de ahorrar un poco de tiempo. ¿No puedo dar por sentado que los muchachos han hecho todo lo que debían y podían, y que saben todo lo que querían saber; como el resultado de sus investigaciones en el apartamento de Messenger?

—Todo negativo —intervino Pike, antes de que Lucas pudiese abrir la boca—. Ninguna huella. Ningún rastro de entrada ilegal... —sonrió—, excepto las que dejó usted. Y en cuanto a la agencia de servicios domésticos, hemos de otorgarles un certificado de buena fe.

—Era de esperar —Anthony se encogió de hombros—. Pero no quiero esperar más —se puso de pie—. Por tanto, me largo y les confío el trabajo rutinario del caso. En Londres debe de haber gran cantidad de puertas abiertas que necesitan ser cerradas.

Lucas gruñó, llevándose una mano a la cabeza.

—Un momento —fue Pike quien habló—. Hay algo referente a la señorita LaDoll.

—¿Testigos? —Anthony se volvió desde la puerta.

Pike sacudió la cabeza.

—No hubo tanta suerte. Pero hay un informe de Kensington, manifestando que el piso de la difunta fue asaltado y registrado aquella misma mañana. Alguien efectuó un registro muy completo, aunque es imposible saber si se llevaron algo.

Anthony reflexionó sobre esta declaración.

—Es un tipo muy eficaz nuestro Smith-Brown-Jones —exclamó, con amargura—. No pasa nada por alto. Nosotros ya sabíamos que no existe ninguna otra copia del manuscrito, pero el asesino tenía que asegurarse.

El tiempo en que llegó un nuevo huésped al hotel «Gleneyre Arms», de Deyming, y firmó en el registro con un garabato que decía, aproximadamente: D. Bronson, Vancouver, B. C.

Tras haber cumplido con esta formalidad, el señor Bronson se quitó el sombrero, dejando al descubierto una brillante calvicie, y miró a su alrededor, contemplando con aprobación las paredes recubiertas de madera.

—¡Muy bonito! —exclamó—. ¡Muy de gusto antiguo!

El señor Robert Twombley, que era dueño del hotel, sonrió a su último huésped.

—Encantado de tenerle por fin entre nosotros, señor Bronson.

—Yo también, yo también —replicó el canadiense—. Supongo que no les he causado ninguna molestia aplazando mi reserva.

—Ninguna, señor —el señor Twombley meneó la cabeza—. En fin, ya está usted aquí, y espero que ‘goce de una grata estancia.

—Me quedaré una semana —anunció el señor Bronson—. Tal vez más.

Volvió a contemplar con admiración cuanto le rodeaba.

Y el señor Twombley volvió a sonreír, contento de contar entre sus clientes a un huésped tan simpático y bonachón.

—Tal vez —murmuró el propietario del hotel—, le gustaría poder subir directamente a su habitación. ¿O prefiere acompañarme a tomar una copita de jerez?

—La segunda proposición me parece magnífica —rió el señor Bronson, frotándose las manos—. Acepto con placer.

—¡Espléndido! —exclamó el señor Twombley, abriendo camino hacia una portalada que se hallaba a un lado del vestíbulo.

Sobre la misma campeaba un cuadro: el retrato de un joven cazador, ataviado con casaca rosa. El señor Bronson se detuvo a contemplar el cuadro.

—¿Quién es? —se interesó—. Buena presencia.

—Ah, caballero —repuso el señor Twombley, indudablemente encantado por la pregunta—, es un retrato antiguo del actual marqués

de Gleneyre. ¡Un gran personaje, señor Bronson! ¡Y mejor terrateniente! Ojalá quedaran más de su clase…

—Ah, Lord Gleneyre… —el señor Bronson se mostraba interesado —. He oído hablar de él. Un gran deportista.

Mientras seguía al señor Twombley al bar, el señor Bronson se quitó las gafas y se restregó la comisura de su ojo derecho, donde palpitaba un pequeño músculo.

El tiempo en que Raoul St.Denis llamó al número 5 de Whistlers Walk.

Contestó al timbre la escocesa Sheila, de cuyo rostro desaparecieron todas las huellas del dragón para dejar paso a una sonrisa muy amplia, en cuanto divisó al visitante.

—Buenos días, *musiú*.

Raoul le dedicó también una sonrisa, quitándose el sombrero.

—Buenos días, Sheila. Dígame, ¿sabe algo de la señora Messenger? ¿Cuándo volverá?

—No sé nada, señor —Sheila meneó la cabeza—. Nada. Se marchó el miércoles y desde entonces no he tenido ninguna noticia.

Raoul reflexionó unos instantes.

—Entonces, le quedaré muy agradecido —dijo al cabo— si puede indicarme algún sitio donde escribir una carta…

Por lo visto, Sheila podía. Por lo que tres minutos más tarde, Raoul se alejaba de la casa, contemplando un sobre donde había escrito en letras mayúsculas:

SRA. JOCELYN MESSENGER
c/o EL MUY HONORABLE MARQUES DE GLENEYRE. C.C.
DEYMING ABBEY.
MEDESHIRE.

El tiempo en que Seymour regresó de Escocia y se dirigió directamente a Stukeley Gardens.

Seymour estaba cansado y se le veía agotado. No tenía ya ningún parecido con el Seymour cuyo apodo fuera de Cara de Angel. En realidad, presentaba tales señales de fatiga que Anthony no quiso dejarle hablar hasta no haberle preparado un buen vaso e instalarlo en el butacón más cómodo del despacho, transcurriendo aún varios minutos durante los cuales ambos gozaron de la bebida en silencio.

—Parece lejos de estar satisfecho, muchacho —observó Anthony al fin—. ¿Qué ocurre? ¿Ninguna descripción del buen samaritano?

—Yo no lo llamaría descripción, ni mucho menos —contestó de mal humor el joven sargento, y sacando un cuadernito—. ¿Desea escuchar toda la historia? ¿Desde el principio?

—Naturalmente —asintió Anthony, recostándose en su sillón—.

Vamos, dispare.

Seymour dejó el cuadernito sobre sus rodillas y respiró profundamente.

—Primero probé en Edimburgo, buscando algunos parientes de Dalkeith. Pero no parecía tener ninguno… salvo unos primos lejanos en Inglaterra. Por lo que me marché a los Highland, cerca de Glen Quhilair. Tardé un par de días más de lo previsto; fue un viaje terrible, con muchísimos rodeos.

Volvió a coger el cuadernito de notas.

—Sin embargo —continuó—, conseguí hablar con nueve de las personas que prestaron su ayuda en el accidente de ferrocarril. Sólo cinco de ellos estuvieron en contacto con el samaritano Smith-Brown-Jones, pero todos lo recordaban perfectamente. Son el doctor, el policía local, el párroco, un aldeano y una enfermera. Y todos trataron de superarse al describirlo.

Vació el vaso y giró una hoja del cuaderno.

—El doctor Alistair Dougald, que mide metro ochenta y posee unos ojos azules muy grandes, con el pelo rubio y moteado de gris, me aseguró que el samaritano era un individuo de estatura mediana, moreno y muy recio. El policía, que mide metro sesenta y es algo regordete y de tipo celta, con pelo, negro, afirmó rotundamente que se trataba de un sujeto alto, de rasgos duros, rubio, con ojos azules. El aldeano, que tiene aproximadamente mi estatura, aseguró que el sujeto era tan alto como él, sin nada especial en su persona. Y la enfermera, que es muy poquita cosa, dijo que el buen samaritano era un Hércules pelirrojo. Claro que todos estuvieron de acuerdo en que era americano.

Seymour calló de nuevo, y esta vez Anthony intercaló una pregunta.

—¿Por qué se ha guardado al párroco en la manga?

—Lo he reservado para el final, porque es el único que dijo algo interesante, aunque no fuese mucho. El párroco dijo —Seymour volvió otra hoja del cuaderno de notas—: *El hombre era de estatura media, posiblemente algo más alto. Ninguno pudo verle bien. Recuerdo que estábamos en mitad de la noche, y que las únicas luces eran las linternas y las llamaradas que salían del tren siniestrado. Pero yo diría que aquel tipo contaba unos treinta y cinco años. Iba recién afeitado. No estoy de acuerdo en que fuese norteamericano. He estudiado un poco de lingüística, y en su forma de hablar detecté la OU típicamente canadiense. No sé si usted lo ha observado, señor Seymour, pero la OU canadiense es única. Mientras que las demás personas de habla inglesa pronuncian OU como un diptongo, los canadienses (a menos que procedan de un distrito de habla francesa) separan el sonido de ambas letras.*

Seymour levantó en extremo interesado la mirada del cuaderno.

—Canadiense, ¿eh? —exclamó Anthony, pensativamente—. Y Messenger se iba a Canadá desde California… Bien, tres vivas por el párroco.

—El reverendo Hamish MacFarlane —aclaró Seymour—. Un anciano maravilloso —consultó sus notas—. Dijo algo más, por si vale la pena. Creo que éstas son sus palabras exactas. Lo único peculiar que observé en aquel individuo, señor Seymour —y lo achaqué al agotamiento después de la ingente tarea de salvamento que llevó a cabo—, lo único peculiar que observé en él fue un pequeño tic, o un músculo muy pequeño que le palpitaba violentamente en una comisura del ojo derecho.

Seymour cerró el cuaderno y se lo metió en el bolsillo.

—Nada más. Aunque bastante valioso para el tiempo que he tenido.

Anthony se puso de pie, mirándole con simpatía. Cogió el vaso de Seymour, ya vacío, y volvió a llenarlo, devolviéndoselo.

—Tómese esto y no se apure. Me atrevo a dar otros tres vivas en honor del clan MacFarlane… No sé nada de este tic, pero lo del Canadá podría ser muy útil —todavía seguía pensativo. Luego, añadió como resumiendo su pensamiento—: Sí, muy útil…

El tiempo en que en Deyming Abbey los tres Bruttenholm, tomaron el desayuno a la misma hora que su invitado.

Los leños del hogar crepitaban alegremente, y un sol inesperado brillaba a través de las ventanas de la estancia que antaño fuera el salón privado de un abad.

Para los tres adultos sentados a la mesa, el desayuno había terminado. Sólo Derek Bruttenholm, vizconde de Saltmarche, comía aún, satisfaciendo su apetito de doce años, agudizado por la convalecencia de un reciente ataque de sarampión, que lo tuvo alejado de la escuela durante todo un maravilloso mes antes de las vacaciones navideñas. Engulló el resto de su tercera tostada con mermelada, y cogió otra, guiñándole un ojo a su amiga Jocelyn, a quien consideraba en privado una de las pocas mujeres del mundo con la que valía le pena conversar.

Jocelyn contestó al guiño con otro, coronándolo con una sonrisa simpática. La joven pensaba que Derek debía ser el único huérfano por el que nunca sentiría compasión. Ella no había conocido a sus padres, que fallecieron seis meses antes de conocer y casarse ella con Bernard Messenger, pero sabía que con unos abuelos como tío Rory y tía Mildred, el futuro marqués de Gleneyre era un chico afortunado.

Estudió, por turnos, a tío Rory y a tía Mildred. El marqués, con su aspecto de sesentón, hasta el punto de parecer imposible que contase más de ochenta años, satisfacía la pasión de toda su vida por la Prensa

sensacionalista, leyendo *The daily picture*. La marquesa, una persona de aspecto benévolo, desde su pelo blanquísimo a sus diminutos zapatos, que habría encantado el corazón de un Boucher o un Fragonard, estaba hojeando la correspondencia de la mañana.

Jocelyn sonrió a la pareja de la misma forma que le había sonreído al muchacho.

Se sentía de buen humor, ya que en su dormitorio no sólo estaba la carta que había recibido el día anterior de Raoul, sino casi terminada su respuesta. Que le había costado bastante, pero que al final reflejaba exactamente, con sutileza y sólo entre líneas, lo que sentía. Que, a su vez, era evidente que se había comportado como una colegiala falta de lógica. Pensándolo bien, estaba bien claro que la signorina Da Vinci era una sombra del TV pasado, y no del presente. ¿Y por qué debía imaginarse que todo hombre de quien ella se enamorase debía ipso facto ser una especie de arquetipo virgen?

Volvió a sonreír; pero esta vez para sí, con cierto sarcasmo. No le gustaban los arquetipos, de ninguna clase. Ni le importaban las sombras, mientras no fuesen contemporáneas y ella no fuese otra sombra... de una colección.

De repente, sintió el impulso de subir a su dormitorio, hacer la maleta y marcharse a Londres. Pero sabía que no debía hacerlo. Esperaban que al menos se quedase otra semana.

Pero, ¿por qué no pedirle a tía Mildred que invitase a Raoul?

¿Por qué no? Todos estaban ansiosos de conocerlo...

Se arrellanó en su silla, encendió un cigarrillo y contempló a tía Mildred acechando la ocasión.

La marquesa acababa de desdoblar una carta de correo aéreo procedente de Nueva York.

—¡Es de Mary! —exclamó. Recorrió las líneas apresuradamente —. Por lo visto, está mucho mejor... Oh, y ha recibido una carta que califica de encantadora, del galán francés... —miró a Jocelyn—. A propósito, querida, ¿has vuelto a ver a tu francés?

—Sí, oh, sí —asintió Jocelyn, pero se ruborizó y no pudo añadir nada más.

—Y volverás a verle, claro —los juveniles ojillos de la marquesa eran escrutadores.

—Creo que sí... —Jocelyn ya había dominado su turbación—. En realidad, tía Mildred, iba a pedirte...

—¡Ah! —exclamó súbitamente el marqués—. ¡Qué coincidencia tan extraordinaria! —su rostro bronceado y su bigote aparecieron por detrás de *The daily picture*—. Estáis hablando del caballero St. Denis... y ¡yo estoy mirando una fotografía suya¡—le entregó el diario a su esposa—. Un joven muy bien parecido. De buena estampa.

—Hum... —Lady Gleneyre estudió la foto y volvió a mirar a

Jocelyn. Le pasó el periódico sin una palabra.

La joven contempló el retrato y el pie del mismo.

COMPARTIENDO UNA BROMA EN EL ALMUERZO DE LA SOCIETE DE PARIS, EL SEÑOR RAOUL ST. DENIS Y EL ÚLTIMO DESCUBRIMIENTO TEATRAL DE LONDRES, LA BELLISIMA BAILARINA LA NICOLE...

Otra sombra. Pero esta vez no del pasado, sino del presente más actual.

En su mente, Jocelyn ya había roto en mil pedazos su respuesta a la carta de Raoul.

Y por fin el tiempo en que telefonearan a Stukeley Gardens desde Scotland "Un Yard con la noticia de que el yate FIN, de Antón Kouroudjian había atracado en Southampton.

Decidido, aunque con cierta expectación, Anthony sacó su coche a primera hora de la mañana del día siguiente y se marchó a Southampton. Con relativa facilidad halló a su presa en el «Hotel Majestic», y a mediodía penetraba en la suite de Kouroudjian, en donde el caballero no estaba, por lo que, felizmente, Anthony pudo entrevistarse a solas con la antigua Lady Pomfret.

Parecía, se comportaba y hablaba más como una Lady Pomfret, que como una Lady Kouroudjian. Una típica muestra de las personas de quienes suele decirse, con cierto despego: «¡Es condesa...!» Era alta, eminentemente rica y con buenas formas. Tras dejar el mar, abandonando también sus ropas náuticas, lucía ahora un traje de chaqueta. Era bastante atractiva en su esbeltez, y sabía escuchar con cortés atención, permitiendo que Anthony iniciase el tema de la conversación sin interrumpirle.

De modo que a las doce y cinco minutos, Anthony ya había montado el escenario.

—O sea, que lo interesante es que tanto los editores de Messenger, como sus ejecutores testamentarios —de los que me honro siendo uno de ellos—, deseamos reunir todos los datos posibles a fin de concluir su inacabado libro.

—Entiendo —asintió la señora Kouroudjian—. Pero, francamente, no veo cómo podré ayudarle. Francis no conocía mucho al mayor Messenger. No eran amigos íntimos, ni mucho menos.

—Lo comprendo —sonrió Anthony—. Por tanto, sólo la molestaré con muy pocas preguntas. Lo cierto es que tenemos dificultades en hallar los supervivientes de una fase de la guerra, en la que estamos muy interesados.

Se interrumpió, fingiendo perfectamente que acababa de verse asaltado por una idea.

—Caramba... ¿No intentó nunca Messenger ponerse en contacto

con usted?

—No —la mujer estaba un poco intrigada—, no. Aunque tampoco habría sabido dónde localizarme. No llegué a conocerle.

—Ah, entiendo —Anthony reflexionó un instante—. Bien, ¿se puso acaso alguna vez Messenger en contacto con Sir Francis? ¿Después de la guerra?

La señora Kouroudjian meditó la pregunta.

—No lo creo. Frank solía mencionarlo de vez en cuando, pero estoy segura de que no volvieron a verse. De lo contrario, me hubiera enterado. Frank me lo contaba todo.

—Entonces, ¿le contó sus experiencias bélicas? Particularmente, lo de Birmania...

Ella asintió con exageración.

—Oh, sí... Sobre todo, me hablaba de Hugo Dalton y los dacoits...

—Ah, esto es muy interesante —Anthony trataba de dominar su excitación—. Es, precisamente, la operación por la que iba a preguntarle.

—Pues yo soy una experta en la materia —sonrió y a Anthony empezó a gustarle—. ¡Pobre Frank! Unos meses después de la operación, aún estaba inválido, no sabía hablar de otra cosa... Seguramente, por haber sido hecho prisionero.

—¿Prisionero? —Anthony era todo oídos—. No sabía que hubiesen sido capturados los muchachos de Dalton.

Por segunda vez en aquel caso extraordinario (y también gracias a Sara Kouroudjian), Anthony experimentó el cosquilleo especial que presagiaba un descubrimiento de importancia. Esperó, conteniendo la respiración.

¡Y ella eligió aquel momento para hacer los honores de anfitriona! Por tanto, hasta que fue servido el jerez, Anthony no logró atraerla de nuevo hacia el tema central de la entrevista.

—Hablábamos de que los hombres de Dalton fueron hechos prisioneros...

—Oh, sí —la joven estaba sentada en el brazo de un sillón, sorbiendo su bebida—. Todos los de la columna «El pavo negro», o sea, los muchachos del mayor Messenger. «El pavo negro» era el nombre clave. Todos fueron atrapados, poco antes de llegar a la estación telegráfica que intentaban aniquilar. Muchos murieron, y el resto fue capturado. Sólo estuvieron presos tres o cuatro días, pero esta experiencia no podía olvidarla el pobre Frank. Supongo que fue por culpa del sargento canadiense que desempeñó el papel de Judas.

Tomó otro sorbo de jerez, inconsciente de haber dejado caer una bomba.

—Creo que esto es lo que necesitamos —insistió Anthony, casi incapaz de contenerse—. Un sargento canadiense, ¿verdad? ¿Qué

hizo? ¿Traicionó algún plan de fuga?

—¿Cómo lo ha adivinado? —la señora Kouroudjian le miraba con inocente admiración—. ¡Esto fue exactamente! Para conseguir un trato mejor, les entregó a los japoneses un plan imaginado por Frank y el mayor Messenger para fugarse. Por lo visto, un tipo de cuidado. Pero, cosa extraña, según afirmaba Frank, un soldado muy valiente.

Volvió a sumirse en el silencio, y Anthony tuvo que llevarla otra vez a la buena senda.

—¿No se acuerda de su nombre? —preguntó, plácidamente.

—No, y lo siento —la joven meneó la cabeza—. En realidad, no creo que Frank lo mencionase nunca. Solía calificarlo de «maldito canadiense», siempre que hablaba de él —sonrió—. Aunque «maldito» no era la palabra que empleaba, claro está.

—Entiendo —sonrió Anthony. Pero antes de que pudiera continuar su interrogatorio, se vio interrumpido por la entrada del flamante esposo.

Mientras se estrechaban las manos, Anthony pensó vagamente en la hija de los Capuleto, y en lo acertada que estaba respecto a los nombres y a lo que significaban. Porque, lo mismo que su esposa, Antón Kouroudjian más bien parecía un simple Pomfret. También, igual que su mujer, era simpático y servicial. Por lo cual, aceptó su invitación de almorzar con ambos, si bien se marchó inmediatamente después, dejándoles en libertad de hablar y maravillarse de su visita.

Pero al despedirse, Sara Kouroudjian le sonrió en son de disculpa.

—Encantada de conocerle, y lamento no haber podido serle de más utilidad.

—Lo ha sido usted —le aseguró Anthony, con tono gozoso—. ¡Me ha ayudado extraordinariamente, créame!

8

En el hogar del despacho de Lucas, en Scotland Yard, había un fuego mayor y más brillante que de costumbre, lo cual no estaba mal, ya que la tarde era extraordinariamente fría, con un velo de bruma cruzando el río, como para pegarse a los cristales de las ventanas.

Eran las seis y media, y Lucas se hallaba instalado detrás de su mesa escritorio, mientras Pike estaba sentado muy erguido en una de las otras butacas. Los dos escuchaban atentamente a Anthony Gethryn, que permanecía de espaldas a la chimenea y relataba su entrevista con la esposa de Antón Kouroudjian.

Cuando llegó al punto del almuerzo, hizo una pausa para encender un cigarrillo.

—Lo que me dijo después del almuerzo, no añadió nada a lo anterior, al menos en los detalles. Pero sí me dio una corroboración muy estimable. Reconoció varios nombres de la lista de Messenger, mencionados en distintas ocasiones por Pomfret. Los suficientes para confirmar mi creencia de dónde reside el meollo de este asunto. ¿O debo decir su origen?

—Hay una nota de triunfo en su voz, Gethryn —observó Lucas—. Perdone que un servidor de la justicia se pregunte por qué. Oh, ya comprendo que usted se halla satisfecho por haber hallado el «eslabón» perdido en el aspecto canadiense. Pero no comprendo cómo esto nos ayudará en nuestra búsqueda del asesino, o sea, de su Smith-Brown-Jones... A menos, claro, que tenga otro triunfo en la manga.

—Lo tengo, Lucas. Necesariamente, no son hechos, pero esencialmente se trata de conclusiones —Anthony captó un leve sonido producido por Pike, como una tosecilla seca—. ¿Qué desea? ¿Interrogarme? —indagó.

—Pensaba —manifestó el aludido— si sabe más datos del sargento canadiense. ¿Quién era, por ejemplo? ¿Y cuándo abandonó el servicio? ¿Y dónde?

—No —denegó Anthony—, ni siquiera sé aún su nombre. Por lo visto, Pomfret siempre se refería a él llamándolo «ese maldito canadiense» —sonreía, pero su sonrisa se desvaneció dé repente—. Y según creencia de la antigua señora Pomfret, se le considera como Perdido: seguramente muerto.

—¿Le he entendido bien, Gethryn? —intervino Lucas, algo asombrado—. ¿O no? Tengo la impresión, por la forma como habla, de que ha elegido usted al sargento canadiense como el villano del drama.

—Exactamente.

—¡Es usted incomprensible, amigo mío! —refunfuñó Lucas—. Ha empezado por decir que por fin había llegado a alguna parte…

—Pero no dije a cuál —le atajó Anthony—. No puedo, porque maldito sea si sé…

Lucas ignoró la interrupción.

—Y ahora sale con esa vaga descripción de un sargento canadiense, culpable de una traición vaga en una vaga operación de Birmania. Y usted insiste en que es nuestro criminal, ¡cuando ni siquiera sabe si salió de la guerra con vida!

De modo sorprendente, Lucas aporreó la mesa, antes de añadir:

—¡Juro por mi alma, que pierde usted facultades!

—Ya sabe, Lucas —Anthony se mostraba impertérrito—, que conozco su técnica de tratar de enfurecerme, a fin de sonsacarme. Sé que usted no cree de veras que esté perdiendo facultades.

Pike se movió inquieto en su asiento. No sabía por qué, con su edad y su graduación, le preocupaba tanto las discusiones entre aquellos dos ases de la Policía. Abrió la boca para hablar… pero volvió a cerrarla, tragándose lo que pensaba decir.

Preferiría escuchar, oyendo cómo Lucas decía con el tono de un individuo que ya no puede soportar más:

—¿No comprende, Gethryn, que usted ha invertido el único motivo posible del asesino en esta serie de circunstancias? Todos estamos familiarizados con la situación en que, después de salir de un campo de concentración y de dejar el servicio, los hombres llevan en su interior una gran amargura contra algún compañero traidor que, de un modo u otro, los ha vendido a sus enemigos. A veces, llevan este odio hasta la conspiración para asesinar (o digamos «ejecutar») al traidor. Es un argumento muy corriente en las novelas de «guerra», y se han dado algunos casos en la vida real —miró a Pike, que asintió sombríamente—. Por desgracia, o por fortuna, como guste, las cábalas eran demasiado astutas para nosotros, como suele ocurrir en las novelas. Pero esto no sirve para lo que estaba diciendo. Porque si bien es lógico que unos cuantos asesinen al traidor, creo ridículo o inadmisible que el hombre sospechoso de traición se dedique a asesinar a los individuos a quienes traicionó.

Mas subrayó las últimas palabras con otra palmada sobre la mesa, y se arrellanó en su sillón. Al ver que Anthony callaba, disparó la salva final.

—Naturalmente, puedo concebir una serie de circunstancias en que el traidor podría desear desembarazarse de los hombres traicionados. Por ejemplo, si supiera que conspiraban contra él para asesinarle. En tal caso, es posible que pretendiese adelantárseles. Pero con toda seguridad, no se tomaría cinco años para ello, eliminándolos uno a uno, y haciendo uso de tanta astucia y perdiendo tanto tiempo,

a fin de aparentar cada muerte como el resultado de un accidente. ¡No se atrevería a ello! Porque los otros no esperarían tanto, y además, después del primer crimen o el segundo, ya no podría engañarles. Todos sabrían que él era el causante de las muertes, lo cual haría que intentasen matarle cuanto antes. No, Gethryn —volvió a echarse hacia atrás, dispuesto a no añadir nada más—. Su teoría no sirve esta vez.

Anthony se apartó del hogar, acercándose a la mesa y sentándose en una esquina de la misma.

—¿Me toca el turno? Porque, en tal caso, lo primero que haré, amigo mío, es recordarle la famosa sentencia de que cuando se ha eliminado lo imposible, lo que queda, por muy improbable que parezca, es la verdad. Su error clásico reside en su suposición arbitraria de que el único motivo que tiene el asesino es el temor a una venganza colectiva de los hombres traicionados, y el deseo de conservar la vida.

—No es el único motivo —Lucas frunció el ceño—. Puede haber más.

—No lo creo —replicó Anthony—. No hay más de uno. Pero le diré una cosa: el único motivo es el verdadero.

Se puso de pie y empezó a pasearse por el despacho mientras continuaba.

—Sin embargo, primero hablaré del canadiense y demostraré que ha de estar vivo y que tiene que ser mi Smith-Brown-Jones. Es la pura verdad, pero es mejor demostrarla. Y la manera más simple es empezando con Adrian Messenger y sus acciones. Los, motivos probables para las mismas ya los examinaremos más tarde. Lo que sabemos es que Messenger se puso en contacto con un amigo de la Policía y le pidió que investigase, calladamente, las condiciones actuales de diez hombres; diciéndole a su amigo al mismo tiempo que estaba tras el rastro de un «asunto importante». Entonces él murió en un «accidente», y después descubrimos que los diez de su famosa lista habían muerto asimismo, en otros tantos «accidentes». Los once, por tanto, debían ipso facto hallarse relacionados de un modo u otro, a pesar de sus diferencias geográficas y profesionales. Era difícil hallar el eslabón, pero al final lo descubrímos: los once hombres habían servido en una columna específica de una campaña específica y en un escenario de la guerra, también específico. Además, todos *habían sido hechos prisioneros y, durante el corto período de su encierro, habían sido traicionados por un compañero, que los delató cuando tenían un plan para fugarse*.

Anthony hizo una pausa para pasear su mirada por los dos componentes de su auditorio.

—Muy bien —prosiguió—, con la traición, la semilla quedó sembrada, si estamos de acuerdo, como lo estamos, en que la traición

fue la semilla para los subsiguientes asesinatos. Probablemente, es la única semilla que podía sobrevivir una vez vueltos todos a la vida civil. La semilla del crimen —miró a Lucas intensamente—. He aquí el único motivo imaginable existente entre esos doce hombres para unos asesinatos cometidos después de una guerra. Y la semilla creció, Lucas. No importa cómo ni qué dirección tomó… En otras palabras, *la situación presos-traición está tan impregnada de la posibilidad de crimen, que no puede ser pasada por alto, ¡sea cual sea la dirección en que ataque el crimen!*

Calló y se dejó caer en una butaca. Volvió a contemplar a sus oyentes, y se sorprendió al ver que era Pike quien hablaba antes.

—Entiendo. Esta es la pauta, como usted diría. Pero no funciona como debería.

—Exactamente, Pike, exactamente —sonrió Anthony—. Lo ha dicho con toda claridad.

Pero Lucas no estaba contento.

—Perdóneme por inmiscuirme —gruñó— en este aparejamiento de dos almas gemelas, pero me gustaría llegar al centro del problema. A ser posible, sin estas hipérboles semilleras. Como recordará, Gethryn, la cuestión estriba en lo siguiente: ¿qué motivos posibles, aparte del temor por su vida y el instinto de conservación, pudieron inspirarle a su Smith-Brown-Jones una orgía sangrienta de cinco años, contra los once tipos a los que ya había traicionado?

—Se lo diré —repuso Anthony—. Pero no me interrumpa con sus observaciones hasta que haya terminado. Los motivos son casi los mismos. Casi, pero no del todo. El temor, y el instinto de conservación. Pero el temor de Smith-Brown-Jones no es a la muerte, y el instinto de conservación es exclusivamente el deseo de seguir respirando. Y usted pregunta qué es lo que teme, si no es por su vida… ¿Qué es lo que pretende proteger? Preludiaré la respuesta indicando, primero, que no puede ser nada referente al pasado, porque ya terminó; segundo, que no puede ser nada referente al presente, pues no podría perder tanto tiempo. *Ergo*, es algo del futuro… Me sigue, ¿verdad?

—Sí —Lucas se mostraba agrio—. Aunque le agradecería que me iluminase pronto, diciéndome adonde le sigo.

—A la velada tierra del Porvenir —replicó Anthony—. Está muy claro. Pero aún queda en pie una cuestión: ¿qué es lo que Smith-Brown-Jones necesita proteger con tanto ahínco? Si yo fuese listo, lo cual Dios impida, diría que la respuesta está formulada por tres R: Reputación, Reconocimiento y Retribución. A fin de preservar una reputación futura, Smith-Brown-Jones debe evitar un reconocimiento futuro como el gran traidor del pasado, y, por tanto, una retribución en forma de muerte o castigo. No necesariamente una retribución en

forma de muerte o castigo, sino una retribución que malograría su reputación…

De nuevo, fue Pike quien tomó la palabra.

—Perdone, pero me gustaría estar seguro de haberle entendido. Tal como lo veo, ese tipo está preocupado por su futura posición en la vida.

Anthony le dedicó una sonrisa.

—A riesgo de incurrir en el sarcasmo, Pike, daría tres vivas en su honor. Posición es una palabra muy aceptable.

—¡Bien, maldito sea yo! —exclamó Lucas, repentinamente. Luego se echó a reír. Miró a Anthony y meneó la cabeza, maravillado—. Está bien, Anthony, está bien. Usted gana de nuevo.

—Lo cual significa que le he convencido. Mi querido amigo, estoy abrumado.

Lucas volvió a reír.

—Me ha convencido de una posibilidad. Por el momento, dejémoslo aquí, mientras le pregunto si ha hecho algo para seguir el rastro de su canadiense sin nombre… ¿o aún he de llamarle Smith-Brown-Jones?

—Me halagaría que lo hiciera. Antes de venir aquí esta tarde, hablé con Guy Dennison, del Ministerio de la Guerra. Tan pronto como pueda me dará toda la información necesaria.

—Por lo que etiquetaremos esta situación como «pendiente de resolución» —aprobó Lucas—. Y volveremos nuestra atención a otro asunto. ¿Pero a cuál?

Pike pareció salir de un ensueño.

—Me parece que no hemos alcanzado aún el final de la cadena de razonamientos de Gethryn —miró al nombrado—. Como, por ejemplo, qué clase de posición es la que le espera a Smith-Brown-Jones.

—Se ha aproximado usted muchísimo a la verdad, Pike —sonrió Anthony—. ¿Y bien?

—Entiendo una cosa —continuó Pike, lentamente, como midiendo sus palabras—. Debe ser una posición que está seguro de alcanzar.

—Exactamente —corroboró Anthony—. De no estar completamente seguro, no habría desperdiciado cinco años de destreza, como lo ha hecho.

—Por lo tanto, no se trata de una posición que debe ganar a pulso —observó Pike.

—¡Un momento! —tronó Lucas—. Si están los dos manteniendo este diálogo en mi beneficio, es un esfuerzo malogrado. También estudié lógica en mis tiempos. De modo que basta. La única conclusión posible es que, si Smith-Brown-Jones ha de llegar a una posición importante, sin buscarla, sólo puede ser por medio de una herencia.

Herencia de dinero o de título. Millones o, por ejemplo, un ducado.

—O ambas cosas, Lucas —le corrigió Anthony.

—De acuerdo. Por tanto, no podemos hacer nada hasta tener noticias de Dennison —era más una pregunta que una declaración.

—Así lo temo —asintió Pike.

Siguió un largo silencio, oyéndose solamente el crepitar de los leños de la chimenea.

—Bien, supongo que tiene usted razón —dijo, al fin, Anthony.

De repente se sentía cansado, muy cansado. El aire de triunfo se había desvanecido por completo. Hubiera podido añadir muchos más detalles, demostrarles algunas conclusiones. Pero ¿de qué servirían por el momento? No podían hacer nada y, además, lo único que cabía hacer lo haría mejor solo.

Por otra parte, quizá Lucas arguyera que no era necesario, ni deseable. Tal vez hubiera una discusión, y no sin razón, y Anthony no estaba de humor para discutir.

—Sí, supongo que tiene usted razón —repitió, poniéndose de pie, embutiéndose en el abrigo y calándose el sombrero.

Luego añadió:

—Tan pronto como Dennison me comunique algo, se lo haré saber.

Se dirigía ya a la puerta cuando, súbitamente, en un gesto sin precedentes, Lucas se levantó de su asiento y le estrechó calurosamente la mano.

—¡Buen trabajo, Gethryn! —exclamó con efusión—. ¡Se ha superado a sí mismo!

Anthony le miró abrumado, sonriendo repentinamente.

—Gracias. Y, como dije hace algunos días, repito que «las alabanzas de Sir Egbert no dejan de ser alabanzas».

Abrió la puerta, se detuvo y agregó:

—Espero poder decir lo mismo al final de este caso.

Todavía sonreía cuando salió del despacho de Lucas, pero la sonrisa no tardó en desvanecerse. No existía ya cuando llegó a la calle, y al meterse en su coche se había transformado en un fruncimiento de cejas.

Mientras guiaba el automóvil, con más lentitud de lo usual, debido a algunos copos de nieve, por Whitehall y la plaza del Parlamento, internándose por Saint James's Park, se preguntó si había hecho bien suspendiendo la conferencia en el punto donde la había dejado. Seguramente no tardarían en darse cuenta, si no lo sabían ya, que siguiendo la línea recta del razonamiento, Smith-Brown-Jones, después de haberse desembarazado de molestos testigos de su hazaña, podía estar planeando fríamente la eliminación de todo aquel que se

interpusiera en el camino de su herencia. ¡De algunos... o de todos!

Sí, claro, que lo comprenderían. Y, en esta fase del caso, ya no importaba nada.

Bien, sin más ahuyentó este pensamiento de su fatigada mente y al llegar a la luz de tráfico de Hyde Park Córner, se había concentrado en el trabajo que le aguardaba. Que era precisamente la tarea con la que tal vez no estuviesen de acuerdo Lucas y Pike.

Pero tenía que ejecutarla. Al fin y al cabo, Gleneyre era el Par más acaudalado del Reino Unido, y Adrián Messenger estaba estrechamente relacionado con la familia. Claro que no era lógico. Pero existía una posibilidad, subrayada por la relaciones entre Messenger y los Bruttemholm.

Había pasado ya por delante de la estación del metro de Knightsbridge, y se deslizaba entre un autobús y una camioneta para torcer hacia Stukeley Gardens.

Al aparcar delante de su casa y saltar del coche, reflexionó que era una suerte que Jocelyn se hallase en términos de intimidad con los Gleneyre y que, además, estuviese ahora pasando una temporada con ellos. La tarea de tratar de advertir a un caballero obstinado y posiblemente incrédulo contra un peligro tal vez imaginario, parecía casi imposible sin la ayuda de la joven. Y aun con ella, quizás el marqués no se dejase convencer.

Sacó las llaves de la casa y abrió la puerta, consciente otra vez de su cansancio. Todo el caso parecía haberse convertido en cenizas en su boca. Y se necesitaría un milagro para encontrar el disolvente que le quitase el mal gusto. El disolvente de la «seguridad». La seguridad de que Smith-Brown-Jones apuntaba hacia el marquesado de Gleneyre. A pesar de su creencia habitual en la sentencia de Chesterton, según la cual, lo mejor de los milagros es que a veces ocurren, no tenía fe en ella en la presente ocasión.

Apenas había traspuesto el umbral cuando White le ayudó a despojarse del abrigo y del sombrero. Deseaba ardientemente beber algo y tomarse un baño caliente antes de llamar a Deyming Abbey. Pero algo —nunca supo exactamente qué— le hizo cambiar de idea.

—Tengo que telefonear —dijóle a White—. Busca el vaso mayor que encuentres y tráemelo al despacho lleno de una ración de whisky y soda. Con hielo, pero no mucho.

Recorrió el pasillo, pasó por el comedor y el bar, y abrió la puerta del despacho, encendiendo las luces y observando con aprobación que la estancia estaba caldeada, y que las llamas del hogar enviaban reflejos azules y rojos a las paredes. Fue hacia la mesa y estaba a punto de hundirse en su sillón y coger el cuaderno de direcciones cuando su vista se vio atraída por algo colocado sobre un taburete junto a la pared, debajo del tablero de anuncios con las tiras de papel.

Algo, pero en plural. La mujer que había limpiado allí desdeñaba, por lo visto, los aparatos electrodomésticos como las aspiradoras de polvo, y se había dejado tres artículos caseros: unos zorros, un cubo y una escoba de mango muy largo.

Miró aquellos objetos… y algo se estremeció en lo más profundo de su cerebro. Como una señal de aviso; débil, pero cierta.

Cuando White entró un minuto más tarde, Anthony estaba inmóvil, contemplando una tira de papel del tablero.

White divisó también aquellos artículos al dejar la bandeja con las bebidas, y, casi sin reprimir un juramento militar, murmuró un reproche contra la persona que se los había dejado allí olvidados y se dirigió a ellos para cogerlos.

Pero fue detenido en su camino por la voz de su amo.

—Déjalo todo donde está. ¡Y ponle una medalla a quien se olvidó esos chismes!

—¿Qué? —White estaba boquiabierto. Pero, viendo que Anthony se enfrascaba con el teléfono, marcando un número, se dejó convencer por los muchos años de estar al servicio de aquél, sabiendo que más pronto o más tarde tendría explicación de aquella anomalía.

Una voz profunda resonó en el oído de Anthony.

—*Allo… allo…*

Anthony suspiró, aliviado. Afortunadamente, Raoul St. Denis estaba en casa. Ya no estaba fatigado, sino que se sentía extrañamente contento.

—Polidor Dos a Ayax —pronunció, viéndose recompensado por una carcajada de Raoul.

—*Le cochon est mort…*

—*A bas le cochon*! —gritó Anthony, oyendo otro risotada.

—Es un placer oírle, querido Lecoq —continuó St. Denis—. Pensaba ya que quizá su Jean Blanc Dubois le había dado esquinazo…

—Aún no —replicó Anthony—. Al contrario, cada vez me acerco más a él —ya no estaba cansado—. Tendría que ayudarme de nuevo. Si pudiese…

Treinta minutos más tarde llegó Raoul, habiendo preferido visitar a Anthony en su casa que ser visitado por éste.

—El *appartement* que ocupo —explicó— no es más que un saco de pulgas, de donde salir es un placer.

Aceptó una butaca y una bebida, y Anthony le felicitó por haberle desaparecido ya todo dolor.

—Los huesos están ya soldados —explicó el francés, encogiéndose de hombros. Luego miró a Anthony con curiosidad—. ¿Cuándo me dirá en qué puedo ayudarle?

—Al momento —Anthony fue hacia el taburete en cuestión y cogió la escoba, sosteniéndola en alto—. ¿Cómo llama usted a este

objeto?

—Un *balai*.

—No, no, no en francés, sino en inglés.

—Una escoba, una *brush* para limpiar el suelo.

—¡Ah! —exclamó Anthony, apoyándose en la repisa de la chimenea. Luego, tras una pausa, fue hacia el tablero y arrancó la tira de papel que White le había visto estudiando. Dio media vuelta, enfrentándose con su invitado.

—Bien, quiero que se sitúe usted una vez más en pleno océano, *copain*.

Y Raoul, sin hacer preguntas, se relajó, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

—Cuando quiera.

Como la otra vez, Anthony ocupó una butaca y procuró hacer una imitación de la voz de Adrián Messenger.

—Lleva usted en el mar mucho tiempo... Messenger casi lo ha dicho todo... Pero añade algo más... Algo como *sólo una escoba*... sólo una escoba (en la acepción de *broom*).

De repente calló, interrumpido por el grito de Raoul.

—¡No, no! —el joven había abierto los ojos—. No es esto. ¡Ahora lo recuerdo! Lo que dije fue: Todas las escobas... limpias... barrido... sólo queda una escoba...

Fue interrumpido a su vez. Porque Anthony, con su voz natural, exclamó:

—De acuerdo. Y gracias. Muchísimas gracias.

Raoul se incorporó, asombrado.

—¿Nada más? Lo de *broom* significa algo distinto a *brush*, aunque ambas palabras signifiquen escoba?

—Sí, mucho más. En realidad, amigo mío, lo significa todo en este caso. Piense en esta palabra con una B mayúscula (naturalmente, Anthony se refiere a la palabra BROOM), y es un nombre. No sólo el apodo de George, sino el verdadero nombre de Smith-Brown-Jones. Y también el nombre de la familia cuyo título Smith-Brown-Jones está dispuesto a heredar. ¡Porque su objetivo es convertirse en marqués de Gleneyre!

Hizo una pausa para que Raoul se percatase de la importancia de esta declaración.

—Más adelante le daré todos los detalles. Pero créame, todos los asesinatos cometidos por ese individuo han tenido este solo objetivo.

—¿Marqués de Gleneyre? —Raoul frunció el ceño—. ¿Y se llama Escoba (Broom)? Creo que el apellido familiar es otro... Algo más largo...

Anthony iba a sentarse a su mesa de escritorio, pero se detuvo.

—No se preocupe. Es algo que tiene que ver con la idiosincrasia

anglosajona.

A los ingleses nos gusta mucho abreviar todas las palabras, particularmente los nombres y los apellidos. El apellido es Bruttenholm, pero familiarmente es BROOM (escoba).

Estaba ya ante su mesa y abrió el cuaderno de direcciones.

—Perdone, pero esto es importante. Lo comprenderá cuando me oiga hablar por teléfono.

Halló el número de Deyming Abbey (Greyne 4234) y tardó poquísimo tiempo en obtener la comunicación.

—¿Puedo hablar con la señora Jocelyn Messenger? De parte de Anthony Gethryn, el general Gethryn.

Hay ocasiones en que una graduación de general ayuda a facilitar las cosas.

Pero no habló con Jocelyn, porque la joven estaba pasando unos días con la señora Arnold Messenger en Marston Manor; Lady Gleneyre y Lord Saltmarche la acompañaban.

—Hum… —murmuró Anthony—, bien…

—pensó deprisa—. ¿Podría hablar, pues, con Lord Gleneyre?

Pero tampoco habló con el marqués.

No pudo, porque Su Excelencia se hallaba recluido en su habitación con un tremendo resfriado que le había impedido acompañar a su familia.

—Oh… Oh… entiendo —exclamó Anthony, y tras un par más de preguntas discretas se enteró de que Lord Gleneyre no estaría visible en dos o tres días.

Colgó y miró a Raoul.

—Bueno, por el momento, está a salvo.

Cogió de nuevo el teléfono, marcó Informaciones, y le dieron el número de Marston Manor.

A los dos minutos hablaba con Jocelyn.

—¿Puedo hablar? ¿Está sola?

—Sí. ¿Qué pasa?

—Hay un problema. Junto con cierto progreso. El señor Smith-Brown-Jones y su objetivo están entrando en foco. Prepárese a sufrir un sobresalto cuando le cuente cuál es su objetivo.

—De acuerdo, estoy preparada. Adelante.

—El objetivo… es nada menos que el marquesado de Gleneyre…

—¿Cómo? ¡No… no lo entiendo! —Jocelyn estaba estupefacta—. ¡Es imposible! ¡Derek es el único heredero!

—Por lo visto, no. Porque Smith-Brown-Jones debe estar dentro de la línea sucesoria. La conexión está en Canadá. ¿No se acuerda de nada a este respecto?

—¿Canadá? No… no… ¡Oh, un momento! Oí algo referente a un hermano menor de tío Rory, que emigró… —Jocelyn no acabó la frase.

—¿La oveja negra de la familia? —apuntó Anthony.

—Sí, algo por el estilo. Tío Rory lo mencionó hace mucho tiempo. Bernard se refirió a ello un día, y tío Rory le hizo callar. Supongo que puedo averiguar todo el asunto por mediación de tía Mildred.

—Es mejor que no haga nada por el momento. Usted tiene otras cosas que hacer.

—¿Cuáles?

—Antes quiero que me responda a algunas preguntas. La primera: ¿cuándo volverán ustedes a Deyming?

—Pasado mañana, viernes.

—Sin despertar ninguna sospecha, ¿podría concertar una entrevista privada entre usted, Lady Gleneyre y yo, para mañana? Probablemente, a última hora de la tarde, después de haber yo visitado a Lord Gleneyre en Deyming.

—Sí, es fácil.

—Bien. También, sin despertar sospechas, ¿puede asegurarse de que Lord Saltmarche, el heredero, esté acompañado constantemente todo el día de mañana… y no salga de casa?

—S…í. Creo que puedo —Jocelyn hablaba con más lentitud—. Pero… pero…

—Un momento —la atajó Anthony—. No se asuste demasiado. Sólo trato de mostrarme precavido. El chico y su abuelo estarán perfectamente a salvo mientras no salgan de casa. En realidad, Smith-Brown-Jones…

—¡Chist…! —súbitamente, la voz de Jocelyn se convirtió en un susurro—. ¡Viene alguien! —y elevó el tono, para decir en tono casual —: Bien, encantada de que me haya llamado… Si sabe algo más de Isabel, puede telefonearme de nuevo mañana por la mañana.

—De acuerdo, y no se preocupe mucho —la advirtió Anthony antes de colgar.

Halló con cierto asombro, que el joven estaba a su lado. Un joven muy alto, que parecía dominarle con su estatura. Tenía la chaqueta desabrochada, con las manos en las caderas. Su rostro estaba inexpresivo, y había algo raro en sus amistosas pupilas. No dijo nada.

—Bien, con esto tenemos seguro al muchacho también —comentó Anthony. Estaba sorprendido por la cualidad tentadora de su tono.

—Me gustaría estar seguro de haberlo comprendido todo bien —manifestó Raoul. Su voz estaba tan helada como sus ojos—. ¿De modo que el marqués de Gleneyre y su nieto, el auténtico heredero, están en peligro por culpa de Smith-Brown-Jones? ¿Es esto correcto?

—Sí, pero no hay peligro inmediato —Anthony se puso de pie, y al ver que el francés no se movía, se recostó contra la mesa—. Mientras estén dentro de casa, se halla a salvo. Smith-Brown-Jones es

demasiado astuto, demasiado precavido, para realizar una visita asesina. Además, no querrá cambiar su fórmula. La de los accidentes en los viajes.

Raoul no se dejó impresionar.

—Pero es un tipo inteligente. Y sabe que su fórmula puede llegar a descubrirle. Por lo que puede cambiarla deliberadamente.

—Veamos —repuso Anthony, con benevolencia—. No creo que cambie sus planes con esas dos presuntas víctimas. Y menos aún, que cometa uno o dos crímenes dentro de la casa, ya que incluso representaría para él un grave riesgo tratar de penetrar en la mansión.

—Pues a mí me parece... —masculló Raoul.

—Además —le atajó Anthony—, no creo que modifique su fórmula. En primer lugar, no tiene la menor idea de que estamos tras de su rastro, por lo que no tiene sentido que cambie un procedimiento tan fructuoso hasta ahora. Segundo, y más importante, debe estar planeando la manera de que esas dos probables muertes resulten más accidentales que las otras. Porque si se susurrase siquiera la palabra asesinato, inmediatamente se convertiría en el sospechoso número uno.

—Sí, es usted muy listo —concedió el francés—. Pero tal vez desee cargarse usted con una responsabilidad excesiva.

—Siento que piense usted así —Anthony empezaba a enojarse, y trató de reprimir su cólera—. ¿Qué cree que he de hacer? ¿Poner guardas en torno a ambas mansiones desde esta noche?

A su pesar, había elevado el tono de voz.

—Esto es lo que pienso —declaró Raoul—, y si es lo que hará, le pido disculpas.

—No es lo que haré —anunció Anthony—. Porque sería una necedad. Soy contrario a la idea de que el señor Smith-Brown-Jones sepa que alguien cree que es necesario proteger al actual marqués de Gleneyre y a su heredero.

Raoul le miró fijamente, arrugando el entrecejo. Y se movió por primera vez, dando media vuelta y dirigiéndose a las vidrieras que daban al jardín, mirando hacia la oscuridad del exterior.

Anthony también se movió. Fue hacia el fuego y cogió un cigarro de una tabaquera de la repisa, encendiéndolo. Luego miró a Raoul.

—Durante veinticuatro horas, tanto el viejo como el muchacho están completamente a salvo —explicó de nuevo—, mientras no se muevan de donde están. Y opino que esto ya está conseguido: Gleneyre en cama con un resfriado, y el chico sin poder salir de casa. Y dentro de veinticuatro horas, yo les habré contado a los Gleneyre toda la historia, proporcionándoles la protección que pueda. Protección que no ha de ser visible; protección que no ha de poner en guardia a nuestro Smith-Brown-Jones.

Calló para dejar hablar a Raoul.

Pero el joven no pronunció ninguna palabra ni se movió. Anthony, sin estar seguro de si se esforzaba en balde, continuó con su monólogo.

—Este es el fondo de la cuestión. Estamos a punto de averiguar quién es Smith-Brown-Jones, y este conocimiento puede conducirnos a donde se halla. Pero si sospecha algo, jamás podremos acusarle de nada. Lo único que tiene que hacer para esto es suspender todo intento criminal. Porque, a pesar de acusarle formalmente, dudo muchísimo que ningún jurado del mundo le condenase por sus anteriores asesinatos. Por tanto, quedaría en libertad y entonces...

—¡De acuerdo, de acuerdo! —le interrumpió Raoul, dando media vuelta. De nuevo volvía a ser el francés de la sonrisa sempiterna—. Lecop vuelve a tener razón —se reunió con Anthony delante del fuego —. Supongo que ya habrá comprendido que me importa dos peniques la suerte de Lord Gleneyre y su sucesor, ¿verdad?

—Se me ha ocurrido que estaba usted inquieto por otra persona —sonrió Anthony—. Por alguien que actualmente está muy cerca de Lord Saltmarche.

—Exactamente —Raoul frunció el ceño—. ¡Una persona que sabe, tan bien como lo sé yo, el peligro que tiene al estar tan cerca del objetivo del asesino!

—sus dedos tamborilearon sobre la repisa de la chimenea, mientras parecía estudiar las llamas del fuego. Al cabo de un instante, añadió de repente—: ¿Conoce usted el lugar donde se hallan el muchacho y las señoras?

—¿Marston Manor? Sé dónde está. Pero nunca estuve allí.

—¿Es una casa solariega? ¿En medio del campo?

—No del todo. La puerta de la verja se halla situada al final de la calle del pueblo. Enfrente a la posada. ¿Por qué?

—Ya le diré el motivo. Pero, antes, una pregunta: Jean-Blanc Dubois-Smith-Brown-Jones es un lobo solitario, ¿verdad? Pues bien, ¿cree que se frustarían sus planes si un francés hiciese un poco de turismo esta noche por el pueblo? Un periodista de París, que está redactando una serie de artículos para su periódico sobre la vida de la campiña inglesa. Un periodista que, sin despertar sospechas, tal vez descubra si hay otro visitante en el pueblo en cuestión.

—Ninguna frustración en absoluto. Muy al contrario —Anthony sonrió—. Adelante. ¿Quiere saber cuándo sale un tren?

—Iré en coche. Utilizaré el auto de un amigo que tengo donde vivo actualmente.

Es un buen coche, tan grande como el piso, y tan cómodo como un lecho de espinos. Por tanto, sólo queda la cuestión de la ruta.

—Que fácilmente quedará solucionada —afirmó Anthony.

Buscó un mapa y estaba acabando de trazar la ruta cuando se vio asaltado por una idea.

—St. Denis, esto podría ser muy útil.

Si usted se queda en el pueblo hasta el viernes, podría llevar a los tres de regreso a Deyming. Lo cual nos ahorraría la publicidad que representaría el coche de Gleneyre. Pues, conociendo como conocemos los métodos de Smith-Brown-Jones, es un peligro que no deberíamos correr, como ya sabe, dada su afición a los accidentes de viaje.

—¡Buena idea! —Raoul estaba encantado—. No sólo para sus planes, sino para mí. Últimamente he estado en malas relaciones con cierta damita. Hubo el desdichado encuentro del «Hotel Alsacia» y una fotografía en los periódicos, que con toda seguridad habrá visto. Y gracias a esas falsas pruebas, debe pensar que Raoul St. Denis es una especie de Don Juan con más aventuras galantes aún —meneó tristemente la cabeza—. Una situación muy delicada. Sobre todo, porque todavía no le he dicho nada... En fin...

Calló, y poco después musitó tres vocablos de manera audible: «*bourgeois*, y *bien serieux*». Luego, levantó la mirada y se echó a reír.

—Pero usted tiene otras cosas más graves de qué ocuparse que escuchar mis sentimientos. Perdóneme, por favor.

Tras esto, y rechazar otro vaso, se marchó. Anthony le acompañó hasta la puerta de la casa y regresó al despacho.

Se sentó entonces pesadamente en su sillón. Miró el teléfono con desgana, suspiró, lo cogió y marcó el número de Lucas.

No tardó en hablar con él. El cual escuchó, gimió y al final exclamó:

—¿Quiere una conferencia esta noche?

—Lo siento —replicó Anthony—, pero es esencial.

De madrugada el tiempo efectuó uno de aquellos cambios tan frecuentes en Inglaterra. De modo que al día siguiente, jueves, amaneció claro y soleado, con el aire como el champaña y sin rastro de helada. El cambio se reflejó en la persona de Roderick Simon Fortescue Bruttenholm, decimoctavo marqués de Gleneyre; no sólo en su aspecto físico, sino en su moral. Tanto se reflejó, que cuando su ayuda de cámara entró en su alcoba a las nueve y media, portador del desayuno del inválido, vio con horror que su señoría estaba completamente vestido. Y vestido, además, con botas, pantalones de montar y una chaqueta que era su prenda favorita.

—Ah, Pidgeon —exclamó el marqués—. Vaya mañana, ¿eh?

Pidgeon dejó la bandeja del desayuno y empezó a refunfuñar. Ya era excesivo que Su Señoría estuviera levantado, pero era inadmisible que pensase así.

—¡A callar, Pidgeon! —ordenóle el marqués—. ¡A callar! En

realidad, no pienso salir…

Tenía por costumbre, cuando residía en Deyming, dar un paseo a caballo por sus tierras cada jueves por la mañana, visitando a sus colonos. La costumbre tenía una antigüedad de sesenta años, por lo que estaba muy aferrada en él. Tanto, que ni siquiera permitía que una cacería se interpusiese ante ella.

Valientemente, Pidgeon trató de convencerle, diciéndole lo que pensaría la marquesa, y sobre todo lo que chillaría, cuando descubriese tal travesura.

Pero tampoco pudo concluir su retahíla de reconvenciones.

—Lo que una esposa no sabe —opinó el marqués—, no le hace daño. Escucha, amigo mío: ya he telefoneado a los establos, si quieres saber la verdad. Straker ensillará al viejo «Padbury» y lo sacará fuera. Yo también saldré… por la parte trasera del ala este —se echó a reír—. Volveré de la misma forma y nadie se enterará de nada.

Algunas veces, y ésta era una de ellas, en las pupilas del viejo marqués relucía un destello de firmeza, que significaba que era inútil discutir con él. El destello también hizo su efecto en esta ocasión.

—Y ahora te contaré tu parte en esta operación, Pidgeon —añadió el marqués—. Tú te quedarás aquí. Y hasta que regrese, ahuyentarás a todos los visitantes importunos y contestarás las llamadas telefónicas. Dirás que he pasado una noche agitada y que ahora duermo como un niño. Que te he ordenado que no se me despierte por nada ni por nadie. ¿Está claro? —sonrió, pero sin perder el destello de sus pupilas.

Pidgeon suspiró y capituló.

—Sí, Milord —pero insistió en que Su Señoría se pusiese un suéter bajo la chaqueta.

Acababa de asomarse al corredor y anunciar que había «vía libre», cuando repiqueteó el teléfono.

Pidgeon levantó ‘el receptor, escuchando la rotunda voz del mayordomo. Anunciaba una llamada desde Londres. El general Gethryn, un gran amigo de la señora Jocelyn Messenger…

Ante la mirada de su amo, Pidgeon se portó muy bien. Su Señoría había pasado una noche muy inquieta, pero ahora estaba durmiendo. Su Señoría no quería ser molestado…

Y mientras Pidgeon oía al general Gethryn asegurando que lo comprendía perfectamente, Roderic Simón Fortescue Bruttenholm, decimoctavo marqués de Gleneyre, iba de puntillas, como un colegial, por el corredor hacia la salida posterior del edificio.

Unos minutos después de la una de la tarde, cambió el viento y empezaron a acumularse en el cielo unas nubes muy negras.

Por entonces, Anthony, una hora más tarde de lo planeado, dejaba Londres y daba comienzo a su travesía de noventa kilómetros

hasta Deyming. Empezó a llover. Antony sorteó el tráfico de la capi: tal, y ya en la carretera libre, aceleró hasta una marcha constante y veloz.

Pensaba de qué manera se presentaría en la mansión señorial, preguntándose si el marqués aceptaría la idea de ser custodiado. Y entonces, cuando ya había decidido la manera de presentarse, fue recordando todos los incidentes del día.

Primero, la sorprendente y fructífera llamada a Guy Dennison, desde el Ministerio de la Guerra. Dennison le había dado el nombre que debía pertenecer al sargento canadiense, antes Smith-Brown-Jones. Dicho nombre era la corroboración de sus teorías, mejor dicho: la de varias corroboraciones.

Corroboración número uno: el nombre era George. Corroboración número dos: el apellido era Brougham.

De Bruttenholm, a través de Broom, a Brougham. Exactamente, el apellido que un garbanzo negro de la familia adoptaría al emigrar. Naturalmente, el garbanzo negro era el hermano menor de Gleneyre, que había mencionado Jocelyn; el padre de George, o tal vez su abuelo.

Esto era estupendo, pero Dennison aún le había ampliado la noticia. El sargento George Brougham, del ejército canadiense, había servido originariamente en la unidad de Infantería Ligera del duque de Athlone, con base en Ottawa, lo que seguramente servía para justificar las omisiones y errores de los desdichados dacoits de Dalton. ¿Errores? Bueno, uno al menos. Ya que, según Dennison, la última notificación sobre el sargento Brougham era: «Perdido... Seguramente muerto.» Lo cual no podía, no debía ser verdad.

Después, en las actividades del día, se contaba su llamada telefónica a Deyming Abbey. Una llamada que le había tranquilizado, enterándose de que Su Señoría estaba a salvo en cama.

Luego, una sorpresa, la conferencia de Jocelyn desde Marston. Sin esperar a que él llamase, había querido asegurarle que el joven heredero no había salido de casa. Asimismo, le había notificado el resultado de su charla con tía Mildred. Una conversación que no había despertado la menor sospecha en la buena señora; una conversación que había puesto en claro que la oveja negra era Arthur Bruttenholm, el cual habíase separado de la familia hacía cincuenta años, y del cual nadie había vuelto a saber. Nada, salvo el rumor de que se había cambiado el apellido por el de Braham o Brougham...

Después de esta inesperada nueva (que era la corroboración número tres), vino la tarea más difícil de todo el caso: la necesidad de convencer, no sólo a Lucas, sino al Comisario Jefe, de que la forma más segura y rápida de atrapar a George Brougham era proporcionarle a Seymour todos los documentos oficiales necesarios, y enviarlo en

avión a Canadá.

En aquel momento, Anthony estaba ya a medio camino de Deyming. Todavía sonreía ante la agónica sonrisa de Lucas al aceptar lo inevitable, cuando la lluvia se convirtió súbitamente en un diluvio. Aumentó la rapidez del limpiaparabrisas, y luego puso la radio en marcha, para escuchar las noticias.

Había malestar en Francia... Y también en Berlín... Y revueltas en Irak, Egipto y la India... Y una huelga general inminente en la propia Inglaterra...

Cansado de tantas desventuras mundiales, estaba a punto de cerrar la radio, cuando una voz inexpresiva dijo algo que le sentó como una patada en el plexo solar.

—Inglaterra entera está de duelo por la noticia, acabada de recibir, de la muerte, por accidente de equitación, del marqués de Gleneyre...

A pesar de la tormenta que por momentos adoptaba una violencia casi tropical, Anthony cubrió la otra mitad de su viaje mucho más deprisa que la primera. No sólo se sentía impulsado por una sensación de culpa, sino que ya no tenía que tomar precauciones para ocultar su visita a Deyming. Antes era posible que George Brougham, o Smith-Brown-Jones, estuviese cerca de la mansión de Lord Gleneyre, y hasta entraba dentro de lo probable que conociese de vista a Anthony.

—Pero con la muerte del marqués —Anthony apretó los dientes —, existían mil probabilidades contra una de que el asesino se hallase a muchos kilómetros de allí.

Eran las cuatro y media, y gracias a la lluvia y a la declinación del día, era ya noche oscura cuando el «Voisin» se internó por el parque de Deyming Abbey.

Estacionada delante de la casa había una enorme limousine. Al saltar del «Voisin» y correr hacia la casa, parapetándose contra la lluvia, Anthony se preguntó si el coche sería el de Raoul.

Esta teoría quedó verificada inmediatamente. Porque, al llegar al último peldaño, se abrió la puerta y en el umbral apareció no el mayordomo, sino Jocelyn en persona.

Estaba pálida y había arrugas de tensión en torno a sus ojos y a su boca.

—Le vi por la ventana —explicó ella—. Acaban de llamar desde Scotland Yard preguntando por usted. Era Sir Egbert Lucas. Todavía está al aparato...

Anthony se quitó el abrigo y el sombrero y siguió a la joven hasta una pequeña habitación situada al lado del gran vestíbulo.

—Le aguardo aquí fuera —añadió la muchacha, dejándole a solas con el aparato.

—Aquí, Lucas —dijo la voz del comisario ayudante—. Ya debe saber lo de Gleneyre…

—Pero sin detalles.

—Nos llegó la nueva unos minutos después de marcharse usted. No hay muchos datos. Lo encontraron aplastado bajo su caballo en el fondo de un hoyo de grava. Eran las dos y media. El animal también estaba muerto. Con el lomo roto. El momento de la muerte se calcula entre las once y la una. Sin saber lo que nosotros sabemos, la Policía local cree que el caballo resbaló o patinó. Ningún testigo visual. La hondonada de grava se halla en un sitio solitario, oculto por un grupo de hayas. El cadáver no habría sido descubierto si el ayuda de cámara del marqués no hubiese estado nervioso. Por lo visto, el difunto no hizo caso de las órdenes del doctor y salió esta mañana…

—¿Cómo se enteró de tantas cosas?

—Al saber la noticia llamé a Spicer. Es el jefe de Policía de Medeshire…

—¿Le puso al corriente de todo el caso?

—Algo. Con la estricta advertencia de no demostrar la menor sospecha de que la muerte no sea un accidente.

—Bien… ¿Por qué habló usted de «testigos visuales»? ¿Oyó algo alguien?

—Es posible. Hay un camino que va a la hondonada y al grupo de hayas. Un sendero muy antiguo. Se utiliza muy poco, excepto por los turistas y visitantes; principalmente en vacaciones y fines de semana. Pero esta mañana había un coche, hacia la hora indicada. Dos agricultores, que trabajaban en un recodo a casi medio kilómetro de distancia, divisaron un «Astall-Mostyn», hacia las once y veinte minutos. Un modelo deportivo. Debió detenerse por el bosquecillo de hayas, porque dichos campesinos oyeron cómo el motor roncaba y resoplaba. Como si el conductor estuviese en dificultades, eso dijeron. Por lo visto, el ruido continuó unos diez minutos, y luego, el coche debió proseguir su ruta.

Lucas hizo una pausa y agregó lentamente:

—Las once y media parece ser la hora en que el difunto marqués cruzaba siempre aquel camino en su visita de inspección. Invariablemente seguía el mismo camino, diciéndose incluso por la comarca que los jueves era posible poner en hora los relojes gracias a la puntualidad del marqués. El jueves era también un día en que jamás se congregaban los cazadores…

—¿Un resoplido? —preguntó Anthony.

—Sí. Pero si piensa usted que sirvió para disimular un disparo de rifle o pistola, está equivocado. No había heridas ni en el jinete, ni en la montura. Al menos, heridas provocadas. Ambos cuerpos mostraban arañazos por la caída a lo largo de la ladera de la hondonada…

—¿Dónde está ahora el cadáver de Gleneyre?

—Se lo llevaron a Greyne. Para la autopsia. Todavía no han movido el caballo. Necesitarán poleas y…

—¿A las once y meflia? Y no encontraron el cadáver hasta tres horas más tarde. Demasiado tiempo, Lucas, demasiado tiempo.

—¿Para buscar el coche? Temo que sí. Pero están intentando…

—Y no conseguirán nada. ¡Dele a ese maldito asesino un par de horas y las aprovechará como diez años!

—Sé lo que siente usted. Pero yo he pensado otra cosa que puede dar resultado. Se está pasando a cepillo toda la región, buscando las huellas de los extranjeros recién llegados. Los extranjeros solitarios. Varones. Con posibilidades transoceánicas.

—Hum… no está mal. Aunque temo que no obtendremos nada. Bien, ¿dónde he de llamar si necesito informes o datos?

—A Greyne, 7431. Pregunte por el inspector Glidden. Tal vez esté en Deyming, pero, de todos modos, lo pondrán en contacto con él.

—De acuerdo —Anthony anotó el nombre y el número—. Y muchas gracias, Lucas. Ha realizado un buen trabajo. Que es mucho más de lo que puedo decir de mí mismo —añadió, con amargura.

Colgó y salió del cuarto para reunirse con Jocelyn, que se paseaba incansablemente.

—¡Los periodistas! —exclamó Anthony de repente—. ¡Aún no han invadido esto! Pero no tardarán en venir…

—Tal vez no —replicó la joven—. Tan pronto como supimos la noticia, telefoneé a Lord Otterbourne. Le he visto un par de veces, y tío Mildred es amiga suya, créalo o no. Le pedí por favor que nos ahorrase toda molestia, al menos hoy, y se mostró muy amable. Dijo que lo arreglaría todo. No sólo con los periódicos, sino también con todo lo demás. Me parece imposible, pero por lo visto lo ha hecho.

—Incluso en Fleet Street —repuso Anthony—, los perros dejan a veces a morderse entre sí. Y prefieren rascarse la espalda mutuamente.

—No consulté con nadie. Pero lo hice, me refiero a lo de la prensa. ¿Estuvo bien?

—Hizo más que bien. Se merece una medalla —Anthony miró ansiosamente a su alrededor—. ¿Dónde podríamos hablar?

—Bueno… —vaciló la joven—, ¿le molestaría que estuviera presente el señor St. Denis?

Anthony movió la cabeza negativamente, observando vagamente la manera formal en cómo la joven se había referido a Raoul. Ella le condujo a través del vestíbulo hacia una agradable estancia que combinaba la doble función de sala de armas y despacho.

Raoul estaba delante de una resplandeciente chimenea, con aspecto sumamente entristecido.

—Espero que esté bien lo que he hecho —díjole a Anthony tan

pronto lo vio—. Cuando me enteré de la muerte, no aguardé a que usted telefonease, sino que me presenté a la señora Messenger. Y ambos estuvimos de acuerdo en que lo mejor era que los tres regresasen a esta casa en mi auto.

—Yo convencí a tía Mildred —le interrumpió Jocelyn, dirigiéndose a Anthony— de que de este modo iríamos más deprisa. Pero —vaciló—, como sabe, es muy astuta. Creo que empieza a sospechar algo.

—Alguna vez tendrá que saberlo, pobre señora —murmuró amargamente Anthony—. Si usted se lo cuenta, por favor, no oculte el hecho de que yo soy el único responsable —miró hacia Raoul—. Hubiese debido hacerle más caso, St. Denis.

—No tiene nada que censurarse —objeto Jocelyn—. ¡En absoluto! Al menos, no después de telefonear esta mañana y enterarse de que tío Rory estaba a salvo en su cama.

Anthony dirigió una breve y cansada sonrisa.

—Es usted muy amable, pero temo que no sea tan sencillo —sacudió la cabeza—. Sin embargo... Dígame una cosa: ¿se marchó el marqués abiertamente esta mañana?

—No. El pobrecillo se marchó como un colegial. Sólo lo sabían su ayuda de cámara, y Straker, el que cuida del establo. Los dos querían impedir que saliera... pero cuando tío Rory se obstinaba en una cosa era imposible desistir.

Mientras hablaba, la joven escrutaba el rostro de Anthony. De pronto, se le acercó y le colocó una mano sobre el brazo, empujándole hacia una silla.

—Siéntese mientras le preparo algo de beber.

—Perdone si intervengo en esto —expresó súbitamente Raoul, desde su sitio delante del hogar—. Pero hay algo que me perturba. Respecto a... al *entourage* doméstico —miró a Jocelyn, que le llevaba un vaso lleno a Anthony—. Aquí hay muchos criados, tanto dentro como fuera de la casa. ¿Hay alguno nuevo?

—No, todos llevan en la casa varios años —repuso Jocelyn, mirando sólo a Anthony—. Salvo Straker, que vino hace unas semanas. Pero es un individuo de la comarca. Le conocemos bien.

—No necesita inquietarse al respecto, St. Denis —le tranquilizó Anthony, tomando un largo sorbo—. Póngase en el lugar de nuestro asesino y comprenderá por qué. Gracias a sus crímenes, se está abriendo paso hacia el marquesado. De ningún modo puede exponerse a ser reconocido como un criado. Ni siquiera con las mejores patillas de Hollywood, se aventuraría a entrar en esta casa.

Raoul le miró fijamente y sonrió.

—Sí, tiene razón. Por lo visto, mi cerebro no rige —miró a Jocelyn—. Tal vez, a causa de muchos problemas...

Jocelyn no pareció advertir la mirada. Consultó su reloj y se sintió asombrada.

—Debo subir a ver a tía Mildred —estableció—. No tardaré. Si quiere algo, Anthony, llame, por favor. En el vestíbulo hay un teléfono interior.

Fue hacia la puerta rápidamente y se marchó.

—¿Lo ve? —preguntó Raoul, desdichadamente—. Se me trata como a un perro.

Anthony apuró su bebida.

—Cambio su suerte.por la mía —replicó, contemplando las llamas.

—Si piensa todavía que es responsable de la muerte de Lord Gleneyre, comete un error. No sólo ha escuchado usted esta mañana una mentira por teléfono, sino que es posible otra cosa. Que esta muerte sea un accidente auténtico. Una feliz casualidad para el asesino. La... la *coincidence par excellence*.

—Combinando los idiomas de los dos grandes aliados —replicó Anthony—, *merde de taureau* para usted, amigo mío —se puso de pie —. Se trata de un asesinato, como los otros —dejó el vaso vacío—. Aunque, al revés que los otros, tal vez esté a tiempo de demostrarlo.

Y se encaminó a la puerta.

Rodeando la esquina de la casa a toda velocidad, el decimoquinto vizconde de Saltmarche se internó por entre los rododendros que había al lado del caminito y vigiló la fachada de la casa con ojos muy atentos y fijos. La lluvia se abatía sobre él y la tierra oscurecida, y las gotas corrían por su cogote, entre la caperuza y el cuello de la chaqueta.

Se abrió la puerta de la casa y salió un hombre, silueteado momentáneamente contra la luz de dentro.

Cerró la puerta y bajó corriendo los peldaños, haciendo resonar la grava en dirección a los establos, con la cabeza agachada contra la lluvia y las manos en los bolsillos de su impermeable.

El vizconde Saltmarche reunió todo su valor y, saliendo de entre los arbustos, casi chocó con el extranjero.

—Perdone. ¿No es usted Anthony Gethryn? ¿El Anthony Gethryn?

—Así me llamo, pero no estoy seguro de que sea «el» —alargó la mano—. Usted debe ser Saltmarche.

Sentía una gran curiosidad.

Su mano la estrechó un apretón muy firme.

—Espero que no me tome por un atrevido —balbució el muchacho—, pero ¿va hacia los establos?

—Exactamente.

—¿Quiere hablar con Straker? ¿Acerca... de «Padbury»?

—¿«Padbury»? —el nombre no le decía nada a Anthony.

—El caballo que montaba mi abuelo cuando… cuando… —el jovencito tartamudeó tristemente.

—Oh, sí, tiene razón, vizconde. ¿Por qué quiere saberlo?

—Porque Straker no lleva aquí mucho tiempo —fue la respuesta —. Todavía no conocía muy bien al pobre «Padbury». No como el viejo Hawkin; ni como yo —vaciló y tragó saliva—. No… no sé si entiende usted de caballos, señor, pero «Padbury» nunca dio un paso en falso. No es posible que tropezara, o resbalara. Mi… abuelo siempre decía que si alguien del Gobierno tuviese la mitad del sentido común que «Padbury», Inglaterra aún sería una gran potencia. Y añadía que si llegara a caer una bomba H detrás del caballo, todo lo que éste haría sería cerrar los ojos, para no ver el resplandor, y luego correr hacia el refugio más próximo a fin de poner fuera de peligro a mi abuelo.

En aquel momento, el joven vizconde pareció darse cuenta de que estaba hablando más de lo necesario. Respiró profundamente y se refrenó.

—Sí, exacto, eso es.

—No creo que «Padbury» cometiera ningún error. Creo que algo —alguien— le hizo caer por allí. No sé si me explico bien…

—Oh, sí —afirmó Anthony—. De modo que «Padbury» era un caballo de fiar…

El vizconde suspiró aliviado, comprendiendo que Anthony entendía de caballos.

—Y usted cree que la muerte de su abuelo pudo ser causada con deliberación…

Lord Saltmarche volvió a suspirar y trató de dominar un escalofrío.

—Verdaderamente, sí, señor.

—¿Se lo ha dicho a alguien más?

—No, señor. No creo que fuese conveniente. No, después de haber oído hablar a Jocelyn… Bueno, a la señora Messenger, por teléfono con Scotland Yard. Pronunció su nombre un par de veces y usted llegó entonces… —el rostro del futuro y ya casi marqués de Gleneyre se tiñó de un rubor culpable—. Entonces… entonces, creí preferible hablar a solas con usted, antes de que viera a Straker.

—Hizo usted muy bien —aprobó Anthony—. Absolutamente bien —sonrió ampliamente—. Y ahora voy a suplicarle, milord, que siga callado —no apartó la vista del muchacho—. Hasta que sepamos la verdad. Hasta que yo se lo diga —hizo una pausa—. ¿Entendido?

—Entendido, señor.

—Bien. Ahora desearía saber cómo puedo llegar a la cantera…

—No es ninguna cantera, sino una hondonada de grava, que nadie usa…

—Está bien. ¿Cómo puedo ir allí en coche?

—Muy fácil, señor.

Acto seguido, el joven le dio una explicación clara y concisa.

—Gracias —concluyó Anthony, y volvióse hacia la casa—. ¿Regresa conmigo?

—Pero, ¿no va a ver a Straker?

—No es necesario. Usted me ha ahorrado la visita.

Llegaron a la mansión, penetrando dentro bastante mojados. Lord Saltmarche se quitó la caperuza impermeable y la chaqueta, pero Anthony no le imitó.

—Necesito un par de informaciones más —le espetó al muchacho.

—Con mucho gusto, señor, si puedo dárselas.

—La primera es fácil. Busque al señor Raoul St. Denis en la sala de armas y dígale que deseo verle —hizo una pausa—. La segunda es una advertencia para usted, amiguito. Se lo explicaré más adelante, pero quiero su promesa de que no saldrá de esta casa esta noche.

—De acuerdo, señor.

Los ojos del vizconde le recordaron a Anthony los de su propio hijo.

Eran la seis y media y el inspector Glidden, de la Policía de Medeshire, se hallaba en el umbral de la comisaría de Deyming, disponiéndose a tomar un ágape frugal en El León Rojo. Mirando con disgusto la lluvia que hacía relucir la carretera, se caló bien el sombrero y se estaba abrochando el cuello de su impermeable, cuando un «Voisin» chapoteando en el agua frenó delante de la comisaría.

Dos individuos empapados de agua saltaron a tierra. El primero era alto y delgado.

—Supongo que usted es el inspector Glidden —díjole aquél—. Me llamo Anthony Gethryn —agitó la mano hacia su acompañante—. Mi amigo el señor St. Denis.

Glidden condújoles a un despachito situado al fondo de la comisaría. Allí, Anthony volvió a presentarse, mientras el francés se situaba delante del fuego para entrar en calor.

—Acabamos de descender a la hondonada —observó Anthony—. Hemos visto el cuerpo del caballo.

—¿Sí? —la pregunta era apenas perceptible.

—Y hemos venido directamente hacia aquí para decirle algo, inspector —Anthony instalóse sobre una esquina de la mesa—. Tengo la impresión de que la Policía local piensa que la idea de Sir Egbert Lucas respecto a que se trate de un posible asesinato el «accidente» sufrido por Lord Gleneyre, no es más que el producto de una sesión de LSD, por lo que he creído conveniente traerle algunas pruebas.

—¿Pruebas? —tras la estólida faz de Glidden, su cerebro estaba

alerta.

Anthony se desabrochó la mojada chaqueta. Buscó en sus bolsillos y extrajo un pequeño sobre blanco.

—Aquí están. Pero antes, dígame una cosa, inspector. ¿Ha creído usted que la caída del caballo fue provocada por el resoplido del motor de un coche?

Glidden se permitió una sonrisa.

—Bueno, admitirá usted que tiene sentido.

Anthony abrió el sobre y dejó dos gránulos cristalinos sobre la mesa.

—¿Qué cree que son? —preguntó.

Glidden los contempló y los tocó con el dedo. Parecían de un color como las ostras, pero estaban manchadas, no sólo de tierra, sino de algo ligeramente rosado.

—¿Unos cristales? —inquirió, cautelosamente.

—Oh, sí —asintió Anthony, metiéndolos de nuevo en el sobre, que cerró—. Sí, claro —cogió un bolígrafo de la mesa y escribió en el sobre—. Cristales de sal de roca, inspector. Retirados de la epidermis de un buen caballo, ya viejo, llamado «Padbury», favorito de Lord Gleneyre —empujó el sobre a través de la mesa—. De la epidermis un poco más arriba de la cola, inspector. Encontré más, pero los gránulos estaban casi disueltos. Allí donde penetraron más profundamente, el calor del cuerpo los fundió antes de enfriarse la sangre. El testigo que presenció de dónde los cogí es el señor St. Denis —señaló el sobre—. Como se trata de un caso de Medeshire, será mejor que archive esto. Pero con gran sigilo, si me hace el favor.

Glidden tenía el ceño fruncido.

—¿Sal de roca? —no comprendía nada y lo demostraba. Aunque jefe de la Policía local, era de Londres, de uno de los barrios más pobres.

—Un truco muy viejo usado por los granjeros, Glidden —informóle Anthony—. Para desanimar a la gente e impedir que roben en los huertos. Sal de roca disparada por medio de una escopeta. Relativamente inofensiva y extraordinariamente dolorosa.

—¡Conque fue el coche deportivo! —exclamó el inspector.

—Sí, mientras el ruido del motor cubría el disparo —Anthony se reunió con Raoul delante del fuego—. Un tiro —prosiguió— disparado por un hombre que se tomó mucho trabajo para averiguar todas las costumbres del difunto.

Glidden hizo chocar sus manos.

—¡Bronson! —gritó—. D. Bronson, de Vancouver —se hallaba desusadamente excitado—. Ya sabe que Scotland Yard nos pidió que investigásemos a todos los extranjeros que últimamente estuviesen por aquí. Bien, el único que descubrimos se había marchado hacía una

semana. Pero tenemos todos los datos. Se los pasé al superintendente Pike, cuando llamé al Yard hace media hora. Bien, se lo contaré todo a usted rápidamente. Ese sujeto estuvo en Gleneyre Arms, desde la noche del miércoles de hace dos semanas hasta el lunes pasado. Reservó una habitación desde Birmingham, donde paraba, por lo visto, en el «Hotel Gainsborough», para el domingo anterior. Pero volvió a llamar desde Londres, diciendo que por culpa de un asunto llegaría el miércoles.

Aquí, el inspector calló bruscamente, sorprendido por una maldición lanzada por su distinguido visitante, el general Gethryn.

—¿Cómo dice, señor?

—No importa, lo siento.

La maldición había recaído sobre la cabeza de la señorita Madeleine Bixby, de la firma «Updyke y Wallace». Porque ahora lo veía todo como en un horario preestablecido. En Birmingham, George Brougham, o Smith-Brown-Jones, tras personificar al señor Bronson de Vancouver, había planeado su campaña contra Deyming. En ruta, debido a la mala suerte, debió leer el párrafo de El mundo de los libros, respecto a la obra inconcluso de Adrian Messenger; debía capear aquel peligro insospechado. Y si Madeleine Bixby hubiese estado lúcida aquel domingo por la mañana, Anthony hubiese podido encontrarse con Smith-Brown-Jones en el piso de Messenger… y tanto la señorita como el marqués de Gleneyre todavía seguirían en el mundo de los vivos.

Glidden estaba hablando y Anthony trató de escucharle.

—… tenemos una buena descripción —el inspector consultó un cuaderno—. Comprobado también en el hotel de Birmingham. Bronson tiene unos cuarenta años. Estatura media, no muy robusto. Tipo sedentario; anda arrastrando los pies. Calvo, sin cabello en la coronilla. Ningún rasgo facial extraordinario. Los dos ojos no son completamente del mismo color, variando del celeste al marrón. Tipo de retirado; de aspecto muy simpático. Se denominó a sí mismo «fabricante». Moreno, ropas de estilo conservador. Manía: la fotografía.

No había terminado, pero Anthony le atajó.

—Lo siento, pero si piensa que el C. I. D. puede localizar al señor Bronson, lamento desengañarle…

—¿Por qué? —inquirió Glidden—. Dio una dirección de Londres para su correspondencia. Al marcharse de aquí tomó un tren para la capital. Una docena de personas de aquí pueden identificarle. Incluyendo al vicario, que trabó cierta amistad con él…

—Un momento —pidió Anthony—. No se trata de un asesino vulgar, inspector. Es un caso muy raro, único, un asesino muy inteligente y lleno de recursos. Puede apostar quinientos a uno a que

el señor Bronson dejó de existir tan pronto como el tren salió de la estación de Deyming. Salvo un posible cambio sin importancia, el hombre que salió de la estación de Waterloo probablemente vestía igual que el señor Bronson, pero su aspecto era muy diferente. Cinco años más joven en sus andares, sus modales y su expresión; quizá con una peluca encima de su calvicie... —Anthony hizo una súbita pausa antes de proseguir—. Una calvicie que tal vez dentro de poco lucirá una espesa cabellera.

—Un tipo listo, ¿eh? Y supongo que irá a un hotel nuevo para él...

—Exactamente. Y creará un tipo nuevo. Un tipo que antes compró una escopeta de segunda mano sin licencia; que en el momento debido alquiló un «Astall-Mostyn» dos asientos —Anthony consultó su reloj—. Coche que probablemente ya estaba en Londres y en su propio garaje antes de encontrar el cadáver de Lord Gleneyre.

—Naturalmente —intervino Raoul por primera vez—, nuestro Jean Blanc Dubois es un individuo completamente diferente...

—Naturalmente —asintió Anthony, y volvió a mirar al inspector —. Bien, nosotros nos marchamos. Usted ya sabe que la muerte no fue casual, y le he entregado la prueba para su expediente —se alejó del hogar—. Una prueba que, repito, no hay que pregonar en absoluto. ¡Bajo ninguna circunstancia, inspector!

—De acuerdo —asintió Glidden. Se puso de pie y salió de detrás de la mesa—. Sir Egbert Lucas recomendó el mayor silencio.

—Bravo —aprobó Anthony—. Y como estará usted intrigado, se lo explicaré. A menos, y hasta que tengamos informaciones específicas de Canadá, ese tipo debe ignorar completamente que nos hallamos detrás de su rastro.

A las diez y media el vizconde de Saltmarche, embutido en una manta de viaje que no dejaba ver el menor rastro de su figura, estaba tendido de espaldas en el asiento trasero del coche del francés. En el suelo, a su lado, se hallaba el terrier «Firbank».

Lord Saltmarche estaba poseído por encontradas emociones; como un vacío en el estómago, desde que comprendió que no volvería a ver a su abuelo, y un cosquilleo, una excitación en todo el cuerpo. En aquellos momentos lo estaban pasando ¡de contrabando! a Londres, en medio de la noche. En un coche inmenso, conducido por su nuevo amigo Raoul St. Denis, el héroe del accidente de aviación. Raoul St. Denis, uno de los resistentes franceses; Raoul St. Denis, un tipo más atlético y forzudo que el profesor de gimnasia de la escuela.

Más aún, el muchacho iba a residir con un matrimonio que no conocía, llamado Cameron. Lo cual era muy interesante, porque Jocelyn afirmaba que se trataba de buenas personas. Además, Jocelyn también viviría allí, y todo iría bien.

En realidad, el placer que experimentaba momentáneamente Lord Saltmarche, ahuyentaba su dolor. Aunque había dos puntos negros en el horizonte. Primero: la forma extraña como Jocelyn se comportaba con el héroe francés, con amistad y frialdad a la vez, y con unas sonrisas que parecían falsas. Segundo: la historia que le había contado como motivo de esta huida. A causa de los periodistas, pero no estaba muy seguro de que ello fuese cierto.

Una mano levantó la manta de viaje y vio a Jocelyn mirándole.

—Todo va bien, amiguito —le dijo ella—. Ya puedes sentarte.

El joven sonrió y, agitando los pies para desentumecerlos, se instaló en el asiento, con «Firbank» a su lado.

A las once, Anthony todavía estaba en Deyming Abbey. Como le contara a su esposa en una carta escrita dos días después, se había enamorado.

«De una marquesa, tiene que saberlo.»

La marquesa lo había enviado a buscar una hora y media después de volver con Raoul de entrevistarse con el inspector Glidden. En ese momento ya estaba bañado y llevaba unas ropas prestadas, razonablemente cómodas. Dejando a Raoul y Derek cimentando su amistad con una partida de billar, subió a un saloncito donde Jocelyn le presentó a una diminuta dama, instalada en un gran sillón, con el pelo blanco, y ataviada de gris; una persona inmaculada que lo saludó con gran efusión.

—Jocelyn me ha advertido que no le llame general —empezó diciendo—; por tanto, no lo haré. Deseo pedirle un favor...

Entonces le sonrió. Y aquella sonrisa conquistó completamente a Anthony.

—Quiero que me lo cuente todo —añadió—. Jocelyn no quiere tomar esta responsabilidad, pero espero que usted...

Entonces, volvió la cabeza hacia el fuego, dejando que la luz se reflejase en su blanco cabello, arrancando unos destellos mágicos de las pequeñas gemas de sus pendientes.

—He vivido mucho tiempo —continuó—, pero nadie me ha tomado nunca por tonta. Por muchas señales, como la conducta de Jocelyn, la presencia del señor St. Denis, la de usted... intuyo que la muerte de Rory no fue un accidente.

Miró intensamente a Anthony. Tenía las pupilas muy brillantes, quizá arrasadas por las lágrimas, pero llenas de vida.

—No necesita suavizar el golpe —prosiguió—. No soy una niña de cincuenta años. Sé que no tardaré mucho en reunirme con él —volvió a sonreír—. Por tanto, le ruego una explicación. ¿Tengo derecho a ella?

—Sí —repuso Anthony, respirando profundamente.

—¿Lo mataron deliberadamente? ¿Fue asesinado?

—Sí...

Y durante una hora Anthony efectuó una detallada relación de todos los hechos que conocía, prosiguiendo con el peligro que corría Derek, y fue Jocelyn quien tuvo la idea de pedir ayuda a los Cameron.

Ya con el muchacho y su escolta a medio camino de Londres, Anthony y la marquesa seguían conversando.

—Bueno —decía ella, con firmeza—, no quiero volver a oírle decir que es usted responsable de la muerte de mi marido. ¿Cómo podía saber usted que a su edad mi Rory se veía constantemente sujeto a ataques de adolescencia? Usted hizo lo que pudo y más.

Anthony se hallaba muy cerca del sillón de la anciana. Esta le alargó su mano derecha. Anthony se la cogió y la llevó a sus labios sin pronunciar palabra, viéndose recompensado con una sonrisa.

—¿Qué sabe usted de los Bruttenholm? —preguntó luego la marquesa, dejando de sonreír.

—Temo que muy poco. Tengo una impresión general de una historia distinguida. Y sé, o creo saber, que si Derek falleciese, cualquier descendiente varón y directo de su cuñado, Arthur Bruttenholm, heredaría el título. ¿Es así?

Era más una afirmación que una pregunta.

—Exactamente —los brillantes ojos le contemplaban sorprendidos—. Rory era el mayor de cuatro hermano. Arthur, el más joven. Se metió en un atolladero, hacia comienzos de siglo, y tuvo suerte de salir de Inglaterra a tiempo de evitar la prisión. La familia cree que se marchó al Canadá, pero, aparte de esto, salvo algunos rumores que nadie se molestó en comprobar, nunca hemos sabido nada de él. Los otros dos hermanos, Maurice y Evelyn, murieron en la guerra. Ninguno dejó hijos.

Calló, reflexionando, y Anthony guardó silencio, sentándose ante ella.

—Si está usted en lo cierto respecto a que ese asesino es el hijo o el nieto de Arthur, ese caso se debe, por supuesto, a la mala sangre de aquél. Supongo que hoy día dirán que se trata de unas hormonas o unos genes improcedentes, pero yo afirmo que es la sangre. Si se estudia la historia de la familia, descubrirá que los Bruttenholm siempre fueron prolíficos, sobre todo con sus hijos varones, y también hallará que en cada generación han producido algunos seres humanos muy normales y uno anormal, pero inteligente. ¡Esto de modo invariable! A mí me parece que esta tendencia ha alcanzado ya una cúspide, dando paso a un monstruo...

Suspiró y guardó silencio... y Anthony se puso de pie.

—Está usted cansada y la culpa es mía. Debería acostarse.

La anciana permanecía sentada, muy erguida, mirándole fijamente.

—Si estoy cansada es asunto mío —cogió el vaso que tenía al lado y lo apuró, añadiendo—. Me portaré como un diablillo y tomaré coñac.

No había forma de resistirse. Anthony tomó el vaso y lo llenó a medias de coñac, devolviéndoselo a la marquesa.

—Gracias —bebió un sorbo—. Lo que no entiendo es cómo ese criminal ha hecho todo eso por sus propias manos. Probablemente, no sea yo más que una pobre mujer, pero no comprendo…

—No es usted la única —sonrió Anthony—. La misma pregunta preocupa al comisario ayudante —se puso de pie, yendo hacia el hogar—. Hay tres factores importantes que no sólo posibilitan, sino que hacen relativamente simple que él lo hiciese todo. Primero, su carácter. Posee casi todas las virtudes: valor y paciencia, confianza en su destreza y perseverancia… y muchas más. Pero tiene un punto flaco muy grande: la completa ausencia de simpatía por los seres humanos, que alcanza el grado de insistencia megalomaníaca, siendo sólo él el centro de su existencia. En otras circunstancias, habría sido un individuo admirable. En la guerra, por ejemplo, probablemente le darían varias condecoraciones —calló de pronto—. Lo siento. No es momento para filosofar. Volvamos a los hechos. Los otros factores en su favor son dos verdades eternas: tiempo y dinero. Puesto que ha tardado cinco años en llevar a cabo su proyecto, dispuso del primero. Lo que significa que debe poseer bastante del segundo. Y el tiempo y el dinero le han permitido retroceder, eliminando las posibles fuentes de peligro de su futuro, antes de que fuesen realmente peligrosas. Y este método, a su vez, le proporcionó grandes ventajas sin ninguna de las desventajas del verdadero asesino psicópata. Porque, hasta hace cuarenta y ocho horas, su motivo era un enigma.

—Pero ahora la situación ha cambiado —la blanca cabeza estaba inclinada hacia su interlocutor—. Usted es quien ahora posee la ventaja. Conoce su motivo y sabe quién es, mientras que él lo ignora.

—Exactamente —repuso Anthony con respeto mental hacia la dama—. Lo ha comprendido usted al instante. De lo contrario, estaría usted angustiada por Derek.

—No lo creo. No, estando usted a cargo del asunto.

—Probablemente sea éste el mejor cumplido que he recibido en mi vida —Anthony hizo una pausa—. No sé qué decir, por lo que no diré nada. Pero volveré al núcleo real de su primera pregunta: cómo ha podido, físicamente, cometer Smith-Brown-Jones esos crímenes. En primer lugar, permítame poner a un lado las muertes accidentales causadas por un fallo mecánico o un defecto de los vehículos, como camionetas, coches, motocicletas y bicicletas. Daremos por descontado que, con tiempo y dinero, además de gran astucia y conocimiento de los motores, pudo disponerlo todo a propósito. ¿De acuerdo?

—Sí. Sobre todo porque, con tiempo y dinero, siempre podía probar de nuevo si un intento fracasaba.

—Exacto. Por tanto, fijémonos en otra clase de asesinatos, Pomfret, por ejemplo, se ahogó cuando navegaba con su barca de pesca, en la que se supone que estaba solo, y volcó por el oleaje; no he de indicar que Smith-Brown-Jones tuvo cien métodos diferentes para disponer esa muerte. Me limitaré a señalar una posibilidad: él mismo en una lancha, finge en el momento más adecuado estar en apuros. Entonces, el bueno de Pomfret acude en su ayuda, le sube a bordo, y halla la muerte.

Anthony volvía a pasearse por la estancia, pero se detuvo en aquel instante, para situarse de nuevo ante el hogar.

—Luego, tenemos el veterinario, Robert Moretón. Este se cayó de un puente sobre la línea de ferrocarril de una estación pueblerina. A las tres de la madrugada. Se trata de una sencilla emboscada: espera, golpe y abajo. Y la misma rutina es la que siguió con el doctor Devitt, y el pobre diablo al fondo del pozo.

Anthony hizo una pausa, no sabiendo si hablaba demasiado deprisa. Pero al encender un cigarrillo y escrutar a su oyente, vio que le brillaban los ojos con un destello de inteligencia.

—Por tanto, llego ahora al horror de los asesinatos en masa: la catástrofe del ferrocarril de Highland y el accidente de aviación. En cuanto al tren escocés, me han contado que trabajando una hora con un hacha bajo una traviesa en la última curva de la montaña, no se necesita más. Trabajo que no puede comprobarse, porque, al descarrilar el tren, se lleva consigo un tramo de vía.

Observó un estremecimiento de los finos hombros y prosiguió rápidamente, temiendo que la dama le preguntase cómo había podido estar seguro de su víctima el asesino.

—Y llegamos al avión. Un simple problema para nuestro inteligente megalomaníaco. Sólo tenía que introducir una bomba con reloj entre el equipaje. Créame, conozco diez medios distintos. Por ejemplo, una semana o dos antes, el asesino se aloja en un hotel, digamos el «Alsacia», con muchos americanos entrando y saliendo constantemente. Tras haber descubierto, cosa fácil, qué avión tomará Adrián Messenger, traba amistad con dicha persona, llegando a visitarle en su habitación; luego, en el debido momento: a) o sustituye una maleta por otra idéntica; o b) logra quedarse a solas con el equipaje de su presunta víctima, a fin de colocar dentro de una maleta el artefacto mortal.

La anciana volvió a estremecerse. Anthony arrojó su cigarrillo al fuego y tomó asiento.

—Y no pienso añadir nada más. Ya es bastante.

—Respecto a lo pasado, más que bastante —concedió la marquesa

—. Pero aún queda el futuro. Que se llama Derek.

Por primera vez, Anthony leyó el temor en aquellas pupilas. Se levantó, deseando consolarla. Ella le tendió una mano, que él tomó entre las suyas. Luego, sonrió.

—Puedo llamar de otro modo a ese futuro —declaró—: Seymour.

Le habló del sargento. Quién y qué era.

—Por tanto, piense en Seymour, concéntrese en él y ruegue que vuelva de Canadá con lo que necesitamos. O sea, la información suficiente para tejer una red, una red para atrapar al señor George Brougham-Smith-Brown-Jones.

Pero cuando volvió Seymour, seis días más tarde, una sola mirada al joven fue bastante para que Anthony comprendiese que ninguna oración había obrado milagro.

La conferencia tuvo lugar en Scotland Yard, en el despacho de Lucas, con éste y George Firth. Seymour estaba cansado y malhumorado. Pero, fiel a su adiestramiento, informó de manera clara y concisa.

Estuvo en Ottawa, donde se hallaba el regimiento de Infantería Ligera del duque de Athlone. Estuvo en Regina, donde George Brougham, inmediatamente después de ser licenciado del ejército, vendió unas propiedades rurales heredadas a la muerte de su padre, William Brougham. Estuvo en Montreal, donde (por lo visto, debido a la insistencia de 3U madre, de ascendencia francesa), George Brougham había asistido al instituto. Y, finalmente, estuvo en Winnipeg, donde halló la prueba de que George Brougham era nieto de Arthur Brougham, nacido Bruttenholm.

Pero, a pesar de tanta actividad, sólo podía manifestar lo siguiente:

1. Una declaración, para quien pudiera interesar, del ayudante del regimiento de Infantería Ligera, demostrando que el sargento George Brougham había estado agregado en la India al ejército inglés; que había servido en Birmania con la Fuerza Especial del general Dalton. Tras haber sido dado por desaparecido, seguramente muerto, el sargento Brougham fue herido de gravedad, y atendido por sus amigos birmanos, llegando por fin a Rangún, tras el cese de las hostilidades. A través de los servicios consulares, obtuvo pasaje para el Canadá, donde se presentó a su Regimiento, y siendo licenciado seis años antes de la fecha de esta declaración.

2. Una copia de la licencia del sargento Brougham.

3. Una copia del certificado de nacimiento de Brougham.

4. Unas fotocopias de las escrituras de venta de la propiedad de George Brougham.

5. Una declaración y copias de los recibos de impuestos del Banco de Regina, por cuya mediación George Brougham había llevado a cabo el negocio de venta. La declaración demostraba que, después de pagar los impuestos, George Brougham había convertido su capital de noventa y siete mil dólares en moneda corriente y bonos al portador.

6. Tres retratos amarillentos de George Brougham, a las edades de cinco, siete y doce años.

Anthony contempló con simpatía a Seymour.

—¿Nada más? —le preguntó.

—Nada más, a menos que cuente una ligera verificación que efectué. En Regina, y de una chica que conoció a Brougham en su adolescencia. Me contó que cada vez que él se excitaba por algo, le latía un músculo junto al ojo derecho.

—Hum... Lo mismo que nuestro samaritano de Escocia —meneó la cabeza—. Pero no sirve. Si se examinan los veinte millones de varones ingleses, casi todos presentan un tic muy parecido.

—¿Y los pasaportes? —indagó Lucas.

—No hay nada, señor. No se ha expedido ningún pasaporte a nombre de George Brougham.

Le había tocado el turno a Firth.

—¿Descripciones? —preguntó—. Debe haber obtenido unas cuantas. ¿Qué tal son?

—No muy buenas, señor —repuso Seymour—. Varían mucho, y casi todas son inútiles.

—Por lo que colijo —sonrió Anthony—, un Smith-Brown-Jones cualquiera.

Hubo un silencio, roto al fin por Lucas.

—¿Dónde estamos ahora? —suspiró—. ¿Quiere decírmelo alguien, por favor? ¿O es pedir demasiado?

Firth miró al techo. Seymour a la alfombra.

—Para mí, no —respondió Anthony—. Hablando en plata, en el mismo sitio donde estábamos, Lucas. Porque si...

—¡Por favor! ¡Otra conferencia a la Policía, no!

Firth se movió en su asiento con inquietud.

—Sé que es importante no levantar la liebre. Pero ¿creen que hay bastantes muchachos vigilando la casa de los Cameron?

—Por ahora, sí —afirmó Lucas—. Y opino que ni siquiera se necesitan tantos. Le hago a Gethryn la justicia de aplaudir la forma como fue llevado el chico allá. Brougham es imposible que lo sepa. Además, ahora no intentará nada. Ha transcurrido muy poco tiempo desde la muerte del abuelo.

Anthony se puso de pie.

—Estupendo —le dijo a Lucas—. Pero será mejor que grabe en su

cerebro eso de «por ahora».

Fue hacia la silla donde estaban su abrigo y su sombrero, los recogió y se encaminó a la puerta.

Se volvió al llegar al umbral.

—Lo que hemos de recordar es que nuestro amigo el asesino goza de tanta libertad como nosotros. Lo cual, bien interpretado, significa que es tan libre como el aire.

Abrió la puerta y añadió:

—Lo cual no es una idea consoladora.

Y desapareció.

9

En la parte más rural de Hampstead Heath, Wellington Lane es un camino sombreado por los olmos, que terminan con un grupo de robles, con casitas de aspecto agradable a cada acre de terreno.

El número 7 era el hogar temporal de los Cameron, y a las once de la noche, en uno de sus cinco dormitorios, Christopher Derek Bruttenholm, decimonoveno marqués de Gleneyre, estaba durmiendo con el sueño profundo del joven agotado, que ha pasado un día admirable junto a unos nuevos amigos. Al pie de la cama se hallaba su fiel «Firbank», que también dormía, aunque con cierta inquietud.

En el cuarto contiguo, Jocelyn Messenger estaba a punto de irse a la cama. Se hallaba muy fatigada, pero no tenía sueño, y lo sabía. Sentada, ataviada con el pijama, contemplaba los moribundos leños del hogar. Su cerebro estaba repleto de ideas. Fumaban un cigarrillo tras otro, escuchando los rumores del sistema de calefacción, muy anticuado, que los Cameron habían decidido volver a poner en marcha.

Sobre la repisa de la chimenea, un reloj latía suavemente, y cada tic-tac parecía alborotar aún más sus pensamientos. Naturalmente, ella sabía la causa de aquel torbellino mental. No debido a que sus pensamientos fuesen alocados o espantosos; no porque ella pareciese estar viviendo en pleno melodrama, ni porque un muchacho de doce años al que apreciaba como un hermano estuviera en peligro...

Quedaba un leño en el cubo que estaba al lado del hogar. Lo echó al fuego y encendió otro cigarrillo, empezando a deambular por la habitación, pensando en la charla sostenida con Margaret al día siguiente de llegar ella a la casa con Derek, de lo cual hacía ya una semana. Fue el mismo día en que averiguó que Raoul se iba a París, llamado por su editor. Sin haber hablado de ello, Jocelyn había supuesto que el joven se quedaría en la casa o cerca de ella, a fin de poder estar a mano, si hacía falta. No sólo como un guardián más de Derek, sino posiblemente —sólo posiblemente— para convencerla de que no pensaba añadir ningún otro nombre a su larga lista de conquistas.

Esto le dijo a Margaret: «conquistas». Aquella charla la recordaba muy bien. Fue después de que los Cameron regresasen1 de la entrevista que ella concertó entre el matrimonio y Anthony. Poco después, estando a solas con Margaret, ésta le preguntó:

—¿Dónde está Beaucaire?

Jocelyn contestó que Raoul había telefoneado, explicando que se marchaba a París, a lo que Margaret contestó:

—No me extraña —lo cual inició la conversación.

A los cinco minutos, Margaret le había hecho contar toda la historia.

—Si piensas en esa sirena neumática de Sicilia, estás loca —exclamó Margaret, con desdén—. ¡Antes preferiría comerme un huevo sin sal, que casarme con un hombre sin pasado!

—¿Cómo sé que se trata de un Pasado? Además, está la bailarina...

—¡Fotos para la prensa! Probablemente, no la había visto antes ni volverá a verla jamás. ¿Qué ha de hacer un hombre cuando no está contigo? ¿Pasear por la calle, tocando el tambor?

Jocelyn se echó a reír, recordando el tono y las palabras de su amiga. Entonces no se había reído... pero ahora sí, aunque con cierta tristeza.

Calló de pronto, ya que más allá de la puerta de comunicación con el cuarto de Derek había oído como un arañazo y un gemido ahogado. Fue hacia la puerta y la abrió: «Firbank» dio un salto, meneando la cola y mirándola en son de disculpa.

Jocelyn suspiró. Miró dentro del dormitorio y vio a Derek dormido. Volvió a contemplar a «Firbank», y el perro la siguió tras cerrar la puerta. Suspiró, cogió la bata que estaba encima de la cama, y bajó al piso inferior. Al pasar por delante del despacho, oyó hablar a John y Margaret, y por un momento pensó entrar. Pero otro gemido de «Firbank» la disuadió, dirigiéndose rápidamente al salón. Abrió las vidrieras y el animal salió en dirección a su arbusto favorito.

Entornó la puerta y permaneció esperando dentro. El viento del nordeste había ahuyentado las nubes, y la luna brillaba fríamente en el cielo, en una mezcolanza de luces y sombras entre los árboles del parque.

Cumplida su misión, «Firbank» trotaba tranquilamente hacia ella, cuando surgió un gato entre las sombras; gato que en un instante vio y fue visto, y que al siguiente quedó transformado en una bola gris, que volaba hacia el muro más próximo, con «Firbank» siguiéndole silenciosamente.

—¡Oh, no! —gritó Jocelyn, abriendo la vidriera y saliendo al parque, donde el viento la azotó, cortándole el rostro como una cuchilla de afeitar, sin dejar de gritar—: ¡«Firbank»! ¡«Firbank»! —en tanto el gato saltaba la tapia, desapareciendo, seguido por un «Firbank» furioso.

Antes de comprender la futilidad de aquella caza, Jocelyn estaba ya a medio camino del muro. De pronto se detuvo en seco.

—¡Oh, caramba! —exclamó, castañeteándole los dientes!

No temía por «Firbank», que en aquellas dos semanas ya había efectuado algunas escapadas, volviendo un poco sucio. Dio media

vuelta y regresó a la casa. Y apenas había andado tres pasos cuando, por el rabillo del ojo, percibió un movimiento muy leve junto al enorme olmo, que se alzaba en la esquina más alejada del edificio. Volvió a detenerse, sobrecogida por un repentino error que la dejó inmóvil. Con la intuición que nace del miedo, comprendió que aquel movimiento no era de ninguna rama rota o desgajada, sino la figura de un hombre, que salía a la luz de la luna de entre las sombras circundantes.

El corazón le subió a la garganta, y tuvo que luchar para respirar. Se preguntó fugazmente cómo habría conseguido el intruso atravesar por entre el cordón establecido por Scotland Yard, que vigilaba la casa por los cuatro costados: dos hombres en el garaje vacío de Marlborough Road; y dos en Wellington Lane, aparentemente vigilantes nocturnos de unas obras. No sabía si la oirían si chillaba, pero entonces comprendió que sus chillidos se perderían en el viento.

Miró a hurtadillas hacia el olmo, calculando las distancias.

Desde el olmo a las puertas del saloncito; desde donde ella estaba hasta el mismo sitio…

«¡Si al menos estuviese todo a oscuras!», pensó.

Y en aquel instante, una masa de nubes ocultó la luna. Jocelyn echó a correr, pero le salió de un pie la zapatilla y tropezó. Estuvo a punto de caer, comprendiendo con un terror infinito que era ya demasiado tarde. Entre ella y los ventanales se alzaba una figura negra y tremenda.

Las nubes volvieron a separarse y la luna se asomó por entre la grieta.

Como aquella noche en el piso de Adrian, el alivio se mezcló a la cólera.

—¡Tú! —gritó—: ¡Debí figurármelo! ¿Es tu costumbre asustarme hasta la muerte?

Raoul se acercó de una sola zancada.

—Cuánto lo siento. No intentaba asustarte…

—Pues casi lo has conseguido —ya no sentía el frío, pero se arrebujó más en la bata—. ¿Puedo sugerirte que por la mañana recibimos a las visitas, por la puerta principal?

Y sin esperar respuesta, inició la marcha.

Pero él le cerró el paso. Parecía más alto que nunca.

—Lo siento —murmuró humildemente—. Pero tu sugerencia no me interesa.

Ella empezó a decir algo, pero no pudo. Porque él se había aproximado más aún y Jocelyn se encontró, ante su mayor estupor, levantada del suelo como una niña. Había un brazo en torno a sus hombros y otro debajo de sus rodillas; brazos que no parecían resentirse en absoluto de su peso.

—¡Suéltame! —jadeó ella.

El joven fue hacia las vidrieras, abriéndolas con el pie.

—Dentro de un momento —dijo—. Pero como yo quiera y donde quiera...

La condujo al saloncito, cerrando el ventana también con el pie. Los brazos de acero seguían aterrándola fuertemente.

Por primera vez en su vida ¡se sintió pequeña!

Una sensación extraordinaria, un hecho dulce e imposible, sumamente excitante.

Setenta y dos horas más tarde, y a ciento ochenta kilómetros de distancia, el huésped norteamericano que se inscribiera como John Ducross, de Duluth, entró en el bar del «hotel Crest Royal», de Manchester.

El señor Ducross era un individuo de aspecto atlético, y de unos treinta años. De tipo deportivo, llevaba un abrigo ligero al brazo, pantalones grises, una camisa de deporte y una chaqueta a cuadros. El bar no estaba lleno, y el señor Ducross se dirigió a su rincón predilecto, llamando a Jack, el camarero y siendo obsequiado con la sonrisa especial que aquél reservaba para sus mejores parroquianos, calificativo que había conquistado el señor Ducross en sus diez días de permanencia en el hotel.

El señor Ducross dejó su abrigo en una silla cercana y se quitó el sombrero, dejando ver una cabeza bien formada, en la que se alborotaban unos pelos castaños muy cortos.

Tras pedir dos *scocht* («la señora vendrá en un instante»), el señor Ducross se instaló en un taburete, le manifestó a Jack que él había sido campeón de los pesos *welther* («los cinco mejores asaltos de mi vida»), y cogió el periódico que un parroquiano distraído se había dejado sobre el taburete vecino.

Lo abrió por la página central, que contenía las noticias deportivas, y el señor Ducross pasaba la vista por las mismas, cuando se fijó en un párrafo de la columna titulada: «Directamente de la boca del caballo», columna que firmaba alguien cuyo seudónimo era Archie Stop-Watch.

LA CUADRA GLENEYRE: Desde la trágica muerte de Lord Gleneyre, ha habido gran especulación respecto al futuro de la magnífica cuadra de caballos y perros del difunto marqués. Se rumoreó que iban a ser vendidos, aunque yo no doy mucho crédito a la noticia. Sólo una declaración formal de la marquesa viuda merecería mi total aprobación, porque incluso el mayor «Bobby» Rattigan, el conocido entrenador de caballos, no sabe nada. Sin embargo, ha prometido tenerme al corriente de la decisión de la marquesa, tan pronto como ella y el joven marqués regresen de las vacaciones de Navidad, de Escocia, donde ahora residen...

Tras haber leído este párrafo, el señor Ducross volvió a leerlo. Y luego, ocultando su excitación, dejó el periódico a un lado. Alzó su vaso y brindó silenciosamente por el articulista, que acababa de ahorrarle una aburrida búsqueda a través de las noticias de prensa. Le pidió otro vaso a Jack, y se hallaba a la mitad del mismo cuando su esperada compañía llegó al bar.

Como no tiene ninguna importancia para esta narración, basta decir que era una morenucha bien formada y guapa, que conquistó al señor Ducross dos días antes, y que inició con él una asociación que, a su entender, duraría varios meses. El señor Ducross la besó en una oreja y ella se instaló en el taburete contiguo. Y antes de probar su bebida, comenzó a trazar planes para el fin de semana próximo.

—Lo siento, muñeca —le cortó el señor Ducross—. Pero todo esto no es posible.

Acto seguido, le explicó mendazmente que aquella tarde había recibido un telegrama de Minnesota, que no le permitía ampliar su estancia en Manchester más de otras veinticuatro horas.

—Oh, Jackie —la muchacha parecía a punto de llorar—. ¿Adonde vas? —tuvo una idea y la expuso—. ¿Puedo acompañarte?

El señor Ducross puso una expresión apenada.

—Lo siento, chica. Una dama no puede acompañarme en esta clase de viajes. Es una expedición de exploración, ¿entiendes? Puede o no convertirse en un buen negocio. Una vuelta —añadió, como sin querer—, por los condados del sur.

Poco después, agregó:

—Bueno, esta noche lo pasaremos bien, ¿eh?

Le acarició la cadera con mano firme. Y dejó allí la mano… hasta al cabo de un momento que se la llevó al ojo derecho, donde le estaba palpitando un músculo.

En Scotland había nubes tormentosas. En el despacho del comisario, y a la mañana siguiente del día en que el señor Ducross, de Duluth, dejara Manchester, transformándose por el camino en el señor Martin Crawford, de Calgary, Alberta.

Había conferencia en el mencionado despacho. Lo que los norteamericanos (y también ya algunos ingleses) llaman una «conferencia de alto nivel». De tan alto nivel, como expresó luego Anthony, que «estaba presente la flor y nata de la caballería, y no había ningún policía cerca».

Se hallaban presentes cuatro personajes. El comisario, el teniente general Sir Duncan Outram; su comisario ayudante a cargo de la investigación criminal, Sir Egbert Lucas; una personalidad del Ministerio del Interior, Sir Ronald Aston-Phipps, y Anthony Ruthven Gethryn, que era sólo Anthony Ruthven Gethryn.

Anthony ya conocía al comisario, y le gustaba. También conocía a Sir Aston-Phipps, y no le gustaba, sentimiento que se imaginaba coincidía con el que aquel personaje experimentaba por él. Le sonrió a Lucas, estrechó la mano del comisario y se limitó a inclinar fríamente la cabeza ante Sir Aston-Phipps. Luego tomó asiento y aguardó.

Pero no mucho. A pesar de sus muchas faltas, el comisario era infatigable.

—Este asombroso asunto, Gleneyre, lo hemos discutido Lucas y yo, con el representante del Ministerio del Interior. Antes ya con el representante del ministro; después, con Sir Ronald, aquí presente, nombrado como emisario de aquél. Ambos han leído el informe completo que le entregué a Lucas. El ministro del Interior me rogó que le felicitase por la brillante labor que ha llevado a cabo.

—Es muy amable —repuso Anthony, mirando a Aston-Phipps—. ¿No piensa usted igual?

La nariz aguileña del aludido estaba convenientemente construida para mirar hacia abajo, cosa que hizo.

—Sí. Altamente ingenioso, es usted muy listo. Naturalmente, hay preguntas. Principalmente, sobre la anomalía de por qué ese George Brougham, si es un maestro tan grande en toda clase de disfraces, se ha molestado en asesinar a once individuos, ninguno de los cuales lo había visto en varios años, a fin de impedir que lo reconociesen personalmente o por fotografía, cuando llegase a ser, eventualmente, todo hay que decirlo, Par.

—Está claro, ¿no? —Anthony enarcó las cejas—. Los once a quienes asesinó eran hombres con quienes había luchado en la guerra y a los que traicionó. Hombres que no podían olvidarle tan deprisa. Hombres que le conocían tal cual era, sin representar ningún papel. Si quería llegar a ser marqués, debía vivir tal cual es. *Ergo*, corría peligro de ser reconocido por cualquiera de los once. *Ergo*, debía librarse de ellos. Me imagino que también me preguntará por qué no esperamos que planee otro holocausto de todas las personas que lo han conocido en estos últimos cinco años. En su lugar, yo pensaría que la respuesta es la misma, pero a la inversa. Como no ha sido él mismo durante ese período, no teme posibles reconocimientos. A lo sumo que podría llegar alguien sería a observar cierta semejanza.

—De acuerdo —admitió Sir Aston-Phipps, levantando la nariz para obsequiar a Anthony con una mirada de desagrado—. No hay más preguntas.

Lucas se movió en su asiento.

—Bien, tal vez ahora podamos ir al grano de esta conferencia.

—Sí, sí —el comisario aprobó con el gesto—. Gethryn, lo que hemos de discutir es la apremiante cuestión de los custodios permanentes del joven Gleneyre. Naturalmente, sólo hasta que

atrapemos al asesino.

—Esto no tiene nada que ver conmigo —denegó Anthony—. La decisión es de la familia, y la labor es puramente policíaca.

Lucas y el comisario intercambiaron una mirada.

—He tenido noticias de Lady Gleneyre, Gethryn —cogió una hoja de papel de un cajón de su mesa—. He aquí lo que dice: *Mi apreciado Sir Duncan Outram: Gracias por su carta. Le agradeceré que consulte con el general Gethryn respecto a todas las disposiciones referentes a Derek. Estoy segura de que consentirá en actuar en mi nombre, y acepte usted lo que él diga como expresión de mis deseos. Por favor, perdone mi demora...* Luego, sigue la firma —dejó la carta y contempló a Anthony.

Lucas estaba mirando a Anthony.

—Por el momento —dijo—, dejemos a un lado la cuestión de si usted conocía ya la decisión de Lady Gleneyre o no...

—Dejémosla —asistió Anthony sin expresión en su rostro.

—Y supongamos —continuó Lucas— que usted nos otorgará toda la ayuda posible...

—No, no. Porque, en mi opinión, el muchacho no ha de tener ninguna guardia oficial. Ni siquiera sus esbirros de Hampstead —todos le miraron, pero ignoró las miradas—. No con los más hábiles agentes dedicados a esta labor. Para que fuese eficaz esta custodia, deberían ser muy numerosos los vigilantes y estar muy cerca del muchacho. Y, en tal caso, es inevitable que fuesen vistos. Lo cual destruiría nuestra única posibilidad de atrapar a nuestro hombre. Porque, una vez avisado, desaparecería sin dejar rastro.

Hubo más miradas y más fruncimientos de cejas.

—¿Y cuál es la alternativa? —quiso saber Lucas—. Conseguir que Lady Gleneyre mantenga escondido al chico, mientras nosotros intensificamos la búsqueda de Brougham, ¿no?

—Usted lo dice, amigo —repuso Anthony.

—Pero esto significa muchos meses —observó Sir Aston-Phipps—. Para no obtener ningún resultado, seguramente. No me gusta —paseó su mirada desde Lucas al comisario—. No me gusta en absoluto. Creo que perdemos de vista el principal problema, que no es otro sino que un joven Par del Reino, un joven y noble inglés, está amenazado de muerte por un asesino. Nuestro deber, por tanto, está claro. Debemos, a toda costa, impedir el crimen. A toda costa.

Anthony estaba encendiendo un cigarrillo.

—Si es todo lo que quiere usted, es muy sencillo —declaró.

Todos volvieron a contemplarle.

—¿De veras? —inquirió Aston-Phipps—. ¿Puedo preguntar cuál es el método suyo?

—Ciertamente. Darle a la prensa una declaración de todo lo que sabemos. Incluso pedir la ayuda del público para localizar a Brougham

—hizo una pausa—. Conocida su fórmula por todo el mundo, tendrá que abandonarla. Por todo un año, si no para siempre.

—Bue...no —rezongó Aston-Phipps—. ¿Qué les parece éste? Mantengan al joven Gleneyre bien escondido y publiquen la triste noticia de que ha muerto de pulmonía. Inserten varios boletines. Y acaben con una esquela. Celebren un entierro falso y un sepelio más falso aún, y aguarden unas semanas. Si todo se hace como es debido, les garantizo que George Brougham-Bruttenholm aparecerá en persona. Sombrero en mano, y con un certificado de nacimiento en el bolsillo.

Se sentó, escrutando a su auditorio y sus distintas expresiones: la de Lucas, turbada; la de Aston-Phipps, cada vez más semejante a la de un bacalao aristocrático, con la boca muy abierta, y la del comisario, anhelante.

Aston-Phipps fue el primero en recobrarse.

—Ingenioso —murmuró—. Una falsedad, pero altamente ingenioso.

—Muy inteligente —el comisario aplastó su puño sobre la mesa —. ¡Inteligente! No veo cómo puede fallar —miró a Anthony con alegría—. ¿Por qué diablos no lo dijo antes? —se frotó las manos—. Lo haremos inmediatamente y atraparemos a ese monstruo.

—Oh, sí, sí, claro —vaciló Anthony—. Pero queda en pie una cuestión. Bastante importante. ¿Qué haremos después con él?

—¿Qué quiere decir? —Ante los obstáculos, Duncan Outram se convertía en un viejo soldado y se olvidaba de que era policía. Aseguró—: Lo arrestaremos. Lo procesaremos ¡y lo colgaremos!

—Sí, supongo que será posible arrestarlo —Anthony se encogió de hombros—. Pero temo que nada más —señaló a Lucas—. Mire a su ayudante, Sir Duncan. Sabe a qué me refiero.

Lucas asintió tristemente.

—¿A qué? —inquirió Aston-Phipps.

—Que no existe ningún cargo contra ese tipo —silabeó Anthony —. Porque nos faltan pruebas. Si el fiscal general consiente en la acusación, me comeré el sombrero y todos los de mi mujer. Nosotros sabemos cuáles han sido las hazañas de Brougham y sus motivos. Pero nuestro conocimiento se basa sólo en Una probabilidad. No tenemos una sola prueba contra él. Ninguna de que las muertes no fuesen accidentales.

—¡Un momento! —Duncan Outram volvió a aporrear la mesa con los nudillos—. Tal vez sea verdad con respecto a las otras muertes, pero ¿y la de Gleneyre? ¿Y la sal de roca? ¿Qué hay de esto? ¡Es la mejor evidencia de intento de asesinato que he visto en mi vida! Además, podemos enfrentar a ese tipo con toda la gente de Deyming

que lo conocieron como Bronson. Seguro que alguien lo reconocerá, y entonces…entonces…

Se le cortó la respiración y tosió.

—Sí, yo encontré sal de roca en un anca del caballo —concedió Anthony—. Y con toda seguridad, procedía de un disparo de escopeta. Pero ¿podemos demostrar quién disparó el arma? ¿O que la carga iba dirigida contra aquel animal? —meneó la cabeza—. No podemos. Por lo que, si hallamos a alguien que lo identifique como Bronson, nos quedaremos cruzados de brazos. Me parece oírle: «Seguro que estuve en Deyming con el nombre de Bronson. Un hombre puede llamarse como guste, con tal que no use el nombre para quebrantar la ley. ¿Por qué lo hice? Porque deseaba echar una ojeada a las posesiones ancestrales, sin interferencias enojosas, y Brougham se parece demasiado a Bruttenholm. Claro que me afeité la cabeza. No hay ninguna ley que lo impida, especialmente cuando existe peligro de infección en el cuero cabelludo. ¿Por qué andaba y me expresaba de forma diferente? ¿Por qué aparentaba más edad? No lo sé, tal vez se deba al dolor de tripas que me causó el agua de Medeshire…»

Anthony se echó a reír.

—Podría continuar hasta el infinito —declaró—. Pero les ahorraré el discurso.

Claro que les recordaré que el señor D. Bronson se marchó oficialmente de Deyming una semana antes de la muerte del marqués. Creo que con esto basta.

Se levantó, fue hacia la mesa y depositó la colilla del cigarrillo en el cenicero.

—Tenemos que encararnos con esta verdad —añadió—. A menos que, por una suerte tremenda, o por puro criterio, consigamos alguna evidencia concreta, no hay caso contra Brougham. Tal como están las cosas, ningún juez dejaría de absolverlo y ningún jurado se atrevería a declararlo culpable. Mala cosa en este caso, aunque supongo que buena en general. Nuestro concepto de la justicia sufriría si empezáramos a colgar a la gente sólo por un cálculo de probabilidades, por muy excelentes que pareciesen.

Calló y sonrió como disculpándose, antes de proseguir:

—Creo que ya he terminado —y volvió a su silla, esperando que alguien hablara.

Pero todos callaron. Esperaban, en realidad, que siguiera monologando.

—Entonces, ya conocen el verdadero problema —se vio obligado a agregar—. Nos hallamos contra algo nuevo. Un hombre, que no creíamos que existiese fuera de las novelas, un cerebro maestro que generalmente suele llamarse Doctor X o El Profesor —miró a su alrededor—. Pero ahora existe en la realidad —continuó lentamente

—. ¡Un asesino en masa que jamás comete un error! —estaba sombrío —. Un hombre cuya sombra es cada vez mayor y más aterradora. Fin del mensaje —se encogió de hombros—. ¿Alguna idea?

Sir Duncan Outram y Sir Egbert Lucas intercambiaron una mirada en silencio. Pero Sir Ronald Aston-Phipps se aclaró la garganta.

—Sí —dijo, centrando todo el interés.

Continuó siendo el foco de la atención dos horas más tarde, hacia el final del almuerzo con el ministro del Interior en persona y otro personaje de considerable importancia en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Anton-Phipps se hallaba a la mitad de su informe sobre la conferencia de aquella mañana en Scotland Yard.

—Y en este punto, hay que conceder que el análisis hecho por Gethryn es correcto. Por mucho que me disguste ese individuo, como didáctico, intolerante y ofensivo, me veo obligado a admitir que ha presentado brillantemente el problema. No es posible ignorar sus conclusiones.

El ministro del Interior se mesó pensativamente su poblado bigote.

—Supongo que estas conclusiones nos impiden montar una guardia en torno al joven marqués. Aunque parezca hallarse en peligro inminente de... hum... asesinato.

—Exacto —corroboró Sir Aston-Phipps—. Pero existen otros factores que iba a subrayar. Factores que mitigan el peligro de la situación. Factores que hay que admitir; factores en forma de procedimiento de introducción —ejecutó un arco con las puntas de los dedos y miró a sus oyentes por encima del mismo—. Un procedimiento aprobado por los policías y por Lady Gleneyre, a través de Gethryn. En realidad —agregó tras una pausa—, estoy convencido de que el descubrimiento de George Brougham es cuestión de tiempo. Nuestra Policía, con su paciencia, con su persistencia, tiene que encontrarlo, siempre que disponga de tiempo suficiente y no encuentre obstáculos en su misión. Y ese período pareció alcanzable cuando nos enteramos, por mediación de Gethryn, de que Lady Gleneyre piensa dejar Inglaterra, con su nieto, inmediatamente después de Navidad. Y por varios meses.

—Este procedimiento de que habla usted —intervino el delegado de Asuntos Exteriores— debería exponerlo ya de una vez, creo yo. ¿Y en dónde figura mi Ministerio?

—Iba a tocar este punto. El procedimiento consiste en que, inmediatamente después de la partida de Lady Gleneyre y el joven marqués, se tomen medidas especiales para investigar plenamente todos los pasaportes y visados de todos los turistas y residentes norteamericanos y canadienses que intenten salir de Inglaterra. Sin reparar en el lugar adonde vayan, ni por qué.

—Sí —asintió el delegado del Ministerio de Asuntos Extranjeros—. Ya lo entiendo. Y, claro está, necesitan nuestra colaboración —meditó un instante—. A pesar de ciertas reservas, creo que se la puedo prometer.

—Un momento, por favor —el ministro del Interior se estaba mesando de nuevo su bigote—. Creo que no lo he captado muy bien —miró a Aston-Phipps—. ¿Podría darme más detalles?

—Con gran placer. El procedimiento se basa en dos hechos. Primero, que no se ha concedido ningún pasaporte a nombre de George Brougham. Segundo, que nuestros reglamentos de viaje de posguerra imposibilitan que nadie abandone Inglaterra sin enseñar su pasaporte, debidamente visado —volvió a arquear los dedos—. Con esto, comprenderá usted que una cuidadosa investigación de todos los pasaportes de los norteamericanos o canadienses que deseen salir de Inglaterra después de la marcha de Lady Gleneyre, tiene que producir unos resultados admirables.

—¿De veras? ¿Por qué? —el pobre bigote estaba siendo atrozmente martirizado.

Aston-Phipps dominó un suspiro.

—Si George Brougham no intenta salir de Inglaterra, todo quedará en un feliz statu quo, sin peligro para el joven marqués, mientras la Policía prosigue su labor. Y si George Brougham intenta dejar el país, inevitablemente se verá detenido por la investigación del pasaporte. Que no sólo le denunciará como George Brougham, sino que nos permitirá controlar sus movimientos sin revelarle que estamos al corriente de sus actividades criminales. Para aclarar esto —continuó, después de una pausa—, señalaré que hay tres medios posibles por los que Brougham pudo entrar en Inglaterra: a) Pudo cambiar legalmente de apellido antes del viaje, llevando un pasaporte legítimo con su nuevo nombre; b) llevar una robado y alterado, o c) poseer un pasaporte falsificado. Tomemos estos tres medios por orden de probabilidades. En el caso b) o c), el procedimiento nos permitirá arrestar a Brougham, procesándolo por entrada ilegal en el país, con una sentencia como mínimo de un año de cárcel. En el caso a), que es muy improbable, no puede ser acusado por infracción de la ley, pero no nos resultará difícil mantenerlo en Inglaterra. Mediante una sencilla prolongación de los procesos burocráticos, creando una confusión deliberada con respecto a su nuevo nombre...

Iba a proseguir, pero no hizo falta. El ministro del Interior estaba riendo, con el bigote quieto y tranquilo.

—¡Sí, sí, claro! Ahora lo entiendo. Muy astuto...

—Sí —asintió también el delegado del Ministerio de Asuntos Exteriores—. Supongo que sí. Salvo que hay un fallo. Y algo peligroso, a mi entender. El período existente entre este momento y la partida de

los Gleneyre —miró a Aston-Phipps—. Usted ha dicho «inmediatamente después de Navidad», lo cual significa más de una semana.

Aston-Phipps asintió.

—También yo efectué la misma pregunta. Pero al parecer no existe un peligro auténtico. En primer lugar, es casi imposible que Brougham conozca el paradero actual del joven marqués. En segundo, la Policía parece satisfecha con las seguridades dadas por Gethryn de que una adecuada protección personal cubriría bien este período.

—Hum... —murmuró el ministro del Interior, pensativo—. ¿Se halla usted plenamente satisfecho? ¿Confía usted en ese Gethryn?

Aston-Phipps volvió a asentir. Pero esta vez con un gesto que aunaba renuncia y decisión al mismo tiempo.

—Sí —repuso al fin.

—¡Espléndido! —exclamó el ministro, sonriendo de nuevo—, creo que todo está solventado —miró a Aston-Phipps con benevolencia—. ¡Y le felicito por su brillante labor!

—Oh, por favor... —Aston-Phipps decidió mostrarse modesto—. Uno procura hacer lo que puede...

El almuerzo ofrecido por el ministro del Interior terminó a las dos y media. Y a aquella hora, en su habitación del otro lado de Whitehall, Sir Egbert Lucas terminaba su informe de la conferencia de aquella mañana ante un solo oyente.

—Un tipo insoportable ese Aston-Phipps. Pero hay que admitir que tiene una buena cabeza sobre los hombros —estudió a Pike, vigilando su expresión—. ¿Qué le parece? Es un buen plan.

Pike continuó frotándose la mandíbula. No parecía muy contento.

—Oh, sí, es bueno... Siempre que dé resultado.

—¿Quiere decir que no lo dará? Creí que era razonablemente perfecto.

—No, señor —refutó Pike—. Está tan lleno de agujeros como el queso de Gruyère. ¿Cómo sabemos que nuestro hombre o su pasaporte le señala como norteamericano o canadiense? ¿Cómo sabemos que no le indica como tan alemán como Hitler? —el superintendente se puso de pie, paseándose por la pieza—. Si vamos a esto, ¿cómo sabemos que tiene el aspecto varonil?

—Oh, por favor, Pike —exclamó con irritación—. Debe estar usted algo mal de la cabeza para pensar ahora en el travestismo. Aston-Phipps nos dio una buena idea. Mucho mejor que la de Gethryn. Ya que lo único que hizo éste esta mañana fue presentar una serie de brillantes proyectos y volver a destruirlos.

Pike iba a decir algo, pero reflexionó y se calló. Seguía sin estar contento.

—Mírelo así —le propuso Lucas—; aunque la idea no sea totalmente perfecta, abarca mucho terreno. Y, por tanto, tenemos que actuar de acuerdo con la misma. Y si seguimos ahondando debidamente, tal vez conseguiremos algún resultado antes de lo que usted piensa. Especialmente, si nos concentramos en los coches deportivos. Sólo necesitamos un poco de suerte, y pescaremos a ese tipo.

Pike dejó de pasear. Se inclinó sobre la mesa y miró directamente a Lucas.

—Hay algo que usted no me ha dicho. ¿Cómo aceptó Gethryn este proyecto? ¿Cómo reaccionó?

—Pareció pensar que era una buena idea —repuso Lucas—. Y no ofreció ninguna objeción.

—No lo, entiendo —Pike meneó la cabeza con incertidumbre—. ¿La aceptó? ¿Sin discusiones? ¿Sin comentarios?

—Ciertamente, sin discusiones. Y sin comentarios, excepto para indicar que era un buen proyecto y nos concedía el tiempo que necesitábamos —Lucas se vio repentinamente asaltado por un recuerdo—. Oh, hubo algo más... pero no es nada importante. Una observación que le hizo a Outram. Algo respecto a que se trata de un criminal extraordinario y a que afortunadamente no poseemos poderes ilimitados...

—Ya —asintió Pike—. ¿Recuerda las palabras exactas?

—¿Por qué? Fue una observación casual... —de repente, la comprensión brilló en las pupilas de Lucas, mirando fijamente a Pike —. Tiene usted razón, y debo estar perdiendo facultades. ¡Dijo que la Policía no posee poderes extraordinarios!

—Esto es más propio del señor Gethryn. Daría todo lo que tengo —agregó, sin sonreír—, por saber qué esconde bajo su manga...

10

La tarde del sexto día después de abandonar Manchester, el señor Martin Crawford, de Calgary, regresó de Escocia, camino de Londres.

Como el día de su llegada fue el 22 de diciembre, la ciudad estaba atestada a reventar, y tuvo suerte de encontrar habitación en un pequeño hotel cerca de Marylebone Road. Donde volvió a utilizar un nombre nuevo, inscribiéndose como Leslie Schoolmaster, de Niagara Falls, Nueva York.

Tras una cena solitaria, el señor Schoolmaster meditó sobre su posición.

«Por tanto, ese individuo que firmó la columna del diario estaba equivocado, y ni la vieja ni el chico han estado en Escocia. ¿Y qué? No importa. En realidad, quizá sea mejor. Porque, a menos que se presentara algo excepcional, es demasiado pronto para actuar. Pensándolo bien, estoy sorprendido por haberlo pensado siquiera. Al cabo de cinco años, no he de empezar a mostrarme impaciente. Además, todavía me queda mucho dinero...»

Aquella noche comprobó la suma. En la habitación del hotel, con la puerta cerrada y los postigos atrancados. Se desnudó, y de su cintura esbelta y musculada se quitó el cinturón y extrajo su contenido.

Y halló, tal como pensaba, que el saldo que tenía en su cabeza era acertado.

Sabiendo adaptarse ingeniosamente a las circunstancias, el señor Schoolmaster pasó unas Navidades razonablemente alegres y placenteras, siendo su única concesión seria a la vida normal una visita a algunas bibliotecas públicas (una distinta cada día), donde repasaba las notas de sociedad de todos los periódicos.

Hasta el 25 de diciembre su abnegación no se vio recompensada por el London Post, produciéndose un preludio casual antes del descubrimiento.

Porque en la primera página del Post, en el momento en que iba a buscar más en el interior de las notas de sociedad, su mirada recayó sobre un nombre. Era el de Messenger. En la página también había una noticia, con el encabezamiento de *UNA CATASTROFE DE AVIACION INICIO UN ROMANCE AMOROSO*. Había a continuación un reportaje de una boda, sin publicidad, celebrada la víspera de Navidad por licencia especial, entre el señor Raoul St. Denis y la señora Jocelyn Messenger, viuda, cuñada del difunto Adrián Messenger.

El señor Schoolmaster no se molestó en leer el resto. Sonriendo débilmente ante el recuerdo de cómo el francés casi había arruinado

toda su labor, buscó las páginas centrales.

Y allí estaba la noticia:

... La viuda de Gleneyre, acompañada por el joven marqués, salió ayer para Estados Unidos. Tras una breve visita a unos parientes de Nueva York, continuarán hacia California, para una proyectada estancia de seis meses o más en Lago Messenger, la hacienda montañosa dejada a la marquesa por el multimillonario Hiram Messenger...

Esta vez no cabía duda respecto a la autenticidad. Pero, a fin de asegurarse, el señor Schoolmaster consultó ocho periódicos.

Y en todos halló la misma información.

Veinticuatro horas más tarde el señor Leslie Schoolmaster, de Niagara Falls, Nueva York, había dejado de existir, pero camino de Cornualles se hallaba un tal Don McTaggart, de Nueva Brunswick, Nueva Escocia.

Y la noche del 5 de enero, un pasajero sin nombre e invisible se marchaba a Francia a bordo del transbordador *Trewythyn Belle*. La relativa (aunque sumamente cara) simplicidad de aquella partida de Inglaterra habría llenado de horror indudablemente a Sir Ronald Aston-Phipps y a sus semejantes. Pero Cornualles siempre será Cornualles, y entre sus habitantes siempre existirán algunos capitanes a quienes no les viene mal una ganancia extraordinaria.

Yendo ostensiblemente de pesca, el *Trewythyn Belle* se dirigía aquella noche hacia las costas de Bretaña, donde su tripulación debía intervenir en ciertas actividades nocturnas, exentas de impuestos; en esta ocasión, un ligero contrabando de whisky y coñac...

Y a las tres de la madrugada, el pasajero quedóse solo en una carretera de segundo orden, no lejos de Morlaix. Si alguien se lo hubiera preguntado, ahora se llamaba Gaspard Lecroix, un marino francocanadiense que iba a Cherburgo después de visitar a unos amigos de Saint Brieuc. De pies a cabeza, desde su forma de andar hasta su acento francés de Montreal, Gaspard Lecroix parecía exactamente el hombre cuyo nombre había adoptado, con su nacionalidad y profesión.

En autobús, en tren, mediante viajes en la cabina de un camionero amable, se a Cherburgo.

Y la suerte le sonrió. En lugar de las dos o tres semanas proyectadas, sólo transcurrieron tres días antes de obtener la clase de pasaje que necesitaba para América. Se trataba del camarote de un buque mercante y de pasaje, de matrícula escandinava, camarote que logró gracias a la experiencia adquirida cinco años atrás, rondando por los *bistros* del muelle, la selección del hombre más apropiado a quien abordar, y el ofrecimiento de cierta cantidad de dinero y la

presentación a cierto sobrecargo poco inquisitivo.

La suerte continuó sonriéndole. El *Brünnhilde* era un barco limpio y, al menos en lo referente a las tareas de un camarero, muy agradable.

El buque zarpó el 12 de enero…

El buque llegó al puerto de Los Angeles el 23 de febrero ycomo todos los de su clase, atracó en el muelle de San Pedro.

La tarde del 24 de febrero, Gaspard Lecroix, en compañía de otros camaradas de tripulación, se dispuso a saltar a tierra. Recién bañado, y ataviado con sus nuevas ropas, con una barbita pulcramente cepillada, Gaspard Lecroix demostró unos nervios excelentes cuando el grupo salió del barco.

Pero estaba nervioso. Tan nervioso que hasta después de la segunda copa en el primer bar de Wilmington no llegó a creer que su entrada en los Estados Unidos hubiera sido tan sencilla. Después del registro rutinario de las aduanas, nadie volvió a mirarle, ni a él ni a sus compañeros. Más aún, y aquí sonrió para sí, aunque no había necesitado ningún pase para salir del muelle, tenía uno que debía enseñar al regreso.

Pagó otra ronda, y se marchó, al parecer hacia Long Beach, y unas mujeres imaginarias, cuyos inimaginables encantos había estado ampliando en los últimos diez días de travesía.

Halló un taxi, que le condujo a Long Beach.

Detuvo el coche en el Auditórium Municipal y buscó un autobús para Los Angeles, y una hora más tarde estaba sumergido en el anonimato de la muchedumbre que llenaba Main Street.

Gaspard Lecroix era ya un tipo del pasado. Pero las horas siguientes, dedicadas a recorrer tiendas, estaban destinadas a traer al mundo al señor Benjamín J. Knight, de Chicago, fotógrafo de la fauna y la flora de su país natal.

Aquel invierno, como todos los inviernos californianos, era extraordinario. Noviembre, diciembre y los comienzos de año fueron fríos y húmedos; pero ya a finales de febrero, habíase presentado la acostumbrada ola de calor, que azotó la mitad sur del Estado unas seis semanas antes y que aún duraba.

Por tanto, fue en una tarde soleada y con veinte grados a la sombra, cuando Benjamín J. Knight emprendió el camino de la carretera 30, a unos diez kilómetros al este de San Bernardino, en dirección a las montañas, y a la pequeña colina de Tomahawk.

Tomahawk está a dos mil metros del lado sur de Monte Lobo, encaramada en una meseta forestal que, a su vez, se halla a unos cuatrocientos metros debajo del Lago Messenger. La carretera hacia Tomahawk, desde el valle de Yucalpa, es una serie de curvas anchas y

empinadas, y para la gente que conduce por allí por primera vez, interminables al parecer. Pero el jeep de segunda mano que Benjamín J. Knight, de Chicago, había adquirido en Los Angeles la tarde anterior, recorría ligeramente aquellos kilómetros. El jeep le costó caro, pero a su dueño no le dolía el precio abonado; sus llantas eran buenas, el motor mejor aún, y ahora estaba repleto de todo el material que necesita un fotógrafo de la fauna y flora, dándole un toque bohemio muy adecuado.

Benjamín J. Knight llevaba una camisa chillona, pantalones téjanos arrugados y las botas que se conocían como «de safari». Con una barbita y aspecto genial, era un personaje que en ciertas regiones del país habrían considerado como una llaga en el pulgar, pero que en aquella parte de California se fundía con el paisaje como un tigre con la selva.

Eran las tres y media cuando llegó a la meseta, internándose por entre los pinos del mismo Tomahawk. Incluso a aquella altitud, el sol brillaba placenteramente en un cielo de añil, y el aire estaba claro y transparente.

Detuvo el jeep en las afueras del poblado y anduvo a través de los árboles hasta un precipicio. Contempló desde allí el famoso flanco gris y pardo de la montaña y el valle verde, divisando una ciudad como un castillo de hormigas, a dos mil pies más abajo. Se volvió de espaldas al precipicio y consideró los accesos moteados de verde hacia un pico coronado por la nieve, a mil quinientos metros más arriba.

Llenó los pulmones con el aroma de los pinos, regresó al jeep y condujo lentamente hacia Tomahawk; pasó por la iglesia, por el almacén general con la estafeta de Correos, por el «saloon» Trading Post, por una doble hilera de casitas con el tejado inclinado, y por fin llegó al motel Cabeza de Lobo.

Como no había nieve aquel año, tampoco había esquiadores, lo que significó no tener ninguna dificultad en conseguir un doble albergue para una estancia indefinida, y aun con más facilidad obtener el permiso de utilizar un dormitorio extra como cámara oscura.

Se inscribió a las cuatro y media y pasó el resto de la tarde haciendo que Tomahawk trabase amistad con Benjamín J. Knight («¡Oh, llámeme Ben!»), viajero infatigable, fotógrafo y chico simpático.

Dio principio a su primera expedición exploradora a la mañana siguiente, llevándose consigo bastante material de su equipo. Provisto del conocimiento local, condujo el jeep por el tortuoso camino de la montaña hasta al cabo de tres kilómetros, que divisó otra meseta arbolada a su izquierda y halló un cartel que ya esperaba. En el poste había dos indicaciones, en direcciones contrarias: *A BRIDLE PATH* y *A*

SKILIFT... 3 Km., y la otra indicaba un camino de tierra por entre los árboles: *A LAGO MESSENGER, 1 Km*.

No tomó el camino de tierra, sino que prosiguió conduciendo hacia arriba, durante más de otro kilómetro, hasta hallarse a otros doscientos metros de altura. Entonces, detuvo el jeep, y cogió los prismáticos del asiento, llevándoselos a los ojos, tras lo cual empezó a estudiar lentamente toda la formación montañosa que le rodeaba.

Estaba comprobando las informaciones recibidas la noche anterior. Comprobándolas cuidadosamente. Y no vio nada que contrariase lo oído, ya que más arriba de los bosques no había la menor señal de vida humana ni de obra alguna, excepto el esqueleto del telesquí, con la cabina cerrada y desierta en su base.

Dio media vuelta, se arrodilló en el asiento y escrutó, con más lentitud todavía, lo que veía más abajo, prestando particular atención a la meseta del Lago Messenger. Excepto una columna de humo que formaba un punto de admiración contra el color azul, no había ningún signo de vida. Una columna de humo procedente, sin duda, de una chimenea.

Y entonces, al comprobar cada detalle del mapa trazado en su cerebro, distinguió un destello a través de los árboles, el destello inconfundible del agua al reflejar la luz del sol.

Volvió a situarse frente al volante y dejó los prismáticos sobre el asiento contiguo. Puso en marcha el motor, hizo girar el jeep, regresó hasta el cartel indicador y esta vez torció por el camino de tierra, internándose por entre los árboles.

Al cabo de medio kilómetro, la senda se hundió súbitamente, divisando el lago por primera vez. Tenía forma de L, con el brazo largo atravesando el camino que el agua seguía, y el más corto directamente al frente. Bordeando la playa había una tapia de piedra, señalando los límites de la propiedad.

Lo que le sorprendió realmente fue el tamaño del lago. A pesar de lo que le habían contado, no se lo había imaginado tan extenso. El brazo largo de la L debía tener más de kilómetro y medio de longitud, y casi medio de anchura.

Detuvo el jeep, y estuvo sentado unos minutos avizorando todo el paisaje. El agua brillaba muy azul, destellando su superficie al sol, y salvo el zumbido de su motor y el ocasional chillido de un arrendajo, no había el menor rumor en todo el contorno.

Y, exceptuando la columna de humo, tampoco había señales de vida. Desde donde estaba, la ladera arbolada existente más arriba de la playa ocultaba la casa. Pero, acudiendo de nuevo a su plano mental, comprendió que debía ser visible desde el brazo más corto de la L. Continuó su paseo, siguiendo el sendero por la derecha, que bordeaba la tapia, y pasando bajo la sombra de los pinos hasta llegar a un grupo

de alerces.

Estos, a su vez, cedieron el paso a unos cedros gigantescos, y estacionó el jeep a su sombra. Cogió los prismáticos y saltó al suelo. Tras un par de minutos vio que su plano no le había fallado.

Directamente al otro lado del agua había una casita de botes y un embarcadero de madera, muy agrietada por la inclemencia del tiempo. Encima, con bellas terrazas y una estructura que debió ser feísima cincuenta años atrás, pero que ahora ya había conseguido adaptarse al paisaje, se alzaba la construcción principal.

Se mantuvo al amparo de los árboles, sentado en una roca, y volvió a llevarse los prismáticos a los ojos.

Toda la ladera mostraba una vida tridimensional, y el falso fotógrafo se enteró de toda la actividad existente en las terrazas. Había una pista de tenis, donde se estaba jugando un partido de simples, entre una mujer alta, de cabello rubio, y un gigante que, a pesar de su estatura, era tan rápido como un gato. Contemplándoles, había una anciana diminuta de pelo blanco, instalada en una mecedora, y a su lado, un muchacho de unos quince años.

Frunció el ceño. La vieja debía ser la marquesa; los tenistas debían ser el francés St. Denis y su flamante esposa. Pero no armonizaba con sus recuerdos el chico de unos quince años.

Estaba todavía mirando y frunciendo el ceño, cuando la partida terminó con un soberbio *smash* del gigante... y, al mismo tiempo, salió de la casa una quinta figura, corriendo hacia la pista.

Otro chico; más bajo, más escuálido, dos o tres años más joven. Un muchacho cuyo cabello brillaba como el oro al sol de la tarde.

Un muchacho que él había visto hacía cuatro meses, a más de diez mil kilómetros de distancia, a lomos de un poney. Un muchacho que le había dicho:

—Me llamo Bruttenholm... Derek Bruttenholm.

Un muchacho que ahora era el decimonoveno marqués de Gleneyre.

El tenis finalizó al mediodía con un doble set en el que Derek y el francés jugaron contra la rubia platino y el chico desconocido. A las doce y cuarto, el cuarteto y la marquesa, subieron las escaleras y penetraron en la casa. Y desde entonces, aunque eran ya las dos y media, el observador no volvió a divisarles.

Ni siquiera el menor signo de vida, salvo la figura de un jardinero.

A las tres, el vigilante se desperezó, dejó los prismáticos y se invitó a un cigarrillo. Tuvo algún apuro para encenderlo, porque el viento que había empezado a soplar dos horas antes, parecía avivarse.

A las tres y cuarto, cuando ya no se veía el jardinero, decidió

finalizar con su labor. Se puso en pie con cierta dificultad y volvió, por entre los cedros, al jeep. Se sentó ante el volante, y buscó el paquete de bocadillos, devorándolos ferozmente, y haciéndolos resbalar hacia el estómago gracias a unos tragos que tomó de un frasco.

Mientras comía, su cerebro no dejó de funcionar. Tenía ya su presa al alcance, y sólo quedaban dos problemas. Sólo dos problemas de los centenares con que se había enfrentado en aquellos cinco años. No eran sencillos, pero tampoco resultaban insuperables. Cómo atraer a su presa fuera de la casa para tornarla vulnerable; una vez hecho esto, qué método debía seguir para disponer finalmente de su presa.

Estuvo sentado largo tiempo, mientras el viento zumbaba a su alrededor, por entre los árboles. Estuvo sentado hasta que oyó la caída de una rama muerta a sus espaldas y el familiar chillido de varios arrendajos.

Decidió que era hora de moverse. Sentado en el jeep no resolvería ningún problema. Le quedaba aún mucho trabajo por delante. Debía conocer quiénes vivían en la casa; cómo, cuándo y por qué salían de la misma... Y cuándo dejaban la propiedad para dar, por ejemplo, un paseo...

Puso en marcha el jeep, que empezó a saltar por el sendero de tierra. Por fin llegó a lo alto de la elevación, en el mismo punto donde viera por primera vez el lago. En aquel momento, algo le obligó a detenerse y contemplar por última vez el paisaje.

Una última mirada que le cortó la respiración. Una última mirada, incluso, en aquel primer instante, que le ofreció una posible solución a sus problemas.

En el lago había una barca de vela. De unos cinco metros de longitud, que navegaba por el brazo más corto de la L, cabeceando bajo el viento, bien manejada por un hombre.

Cogió los prismáticos y, aun antes de aplicárselos a los ojos, ya lo sabía. Pero tenía que asegurarse de que no iba nadie más a bordo.

Nadie. Solamente el decimonoveno marqués de Gleneyre.

Dejó los prismáticos, viendo con sorpresa que le temblaba la mano. Tenía la misma sensación extraña e inescapable que había ya experimentado dos veces en aquellos cinco años, como si la Providencia estuviera de su parte. Aunque sabía que era ridículo, consideró un intento inmediato. En su mente, lo veía ya todo. El desconocido que desafía el agua, nadando en el lago en febrero. El calambre fingido. Los gritos de socorro. El muchacho que aproxima la barca hacia el hombre que se ahoga...

Lo veía todo, a pesar de comprender que no debía hacerlo. ¡Aún no!

Volvió a coger los prismáticos y se los llevó a los ojos una fracción de segundo antes de que su oído captara, traído por el viento,

el pat-pat-pat de un motor fuera borda. Y vio, saliendo de la casita de botes, una barquita con un motor auxiliar, con el muchacho mayor al timón.

Dejó los prismáticos, temblándole aún la mano. Se esforzó por volver la espalda al lago, puso en marcha el jeep y se alejó. Su cabeza parecía un torbellino, y el músculo del ojo derecho palpitaba alocadamente. Por primera vez en cinco años, se permitió olvidarse momentáneamente de su papel, lleno su cerebro de las posibilidades de la barca y el lago. Posibilidades que, cuanto más lo pensaba, más le resultaban una prueba del favor de la Providencia.

Sin darse cuenta apenas, llegó al poste y automáticamente torció a la derecha, hacia el camino principal, siguiendo hasta Tomahawk, con el cerebro como embotado y libre de todo recuerdo. Excepto de uno.

¡*Pomfret*! Pomfret había muerto en un accidente de navegación, y otro accidente semejante violaría la regla que había establecido hacía cinco años ¡ningún accidente repetido!

Pero no sería una verdadera repetición, porque nadie la vería. No era posible. A los ojos del mundo, no había la menor relación entre Francis Pomfret y Derek Bruttenholm. Además, Pomfret había muerto varios años atrás, a muchos kilómetros de distancia...

Sí, era un don. Tendría que hacerlo de este modo. Lo haría de este modo. Tan simple... Tan fácil... Sólo tenía que espera. Acechar el lago y la ocasión. Esperar hasta que el otro muchacho no saliese. O, si era absolutamente necesario, disponer que el otro muchacho se hallase en cualquier otra parte. En el brazo largo del lago, cerca del extremo. Sin nadie a la vista. Nadie que pudiera atestiguar nada. Ni adivinar. Igual que con Pomfret. Sólo la barca volcada y...

Con un súbito sobresalto regresó desde los planes futuros al presente peligroso.

Estaba conduciendo a demasiada velocidad. Acababa de pasar por un cartel con una S, lo que significaba una curva peligrosa. Se hallaba ya en el primer recodo de la S, con un parapeto a su derecha siguiendo el borde de un precipicio. En un fugaz destello, recordó haber pasado ya por allí, aunque en otro sentido, y hasta recordó haber oído de aquel paraje la noche anterior. El precipicio de Jackman, con una caída de dos mil metros hasta un barranco de roca dura, llamado Garganta del Jackman.

Se asió al volante y frenó, guiando el coche por la primera curva... y entonces se enfrentó con la catástrofe. Un coche obstruía el estrecho camino, camino arriba, pero detenido y con dos hombres inclinados sobre la rueda izquierda de atrás.

Volvió a frenar, con toda su fuerza. Y giró las ruedas en un esfuerzo por evitar la colisión. Lo consiguió... entre un remolino de

polvo y gritos, de rechinar de ruedas y con un patinazo circular que terminó con el jeep detrás del otro coche, a muy pocos centímetros de su trasera levantada.

Con un esfuerzo tremendo volvió a ser Benjamín J. Knight, cuyo armazón nunca había abandonado totalmente.

Y fue Ben Knight quien capeó la situación y el posible choque que pudo dar al traste con todos sus planes, tras matar fácilmente a los dos hombres. Eran mejicanos, y llevaban mono de trabajo y sombreros muy anchos. El más corpulento estaba asustado y callado, y el bajito se mostró más voluble y nervioso, con maldiciones en las que mezclaba vocabulario inglés y español.

Dice mucho en favor de la personalidad de Ben Knight, el mejor de los muchachos, que al cabo de un par de minutos el ambiente hubiese cambiado completamente. Tan completamente, que él y sus nuevos amigos estaban en torno al viejo coche, pasándose de mano en mano el frasco de Ben.

Antes de que estuviera vacío, sus nuevos amigos no sólo estaban bien enterados de la profesión y otros datos referentes al bueno de Ben J. Knight, sino que también le habían confiado a éste el motivo de su presencia en Monte Lobo. Tras haber observado una caja de piel en el asiento delantero del auto, Ben Knight había creído que se trataba de fotógrafos como él, hasta que descubrió, en medio de grandes aspavientos y muchas explicaciones, que en la cajita había un contador Geiger.

Una vez vaciado el frasco, y tras las despedidas, el bueno de Knight condujo lentamente el jeep hacia Tomahawk. De vez en cuando se llevaba una mano al ojo derecho, para frotarse una comisura.

Tuvo que esperar. Otros tres días. Tres días que le parecieron los más largos de su existencia.

El primer día no hubo viento, por lo que su vigilancia del lago, desde la sombra de los árboles, resultó infructuosa. No salió la barca, ni hubo el menor signo de vida humana.

El segundo día se levantó una ligera brisa a finales de la mañana, y el muchacho volvió a navegar. Iba solo en la misma barca a motor, pero también acompañado por el bote, que esta vez llevaba, no sólo al muchacho moreno, sino a una mujer también morena y alta que debía ser su madre.

El tercer día no hubo viento. Nada en absoluto, y el calor fue en aumento. Tanto calor hacía que podía haber sido el primero de agosto y no de marzo.

Pero el cuarto día… el cuarto día fue diferente.

Lo presintió cuando se levantó a las siete. Lo supo cuando, a las

ocho y media, salió a desayunar y vio cómo las copas de los pinos se mecían suavemente, bajo el impulso de una brisa prometedora.

Estaba en el lago a las nueve, en su nuevo lugar de vigilancia entre los pinos. Estacionó el jeep, apuntando hacia el camino, y cogió los prismáticos de su estuche, sentándose con la espalda apoyada en un pino y vigilando el otro extremo del lago, donde el brazo corto de la L giraba hacia la invisible casita de botes.

Volvió a aguardar, mientras el sol se filtraba por entre los ramajes y el viento aumentaba de fuerza. Era un viento diferente al de los demás días, soplando desde el valle situado a su espalda; un viento cálido, del desierto y no de las cumbres.

No le importaba esperar, porque estaba seguro. Porque a cada minuto crecía su certidumbre de que había llegado el día. Y la hora. Y el lugar.

Y al fin divisó la vela, cuando la pequeña embarcación se presentó a la vista y, navegando contra el viento, empezó a recorrer el lago en su dirección.

Se deslizó detrás del árbol, aplicando los prismáticos a sus ojos, y escrutando la barca con ellos, primero la popa y luego la proa, repitiendo la maniobra hasta que estuvo más cerca.

No había duda. Solamente iba en ella el muchacho. Sólo Derek Bruttenholm. Sólo el decimonoveno marqués de Gleneyre.

Con un giro hábil y una ligera maniobra de la vela, la barca continuó su travesía por el lago azul. No había todavía el menor rumor del otro bote.

Ben Knight se puso de pie y volvió al jeep. Sin apresurarse, se quitó el suéter, los pantalones y los zapatos, dejándolo todo en el asiento posterior, junto con los prismáticos.

Desnudo, y sin más que el bañador, corrió hacia la playa. Distinguió cómo el chico había puesto la embarcación hacia el otro extremo del lago.

El otro bote no estaba a la vista ni se oía, y Knight comprendió que no iba a salir. Lo sabía con la misma seguridad que sabía que hoy era el día.

La vela blanca relucía al sol y la barca se dirigía hacia él. La estuvo contemplando, manteniéndose al amparo de los árboles y moviéndose por entre ellos a fin de llegar cerca de la embarcación en el momento preciso.

Y llegó dicho momento. Entonces salió Ben Knight de entre los árboles, camino de la playa, comprendiendo que el muchacho le había visto. Se metió en el agua hasta las rodillas, levantó una mano y gritó:

—¿Puedo tomar un baño?

Ahora en el lado de babor, el muchacho levantó una mano en respuesta, y una voz juvenil atravesó la superficie del lago.

—¡Adelante!

El agua estaba muy fría. Pero no tanto como temía. Cuando llevaba ya unos cincuenta metros de natación, se encontró de nuevo en su elemento. Su verdadero elemento, casi.

Viendo cómo la vela se iba alejando lentamente, nadó lánguidamente, y se hallaba quizá a unos ciento veinte metros cuando, asomando la cabeza a flor de agua, vio la barca, ya no tan cerca de la playa como antes.

Mucho mejor para sus planes. Todo iría más deprisa. Empezó a jadear y sintió latir un pulso en su sien derecha. Procuró contenerse y empezó a nadar en círculo, variando las brazadas y sumergiéndose de vez en cuando, disfrutando del deporte.

La vela blanca y zigzagueante se acercaba. Había llegado la ocasión.

Lanzó un grito agudo y agonizante, y se agitó en el agua como un hombre a quien le ha sobrecogido un calambre repentino.

Se hundió, agitando una mano sobre la superficie del agua.

Volvió a aparecer, chilló, y vio cómo la barca se dirigía hacia él.

Volvió a sumergirse, fingiendo hundirse, y reapareció otra vez, teniendo ya la embarcación a su lado, algo zarandeada por el viento, y con el muchacho dispuesto a ayudarle; finalmente, subió a bordo, jadeando y estremeciéndose en una convincente interpretación.

Con el timón en la mano, el muchacho se inclinó hacia él, diciendo algo que ni siquiera se molestó en escuchar.

La garganta del joven se hallaba a muy pocos centímetros de su rostro, y, arrodillándose con un movimiento convulsivo, alargó ambas manos…

Se detuvo en seco cuando los portones del sollado se abrieron repentinamente de par en par ante el falso fotógrafo que se hallaba en cubierta, dando paso a un personaje nuevo. Un hombre de rostro enjuto y sienes grises, de fría mirada y pupilas muy verdes. Un hombre que empuñaba una pistola en su mano derecha. Un hombre que pronunció calmosamente:

—El señor George Brougham, ¿verdad?

Algo… ¡todo! estalló en su cabeza. Se arrojó con todo su peso contra las piernas del muchacho, enviándole como un fardo sobre un banco. Con el mismo movimiento se puso de pie y se arrojó al agua, nadando hacia la playa.

Nadaba como si le persiguiese todo el infierno. Nadaba como un terror creciente, esperando que las balas silbasen a su alrededor de un momento a otro.

Pero no hubo disparos. Sus pies no tardaron en tocar tierra, y empezó a emerger, chapoteando en el agua, hundido aún hasta las rodillas, corriendo febrilmente hacia el terreno seco, a través de los

árboles, en dirección al jeep. Se atrevió a mirar hacia atrás, viendo la vela resplandeciente que se alejaba lago adentro.

Seguramente, enviarían a alguien en su persecución. Pero aún tenía una probabilidad. Se hallaba más cerca del jeep que ellos del embarcadero.

Con los pulmones fatigados, el corazón latiéndole atrozmente, corrió por entre los árboles... y, de pronto, un hombre le cerró el paso.

Un hombre alto, un gigante. El francés que se llamaba St. Denis.

Agachó la cabeza, sacó el hombro izquierdo y cargó...

Pero el francés no chocó con él. Hubo sólo un pie que entró en colisión con su espinilla, haciéndole caer sobre el terreno cubierto de agujas de pino.

Luego, en su espalda, sintió una rodilla de hierro. Y unas manos de hierro se aferraron en torno a sus muñecas, arrastrándole con insultante facilidad hasta obligarle a pegar los hombros en tierra.

—*Alors, copain*! —gritó una voz profunda.

Entonces se vio obligado a ponerse de pie con un terrible dolor en su espalda, y se vio empujado hacia la playa, lejos del jeep y de toda esperanza de salvación.

Consiguió mover los pies, tropezando a cada paso, mientras su cerebro trabajaba febrilmente. Vio una roca a poca distancia, y comprendió que debía intentarlo.

—¡Mis brazos! ¡Mis brazos! —gimió. Dejó flojas sus piernas y se arrojó con todo su peso contra su captor.

Le sirvió. El francés cayó sobre la roca, soltando las muñecas apresadas y chillando de dolor; de su boca surgió una barahúnda de juramentos, y bien claras las palabras *jambe* y *rompu*.

Estaba libre. Dio media vuelta y corrió por entre los árboles, girando a la derecha, hacia el jeep, y mirando hacia atrás por si el francés lo perseguía. No se le ocurrió pensar que el periodista había caído con demasiada facilidad; que habíase librado con excesiva sencillez de aquellos puños de hierro.

La esperanza volvió a llenar su corazón, cuando divisó el jeep...

Y se detuvo en seco.

Junto al vehículo había un hombre. Un hombre bajito, con mono y sombrero de alas anchas. El mejicano del precipicio de Jackman.

No había tiempo de meditar ni de hacer preguntas; no había tiempo que perder. Cargó... y el ímpetu de la velocidad que llevaba, descargó todo el peso de su cuerpo sobre el estómago del hombrecillo.

El mejicano retrocedió, cayendo sobre la alfombra de agujas de pino. Y gimió... quedándose inmóvil, hecho un fardo.

El jeep cobró vida y rechinó, haciendo girar sus ruedas sobre el blando suelo, haciendo volar las agujas de pino al dirigirse a toda velocidad hacia la puerta de la tapia y la carretera del otro lado.

George Brougham había desaparecido, tan poseído por la fiebre de la huida que en su cerebro no había lugar para albergar la menor sospecha de que había sido engañado.

El hombrecillo no tardó en ponerse briosamente de pie.

Su sombrero se quedó en el suelo, y sin él no parecía mejicano en absoluto. Sin mostrar señales de herida ni dolor, permaneció donde estaba, subiéndose la manga de la camisa y consultando su reloj.

Otro hombre —su camarada más corpulento y más alto— surgió detrás de un pino a cinco metros de distancia. Y en el mismo momento, Raoul St. Denis llegó corriendo por entre los árboles, procedente de la playa, sin presentar tampoco señales de lesión alguna[1].

El hombrecillo los oyó a ambos, pero mantuvo la vista clavada en su reloj, con la cabeza ladeada, como escuchando el sonido cada vez más apagado del jeep. Se hallaba ya en la carretera, a toda marcha, corriendo hacia el extremo del lago, a la curva que conducía a la carretera.

—Un minuto —dijo el hombrecillo.

Y cuando los otros se aproximaron, y empezaron a dispararle preguntas en francés, los cortó en seco.

—*Ça va*! —exclamó, y levantó la mano pidiendo silencio.

Luego añadió:

—*Ecoutez*!

Y prosiguió prestando atención, con los ojos sobre el reloj.

—*Deux minutes…*! —anunció.

Y entonces, después de sesenta segundos interminables, en que el sonido pareció desaparecer por completo de la faz de la tierra, exclamó el hombrecillo:

—*Trois minutes*!

Escucharon.

—*Quatre min…*

No tuvo necesidad de continuar.

11

Era el diez de marzo y sobre Londres brillaba un sol pálido, haciendo refulgir Westminster y las agitadas aguas del Támesis. También brillaban las ventanas de Scotland Yard.

Entre ellas se contaban las de Sir Egbert Lucas, y detrás de las mismas estaba el propio comisario ayudante, terminando una conferencia con Pike y George Firth.

Habían llegado al último epígrafe de la agenda, que rezaba sencillamente «Gleneyre», cuando cronométricamente, una secretaria anunció a dos visitantes:

—El señor Gethryn y un amigo...

Lucas desvió la mirada y frunció el ceño.

—Que entren.

Y entraron. Primero Anthony y luego Raoul, dominándole.

Hubo los acostumbrados saludos, la presentación de Raoul, y movimiento de butacas.

Luego se produjo un silencio incómodo, con un Lucas helado, un Firth frío y un Pike que trataba de sonreír.

Anthony los estudió a todos.

—¿Detecto un aroma de Coventry en el aire? —inquirió suavemente—. ¿Un rastro de frialdad?

Le guiñó un ojo a Pike y paseó la mirada desde Lucas a Firth.

—Me sorprenden ustedes dos. ¿Por qué este recibimiento a menos de cero grados? Si no pudieron encontrarme ni localizarme es porque estuve en el extranjero.

—Lo sé —afirmó Lucas—. ¿Qué tal Suiza?

—Muy bien —sonrió Anthony—. Muy... suiza. Claro que sólo estuve allí unas horas, hace ya un par de meses.

—¿Ah, sí? Yo pensaba... —Lucas trató de reprimir su sorpresa.

—Lo sé. Pero es una costumbre que debería adoptar, particularmente en su posición. Alan y yo sólo estuvimos una noche en Montreux, para recoger a su madre. Todos estábamos en California antes de Año Nuevo —miró hacia Raoul—. El señor St. Denis y su esposa se reunieron con nosotros unos días más tarde. Con algunos amigos suyos.

—¡California! —exclamó Lucas, y Firth saltó de su asiento, mientras Pike dominaba una sonrisa.

—Sí —Anthony estaba aún más suave que antes—. Pasamos unos días con Lady Gleneyre. Lo siento —de pronto, cambió de tono—. Sé que no debí cometer esta tontería. Pero, en primer lugar, esta atmósfera siempre ejerce este efecto sobre mí, y, en segundo, estaba

enojado por la suposición de ustedes, pensando que les había abandonado —los miró a todos—. ¿No comprendieron que ni con caballos salvajes hubiesen podido arrancarme del caso Gleneyre?

Lucas sonrió débilmente.

—Admito que esto mismo dijo Pike —afirmó—. Pero creo que debió comunicarse con nosotros.

—¡Y tener una manada de Aston-Phipps a mis talones! —Anthony sacudió la cabeza—. ¡No, Lucas! Cuando le dije a Outram que George Brougham era un sujeto extraordinario, y que la Policía no poseía los poderes necesarios para tratar con él, indiqué que debía ser tratado por una o varias personas que no se vieran atadas por ningún reglamento.

Hizo una pausa, para sentarse en la esquina de la mesa.

—Por ejemplo, personas como yo o St. Denis. Hombres libres, que podían montar una trampa para coger al asesino en flagrante delito —hizo otra pausa—. Y la montamos, con un cebo irresistible. El muchacho. El muchacho, cuya muerte haría valiosas las otras sesenta y siete muertes ejecutadas por Brougham. No me mire con tanto horror, Lucas. Derek no corrió el menor peligro. Tenía un cuerpo de guardias, pequeño, pero escogido. Yo, St. Denis y sus amigos, que creo haber ya mencionado —miró a Raoul.

—Sí —asintió éste—, unos viejos amigos del *maquis*. Unos chicos deplorables —se encogió de hombros—, lo reconozco, pero muy eficientes.

Lucas abrió la boca, dispuesto a hablar, pero Anthony se le adelantó.

—Brougham no tardó mucho en llegar. Con pasaporte o sin él, llegó a la cumbre de la montaña a finales de febrero. Y nosotros montamos el cebo durante un par de días; y hace una semana que picó el pez.

—¿Quiere decir que el asesino atentó contra el joven Gleneyre? ¡Delante de testigos!

—Oh, sí —afirmó Anthony—. Yo y St. Denis.

—Pero, ¿dónde está ahora? ¿Qué han hecho con él? —Lucas estaba de pie, olvidando su calma olímpica—. ¿Lo han entregado a la Policía? ¿Qué ha sido de él?

Fue Raoul quien lo interrumpió.

—Creo que debo intervenir. Este tipo estuvo entre mis manos, pero logró huir —su tono era de excusa—. Y también de entre las manos de mis amigos —movió tristemente la cabeza—. Vamos, lo que uno llamaría un tipo escurridizo. ¡Muy escurridizo!

Lucas, abriendo mucho los ojos, se pasó una mano por su pelambrera.

—¿No irán a decirme que se escapó?

—Tómelo con calma —le aconsejó Anthony—. Conserve la calma más absoluta.

Extrajo una cartera del bolsillo y de la misma sacó un recorte de periódico.

—Lea esto —lo dejó ante Lucas, sobre la mesa.

Como un solo hombre, Firth y Pike se agruparon en torno a Lucas.

Todos leyeron el recorte. Que procedía de un diario de California, el *San Bernardino Herald-Chronicle*, con fecha del 3 de marzo.

EXTRAÑA MUERTE EN MONTE LOBO

La Garganta de Jackman ha reclamado otra víctima

Con el jeep atascado contra el parapeto de la Caída de Jackman, de Monte Lobo, un hombre identificado como Benjamín J. Knight, de Chicago, halló la muerte ayer en la Garganta de Jackman.

Fotógrafo de profesión, Knight paraba en el motel «Cabeza de Lobo», de Tomahawk, donde se había hecho muy popular entre los residentes invernales.

El cuerpo roto del sujeto, desnudo excepto un bañador y un cinturón que contenía más de tres mil dólares, fue arrojado fuera del vehículo, que se incendió por completo.

El ángulo, misterioso sugerido por la extraña desnudez del cuerpo, aumenta con la declaración de un chico de Tomahawk, que contó a la Policía que había oído una explosión antes de que el coche chocase contra el parapeto, por lo visto.

Bajo la dirección del teniente Hagbeyer, están investigando el asunto los comisarios del sheriff. Sin embargo, hasta el momento no se da mucho crédito a la declaración del chiquillo, creyendo que el accidente se debió, probablemente, a su excesiva velocidad, junto con el estallido de un neumático…

Lucas terminó la lectura. Levantó la mirada hacia Anthony.

—Supongo…

—Sí —asintió el aludido—. En lugar de Benjamín J. Knight lea George Brougham.

Fue Raoul quien rompió el silencio.

—Sí, falleció por un accidente… por una explosión… —se mostró filosófico—. Bien, es lo que podría llamarse una justicia poética.

FIN

Créditos

Título original: *The list of Adrian Messenger*
Philip MacDonald, 1959
Traducción: Miguel Giménez Sales
Ilustraciones: Fernando Rubio
Editorial: Forum D. L., 1983
Colección: Círculo del crimen; n. 20
ISBN: 9788485604494

Maquetado a partir de un Epub de ***Rutherford /Rbear / dino51bd*** en *ExVagos*
Convertido a Doc con AVS Converter
Retoques de conversión con Word
Convertido a FB2 con QualityEbook
Retoques de estilo con XML Copy Editor

Para la maquetación de esta versión en "Fiction Book 2", se han utilizado "Styles" y "Class" permitidos en FB2 pero que se pueden perder al convertir el documento a otros formatos o abrirlo con un programa lector inadecuado.

Se recomienda utilizar CoolReader para su lectura